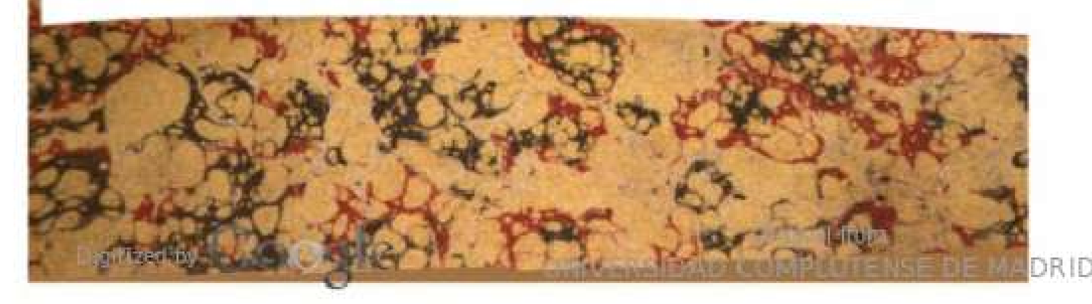




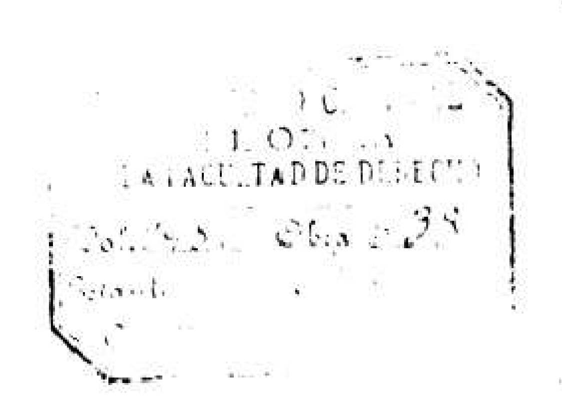


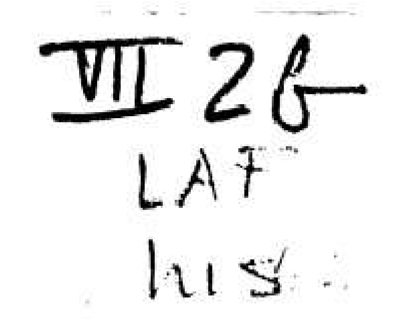




1 — 111

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.





HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

POR

DON MODESTO LAFUENTE,

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

MADRID: 1869.

IMPRENTA A CARGO DE D. DIONISIO CHAULIE,
calle del Almirante, núm. 7.



X-53-313773-9

PRÓLOGO.

«En este tiempo de pasiones políticas en que es tan difí-
«cil, cuando se siente alguna actividad de espíritu, no
«participar de la agitacion general, creo haber hallado
«un medio de reposo en el estudio sério de la historia.»

Son tan adecuadas á mi situacion estas palabras con que el erudito Agustin Thierry encabeza su primera carta sobre la historia de Francia, que si no las hubiera hallado escritas hubiera tenido yo que inventarlas para mí. El ilustre autor de la Historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos me ahorró este trabajo.

En efecto, la política es la pasion dominante del siglo. Hijo y heredero de otro siglo filosófico, la filosofía y la politica han puesto en tela de discusion cuales deben ser los principios fundamentales de la gobernacion de los hombres. Las pasiones han convertido la discusion en lucha sangrienta, cuyo término no se ve todavía. Se han dado grandes pasos hácia la verdadera civilizacion, pero he visto con dolor que el siglo de la filosofía política lleva en su seno gran parte de la levadura de los siglos de la fuerza.



Acababa de reproducirse en España esa lucha de ideas en que se habia empeñado desde principio del siglo, y yo participé de la general agitacion. Me sentí estrecho en la tranquila morada en que vivia consagrado á la enseñanza de la juventud, y me lancé á la vida procelosa del escritor político. No tenia que vacilar en la eleccion de bandera; me alisté en la que representaba los principios que habia inculcado ya en las aulas á mis jóvenes alumnos. Adopté el estilo que me pareció más adecuado y más eficaz para corregir los errores ó los abusos de los hombres, y tomé un seudónimo que suponia una profesion y estado á que no pertenecia, y que una ley acababa de abolir. Engaño inocente en que cayeron muchos.

Muchas veces en el largo trascurso de años que dediqué á estas tareas, tuve que pasar por las dos grandes pruebas á que se suele someter á los escritores políticos en épocas de turbaciones y de corrupcion: las persecuciones y los halagos. Soporté con serenidad las primeras, y deseché con desden los segundos. Quizá en esto último llevé el santo amor de la independencia hasta el extremo de una adusta altivez. Debo discurrir que esta cualidad, hija del temperamento, y acaso la sana intencion y buen deseo del escritor que se trasluciera ó revelára en sus páginas, seria la que moviera á los pueblos de España á dispensarme aquellas lisonjeras é inmerecidas manifestaciones, ni buscadas, ni esperadas, ni desagradecidas, de que es buen librar el verlas pasar sin desvanecimiento.

Perdónese á quien va á consagrar á su patria nuevos é ímprobos trabajos, el disimulable goce de poder consignar no haber recogido por toda remuneracion de las

tareas pasadas, sino las amarguras y las satisfacciones morales que produce la severa censura ejercida á conciencia, y en que se ha prohibido la entrada á la lisonja. La mayor de aquellas satisfacciones es haber salvado el piélago de las ambiciones en que tantos han naufragado, y haber atravesado por entre la espesa lluvia de mercedes que pródigos dispensadores han derramado desde el cielo del poder, con la fortuna de no haberse dejado humedecer con una sola gota de ese rocío tentador. No han sido ciertamente la abnegacion y el desinterés ni el carácter distintivo ni las virtudes comunes de la época.

Voy á entrar en una nueva senda literaria, y reconozco por una de las primeras y más indispensables condiciones para marchar dignamente por ella, el desapasionamiento y la imparcialidad. Veinte volúmenes podrán, acaso, dar algun testimonio de no haberme sido del todo estrañas estas virtudes. ¿Pero quién puede estar seguro de ser siempre y del todo desapasionado, cuando se juzga á los contemporáneos, cuando se desempeña el triple papel de testigo, de actor y de censor simultáneamente? Bien podré, sin embargo, reclamar el derecho de presuncion favorable al disponerme á juzgar los hechos y los hombres de épocas apartadas, que se examinan á la sola luz de los documentos, y en que es infinitamente más fácil despojarse de su individualidad y mantener fuera de juego las pasiones propias. Por lo menos díctamelo así mi propia conciencia.

Emprendí las tareas á que me he referido con fé religiosa y con fé política: de ambas llevaba gran dósis. Tengo la fortuna de conservar íntegra la primera. Hubiera vacilado la segunda al presenciar tantos desmanes, tantas miserias en los hombres, si la historia no hu-

biera acudido á fortalecerla, recordándome á cada paso, por un largo encadenamiento de hechos, que hay un poder más alto que dirige y encamina la marcha de las sociedades, sin que le embaracen los entorpecimientos de la flaqueza ó de la perversidad humana. Titubeaba mi fé en los hombres, pero creia mi fé en la Providencia.

Creo que nunca son más provechosas y más necesarias á los pueblos las enseñanzas históricas que cuando los conmueven ó inquietan los turbulentos debates y las luchas políticas que preludian ó acompañan los cambios y regeneraciones sociales. Los que dirigen los negocios públicos pueden descubrir en los hechos pasados las causas de las necesidades presentes, y por el estudio de los efectos de lo que hicieron y de lo que dejaron de hacer sus antepasados, aprender á mejorar lo existente, con energía, pero sin precipitacion; con reflexion, pero sin timidez. Nunca más que en tales ocasiones necesita el pensamiento público de meditar sobre la marcha constante de la humanidad, para no desesperar por los males que esperimenta, descubriendo en la ley providencial é infalible que rige sus destinos, los secretos y los consuelos de ménos azaroso porvenir. Los obcecados, si alguna vez siquiera abren los ojos para leer, tienen que convencerse de su temeridad en resistir el desarrollo de la razon humana, cuyas conquistas, viniendo preparadas y como empujadas de antemano, podrán los decretos, las batallas y las revoluciones entorpecer algun tiempo, pero no evitar. No conozco nada, fuera de la religion, que disponga tanto á los hombres á la tolerancia política como la lectura histórica, ni que enseñe tanto á evaluar las mejoras que puede recibir un pueblo por sus elementos sociales y por los grados de su cultura, estable-

ciendo un medio conveniente entre el sistema de inmovilidad ó de retroceso, que intentan los desconocedores del progreso humano, y la precipitacion imprudente á que se dejan arrastrar los fogosos. Me penetré, más de lo que estaba, de la utilidad de la historia, y medité si me seria dado contribuir en este terreno al bien de mis compatricios. Parecióme el más interesante estudio el de la historia nacional. Dejé de tomar parte en los apasionados debates de los vivos, y me dediqué á estudiar los ejemplos de los muertos.

Mas para que la historia haga efectivo el título de maestra de los hombres con que la definió Ciceron, para que sus lecciones puedan ser provechosas á la humanidad en el sentido indicado, necesita salir de la esfera de una vasta coleccion de hechos, á que, si no juzgo mal, ha estado reducida hasta ahora entre nosotros. Menester es entrar en el exámen de sus causas, descubrir el enlace de los acontecimientos, revelar por medio de ellos hasta lo posible los grandes fines de la Providencia, las relaciones entre Dios y sus criaturas, la conexion de la vida social de cada pueblo con la vida universal de la humanidad, la trabazon y correspondencia entre las ideas y los hechos, entre lo moral y lo material, presentarla, en fin, como la palabra sucesiva con que Dios está perpétuamente hablando á los hombres. Necesítase que la historia sea filosófica, y no una compilacion de sucesos que pasaron más ó ménos cerca de nosotros. ¿Tenemos en España una historia que llene estas condiciones?

Cuando yo me hacia á mí mismo esta pregunta, vino á mis manos la obra de un historiador estrangero, en cuyo prefacio, despues de citar las historias de Francia,

Inglaterra é Italia, escritas con crítica y á la altura del espíritu filosófico moderno, leí estas palabras: «En cuan«to á España, desgraciadamente no hay ningun nom«bre español que citar, y solo algunos antiguos escrito«res han dejado obras históricas notables..... La España «carece aun de una historia nacional: el génio histórico «no se ha desarrollado todavía en ese grande y desven«turado pueblo, que marcha con tantas angustias hácia «su regeneracion.»

Confieso que estas palabras, eco de las que pronuncian cada dia los críticos estrangeros, acabaron de avivar en mí el sentimiento del amor patrio, y de resolverme á ensayar si podria yo llenar, siquiera en parte, este lamentable vacío de nuestra literatura. Preguntábame como no lo habrian intentado otros ingenios y superiores talentos, de que por fortuna no carece, antes bien abunda hoy la España; pero miré en derredor, y los hallé casi á todos engolfados en los debates y cuestiones, y hasta en las rencillas de la política palpitante.

Voy dando cuenta de las causas que pusieron la pluma histórica en mi mano. Hiciéronlo así Herodoto y Tito Livio, que lo necesitaban menos. Séame permitido imitar en esto á aquellas dos lumbreras de la historia, ya que en lo demás no pueda hacer sino admirarlos y envidiarlos.

Poseemos ciertamente en España muchas crónicas, muchos anales, abundancia de compilaciones, multitud de tablas cronológicas y genealógicas, de reyes, de príncipes y de familias ilustres. Las que gozan del nombre de historia son en lo general arsenal de noticias con más ó ménos arte y órden ensartadas, en que se dan

puntuales y minuciosas descripciones, salpicadas tal vez con alguna máxima religiosa, ó con tal cual advertimiento moral que los mismos sucesos sugieren al paso: detenidas y circunstanciadas relaciones de guerras, de paces, de alianzas, de negociaciones y tratados, de batallas y combates, de triunfos y derrotas, de marchas y contramarchas de ejércitos, de arengas y razonamientos de caudillos, hecho todo con tal individualidad, que el autor parece haber marchado con la pluma en la mano detrás de cada guerrero, y recibido la mision de trasmitir los más mínimos incidentes de cada encuentro, al modo que los taquígrafos de los tiempos modernos consignan y trasmiten, no solo las razones, sino hasta las palabras de cada orador de nuestras asambleas.

Mas á vuelta de tan minuciosos relatos, búscase en vano la influencia social que cada acontecimiento ejerció en la suerte del país, las modificaciones que produjo en el estado como cuerpo político, cómo y por qué medios se fué formando la nacion española, las causas y antecedentes que prepararon cada invasion, lo que quedó ó desapareció de los diversos pueblos que la dominaron, lo que ocasionó sus períodos de engrandecimiento y de decadencia, las mudanzas y alteraciones que ha sufrido en su religion, en sus costumbres, en su legislacion, en su literatura, en su administracion, en su industria y en su comercio: su historia en fin moral y filosófica. Hay hacinados materiales infinitos, pero el edificio está por construir.

En cuanto á los primitivos tiempos de España, no es maravilla que no tuviésemos historia; y gracias si debemos á algunos sábios de Grecia y Roma tal cual noticia

del carácter y costumbres de los antiguos pobladores, y será siempre una necesidad, como ha sido una fortuna, el poder brujulear las páginas geográficas de Estrabon. Provincia de Roma despues la España, hubo que recoger de los historiadores romanos lo que de ella quisieron decir; y los que más se estendieron, Tito Livio, Floro y Appiano, limitáronse á referir empresas militares, batallas, conquistas y fundaciones de colonias; muy poco dijeron del gobierno político de los pueblos. No escribian la historia de España.

Pasado el primer aturdimiento y la universal turbacion ocasionada por la inundacion de los bárbaros, la España se preparaba á figurar como nacion aparte, y comenzó á tener escritores propios. Pero hubiera sido una injusticia pretender de aquellos hombres un trabajo histórico acabado. Eran obispos ó monjes, que, ó desde el pié de los altares á que estaban encadenados, ó desde el severo retiro de un claustro, se semejaban, como dice un escritor erudito, á los obreros que sepultados en el fondo de las minas envian á la tierra las riquezas de que ellos no han de gozar. Riquezas históricas eran estas, pero no podian ser historias, como no pueden ser metales puros y elaborados los primeros materiales que se extraen de las entrañas de la tierra. Sin embargo, ¿qué hubiéramos podido saber de aquellos tiempos tenebrosos, sin los esfuerzos y apreciables trabajos de Idacio y Pablo Orosio, del Monje de Viclara, de los prelados Julian é Ildefonso de Toledo, de Isidoro de Sevilla, de ese portento de ingenio y de sabiduría que asombró al mundo de entonces, y admira y respeta todavía el mundo de ahora?

Otro tanto tenia que acontecer cuando la irrupcion

sarracena volvió á reducir lo poco que pudo salvarse de la España cristiana. al estado de infancia de las sociedades. En los primeros siglos de ese esfuerzo gigantesco á que damos el nombre de reconquista, otros obispos y otros monjes, los que tenian la fortuna de vivir en algun rincon un tanto apartado del estruendo de la pelea, anotaban en breves y descarnadas crónicas los sucesos de mas bulto con la rapidez y el desaliño que la rudeza y la inseguridad de los tiempos permitia. Y esto no en España solo, sino en naciones no oprimidas como la nuestra por un enemigo estraño y poderoso. Las crónicas de Fredegario, de Moissac, y de Saint Gall, los anales Petavianos, los Fuldenses y los de Metz, no revelan menos la estrechez de la época que nuestros Anales Toledanos, Compostelanos ó Complutenses, y que las crónicas de los monjes de Albelda ó de Silos. Algunos de estos escritos se reducen á tablas cronológicas de nacimientos y defunciones de los reyes, con la fecha de tal cual suceso notable, formando á veces un cortísimo número de páginas, que ocupan menos lugar que las notas que hoy el viagero menos curioso suele hacer con lapiz en su cartera. La posteridad sin embargo ha tenido mucho que agradecer á aquellos anotadores de hechos, y serán siempre de un precio inestimable los trabajos de los obispos Isidoro de Beja, testigo de la gran catástrofe, de Sebastian de Salamanca, de Sampiro de Astorga, de Pelayo de Oviedo, de Lucas de Tuy, y del arzobispo don Rodrigo de Toledo.

A medida que se ensanchaba el territorio conquistado á las armas musulmanas, se desarrollaba tambien el genio y aun la forma histórica; y á los áridos cronicones y descarnados anales de los siglos VI hasta el XIII,

reemplazaron en los XIII, XIV y XV otros anales y otras crónicas más estensas y nutridas. Desde el autor de la historia del Cid en verso hasta Hernando del Pulgar, que floreció en la época de los Reyes Católicos, se dieron grandes pasos. Los príncipes mismos se honraban con el título y ocupacion de cronistas.

Multiplicáronse, como era natural, los escritos de este género desde que con la union de Aragon y Castilla pudo decirse que la España era una nacion. Vióse en aquel y en el siguiente siglo ir surgiendo una série de hombres doctos, que consagrados á ilustrar y ordenar la historia produjeron obras, si bien no exentas de preocupaciones y de errores, pero tampoco escasas de mérito y de dotes muy recomendables. No las cito, por lo mismo que es grande ya el catálogo. Contribuyeron á este desarrollo de la aficion á los trabajos históricos las plazas de cronistas y de historiógrafos, ya particulares de provincias, ciudades ó príncipes, ya generales del reino: feliz creacion de los soberanos de aquella época, que es de lamentar haya caido en desuso. Aquellos diligentes y laboriosos investigadores desenterraron multitud de documentos útiles, que yacian cubiertos de polvo en los archivos municipales y en los sótanos de los monasterios. Débeles la historia no ser todavía un caos tenebroso é insondable.

Morales, Zurita y Garibay puede decirse que la crearon, abriendo un nuevo camino y enseñando á tratarla con dignidad y con decoro. Morales, por lo mismo que tenia ya otro criterio, no debió haber figurado como continuador de la bella coleccion de fábulas y cuentos que con el título de crónica habia ordenado y publicado Florian de Ocampo. Debió haber deshecho la obra de

éste, y levantádola él de nuevo. Garibay, escudriñador sin crítica, es todavía consultado con utilidad. No puede pronunciarse sin respeto el nombre del juicioso Gerónimo de Zurita. Este insigne historiógrafo de Felipe II, acudió á las verdaderas fuentes de la historia, á los archivos, y basó su obra sobre documentos originales. Mas ni los anales de Zurita son una historia general de España, ni aunque lo fueran, llenarian las condiciones que hoy de la historia se exigen. Narrador minucioso y exácto, pero árido y seco en la forma, falto de elegancia como de filosofía, es un buen repertorio de los sucesos de la época que comprende, tan insoportable para ser leido por recreo como indispensable á todo el que se ocupe de escribir historia.

Hacíase sentir ya demasiado la falta de una historia general de España. La nacion que de tantos desmembrados reinos habia logrado convertirse en una sola y vasta monarquía; la nacion que dominaba en la mitad de Europa, y se habia hecho señora de un nuevo mundo, no habia tenido un ingenio que penetrando atrevidamente en el confunso laberinto de los abundantes materiales que andaban diseminados, los reuniera y ordenara, y redujera á un cuerpo de historia, en que pudieran aprender los españoles por qué série y encadenamiento de vicisitudes habia pasado su patria para llegar á ser lo que entonces era.

Esta tarea tan importante como difícil, fué la que emprendió el padre Mariana.

He llegado á la primera historia general que se escribió en España, y con desconsuelo hay que decirlo, la única que poseemos.

Despues como antes de la obra del sábio jesuita, se

han escrito historias particulares de reinos ó reinados, de provincias, de ciudades, de príncipes, de dinastías, de órdenes religiosas, de instituciones y de familias, memorias, sinopsis, compendios, ilustraciones, adiciones y anotaciones. Débense á algunos institutos religiosos trabajos importantísimos. Hemos tenido nuestros monjes de San Mauro: nuestros Montfaucon, nuestros Bouquet y nuestros Calmet, han sido el venerable y eruditísimo agustino Florez, y los ilustrados continuadores de la España Sagrada. Las Memorias de la Academia de la Historia contienen discursos llenos de erudicion, y elucubraciones importantes de épocas oscuras y de cuestionados puntos históricos. Son infinitas las obras de más ó ménos mérito, que se deben á la laboriosidad de hombres aislados, y cada dia ven la luz pública colecciones de documentos que se van exhumando de los archivos, tambien con más ó ménos criterio ordenados. Materiales inmensos; ningun edificio concluido.

La *Sinopsis histórica* del presbítero Ferreras es una narracion desnuda de todos los atavíos de la historia. Este laborioso y apreciable escritor, por ser demasiado cronologista, se hizo un seco ensartador de hechos sin hilacion ni travazon alguna, cuya lectura solo puede soportar el que tenga precision de hacer sobre ella un estudio comparativo. Pecó Masdeu por el estremo opuesto en su *Historia Crítica*. Disertador difuso mas que historiador razonado, dejóse llevar del afan de lucir su genio crítico, su indisputable erudicion, y su diccion generalmente fácil, armoniosa y correcta; y su obra, más que á historia de España, se semeja á una abundante coleccion de discursos académicos enderezados á refutar tradiciones recibidas ú opiniones generalizadas, y sabido

es hasta qué punto se dejó arrastrar del amor á las novedades y de la pasion de la singularidad. Sus veinte volúmenes no llegan á la mitad de los que hubieran debido ser segun las dimensiones de su plan. El dean Ortiz, por el contrario, redujo su historia á tan cortas proporciones, que él mismo la llamó *Compendio histórico-cronológico*; eslabon intermedio entre las historias generales y los compendios. No es ciertamente la crítica filosófica lo que resalta en ella. El docto canónigo Sabau y Blanco, presentándose como modesto ilustrador de Mariana, tejió bajo el humilde título de *Tablas Cronológicas*, una nueva narracion de hechos, desde los tiempos más remotos hasta la muerte de Cárlos III. Ingirió, digámoslo así, una historia en otra, como quien reconoce la necesidad de reemplazar la antigua, y no tiene resolucion para formar una nueva; y por timidez ó por otras causas, no acierta á ponerse á la altura de su siglo, acaso con elementos para ello.

Sensible es en verdad que habiendo tenido España en los siglos XVI y XVII historiadores que podian competir con los mejores que entonces poseian los demás pueblos de Europa; un Zurita, á quien llamaron algunos el Tácito español; un Mariana, á quien se comparaba á Tito Livio; un Mendoza, que se propuso competir con Salustio; un Solís, á quien podemos llamar el Curcio español, quedára despues tan rezagada en punto á literatura histórica respecto á aquellos mismos paises. Y es que precisamente empezaron á decaer en España las letras cuando en el resto de Europa comenzó á florecer la filosofía, y siguió nuestro país, como en la marcha política ha solido acontecerle, un movimiento inverso al de las demás naciones.

En el siglo presente es cuando algunos celosos é ilustrados ingenios españoles han procurado levantar de su postracion este ramo de nuestra literatura, y alcanzado honroso nombre y merecida fama con historias particulares de reinos ó provincias, de dominaciones ó de reyes, de instituciones religiosas ó políticas, de los códigos de nuestra legislacion, y de otras materias y asuntos interesantes y propios para aclarar nuestra historia. Hánlo desempeñado ya con otro criterio y otra filosofía que la que pudieron alcanzar los escritores de los precedentes siglos. Capmany, Llorente, Marina, Toreno, y otros aun más modernos, cuyos luminosos escritos tendré muchas ocasiones de citar en mi obra, han hecho servicios eminentes á la historia nacional. Materiales y auxilios son de gran precio; pero es lástima que tan esclarecidos varones no hubieran acometido la empresa de dotar á su patria de una historia general.

Más cuidadosos ó más arrojados las estrangeros, parece haberse propuesto ó enmendar la incuria ó suplir la irresolucion de los ingenios nacionales que pudieran haberlo hecho con éxito. En obsequio á la imparcialidad debo decir que en algunas de sus obras he hallado erudicion vasta, sensatez en sus juicios, no escasa copia de datos, método en la ordenacion, y mas conocimiento de las cosas de España que el que por lo general han mostrado otros estrangeros que de ella han escrito, no pocos en verdad con asombrosa y culpable ligereza. Merecen en mi dictámen no ser comprendidos en el número de estos últimos, antes con mas razon ser incluidos entre los primeros, los historiadores generales de España Dunham, Romey, Roseew Saint-Hilaire, y los particulares Robertson, William Prescott, Weis, William Coxe, to-

dos adornados de preclaras dotes y de mérito distinguido aunque no igual. Así de estos como de nuestros autores nacionales he adoptado y tomado en ocasiones varias ó palabras ó pensamientos, cuando he creido que no podrian espresarse mejor, como me separo de ellos ó los impugno en los puntos en que me han parecido inexactos, ó en los juicios á que no me ha sido posible conformar los mios.

Resultando de este rapidísimo exámen ser la obra del P. Mariana la única historia general española que poseemos, resta solo, para justificar mi ardua empresa, inquirir si aquella llena las condiciones que los progresos literarios, el gusto de la época y las nuevas necesidades intelectuales reclaman hoy en las obras de este género.

No puede negársele al sabio jesuita ni la gloria de haber sido el primer historiador general español, ni el mérito de haber recopilado, ordenado y reducido á un cuerpo de historia los infinitos materiales que andaban dispersos, ni la honra de haber borrado la nota de descuido que entonces nuestra nacion padecia. Hizo en efecto Mariana con los cronistas é historiadores que le precedieron, algo semejante á lo que habia hecho Tito Livio con los antiguos analistas romanos, reducir á forma histórica lo que en ellos halló escrito; llevando tan adelante la imitacion de su modelo, que le siguió hasta en lo de hacerse inventor de bellas arengas, dando una enojosa uniformidad á las prolijas oraciones que pone en boca de los caudillos de todos los tiempos, y sacrificando así la verdad y hasta la verosimilitud histórica al empeño de lucir la gallardía del lenguage.

Poseía en verdad Mariana locucion castiza y pura, sencillez, limpieza y dignidad en el decir; y no le faltaba



ni erudicion, ni talento claro, ni ideas nobles, ni discrecion y rectitud de juicio. Creo además que hizo todo lo que se podia hacer en su tiempo, y sospecho que si hubiera vivido en el presente siglo, hubiera podido componer una historia capaz de satisfacer sus exigencias. Acaso hizo sin intentarlo mas de lo que se habia propuesto, á juzgar por lo que él mismo dijo á su amigo Lupercio de Argensola: «Yo nunca pretendí hacer una historia de España, ni examinar todos los particulares, que fuera nunca acabar, sino poner en estilo lo que otros tenian juntado como materiales de la fábrica que pensaba levantar.»

Pero Mariana no podia eximirse de participar de las ideas dominantes de su siglo. Achaque del tiempo será ciertamente, mas que culpa suya, el haber admitido, fuese por credulidad propia ó por timidez y respeto á aquellas mismas ideas, tantas fábulas y consejas, tantos errores vulgares y tradiciones absurdas, algunas de tal naturaleza, que él mismo se vió obligado á hacer aquella célebre confesion: *plura transcribo quam credo.* Y no hizo poco si dejó traslucir á veces su perplejidad en dar ó no asenso á los cuentos que refiere como acreditados entre el vulgo, ó hablillas y patrañas que él decia. Aun así deslizáronsele en gran número, que han ido recibiendo una especie de sancion popular, por lo mismo de hallarse por tan grave autor consignadas. Lo que pudo no ser defecto en aquel tiempo, fuera un anacronismo contra las leyes del progreso intelectual pretender mantenerlo en el siglo XIX.

Hiciérase mas excusable esta falta supliéndola en mucho la discrecion del lector moderno, que no en todos puede suponerse, si la compensára por otra parte

una apreciacion filosófica de las causas de los acontecimientos y de su influjo en los progresos, declinacion y alteraciones de los diferentes estados de España, de las formas y modificaciones de su sistema político, y de los pasos y trámites que fué llevando esta fraccionada monarquía hasta su unidad. Pero desgraciadamente no es en la historia de Mariana donde puede adquirirse este conocimiento, como oportunamente lo hizo notar el juicioso Capmany en su Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia española, y muchos despues de él.

Hay un período en la Historia de España, el más largo, y sin duda el más fecundo en hechos brillantes y gloriosos para nuestra nacion, en que evidentemente peca de manca y deja un lastimoso vacio la obra de que me ocupo. Hablo del período de la dominacion de los árabes. Mariana estampó lo que halló escrito en los cronistas españoles, escaso por lo comun y diminuto, y no pocas veces apasionado ó erróneo. No alcanzó la *Biblioteca arábico-hispana Escurialensis* del célebre orientalista Casiri: no pudo conocer la *Historia de la dominacion de los Arabes* de Conde, ni menos la reciente y muy posterior de *Al-Makari*, que debemos al erudito Gayangos. Viendo siempre á aquellos dominadores por el solo prisma de la religion, despues de desfigurar lastimosamente sus nombres, que es lo menos, no les ahorra nunca el epíteto de *bárbaros*, aun en la época en que el imperio muslímico español era el emporio del saber y el centro de donde se derramaba por el mundo la luz de las ciencias y de las artes, precisamente entonces que no estábamos nosotros para hacer alarde en punto á conocimientos humanos. Así se fueron arraigando en las masas del pueblo español las ideas equivocadas que aun se tienen



respecto á la cultura y civilizacion de aquellos nuestros conquistadores.

Aparte de estos capitales defectos, y considerada la mas popular de nuestras historias por el lado solo de la ordenacion, del método y de la claridad, bien necesita de una comprension raramente feliz, de una intuicion especial y de una retentiva privilegiada el que pueda decir con verdad y con la mano puesta sobre el corazon, que ha aprendido con sola la lectura del Mariana el órden y el enlace de los sucesos y la marcha de la civilizacion y de la organizacion política y social de España.

Pienso sobre todo que una historia que no ha podido alcanzar sino á los primeros años del siglo XVI, y que por consecuencia deja en claro los últimos tres siglos, cabalmente los que pueden interesarnos más, exige ya ser reemplazada: y que si ha de haber unidad en el pensamiento y en el colorido, no basta reparar la fábrica antigua é irle agregando piezas modernas, como hasta ahora se ha practicado. Menester es edificar de nuevo, sin dejar por eso de respetar lo antiguo, tan digno de veneracion. Y este es ya, si no he estudiado mal la opinion, el sentimiento y la conciencia pública. Pero *hoc opus, hic labor.*

Reconozco toda la dificultad de la empresa. ¿Y quién hay que no la reconozca? Requiérese aliento vigoroso y mucho amor patrio. No me ha faltado éste: el otro es el que ha estado muchas veces á punto de desfallecer. Y no porque me parezca exceder la obra á la capacidad del espíritu humano, como decia hablando á la Academia de la Historia en 31 de octubre de 1817 uno de los hombres mas doctos que ha tenido esta ilustre corporacion. Ni

por que opine como el eruditísimo Chateaubriand cuando dice en el Prólogo á sus *Estudios históricos*, «que tenemos hoy muchos hombres que saben escribir cincuenta páginas, y algunos un tomo, no muy abultado, con singular talento; pero que hay muy pocos capaces de componer y coordinar una obra seguida, de abrazar un sistema y de sostenerlo con arte é interés durante el curso de muchos volúmenes:» añadiendo, «que el folleto y el artículo de periódico parecen el termómetro que señala la medida y el límite de nuestro espíritu.» Yo creo por el contrario, que aquí mismo en nuestra España sobran ingenios capaces de dar cumplida cima y llevar á feliz término esta misma obra; lo que ha estado para desalentarme muchas veces es precisamente el paralelo entre la capacidad de estos y la pequeñez mia. Ellos necesitarian solo de resolucion, y yo necesito de arrojo: pero ellos no se resuelven, y es fuerza arrostrar la temeridad. Si en estas cosas *non est satis voluisse*, tambien es imposible que carezcan de todo merecimiento la intencion, el ahinco y la laboriosidad. Abramos la senda. Otros marcharán por ella con mas gloria; pero algo reflejará en el primero que trabajó por desembarazarla.

«La historia de España no está en los libros, he oido decir mas de una vez en algunas reuniones de literatos: está en los archivos públicos y privados, está en pergaminos escritos en lenguas y caractéres hoy casi indescifrables; está en documentos que yacen entre el polvo de oscuros rincones, ó en lápidas que cubren todavía la tierra.»—Aguardad á que se desentierren y descifren todos esos documentos, útiles unos, de ignorada y problemática importancia otros; esperad á la elucidacion ó eventual ó imposible de todos los puntos dudosos; no es-

cribais hasta que se pronuncie el *«ya no hay mas»* en materia de documentos ó de descubrimientos históricos; y pasareis vosotras y vuestos hijos, y muchas generaciones sin ver mejorar la historia patria. Mariana lo dijo ya: esta tarea *fuera no acabar nunca*. Enriquecedla con lo descubierto y conocido, escudriñad lo posible, mejorad lo existente, ensanchad el edificio, dadle mas elegancia, ó mas brillo, ó mas regularidad, y hareis un beneficio á los hombres. Detrás de vosotros vendrá otro que mejorará vuestra obra, y otro más adelante perfeccionará la de aquel. Jamás se hizo de una vez la historia de un pueblo. ¿Y cuál es el que puede decir que la tiene acabada y perfecta?

El insigne Ambrosio de Morales era menos exigente que estos optimistas de la historia. «Puede haber (dice «en su Prólogo á la *Crónica general de España*) muchas «causas y muy justas, por las cuales alguno se empeñe «en escribirla, y quiera á costa de su trabajo y su fatiga «aprovechar en comun á muchos con su escritura. Mas «entre todas, dos causas hay principales y dignas para «mover á que uno escriba la historia que antes de él «otros han escrito, no teniendo por acabado lo que por «muchos está ya hecho. Es la una, pensar de sí el que «escribe de nuevo que podrá dar mas certidumbre en las «cosas, que la tuvieron los que antes las han contado: «y la otra, que ya que en la verdad de la historia no «pueda sobrepujar á los pasados, vencerlos ha á lo me«nos en decir mas hermosamente las cosas, dándoles «mayor gusto y dulzura, con las que les puede poner el «buen estilo. Cualquiera de estas dos causas es bastante «para escribir una historia, pues ambas cosas á dos son «necesarias en ella.»

Participo de la opinion del docto cronista, si bien á las causas que señala pudieran añadirse algunas más.

He hecho para la investigacion y adquisicion de documentos las diligencias que caben en los esfuerzos del individuo aislado. Me he dirigido á las academias y corporaciones literarias; he solicitado el auxilio de los hombres de letras, é hice un llamamiento á todos los amantes de las glorias nacionales y de la verdad histórica que poseyesen documentos, escrituras ó monumentos que pudieran contribuir á ilustrar nuestros anales. A algunos he sido deudor de interesantes manuscritos y noticias útiles. Me complazco en pagarles este tributo de gratitud. Otros han tenido por conveniente guardar un sistema de reserva y de incomunicabilidad, que no todos interpretarán del mismo modo, y al que fuera de celebrar les quedara la patria reconocida. Probablemente estos mismos serán los primeros á pregonar que la historia no sale tan enriquecida como pudiera; «pues poseen ellos *un documento precioso á ignorado*, de que no se hace en ella mérito.»

He visitado y examinado nuestros archivos, y principalmente los generales de las antiguas coronas de Aragon y de Castilla, establecidos el uno en Barcelona y el otro en Simancas, con las molestias, las dificultades y dispendios que en nuestro país esperimenta todavía el particular que tiene la vocacion de consagrarse á estas ímprobas y enojosas ocupaciones, abandonado á sus recursos propios. He recogido de aquellos abundantísimos y ricos depósitos de nuestras glorias cuantas noticias y materiales me ha sido posible. Mentiria si dijera que lo habia escudriñado todo: el que se lo propusiera,

necesitaria dedicar á esto solo una vida más larga que la que comunmente se concede á los hombres. Aun así, podré rectificar varios errores históricos admitidos por mis predecesores.

Con estos títulos me presento al público: él los apreciará en lo que valgan.

Diré algo acerca del plan y sistema que me propongo seguir.

«Desde la invencion de la imprenta hasta nuestros «dias, dice el ilustrado Thierry, tres escuelas históricas «han florecido sucesivamente; la escuela popular de la «edad media, la escuela clásica ó italiana, y la escuela «filosófica, cuyos gefes gozan hoy una reputacion euro«pea. Como hace doscientos años se deseaba para la «Francia los Guicciardini y los Dávila, se le desea en «estos momentos los Robertson y los Hume. ¿Es cierto «que los libros de estos autores presenten el tipo real y «definitivo de la historia? ¿Es cierto que el modelo á que «la han reducido nos satisfaga á nosotros tan completa«mente como satisfacia á nuestros antepasados el plan «de los historiadores de la antigüedad? No lo creo: creo, «por el contrario que esta forma enteramente filosófica «tiene los mismos defectos que la forma absolutamente «literaria del penúltimo siglo.»

Estoy de acuerdo con esta última observacion. La historia descriptiva, en que no ha tenido competidor Mr. de Barante, y la historia puramente filosófica, al frente de cuya escuela marcha el ilustre Hegel, la una desatendiendo á la especie por ocuparse del individuo, la otra haciendo olvidar al individuo por ocuparse toda de la especie, tienen inconvenientes igualmente graves. Pienso que el lector desea que se le den á conocer am-

bas cosas, y el acierto estaria en maridar en lo posible ambos sistemas.

Como no me propongo escribir para los doctos, que podrian ellos mismos iluminarme con sus juicios, sino para que aquellos que ó necesitan de guia ó no tienen tiempo para meditar sobre los hechos y deducir las consecuencias de los principios, tengo por insuficiente la historia que se limita al simple relato de los sucesos, desechando toda fórmula histórica y abandonando á la inteligencia del lector las inducciones y aplicaciones. Aun supuesta la más imparcial y exácta pintura de las acciones buenas ó malas de los hombres, ¿bastaria esto para llenar los altos fines morales de la historia? Frialdad culpable pareceria esta imparcialidad cuando se trata de pintar el vicio ó la virtud, y así podria conducir al escepticismo en asuntos de religion, como al indiferentismo político en negocios que tocan al amor de la patria. ¡Triste y desconsoladora imparcialidad la de un Suetonio contando friamente las torpezas del lecho imperial! Déjese, pues, al historiador, ó indignarse contra los crímenes, ó gozarse de ensalzar las acciones virtuosas, comparar, discurrir y hacer notar las consecuencias de unas y otros en mal ó en bien de los estados.

En vista, pues, de que ninguno de los sistemas que gozan más boga satisface cumplidamente ni carece de inconvenientes y defectos, considerada la ineficacia de los preceptos y reglas que tantos autores han dado desde Luciano hasta Mably, desde D'Alembert y Voltaire hasta Mr. de Bonald, bien puedo sin vacilar seguir el consejo del elocuente autor de los *Estudios Históricos* cuando dice: «Si bien es útil tener principios fijos al tomar la pluma, es una cuestion ociosa preguntar como

«debe escribirse la historia: cada historiador la escribe «segun su propio génio..... todos los modos son buenos «con tal que sean verdaderos..... Escriba, pues, cada «cual como vé y como siente.....»

Usando de esta justificada libertad, el órden que he adoptado es referir primero y deducir despues; estudiar los hechos y ver si los resultados de la esperiencia confirman los principios y si estos esplican aquellos. Como mi objeto es dar á la historia la mayor claridad posible, é imprimir en la memoria de los lectores del modo más permanente así el conocimiento de los sucesos como el de su influjo en las modificaciones políticas del país, no he querido interponer largas distancias entre la relacion y las reflexiones, ni tampoco interpolarlas tan de cerca que hagan la narracion truncada y falta de unidad, distrayendo contínuamente la atencion del lector, y haciéndole perder el hilo de la accion. Así creo conciliar las ventajas de ambas escuelas, y obviar el inconveniente que Thierry nota en este método, suponiendo que se desprecia la narracion por reservar el vigor para los comentarios; «y que cuando el comentario llega no ilustra nada; porque el lector no le liga á la narracion de que el escritor le ha separado.» Así seria, si los resultados morales ó políticos se separáran tanto de los hechos que el lector no pudiera ligarlos sin poner en tortura su memoria, ó sin obligarle á hacer una nueva lectura de los sucesos. Mas es precisamente lo que me he propuesto evitar. Mucho desearia haberlo logrado. Tengo aun por más embarazoso y fatigante ingerir en el relato histórico observaciones que á las veces tienen que ser prolijas, tales como el exámen más ó ménos analítico de un código de nuestra legislacion, el de la influencia del

espíritu religioso en la organizacion política y civil del pueblo, y otros cuadros que exigen detenidas consideraciones. Estas piden un lugar aparte. Por lo menos colocado yo en el lugar del lector, agradeceria encontrarlas separadas. No es posible medir á todos por la regla propia, pero hay que seguir la que parece más natural.

En cuanto al principio que impulsa la marcha de la humanidad, no puedo conformarme con la escuela fatalista que considera todas las catástrofes como necesarias, que desvanece toda esperanza y que seca todo consuelo, aunque marchen al frente de esa escuela hombres tan ilustrados como Thiers y Mignet. Acojo gustoso la ley de la Providencia con Vico, y coloco todo los pueblos bajo la guia y el mando de Dios con Bossuet. Esplicaré más este principio en el discurso preliminar.

He citado á Bossuet, y debo rectificar una idea que ha hecho formar de la historia este sábio escritor. «En la «historia (dice) es donde los reyes, degradados por la «mano de la muerte, comparecen sin córte y sin séquito «á sufrir el juicio de todos los siglos.» Desde entonces se ha repetido cien veces que la historia es el espejo en que los reyes ven la imágen de sus defectos. No, no es esto solo la historia. No han sido solos los reyes los opresores de la humanidad. Tambien han solido serlo á su vez los pueblos cuando han ejercido la soberanía absoluta: tambien lo han sido otras clases de la sociedad: todas han tenido aduladores, y todos deben comparecer en las páginas de la historia á sufrir ese juicio imparcial y severo, porque sus lecciones se dirigen á todos, y la historia condenará siempre el fanatismo, la

iniquidad, la ambicion, el despotismo, la licencia, las guerras injustas, ya las promueva un monarca orgulloso, ya las suscite una multitud ciega y desenfrenada, ya las fomenten los magistrados electivos de una república en nombre del pueblo. Tácito fué un acusador inexorable de los monarcas: todas las clases deben encontrar en la historia quien acuse sus excesos.

Los períodos de tiempo en que puede dividirse la historia son por lo regular tan imperfectos como las divisiones que solemos hacer del espacio, porque todo se encadena en uno y otro por gradaciones insensibles. La historia de España ofrece sin embargo períodos naturales en las invasiones que cuenta. Pero hay uno en tre ellos, el de la dominacion sarracena, que pienso nadie ha clasificado con exactitud y propiedad, ni es tampoco fácil hacerlo. Desígnase comunmente con el nombre de *España árabe*, y no lo es desde que reemplazó al imperio de los árabes el de la raza africana y mora. Tampoco es la *España musulmana*, ni la *España bajo la dominacion de los sarracenos*, desde que las armas cristianas se hicieron dueñas de la mayor parte del territorio español para no volverle á perder. Ni puede decirse la *España cristiana* desde la época en que se declaró la victoria y la superioridad en favor de los defensores de la cruz, porque cristiana ha sido la España antes y despues de la reconquista. En la dificultad de comprender bajo una misma denominacion ese largo y complicado período, he hecho de él tres divisiones, sirviéndome de pauta aquellos acontecimientos notables que alteraron sustancial y ostensiblemente la situacion de los reinos, y de base las vicisitudes esenciales de la corona de Castilla en que vinieron á fundirse las demás.



Por desgracia la cronología de nuestra historia está todavía muy lejos de haber alcanzado un grado de certidumbre tal, que baste á poder fijar de un modo inconcuso la fecha precisa de cada suceso, notándose frecuentemente tal divergencia entre los mismos autores coetáneos, que es á veces de difícil y acaso imposible logro apurar donde está la verdad, y más cuando faltan documentos auténticos que disipen toda duda. En tales casos me acomodo á lo que asientan los escritores que pasan por de más autoridad. Reconociendo la utilidad de estas investigaciones, otros son á quines corresponde ocuparse de intento en hacerlas, y no deben servir de embarazo al historiador general. «Esas discusiones prolijas, dice el erudito Cesar Cantú, para comprobar una fecha, un lugar, un nombre, y esa erudicion laboriosa..... que nos dispensa de meditar al enriquecernos con las ideas agenas, no se hicieron para el historiador que aspira á revivir en los corazones más que en las bibliotecas.»

Refiero las batallas y hechos de armas con la posible rapidez, y solo me detengo algun tanto en aquellas que por especiales circunstancias y notables accidentes, ó por su grande interés, ó por el cambio que produjeran en la suerte del país, merecen conservarse en la memoria de los hombres. Harto sensible es para un historiador el tropezar con siglos enteros en que los hombres apenas se ocupaban de otra cosa que de pelear. Lectores y autores tienen que sufrir esta monotonía desconsoladora, si no han de pasarse en claro largos períodos.

Si en todas las historias son esenciales requisitos el método y la claridad, necesítase particular estudio para evitar la confusion en la de España, acaso la más complicada de cuantas se conocen, señaladamente en las

épocas en que estuvo fraccionada en tantos reinos ó estados independientes, regido cada cual por leyes propias y distintas, y en que eran tan frecuentes las guerras, las alianzas, los tratados, los enlaces de dinastías, que hacen sobremanera difícil la division sin faltar á la unidad, y la unidad sin caer en la confusion. Procuro, pues, referir con la separacion posible las cosas de Aragon y las de Castilla, las de Navarra, Portugal ó Cataluña, y las que tenian lugar en los paises dominados por los árabes; aparte de los casos en que los sucesos de unos y otros estados corrian tan unidos que hacen indispensable la simultaneidad en la narracion. En cuanto á la claridad, siempre he preferido á la vanidad que se disfraza bajo la brillantez de las formas, la sencillez que Horacio recomienda tanto, aconsejando á los autores que escriban no solo de manera que puedan hacerse entender, sino que no puedan menos de ser entendidos. La historia no es tampoco un discurso académico.

Siento haber de advertir que una historia general no puede comprender todos los hechos que constituyen las glorias de cada determinada poblacion, ni todos los descubrimientos que la arqueología hace en cada comarca especial. No haria esta advertencia, que podria ofender al buen sentido de unos y parecer escusada á otros, si no tuviera algunos antecedentes para creerla necesaria.

Como español, y amante de las glorias de mi patria, permítaseme, cuando pueda sin faltar á la austera verdad histórica, hablar con complacencia en las ocasiones que encuentre virtudes ó grandezas españolas que elogiar. La imparcialidad no prohibe los sentimientos del corazon; y escusable será este justo desahogo en quien tantas veces ha pasado por la amargura de ver su pa-

tria por estrangeras plumas vulnerada. ¿Quién podrá negarme esta compensacion?

No quiero molestar con más advertencias. Sea la última de todas, que en la imposibilidad de hacer una obra tan perfecta y acabada como desearia, el ojo escudriñador de la crítica podrá fácilmente encontrar en ella, no ya solo los defectos inherentes á esta clase de obras, sino otros en que todo el esmero y diligencia del autor no le hayan eximido de incurrir. Lejos de temer los juicios críticos, los agradeceré cuando la buena fé los dicte, y conduzcan ó á enmendar errores, ó á esclarecer hechos, ó á encaminar por mejor sendero al historiador. Y si un Salustio, con haber merecido que Séneca le apellidára *honor de la historia*, y que Marcial le concediera el primer lugar entre los historiadores, hubo de tolerar que Aulo Gelio le reprendiera muchas palabras, y que Assinio Pollion escribiera un libro entero contra su historia; si un Tito Livio no pudo librarse de la censura de Tácito, que le notó de duro y seco en las espresiones; si el mismo Tácito tan alabado de todos, tampoco pudo evitar que Tertuliano le llamára en su Apologético *hablador de falsedades*; si en nuestra misma España no faltó á Mariana un Mantuano que se cebára encarnizadamente en su obra; si ha acontecido otro tanto á todos los historiadores, y yo mismo me he creido autorizado para juzgar á los que me han precedido en esta espinosa carrera, ¿cómo he de pretender eximirme de comparecer y someterme á ese juicio á que se sujetan todos los públicos escritores?

Dichoso yo si al través de las dificultades inmensas de ejecucion, de las imperfecciones anexas á la naturaleza de la obra y á las facultades intelectuales del es-

critor, y de los fallos inexorables de la crítica, logro hacer un trabajo menos imperfecto que los de la misma índole que poseemos, y ser de esta manera útil al país en que he nacido y á cuyo servicio he consagrado toda mi vida. Con esto solo me daria por altamente satisfecho, y mis esfuerzos y vigilias serian sobradamente recompensados.

DISCURSO PRELIMINAR.

I.

La humanidad vive, la sociedad marcha, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, los indivíduos obran. ¿Quién los impulsa? ¿Es la fatalidad? ¿Hemos de suponer la sociedad humana abandonada al acaso, ó regida solo por leyes físicas y necesarias, por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin guia, sin objeto, sin un fin noble y digno de tan gran creacion? Esto, sobre arrancar al hombre toda idea consoladora, sobre secar la fuente de toda noble aspiracion, sobre esterilizar hasta la virtud mas fundamental de nuestra existencia, la esperanza, equivaldria á suprimir todo principio de moralidad y de justicia, de bien y de mal, de premio y de castigo, seria hacer de la sociedad una máqui-

na movida por resortes materiales y ocultos. Referiríamos impasibles los hechos, y nos dispensaríamos del sentimiento y de la reflexion. Veríamos morir sin amor y sin lágrimas al inocente, y contaríamos sin indignacion los crímenes del malvado: mejor dicho, no habria ni criminales ni inocentes; unos y otros habrian sido arrastrados por las leyes inexorables de su respectivo destino, no habrian tenido libertad. Desechemos el sombrío sistema del fatalismo; concedamos más dignidad al hombre, y más altos fines al gran pensamiento de la creacion.

Por fortuna hay otro principio más alto, más noble, más consolador, á que recurrir para esplicar la marcha general de las sociedades, la Providencia, que algunos no pudiendo comprenderla han confundido con el fatalismo. Aun suponiendo que los libros santos no nos hubieran revelado esa Providencia que guia al universo en su magestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio, nada mejor que la historia pudiera hacerla adivinar, enseñándonos á reconocerla por ese encadenamiento de sucesos con que el género humano va marchando hácia el fin á que ha sido destinado por el que le dió el primer impulso y le conduce en su carrera. Dado que el órden providencial fuera tan inesplicable como el fatalismo, le preferiríamos siquiera uese solamente por los consuelos que derrama en el corazon del hombre la santidad de sus fines. El que trazó sus órbitas á los planetas, no podia haber deja-

do á la humanidad entregada á un impulso ciego.

Creemos, pués, con Vico, en la direccion y el órden providencial, y admitimos además con Bossuet, segun en el prólogo apuntamos, la progresiva tendencia de la humanidad hácia su perfeccionamiento; y que este compuesto admirable de pueblos y de naciones diferentes, de familias y de individuos, vá haciendo su carrera por el espacio inmenso de los siglos, aunque á las veces parezca hacer alto, á las veces parezca retroceder, hasta cumplir el término de la vida: es una pirámide cuya base toca en la tierra, y cuya cúspide se remonta á los cielos.

He aquí los dos grandes y luminosos fanales que nos han guiado en nuestra historia. De esta escala de Jacob procuramos servirnos para subir de los hechos á la esplicacion del principio, y para descender alternativamente á la comprobacion del gran principio por la aplicacion de los sucesos.

En esta marcha magestuosa, los individuos mueren y se renuevan como las plantas; las familias desaparecen para renovarse tambien; las sociedades se trasforman, y de las ruinas de una sociedad que ha perecido nace y se levanta otra sociedad nueva. Pasan esos eslabones de la cadena del tiempo que llamamos siglos; y al través de estas desapariciones, de estas muertes, y de estas mudanzas, una sola cosa permanece en pié, que marchando por encima de todas las generaciones y de todas las edades, camina constantemente hácia su per-

feccion. Esta es la gran familia humana. «Todos los «hombres, dijo ya Pascal, durante el curso de tantos si- «glos pueden ser considerados como un mismo hombre «que subsiste siempre, y que siempre está aprendiendo.» Gigante inmortal que camina dejando tras sí las huellas de lo pasado, con un pié en lo presente, y levantando el otro hácia lo futuro. Esta es la humanidad, y la vida de la humanidad es su historia.

Como en todo compuesto, así en este gigantesco conjunto cada parte que le compone tiene una funcion propia que desempeñar. Cada indivíduo, cada familia, cada pueblo, cada nacion, cada sociedad, ha recibido su especial mision, como cada edad, cada siglo, cada generacion tiene su índole, su carácter, su fisonomía, todo en relacion á la vida universal de la humanidad. ¿Cómo concurre cada una de estas partes á la vida y á la perfeccion de la gran sociedad humana? No es fácil ciertamente penetrar todas las armonías secretas del universo. Entre muchas relaciones que se comprenden, escápanse otras infinitas á la sagacidad del entendimiento humano. A veces un acontecimiento grande, ruidoso, universal, revela á las naciones que á él han cooperado el objeto y fin de su marcha anterior, hasta entonces de ellas mismas desconocido. No estrañamos que esto fuese ignorado de los antiguos, porque faltaban las lecciones prácticas de los grandes ejemplos; pero hoy la humanidad ha vivido ya mucho, ha salido de su menor edad, ha visto y sufrido muchas tras-

formaciones, y ha podido apercibirse de su destino, y aprender en lo conocido las conexiones secretas de lo que le resta por conocer. Pongamos un ejemplo.

Una generacion antigua, dividida en grupos de naciones, avanzaba hácia un fin que conocia solo el que guiaba secretamente el movimiento, al modo que las legiones de un gran ejército concurren á un punto dado por caminos y direcciones diferentes para encontrarse reunidas en un mismo dia, sin que nadie penetre el objeto sino el general en gefe que ha dispuesto aquella combinacion de evoluciones. Ocurrió la proclamacion del cristianismo en las naciones del mundo y la gran catástrofe de la caida del imperio romano. Y entonces pudieron conocer los pueblos de la antigüedad que todos habian contribuido sin saberlo á aquella grande obra de la regeneracion humana. Entonces pudo penetrar el filósofo que no en vano la Providencia habia colocado la cabeza de aquel imperio en el centro del Mediterráneo, que no en vano habia dotado al pueblo-rey de aquel espíritu incansable de conquista; porque era necesario un poder, que poniendo en comunicacion todos los territorios, todas las naciones mediterráneas, conquistador primero y civilizador despues, difundiera por todas aquellas regiones un mismo lenguage, una misma religion, un mismo derecho. Necesario era que se desplomara aquel grande imperio al soplo del cristianismo; necesario era que la Italia, las Galias, la España, el Africa, la



Grecia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Judea, que despues de estar sometidos el judaismo y el politeismo á una sola voluntad, presenciaran aquella general trasformacion, para que el mundo antiguo se convenciera de que llevaba en sí el secreto defecto de un principio insuficiente para sostener la vida, y de que si el género humano habia de seguir marchando hácia su perfeccion necesitaba ya de otra religion, de otra civilizacion, de otra vida.

Tenemos, pues, fé en el dogma de la vida universal del mundo, que se alimenta de la vida de todos los pueblos, de todas las regiones, de todas las castas, y de todas las edades. Que cuando la vida humana ha gastado su alimento en unos climas, pasa á rejuvenecerse en otros donde halla sávia abundante. Que cada edad que pasa, cada trasformacion social que sucede, va dejando algo con que enriquecer la humanidad, que marcha adornada con los presentes de todas. Levántase á veces un génio exterminador, y el mundo presencia el espectáculo de un pueblo que sucumbe á sus golpes destructores; pero de esta catástrofe viene á resultar, ó la libertad de otros pueblos, ó el descubrimiento de una verdad fecundante, ó la conquista de una idea que aprovecha á la masa comun del género humano. A veces una creencia que parece contar con escaso número de seguidores, triunfa de grandes masas y de poderes formidables. Y es que cuando suena la hora de la oportunidad, la Providencia pone la

fuerza á la órden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas. A veces pueblos, sociedades, formas, suelen desaparecer á los sentidos externos; y es que la vida social ha alcanzado bajo nuevas formas y en nuevas alianzas el siguiente período de su desarrollo, y nuevas generaciones van á funcionar con más robusta vida en el mismo teatro en que otras perecieron.

Creemos pues tambien en la progresiva perfectibilidad de la sociedad humana, y en el enlace y sucesion hereditaria de las edades y de las formas que engendran los acontecimientos, todos coherentes, ninguno aislado, aun en las ocasiones que parece ocultarse su conexion. Para nosotros es una gran verdad el célebre dicho de Leibnitz; «Lo presente, producto de lo pasado, engendra á su vez lo futuro.»

Líbrenos Dios de acoger la desconsoladora idea del contínuo deterioro de nuestra especie, que formuló Horacio diciendo: «La edad de nuestros padres, peor «que la de nuestros abuelos, nos produjo á nosotros, «peores que nuestros padres, y que daremos pronto el «ser á una raza más depravada que nosotros.»

Aetas parentum, pejor avis, tullit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.

Idea que descubre la imperfeccion de la filosofía pagana. Nosotros repetimos con un filósofo cristiano:



«Es la mision de los siglos modernos adelantar y lu-«char, y si la palabra de Dios no es engañosa, irá «desarrollándose y realizándose cada vez más la ley «del amor y de la justicia; y como en ella consiste «asimismo el perfeccionamiento del órden moral, será «infalible el progreso, porque habrá venido á ser la «ley natural de la humanidad.»

Tan lejos estamos de creer en el empeoramiento sucesivo de la raza humana, que no veríamos con complacencia volver los tiempos del mismo Horacio. Con todos los males que sentimos, con todas las miserias que lamentamos, no cambiaríamos la edad presente por las que la precedieren, salvos cortos y parciales períodos de pasagera felicidad, que habrán sido el estado excepcional de un pueblo, no la condicion normal del mundo. Aunque una historia universal lo probaria mejor, la de España lo acreditará cumplidamente.

Si no temiéramos hacer de este discurso un disertacion filosófico-moral, expondríamos cómo entendemos nosotros la conciliacion del libre albedrío con la presciencia, y cómo se conserva la libertad moral del hombre en medio de las leyes generales é inmutables que rigen el universo bajo la culta accion de la Providencia. Pero no es ocasion de probar; nos contentamos con exponer nuestros principios, nuestro dogma histórico. Y anticipadas estas ideas, que hemos creido oportuno indicar para que se conozca el punto de vista bajo el cual consideramos la historia, creemos llegado

el caso de circunscribirnos á la particular de España, objeto de nuestros trabajos, y de echar una ojeada general sobre cada una de sus épocas, para ver cómo se fué formando en lo material y en lo político esto que hoy constituye la monarquía española.

II.

Si la estructura de este compuesto sistemático de territorios que nombramos Europa revela el grandioso plan del Criador para la gran ley de la unidad en la variedad; si esas divisiones geográficas parecen hechas y concertadas para que dentro de cada una de ellas pueda encontrar cada sociedad las condiciones necesarias para una existencia propia; si aun suponiendo la Europa ocupada por un solo pueblo habríamos de ver tendencias irresistibles á la particion de esta gran república en grupos distintos, que aspiráran á formar cada cual una nacionalidad aparte; ¿quién no descubre en la situacion geográfica de España la particular mision que está llamada á cumplir en el desarrollo del magnífico programa de la vida del mundo? Cuartel el más occidental de Europa, encerrado por la natu-



raleza entre los Pirineos y los mares, divididas sus comarcas por profundos rios y montañas elevadísimas, como delineadas y colocadas por la mano misma del grande artífice, parece fabricado su territorio para encerrar en sí otras tantas sociedades, otros tantos pueblos, otras tantas pequeñas naciones, que sin embargo han de amalgamarse en una sola y comun nacionalidad que corresponda á los grandes límites que geográficamente le separan del resto de las otras grandes localidades europeas. La historia confirmará los fines de esta física organizacion.

Así desde que los primeros pobladores se derraman por las varias zonas de su territorio, al paso que se van asentando en sus diferentes comarcas, la variedad del clima y de las producciones de cada suelo, la dificultad que el terreno presenta para mantener relaciones entre las familias que se segregan, los hace ir contrayendo hábitos y ocupaciones diferentes. Intereses locales diversos, muchas veces encontrados, aflojan los vínculos sociales entre la familia comun, al tiempo que ligan y estrechan los de los moradores de cada localidad. Grupos primero, tribus despues, pueblos y naciones más adelante, llegan á guerrear entre sí, ó por la necesidad de ensancharse, ó por incompatibilidad de intereses, ó por rivalidades que siempre se suscitan entre vecinos pueblos, tratándose como estraños, y olvidándose al parecer de su comun orígen. Pero en medio de esta diversidad de tendencias y de

genios, se conserva siempre un fondo de carácter comun, que se mantiene inalterable al través de los siglos, qne no bastan á extinguir ni guerras intestinas ni dominaciones estrañas, y que anuncia habrá de ser el lazo que unirá un dia los habitantes del suelo español en una sola y gran familia, gobernada por un solo cetro, bajo una sola religion y una sola fé. Y cuando con el trascurso de los tiempos se cumple este destino providencial del pueblo español, entonces conservando la España su fisonomía especial, se desarrolla su vida en órden inverso. Antes, al través del fraccionamiento y de la variedad manteniase vivo un fondo de carácter que recordaba la identidad del antiguo orígen y hacía presagiar la unidad futura; después, en medio de la unidad conservan los pueblos sus especiales y primitivos hábitos, y con el recuerdo de lo que fueron, las tendencias al aislamiento pasado. Antes la unidad en la variedad, despues la variedad en la unidad Pueblo siempre uno y múltiple, como su estructura geográfica, y cuya particular organizacion hace sobremanera complicada su historia, y no parecida á la de otra nacion alguna.

Y á pesar de tener tan en relieve designados sus naturales límites, jamás pueblo alguno sufrió tantas invasiones. El Oriente, el Norte y el Mediodía, la Europa y el Africa, todos se conjuran sucesivamente contra él. Pero tampoco ninguno ha opuesto una resistencia tan perseverante y tenáz á la conquista. A

fuerza de tenacidad y de paciencia acaba por gastarlos á todos, y por vivir mas que ellos.

El valor, primera virtud de los españoles, la tendencia al islamiento, el instinto conservador y el apego á lo pasado, la confianza en su Dios y el amor á su religion, la constancia en los desastres y el sufrimiento en los infortunios, la bravura, la indisciplina, hija del orgullo y de la alta estima de sí mismo, esa especie de soberbia, que sin dejar de aprovechar alguna vez á la independencia colectiva, le perjudica comunmente por arrastrar demasiado á la independencia individual, gérmen fecundo de acciones heróicas y temerarias, que así produce abundancia de intrépidos guerreros, como ocasiona la escasez de hábiles y entendidos generales, la sobriedad y la templanza, que conducen al desapego del trabajo, todas estas cualidades que se conservan siempre, hacen de la España un pueblo singular que no puede ser juzgado por analogía. Escritores muy ilustrados han incurrido en errores graves y hecho de ella inexactos juicios, no imaginando que pudiera haber un pueblo cuyas condiciones de existencia fuesen casi siempre diferentes, muchas veces contrarias á las del resto de Europa.

¿Qué mas? Como si la Providencia hubiera querido hacer resaltar del modo mas visible el destino especial de esta península, colocó al lado del pueblo más vivo y más impaciente, el más bien hallado con sus antiguos hábitos; al lado del más descontentadizo y dado á

las novedades, el ménos agitado por los cuidados del porvenir; de la nacion más activa y más voluble, la ménos aficionada á crearse nuevas y facticias necesidades: como si estuviesen destinados los dos vecinos pueblos, Francia y España, á contrabalancear la impetuosa fogosidad del uno con la fria calma del otro, ó á alentar el instinto estacionario de este con el afan innovador de aquel. ¡Cuántas veces ha influido en bien de la vida universal de la humanidad este carácter compensador de los dos pueblos mas occidentales de Europa!

Y no obstante, cuando este país, habitualmente inactivo, rompe su natural moderacion, y rebosando vida y robustez se desborda con un arranque de impetuosidad desusada, entonces domina y sujeta otros pueblos sin que baste nada á resistirle, descubre y conquista mundos, aterra, admira, civiliza á su vez, para volver á encerrarse en sus antiguos límites, como los rios que vuelven á su cauce después de haber fecundado en su desbordamiento dilatadas campiñas.

Mas el apego á lo pasado no impide á la España seguir, aunque lentamente, su marcha hácia la perfectibilidad; y cumpliendo con esta ley impuesta por la Providencia, va recogiendo de cada dominacion y de cada época una herencia provechosa, aunque individualmente imperfecta, que se conserva en su idioma, en su religion, en su legislacion y en sus costumbres. Veremos á este pueblo hacerse semi-latino, semi-

godo, semi-árabe, templándose su rústica y genial independencia primitiva con la lengua, las leyes y las libertades comunales de los romanos, con las tradiciones monárquicas y el derecho canónico de los godos, con las escuelas y la poesía de los árabes. Verémosle entrar en la lucha de los poderes sociales que en la edad media pugnan por dominar en la organizacion de los pueblos. Veremos combatir en él las simpatías de orígen con las antipatías de localidad; las inmunidades democráticas con los derecho señoriales. la teocracia y la influencia religiosa con la feudalidad y la monarquía. Verémosle sacudir el yugo estrangero, y hacerse esclavo de un rey propio; conquistar la unidad material, y perder las libertades civiles; ondear triunfante el estandarte combatido de la fé, y dejar al fanatismo erigirse un trono. Verésmosle mas adelante aprender en sus propias calamidades y dar un paso avanzado en la carrera de la perfeccion social; amalgamar y fundir elementos y poderes que se habian creido incompatibles, la intervencion popular con la monarquía, la unidad de la fé con la tolerancia religiosa, la pureza del cristianismo con las libertades políticas y civiles; darse, en fin, una organizacion en que entran á participar todas las pretensiones racionales y todos los derechos justos. Veremos refundirse en un símbolo político así los rasgos característicos de su fisonomía nativa como las adquisiciones heredadas de cada dominacion, ó ganadas con el progreso de cada

edad. Organizacion ventajosa relativamente á lo pasado, pero imperfecta todavía respeto á lo futuro, y al destino que debe estar reservado á los grandes pueblos segun las leyes infalibles del que los dirige y guia.

¿Cómo ha ido pasando la España por todas estas modificaciones? ¿Cómo ha ido llegando el pueblo español al estado en que hoy á nuestros ojos se presenta? ¿Cómo se ha ido desarrollando su vida propia y su vida relativa? Echemos una ojeada general por su historia: examinemos rápidamente cada una de sus épocas.

III.

El Asia, cuna y semillero de la raza humana, surte de pobladores á Europa. Tribus viajeras, que á semejanza del sol caminan de Oriente á Occidente, vienen tambien á sentarse en este suelo que tomó despues el nombre de España. Los primeros moradores de que las imperfectas y oscuras historias de los más apartados tiempos nos dan noticia, son los Iberos.

Pero otra raza de hombres viene á turbar á los Iberos en la pacífica posesion de la península. Los Celtas, *hombres de los bosques*, no tardan en chocar

con los Iberos, *hombres del rio*. Mas, ó demasiado iguales en fuerzas para poderse arrojar los unos á los otros, ó conocedores en medio de su estado incivil de sus comunes intereses, acaban por aliarse y formar un solo pueblo bajo el nombre de Celtiberos. Acaso prevalezca el carácter ibérico sobre el celta, y le imprima su civilizacion relativa. Y aunque las dos primitivas razas conserven algunos rasgos distintivos de su carácter, sus cualidades comunes, tales como nos las pinta Estrabon en el monumento que arroja más luz sobre aquellos tiempos ante-históricos, son el valor y la agilidad, el rudo desprecio de la vida, la sobriedad, el amor á la independencia, el ódio al estrangero, la repugnancia á la unidad, el desden por las alianzas, la tendencia al aislamiento y al individualismo, y á no confiar sino en sus propias fuerzas.

Los iberos y los celtas son los creadores del fondo del carácter español. ¿Quién no ve revelarse este mismo genio en todas las épocas, desde Sagunto hasta Zaragoza, desde Anibal hasta Napoleon? ¡Pueblo singular! En cualquier tiempo que el historiador le estudie encuentra en él el carácter primitivo, creado allá en los tiempos que se escapan á su cronología histórica.

Menester era, no obstante, que la civilizacion de otros pueblos más adelantados viniera á suavizar algun tanto la ruda energía de aquellos primeros pobladores. La Biblia habia elogiado el oro de Tharsis, y

creíase que los Campos Elíseos de Homero eran las riberas del Bétis. Alicientes eran estos que no podian dejar de excitar la codicia de los especuladores fenicios, los más acreditados navegantes de su tiempo, y pronto se vió á los bageles tirios aportar á las playas meridionales de España. El litoral de la Bética se abre sin dificultad á aquellos mercaderes inofensivos, que parece no vienen á hostilizar el país, sino á erigir un templo á Hércules, y á cambiar artefactos desconocidos por un oro cuyo precio tampoco conocen los naturales. Ellos avanzan, establecen factorías de comercio, explotan minas, trasportan las riquezas á Tiro, y dejan á los iberos algunas mercancías y las primeras semillas de una civilizacion.

Resonaba ya en Grecia la fama de las riquezas de nuestra península, y á su vez los griegos de Rodas, los de Zante y los focenses, acuden á este suelo afortunado; fundan á Rosas, Sagunto, Denia y Ampurias, y enseñan á los españoles el culto de Diana y el alfabeto de Cadmo, aprendido de los fenicios y modificado por ellos. Tampoco oponen los naturales gran resistencia á los nuevos colonizadores, porque hasta ahora solo han esperimentado los dos más suaves sistemas de civilizacion, el del comercio y el de las letras.

Pero no tardan los fenicios en inspirar recelos á los indígenas, que apercibidos de su credulidad, y viendo de mal ojo la arrogancia de aquellos, y el ascendiente que les permite tomar su excesiva opulencia, comien-

:



zan á dar las primeras muestras de su humor independiente y altivo, y no dejan gozar reposo á los colonos de Cádiz, guerreándolos y hostigándolos sin piedad. Los gáditanos en su apuro acuden en demanda de auxilio á sus hermanos de Cartago, colonia tambien de Tiro é hija suya emancipada, que habiendo asesinado á su madre por heredarla, no es estraño que se propusiera matar tambien á su hermana de Cádiz fingiéndose su protectora.

El ataque de los españoles á los fenicios es la primera protesta séria de su independencia; la venida de los cartagineses, el primer anuncio de las rudas pruebas que los aguardan; y la expulsion de los fenicios por sus hermanos de Cartago, el primer ejemplo que en España se ofrece de cómo los auxiliadores invocados suelen trocarse en dominadores y enemigos. En nuestra historia veremos cuán fácilmente olvidan los hombres estos aleccionamientos.

En efecto, apenas sientan los cartagineses su planta en España, estos mercaderes y guerreros sin corazon, atacan igualmente á fenicios, á griegos y á indígenas. A beneficio de la antigüedad y superioridad de sus armas subyugan el litoral, brecha siempre abierta á la invasion; pero no penetran en el inmenso laberinto de la España central sin tener que sufrir sérios choques y obstinada resistencia de parte de un pueblo rudo, pero libre. La lucha dura siglos enteros, y Cartago conquista pero no domina.

Difirióse la conquista de España mientras la república entretenia sus ejércitos en las guerras de Sicilia y de Africa. Pero el leon de Numidia, que no ha cesado de atisbar su presa en España, no esperaba sino una ocasion oportuna para lanzarse sobre ella. Preséntase esta ocasion despues de la primera guerra púnica, y Cartago, que medita resarcirse en España de sus pérdidas de Sicilia, desemboca en ella sus mayores ejércitos y sus mejores generales. El genio de la conquista se encontró con el genio de la resistencia, y á Anibal, el mayor guerrero del siglo, respondió Sagunto, la ciudad mas heróica del mundo. De las ruinas humeantes de Sagunto salió una voz que avisó á las generaciones futuras de cuánto era capaz el heroismo español. Trascurridos millares de años, el eco de otra ciudad de España, y con ella todo el pueblo, respondió á la voz de Sagunto, mostrando que al cabo de veinte siglos no habia sido olvidado su alto ejemplo.

Roma aparece á su vez en nuestro suelo. Pero no viene á socorrer á Sagunto su aliada. Se le ha pasado el tiempo en meditarlo, y es tarde. Viene á distraer á sus rivales los cartagineses, que amenazaban acabar con el poder romano en el corazon mismo de la república, y desde entonces queda señalada, y como de mútuo y tácito acuerdo elegida esta region para teatro sangriento en que las dos más poderosas y eternamente enemigas repúblicas, se han de disputar el imperio del mundo. Tratábase de decidir en esta lucha si la es-

clavitud del género humano saldria del senado de Cartago ó del de Roma. Los españoles, en vez de aliarse entre sí para lanzar de su suelo á unos y otros invasores, se hacen alternativamente auxiliares de los dos rivales contendientes, y se fabrican ellos mismos su propia esclavitud. Es el genio ibero, es la repugnancia á la unidad y la tendencia al aislamiento el que les hace forjarse sus cadenas. Hombres individualmente indomables, se harán esclavos por no unirse. Los veremos tenaces en conservar sus virtudes como sus defectos. Las mismas causas, los mismos vicios de carácter y de organizacion traerán en tiempos posteriores la ruina de España, ó la pondrán al borde de su pérdida.

Decídese despues de largas luchas en los campos españoles que el cetro del mundo pertenecerá á Roma. La cuestion no la resuelven ni la superioridad de las armas romanas sobre las cartaginesas, ni la de los talentos de Escipion sobre los de Anibal. Resuélvenla los españoles mismos, que más simpáticos hácia los romanos, porque han tenido el artificio de presentarse más nobles y generosos hácia ellos, se identifican más con su causa, y les prestan mayor y más eficaz auxilio. Roma triunfa, y los cartagineses son expulsados de España. Quedaron aquí las cenizas de Amilcar y de Asdrubal, y muchos testimonios de la fé púnica. Por lo demas, ni una institucion política, ni un pensamiento filantrópico, ni una idea humanitaria. Pasó su fu-

gitiva dominacion como aquellos meteoros que destruyen sin fecundar.

Escipion victorioso, pasa á Roma á dar gracias á Júpiter Capitolino. Escipion se creyó dueño de España con la expulsion de los cartagineses, y no habia hecho sino vencer á Cartago en España. Lisonjeábase de haber añadido una provincia mas al imperio, y se equivocó en doscientos años. Ni Escipion ni el senado pudieron imaginarse entonces que habian de pasar dos siglos antes de poder llamar á España provincia de Roma.

Ciertamente si todos los romanos hubieran sido Escipiones, si todos se hubieran conducido como el generoso vencedor de Cartagena, nada mas facil á Roma amiga que haberse convertido en Roma señora. Mas cuando los españoles se vieron tratados, no como aliados ó amigos, sino como pueblo conquistado; cuando se vieron sometidos á una série de avaros procónsules y de pretores codiciosos, esplotadores procaces de sus riquezas, con un sistema regularizado de exacciones y de rapiñas en más ancha escala que las habian ejercido los cartagineses, entonces se apercibieron de su decepcion, resucitó el innato y fiero humor independiente de los indígenas, y dió principio la guerra de resistencia, cadena perpétua de sumisiones y de rebeliones siempre renacientes, que comenzó por los ilergetes y acabó dos siglos despues por los cántabros y astures, y que costó arroyos de sangre á los españoles y rios de sangre á los romanos.



¡Cosa singular! Aquellos españoles que enseñaron al mundo de cuanto era capaz el genio de la independencia, ayudado del valor y de la perseverancia, no pudieron aprender ellos mismos la más sencilla de todas las máximas, la fuerza que da la union. O tan desconocido, ó tan opuesto era á su genio este principio de que un estado moderno ha hecho su símbolo nacional.

Viriato, ese tipo de guerreros sin escuela de que tan fecundo ha sido siempre el suelo español, que de pastores ó bandidos llegan á hacerse prácticos y consumados generales; Viriato derrota cuantos pretores ó cónsules y cuantas legiones envia Roma contra él. Pero los españoles, en vez de agruparse en derredor de la bandera de tan intrépido gefe, permanecen divididos, y Viriato pelea aislado con sus bandas. Aun así desbarata ejércitos, y hace balancear el poder de la república, que en su altivez no se avergüenza de pedirle la paz; y no sabemos donde hubiera llegado, si la traicion romana no hubiera clavado el puñal asesino en el corazon del generoso guerrero lusitano. ¿Qué fuera si le hubiera ayudado el resto de los españoles?

Numancia, la inmortal Numancia, que probó con su ejemplo lo que nadie hubiera creido, á saber, que cabia en lo posible esceder en heroismo y en gloria á Sagunto; Numancia, terror y vergüenza de la república, vencedora de cuatro ejércitos con un puñado de valientes; Numancia, cuando se ve apurada, aunque

no combatida, por el formidable ejército de Escipion, demanda socorro á sus vecinos; sus mandatarios le imploran de pueblo en pueblo, pero en vez de auxilio eficaz encuentran solo una compasion estéril, y Numancia se defiende sola y entregada á sus propias y escasas fuerzas. Así con todo, el mundo duda por algun tiempo cuál de las dos será la vencedora y cuál la vencida, si Roma ó Numancia, si la señora del orbe ó la pobre ciudad de la Celtiberia. ¿Qué hubiera sido pues de Roma y de los romanos, si los jamás confederados españoles hubieran unido sus fuerzas, aisladamente formidables, en torno del guerrero ó de la ciudad, de Viriato ó de Numancia?

Pero si los españoles, entonces medio inciviles, no aprendieron en dos siglos de costosa prueba, á emplear el medio de la union que hubiera podido darles el triunfo, aun es más de maravillar que la civilizada Roma no empleára á su vez otro medio de conquista más suave, más pronto y más seguro que el de las armas, y más económico de sangre y de esfuerzos, el de ganar los corazones de los españoles con la generosidad.

Anibal habia fingido amarlos, y fué la causa de que á pesar del sacrificio de Sagunto le siguieran aquellos españoles que le dieron los triunfos de Trasimeno y Cannas. Los Escipiones hallaron auxiliares donde quiera que supieron buscar amigos, y ganando primero los corazones de los españoles, ganaban despues



batallas á los cartagineses. Mas tarde Sertorio, proscrito romano, busca un asilo en España, estudia el carácter de este pueblo, tan indomable por el rigor como fácil de ganar por la dulzura, le encuentra agriado por las injusticias de Roma, le acaricia, halaga el orgullo nacional, se muestra justo y benéfico, y captándose el afecto de los naturales, acuden estos en masa en derredor de un hombre, que en el hecho de ser generoso y justo ha dejado de ser para ellos estrangero. El proscrito de Sila se encuentra al poco tiempo en actitud de desafiar la república, y á punto de emancipar la España ó de hacer de ella una segunda Roma. Y si no se completó su obra, fué porque Sertorio tuvo la virtud y el defecto de no acabar de hacerse español, y no querer dejar de ser romano. A pesar de esto, Sertorio perece víctima de la negra traicion de un general, romano como él, y los soldados españoles llevan su fidelidad al gefe estrangero hasta el punto de darse la muerte por no sobrevivirle.

Tal habia sido constantemente su conducta. Y sin embargo de estos ejemplos, Roma siempre ciega, no aprendió nunca á ser generosa, como España, siempre crédula y siempre fraccionada, no aprendió nunca ni á desconfiar ni á unirse. Ni Roma ni España aprendieron lo que les convenia, y estuvieron doscientos años destrozándose sin conocerse.

Venció por último el número al valor, y se decició en los campos ibéricos que Roma quedaba señora

de España y del mundo. Restaba saber á cuál de los gefes que representaban las parcialidades ó bandos que dentro de la misma república se disputaban el cetro de la universal dominacion, le quedaria ésta adjudicada. Tambien tuvo España el triste privilegio de ser el teatro escogido para el desenlace de este drama largo y sangriento. Los españoles, incorregiblemente sordos á la voz de la unidad, fáciles en apasionarse de los grandes génios, y fieles siempre á los que una vez juraban devocion ó alianza, en vez de limitarse á presenciar con ojo pasivo é indiferente, ó á celebrar en un caso con maliciosa y perdonable sonrisa cómo agotaban entre sí sus fuerzas los dos ambiciasos rivales, cometieron la última imprudencia, la de pelear, ya en favor de César, ya en el de los Pompeyos, acabando así de forjarse los hierros de su esclavitud, que esto y no otra cosa podian esperar cualquiera que fuese el que ciñera el laurel de la victoria.

En los campos de Munda se pronunció el fallo que declaró al vencedor de Farsalia dueño de España y del orbe. En aquel vasto cementerio de cadáveres romanos quedó sepultada la independencia española. César redondea su conquista apoderándose de unas pocas ciudades todavía rebeldes, y dando por terminado el papel de conquistador, comienza el de político, regularizando una administracion en la Península, de cuya pureza, sin embargo, no dejó consignado el mejor ejemplo personal. Sin duda aquel mismo Hércules de Cádiz, que

antes habia visto á César obligar al ávido Varron á devolver los tesoros que habia robado de su templo, no debió ver con satisfaccion á aquel mismo César despojarle de ellos á su vez. Pero hacíanle falta para ganar la venalidad del pueblo romano, y comprar á peso de oro los votos de los comicios.

Debieron lisonjear mucho al vencedor los nombres de *Julia* ó de *Cesárea* con que se apresuraron á apellidarse muchas poblaciones españolas, engalanándolos con algunas de las virtudes del conquistador.

Antes de salir de España quisó César plantar con su mano en la elegante Córdoba el famoso plátano que inmortalizó la graciosa musa del español Marcial: plátano que habia de simbolizar la civilizacion romana, hasta que sobre sus secas raices creciera, tiempo andando, en los mismos jardines de Córdoba la esbelta palma de Oriente, plantada por el califa poeta Abderrahman, emblema de otra civilizacion que reemplazaba á la romana; viniendo á ser aquella ciudad favorecida el centro de dos civilizaciones, representadas en dos árboles, plantados por las manos del genio del Mediodía y del génio del Oriente.

Parecia que no faltaba ya nada á Roma para ser señora absoluta de España; y así hubiera acontecido en todo otro país en que estuviera menos arraigado el amor á la independencia. Pero habíase este refugiado y conservábase en las montañas, último baluarte de las libertades de los pueblos, como las cuevas suelen ser

el postrer asilo de la religion perseguida. Era ya Roma dueña del mundo, y solamente no lo era todavía de algunos rincones de España habitados por rudos montañeses, en cuyas humildes cabañas no habia logrado penetrar ni el genio de la conquista ni el genio de la civilizacion. Los cántabros y los astures se atrevieron todavía á desafiar ellos solos, pocos, pobres é incivilizados, el poderío inmenso de la justamente enorgullecida Roma. Parece que la soberbia romana hubiera debido mirar con desdeñosa indiferencia la temeraria protesta de aquellas pobres gentes, como los últimos impotentes esfuerzos de un moribundo. Y sin embargo, fué menester que el mismo Augusto descendiera del sólio que el mundo acababa de erigirle, para venir en persona á combatir á un puñado de montaraces. En esta desigual campaña pudo recoger un triunfo que no era posible disputarle, pero triunfo sin gloria; la gloria fué para los vencidos, que solo lo fueron ó recibiendo la muerte ó dándosela con propia mano.

Ya Augusto habia cerrado solemnemente el templo de Jano, signo de dar por pacificado el mundo, y todavía de los riscos de Astúrias, de allí donde en siglos posteriores habia de revivir el fuego de la independencia, salió el último reto de la libertad contra la opresion. Augusto pudo avergonzarse de haberse anticipado á cerrar el templo del dios de las dos caras. Otra lucha todavía mas desigual, y por lo tanto menos gloriosa para las armas romanas, acaba de decidir el triunfo

definitivo. Los cántabros y astures, oprimidos por el número de sus enemigos, ó buscan una muerte desesperada en las lanzas romanas, ó se la dan con sus propios aceros: en los valles y en los montes se reproducen las escenas de Sagunto y de Numancia: las madres degüellan á sus propios hijos para que nó sobrevivan á la esclavitud, y solo así logran las águilas romanas penetrar en las montuosas regiones de la Península.

«La España (ha dicho el más importante de los historiadores romanos), la primera provincia del imperio en ser invadida, fué la última en ser subyugada.» No somos nosotros, ha sido el primer historiador romano el que ha hecho la más cumplida apología del genio indomable de los hijos de nuestro suelo.

IV.

Reducida España á simple provincia de Roma, con dioses, lengua, leyes y costumbres romanas, cesa ó se interrumpe por siglos enteros la que podemos llamar su historia activa y propia, y comienza su histo-

ria política, si bien refundida en su mayor parte en la del antiguo mundo europeo.

Tocóle á Octavio Augusto llenar una de las más bellas misiones que pueden caber á un mortal, la de pacificar el mundo que César habia conquistado; y España bajo la paz octaviana recibe la unidad y la civilizacion á cambio de la independencia perdida. Bajo su benéfica administracion descansa España de sus largas guerras, y recibiendo un trato y unas mejoras á que no estaba acostumbrada, no es maravilla que levante templos y altares al primer señor del mundo á quien la lisonja humana habia divinizado. Cierto que serian más hijas del cálculo que del sentimiento las virtudes que le merecieron la apoteosis, y que invocó á las musas para que cubrieran con laureles el cetro con que avasallaba al mundo. Pero los tiempos y los hombres vinieron á enseñar que le faltaba mucho á Augusto para ser el peor de los tiranos.

España vencida ganó en civilizacion lo que perdió en independencia. Recibió artes y letras, lenguaje, culto y leyes tutelares; vió su suelo cubierto de obras magníficas de utilidad y de belleza, de puentes, de acueductos, de grandes vias de comunicacion abiertas por entre las barreras de sus montañas, y fué adquiriendo para sus naturales, ya derechos de ciudadanía, ya participacion en las altas dignidades del imperio. Sufrió una catástrofe, y entró en el número de los pueblos civilizados. Trascurridos siglos, volverá á per-

der su unidad, y no volverá á recobrar su independencia y su integridad material sin el sacrificio de la libertad civil; hasta que con el tiempo logre amalgamar estos grandes bienes de los pueblos: que así lentamente y por estraños caminos van marchando las naciones en la larga carrera de su mejoramiento social.

En el cuadro siguiente veremos á España llorando á Augusto bajo Tiberio; y llegando á sentir á Tiberio bajo el perverso Calígula y los demás mónstruos que deshonraron el trono imperial. Ella es la que liberta al mundo de la feroz tiranía de Neron, siendo despues mal correspondida por Galba. Vespasiano la dota de los derechos de ciudad latina. Tito la hace gozar de las dulzuras que derrama sobre el género humano, Trajano la enriquece de soberbios monumentos, es feliz bajo los Antoninos, agóvianla los Domicianos y los Decios, y participa de la comun suerte de las provincias del imperio, segun que en el trono imperial se sienta la virtud ó el vicio, el lujo ó la modestia, la magnificencia ó la codicia, la dulzura filosófica ó la tiranía brutal, ó el desenfreno personificado y el desencadenamiento de todos los crímenes.

Aun en los siglos en que fué España una provincia del imperio tiene su historia propia y sus glorias especiales. Consultemos la misma historia romana, escrita por nuestros propios dominadores. «El primer cónsul estrangero que hubo en Roma (nos dice) fué un español. El primer estrangero que recibió los honores del

triunfo, español tambien. El primer emperador estrangero, español igualmente.» ¡Dichoso suelo, que tuvo el privilegio de recoger las primicias de la participacion que la señora del orbe se vió obligada á dar en las altas dignidades del imperio á otros que no fuesen romanos.

Ni fué solo un emperador el que España suministró á Roma. Trajano el Magnífico, Adriano el Ilustre, Teodosio el Grande fueron españoles. Marco Aurelio el Filosofo, era un vástago de familia española. Diríase que España se habia propuesto abochornar á Roma, dándole emperadores virtuosos é ilustres á cambio de los pretores rapaces y de los gobernadores avaros que ella durante la conquista le habia regalado.

Con no menor generosidad le pagó su ilustracion literaria. No creeria Roma que la semilla de esta educacion habia de caer en un suelo tan agradecido, que antes de trascurrir cincuenta años le habia de volver España una literatura, y que á los Virgilios y Horacios del tiempo de Augusto habia de responderle con los Lucanos y los Sénecas del tiempo de Neron, ni menos que la literatura española habria de imprimir á la romana el sello de su gusto nativo y de trasmitirle hasta sus defectos: influencia que no tuvo la dicha de ejercer otra provincia alguna del imperio.

Debió no obstante España á su dominadora una institucion, con la cual parece haberla querido consolar de la libertad que le habia arrancado; institucion

destinada á aclimatarse en este suelo, y á ser el gérmen y el principio restaurador, no ya de su libertad primitiva, sino de otra libertad más culta y más regularizada. Verémosla plantarse, desarrollarse, crecer, ocultarse á veces, resucitar despues, y bajo una forma ú otra, ó vencer ó protestar perpétuamente contra todo lo que tienda á destruirla. Aun conservan el nombre de municipios esas pequeñas repúblicas comunales que más adelante se crearon en España, aunque modificadas en su organizacion y en sus funciones.

Pero la civilizacion romana era demasiado imperfecta para que pudiera llenar los altos fines de la creacion. Era la civilizacion de la guerra, de la conquista y de la servidumbre, y el mundo necesitaba ya otra civilizacion más pura, más suave y más humanitaria. Sus dioses eran tan depravados como sus señores, y la humanidad no podia consolarse con un Olimpo de divinidades inmorales, y con un gobierno de hombres que se decretaban á sí mismos la apoteosis, que divinizaban los crímenes, y hacian dar culto á las bestias. La antigua sociedad iba cumpliendo el plazo que le estaba marcado, porque su corazon estaba tan gangrenado como los ídolos, y tenia que morir. Era menester un grande acaecimiento que cambiára la faz del mundo y regenerára la gran familia humana. Esta obra estaba prevista: sonó la hora del cumplimiento de las profecías, y nació el cristianismo.

Y vino el cristianismo al tiempo que debia venir,

como todas las grandes revoluciones preparadas por Dios. Vino á dar la unidad al mundo, cuando la unidad se iba á disolver. Vino á reformar por la caridad una sociedad que la espada habia formado y que la espada destruia. Vino á predicar la abnegacion cuando la doctrina sensual del epicureismo amenazaba acabar de corromper á los hombres, si algo les faltaba. Vino á inculcar el sacrificio incruento del espíritu cuando los sangrientos holocaustos humanos servian de placentero espectáculo á los hombres y á las matronas, y de alegre y sabroso recreo á las delicadas doncellas. Vino á enseñar que los esclavos que se arrojaban á pelear con las fieras y á servirles de pasto eran iguales á los emperadores ante la presencia de Dios. ¡Doctrina sublime!

Humilde al nacer el cristianismo, y lento en propagarse, como todo lo que está destinado á una duracion larga y segura va poco á poco minando sordamente el viejo y carcomido edificio de la gentilidad; poco á poco va subiendo desde la choza hasta el trono; desde la red del pescador hasta la púrpura imperial. Pero todavía después de haber enarbolado Constantino sobre el trono de los Césares el lábaro de la fé, los cargos públicos se conservaban en manos paganas, el senado era pagano, y los decrépitos ídolos tenian la jactancia de estar en mayoría y de creerse inmortales. Todavía en las márgenes del Duero recibian Diana y Pasiphae la ofrenda de una vaca blanca inmolada en

celebridad *de la supersticion cristiana extinguida*. Hombres y dioses se pagaban de estas ceremonias pueriles, mientras el cristianismo que daban por extinguido se iba infiltrando suavem ente en los corazones y ganándolos al nuevo culto.

. . La nueva religion encomienda su triunfo á la tolerancia y á la caridad: la vieja religion apela para sostenerse á las fieras y á los patíbulos. Constantino, emperador cristiano, ordena que no se inquiete á nadie, que cada cual siga la religion que más guste, y que paganos é infieles sean igualmente considerados: los emperadores y procónsules paganos gritan: «Cristianos, á las hogueras; cristianos á los leones.» ¡Qué contraste! Pero las llamas que consumen el cuerpo de una doncella inocente, encienden la fé en el corazon de sus compañeras, y ganan al cristianismo multitud de vírgenes. La cuchilla del verdugo cercena el cuello de una víctima, y los hombres de valor, al observar que la fé cristiana inspira el heroismo, proclaman que ellos tambien quieren ser héroes, y antes se cansan los brazos de los sacrificadores que falte quien se ofrezca al sacrificio. Otros se refugian á las catacumbas: el cristianismo no se compone solo de mártires y de héroes; y admite tambien en su seno á los pobres de espíritu.

El martirio no podia retraer de hacerse cristianos á los españoles, siendo los descendientes de aquellos antiguos celtiberos tan despreciadores de la vida. Así

fué. que además de los campeones de la nueva fé que de cada ciudad fueron brotando aisladamente en esta lucha generosa, solo Zaragoza bajo la frenética tiranía de Daciano añadió tantos héroes al catálogo de los mártires, que por no poderse contar se llamaron *los innumerables*. Esta ciudad, que dió innumerables mártires á la religion, habia de dar, siglos andando, innumerables mártires á la patria.

Acude luego la filosofía en apoyo del nuevo dogma, y la voz robusta y elocuente de los Ciprianos y los Tertulianos disipa las más brillantes utopias de los agudos ingenios del paganismo, los Sócrates y los Platones; y derraman la verdadera luz sobre el enigma de la vida, hasta entonces ni descifrado ni comprendido. El politeismo recibe con esto un golpe mortal, de que ya no alcanzarán á levantarle las doctrinas de la vieja escuela. Juliano, emperador filósofo y apóstata astuto, se propuso eclipsar las glorias de Constantino, y tuvo que resignarse á ser ejemplo y testimonio de que la idolatría habia acabado virtualmente. «¡Venciste, oh Galileo!» esclamó: emitió una blasfemia, y blasfemando proclamó una verdad.

Descuella en esta época sobre todas las figuras de su tiempo un personage bello y colosal. Sábio, virtuoso, activo y elocuente, tan enemigo del paganismo como de la heregía (que la heregía vino luego á luchar con la fé ortodoxa para depurarla en el crisol de la controversia), difunde la luz de su ciencia en los

concilios, preside con dignidad esas asambleas católicas, combate con vigor la heregía arriana, escapa de la amenazante cuchilla de los verdugos de Diocleciano, expone con valor á Constancio la doctrina de la separacion de los poderes temporales y espirituales, que el emperador oye con escándalo, y el mundo escucha por primera vez con sorpresa. A la edad de cien años cruza dos veces de una á otra estremidad el imperio, defendiendo siempre la causa del cristianismo. Este venerable y gigantesco personage era un español, era Osio, obispo de Córdoba. La España suministrando emperadores ilustres á Roma: la España suministrando prelados insignes á la naciente Iglesia.

Pero el politeismo, minado ya por la doctrina de la unidad, no habia de acabar de caer hasta que fuese derribado por la fuerza. El paganismo y el imperio, los desacreditados dioses y los corrompidos señores debian caer con estrépito y simultáneamente: engrandecidos por la fuerza, á la fuerza habian de sucumbir.

¿Más dónde está, y de dónde ha de venir esa fuerza que ha de derrocar el coloso? La Providencia, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Para eso han estado escalonados siglos há desde el Tanais hasta el Danubio, amenazando al imperio, ese enjambre de tribus y de poblaciones bárbaras, lanzadas y como escupidas por el Asia hácia el Norte de

Europa. Las más inmediatas constituyen como una barrera entre la barbarie y la civilizacion. Son los godos, vanguardia de otras razas más salvages todavía, que empujados por ellas se derraman como torrente devastador por las provincias romanas. Pelean, son rechazados, vuelven á guerrear y vencen. Cuando el emperador Valente quiso atreverse á combatirlos, expió su anterior debilidad siendo quemado por ellos dentro de una choza miserable. El imperio bambolea, y antes se desplomára, si el español Teodosio, último destello de las antiguas virtudes romanas, y glorioso paréntesis entre la corrupcion pasada y la degradacion futura, no detuviera con mano fuerte su ruina, que sin embargo no puede hacer sino aplazar. Porque los destinos de Roma se iban cumpliendo, y era llegado el período en que tenia que decidirse la lucha entre la sociedad antigua y la sociedad nueva. Llegan á encontrarse de frente Honorio y Alarico, un emperador débil y un rey bárbaro: el romano degenerado no tiene valor para soportar la mirada varonil del hijo del septentrion. El sucesor de los Césares huye cobardemente á Ravena, y deja abandonada la ciudad eterna á las hordas del desierto. Alarico humilla á la señora del mundo antes de destruirla, y Roma para pagar el precio en que un godo ha tasado las vidas de sus habitantes, despoja los templos de sus dioses y reduce á moneda la estátua de oro del *Valor*. Digna espiacion de Roma pagana y de Roma afeminada. Ella misma saquea sus



dioses, y el valor es inútil donde no ha quedado ya mas qué molicie.

No contento todavía el bárbaro, entra á saco la ciudad del Capitolio, y la depredadora del universo es entregada á su vez á un pillage general.

La ciudad de los Césares han sucumbido, se acabaron sus héroes, y sus divinidades han sido hechas pedazos. El genio de la barbarie se enseñorea de la que fué centro de una civilizacion de bacanales y de asiáticos deleites. ¿Quién ha guiado al instrumento de la destruccion? El mismo Alarico lo reveló sin saberlo. «Siento dentro de mí, decia el godo, una voz secreta «que me grita: marcha y ve á destruir á Roma.» Era la voz de la Providencia: Alarico la sentia, pero el bárbaro no sabia su nombre.

¿Y qué significa la conducta de Alarico con los cristianos de Roma? El saquea, mata, derriba los ídolos, pero respeta los templos cristianos, perdona á los que buscan en ellos un asilo, é interrumpe el saqueo para llevar en procesion las reliquias de un mártir. Es que Alarico y sus hordas traen una mision más alta que la de destruir. Es el genio del cristianismo que se anuncia como el futuro dominador del mundo, y que ha de asentar su trono allí mismo donde le tuvo la proscripta dominacion pagana. Por eso estuvieron los godos tantos años en contacto con el imperio; porque era menester que cuando destruyeran lo que estaban llamados á conquistar, vinieran ya ellos conquistados

por la idea religiosa. Por eso la Providencia habia dispuesto que los primeros invasores de la Europa meridional y occidental fueran los godos, los menos bárbaros de aquellas tribus salvages, y los más dispuestos á recibir un principio civilizador. Ya se columbran las ideas que regirán al mundo en los tiempos venideros. Ellos traen además el sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van á nacer.

Pero antes tiene que pasar la humanidad por dolorosas calamidades. Es el período más terrible porque ha tenido que atravesar el género humano, porque tambien es la mudanza más grande que ha sufrido. El individuo padecerá mucho en estos dias desgraciados, pero la humanidad progresará. Multitud de otras tribus bárbaras se lanzan como bandadas de buitres buscando presas que devorar, las unas por las regiones orientales, por las occidentales las otras del moribundo imperio romano. Suevos, alanos, vándalos, francos, borgoñones, hérulos, sarmatas, y tantas otras razas de larga y difícil nomenclatura, se desparraman desde el Vístula y el Danubio hasta el Tajo y el Bétis, llevando delante de sí la devastacion y el esterminio; y romanos, bárbaros y semibárbaros se revuelven en larga y confusa guerra, en la Alemania, la Italia, las Galias, la España y hasta el Africa. A pesar de lo que se habia difundido ya el cristianismo, el

mundo llegó á sospechar si Dios habria retirado de él la mano de su providencia. Entonces se dejó oir desde las regiones de Africa la elocuente y vigorosa voz de un padre de la Iglesia, del obispo de Hipona, exhortando á la humanidad á que no desfalleciera en tanta angustia, y enseñando á los hombres que Dios habia querido castigar el mundo antes de regenerarle, y que tendrian un término sus dolores.

Ciertamente si la cólera divina hubiera tenido decretada más venganza, ningun instrumento hubiera podido elegir mejor para acabar de afligir la humanidad que el fiero gefe de los hunos, Atila, la más ruda figura histórica que han conocido los siglos. Mas cuando el feroz Atila se desprendió de los sombríos bosques de la Germania para venir á inundar con sus innumerables y salvages hordas la tierra ya harto ensangrentada por sus predécesores, entonces se oyó en Occidente una voz estruendosa, que proclamó: «*no más bárbaros ya.*» Y aliándose como providencialmente romanos, godos, francos, los restos del mundo civilizado y las nuevas razas en que se habia inoculado la fé, salen al encuentro al más formidable de todos los bárbaros, y en los campos de Chalons se traba la batalla más horrible y más famosa de que dan noticia los anales del mundo. Atila es derrotado, la sangre de los hunos hace salir de su cauce los rios; el leon del desierto se retira á su cueva, á cuya entrada desahoga en espantosos rugidos su rábia impotente: la barbárie ha sido

rechazada; los bosques germánicos cesan de arrojar salvages, y si algunos se desgajan todavía, son ya repelidos por los mismos pueblos asentados en territorio romano; y la humanidad recibió un consuelo vislumbrando que la civilizacion se habia salvado en aquella tremenda lid.

Durante esta angustiosa lucha de pueblos y de generaciones, el decrépito imperio romano, mutilado, atacado en su corazon y herido de muerte en su cabeza, vá arrastrando una agonía prolongada. Despréndese cada dia algun giron de la vieja y gastada púrpura imperial. En Oriente se conserva un fantasma de poder, y el Occidente se asemeja á un cadáver palpitante. Odoacro reina al fin en Italia, y Roma concluye su mision. El imperio que comenzó por un hombre á quien el mérito hizo apellidar con el nombre divino de *Augusto*, termina en Occidente con otro hombre á quien por irrision y sarcasmo se aplicó el de *Augustulo*. Este miserable ni siquiera tuvo la triste gloria de ser llamado el último romano: este título se le habia arrebatado Aecio, postrer destello del antiguo valor de Roma.

Con toda esta ignominia acabó el imperio más poderoso que ha conocido el orbe.

V.

Casi al mismo tiempo que Alarico saqueaba á Roma, al principio del siglo V. de la era cristiana, franqueaban los Pirineos tres razas de bárbaros, cuya planta salvage llevaba tras sí la devastacion, el incendio y la muerte. Eran los Suevos, los Vándalos y los Alanos. Viene á completar el cuadro desolador una hambre horrorosa y una peste mortífera. Faltan campos donde sepultar tantos cadáveres; el pueblo sabe con horror que una madre ha devorado uno tras otro sus cuatro hijos, y apedrea aquella muger sin entrañas. La voz dolorosa de España resonó en toda Europa, y la Iglesia consignó sus lamentos en sus melancólicas letanías.

¿Serán estos los pueblos destinados á heredar esta rica y fértil provincia? No: ni España lo merece, ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado, los Visigodos.

Esta mision comienza á llenarla Ataulfo, que por



lo menos habia tenido el mérito de no recoger para sí en el saqueo de Roma otro botin que á la bella Placidia, para convertirla de esclava en esposa. Prosíguela Walia con más fortuna, aunque á nombre todavía del imbécil emperador romano que se hacia la ilusion de domina[illegible] España. Eurico es el que se atreve á emancipar abiertamente la España del espirante poder romano, y á conquistarla para sí. La España deja de ser romana y se hace goda, y Eurico aparece como un gigante que sentado sobre el Pirineo abarca con sus brazos la España entera y la Galia Meridional. Es el mayor estado de Occidente que se ha formado sobre las ruinas del imperio.

Alarico II es víctima de la deslealtad de Clodoveo, rey de los francos, que le sonríe y halaga en un festin para quitarle alevosamente la vida en el campo de batalla. Pierden los godos en los campos de Poitiers una gran parte de la Galia gótica, y aunque conservan la Septimania, el asiento de la monarquía goda se fijará ya en la península española. Aquí es donde ha de tener su centro, su fuerza, su porvenir, su declinacion y su caida. En los tiempos de Alarico II, un siglo despues de Alarico I, es cuando se ve formadas las tres grandes naciones neo-latinas, Italia, España y Francia, fundadas por las tres grandes razas septentrionales, Ostrogodos, Visiogodos y Francos, que se arrogaron la mas pingüe herencia del desmoronado imperio.

Pasa la monarquía godo-hispana despues de Alari-



co II por alternativas y vicisitudes de decadencia y engrandecimiento; agítanla rebeliones intestinas, y la inquietan invasiones y guerras estrañas. Por dentro los indóciles vascos, cántabros y austeres, de inmodable genio, y los suevos de Galicia, reino ingerto que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente por períodos. Por el litoral, los griegos bizantinos, pegadizos huéspedes y vecinos incómodos, que servian para alentar banderías y conspiraciones y entretener las fuerzas del reino. Por el Pirineo oriental la raza franca, rival envidiosa de los visigodos, que hacia servir las diferencias religiosas para trabajarlos y enflaquecerlos, y les iba arrancando á pedazos las posesiones góticas de las Galias. Hasta Suintila ninguno pudo llamarse rey de toda España sin contradiccion.

¿Cómo tan pronto se apoderaron los bárbaros del Norte de esta nacion belicosa que por tantos siglos resistió á la más ilustrada y más poderosa república del mundo? ¿Es que habia degenerado el genio indomable de los antiguos celtiberos? Algo habia. Pueblo ya la España de artistas, de agricultores, de literatos y de clèrigos, infectado de la inercia y la molicie de la corrompida civilizacion romana, no era fácil que resistiera al rudo empuje y á la salvage energía del pueblo soldado, endurecido con el ejercicio de la guerra, y que contaba tantos guerreros como individuos. ¿Ni qué interés tenian ya los españoles en seguir viviendo bajo la coyunda de los gobernadores romanos? ¿No les so-

braban motivos para mirar á los nuevos conquistadores como mensageros de su libertad? Salviano lo dijo bien: «el comun sentimiento de los españoles es que vale mas la jurisdiccion de los godos que la de los magistrados imperiales. ¡Ojalá (dicen) nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros!...» Leccion grande, que enseña á los pueblos dominadores hasta dónde puede llevar á los pueblos oprimidos la exasperacion. Esplícase esto aun por las causas naturales, y sin recurrir al espíritu superior que guiaba los acontecimientos por en medio de aquel caos de devastacion y de sangre.

Pero la España bajo la dominacion de los bárbaros no se hace bárbara. Al contrario, los bárbaros son los que se civilizan en ella. Demasiado incultos los godos para continuar la mision de Roma, pero los más aptos de todos los septentrionales para recibir la cultura, van cediendo al ascendiente de la civilizacion romano-hispana, y los conquistadores materiales del suelo español acaban por ser moralmente conquistados por los españoles.

La fusion se hace lenta y gradualmente. Al principio los dos pueblos, conquistado y conquistador, viven civilmente separados, aunque sometidos á un solo cetro. Una legislacion rige para los godos, y otra para los romano-hispanos. Ni aun siquiera en el hogar doméstico pueden unirse las dos razas, porque la ley prohibe los matrimonios entre godos y españoles. Pero

el convencimiento va haciendo desaparecer paso á paso esta situacion anómala. La fuerza de la unidad material va obligando á la legislacion á marchar hácia la unidad política. El más severo de los monarcas godos, Leovigildo, salta por encima de la prohibicion legal, y se une en matrimonio con una española. El ejemplo práctico del trono protesta ya contra lo absurdo y lo irrealizable del derecho, y Chindasvinto y Recesvinto acaban de uniformar la legislacion para los dos pueblos, y autorizan solemnemente los matrimonios mixtos. Desaparecen las razas, y la nacion es ya una ante la ley, en la familia y en el foro.

Igual fusion se habia obrado ya en el principio religioso. Porque la unidad ante la ley humana hubiera sido demasiado imperfecta sin la unidad ante la ley divina.

Precisamente el cristianismo habia de ser la base de la regeneracion de la nueva sociedad, y no era posible que esta prosperara sin la unidad en la fé. Arrianos los godos y católicos en su mayor parte los españoles, la heregía en el trono y la ortodoxia en el pueblo, no podia haber union ni concordia mientras las creencias no se amalgamáran y fundieran. ¿Y por qué eran arrianos los godos?

Ni ellos mismos lo sabian. Cuando se derramaron por las provincias imperiales y se pusieron en contacto con la sociedad romana, el emperador Valente, que era arriano, les envió misioneros que les predicáran el arrianismo. Dispuestos los godos en su rudeza semi-

salvage á recibir una doctrina religiosa que aventajaba evidentemente á la suya (si tal nombre se puede dar al grosero culto que de sus bosques traian), incapaces de percibir estas divergencias al parecer impalpables que el espíritu de discusion establece ó encuentra en los sistemas religiosos, queriendo hacerse cristianos adoptaron la fórmula arriana, y se hallaron hereges sin apercibirse de que lo eran. Con la misma docilidad se hubieran hecho católicos.

Y sin embargo, esta diferencia en el dogma trajo á los godos consecuencias inmensas y males sin cuento. Eurico, arriano, persigue á los obispos católicos, y se enagena las simpatías del clero español. Conquistador glorioso y dominador terrible, no logra dominar en los espíritus. Su hijo Alarico pierde la Galia Meridional por ser arriano. Porque Clodoveo, ese Moisés de los francos, en quien Roma presentía ya al fundador de aquella monarquía que se habia de aplicar el título de *hija mayor de la Iglesia*, les dice á sus soldados: «No puedo tolerar en paciencia que esos hereges estén poseyendo la mayor parte de la Galia; vamos contra ellos con la ayuda de Dios y del glorioso San Martin, y sometamos su país á nuestro poder.» Y los descontentos obispos de España ayudan al monarca estrangero y católico contra el monarca propio y arriano. Amalarico quiere obligar á su esposa Clotilde á que se haga arriana como él; ella lo resiste, el rey la maltrata, y la princesa católica envia á sus hermanos los

reyes francos un lienzo ensangrentado para que vean cómo la trata el arriano, lo que trae á los godos una funesta guerra por parte del rey Childeberto de París. La heregía arriana les produce guerras esteriores, sublevaciones intestinas, y excisiones graves en el palacio y hasta en el lecho real. Y los obcecados godos no acaban de conocer que la heregía es la gangrena que corroe el reino y el sólio.

Faltó poco para que el príncipe Hermenegildo hubiera hecho triunfar el estandarte de la fé ortodoxa en la nacion godo-hispana. Pero la política del monarca ahogó los sentimientos del padre, y el severo Leovigildo cerró los oidos á la voz de la religion y el corazon á la voz de la piedad. El rigor paternal le despojó de las insignias reales, y la cuchilla del verdugo le dió la corona del martirio. La Iglesia ha santificado á Hermenegildo. Lástima que el príncipe católico hubiera tenido que levantar la espada del pueblo contra el monarca, y que el mártir se hubiera visto en el caso de ser un hijo rebelde. ¡Coincidencia singular! Siglos despues, Hermenegildo es cañonizado á instancias de otro monarca español, Felipe II, padre de un hijo rebelde tambien, y cuyo fin se pareció en lo desastroso al del príncipe godo. Pasan más siglos, y otro monarca español, Fernando VII, notado de impaciente por suceder á su padre, quiso perpetuar la memoria del príncipe godo, instituyendo una órden militar con la advocacion de San Hermenegildo.

Pero decretado estaba que la enseña del catolicismo se habia de plantar en el trono de los sucesores de Ataulfo, y que el imperio gótico español habia de tener su Constantino como el romano. Las gradas del sólio se habian teñido con la sangre de un mártir ilustre, y de las mismas gradas habia de bajar la reparacion. La muerte de Leovigildo arrastra tras sí la de la secta arriana: Recaredo sube al trono: «Declaro, exclama ante una asamblea de obispos, declaro que quiero ser admitido en el seno de la Iglesia católica. Y exhorto á los prelados arrianos aquí presentes, así como á los grandes del reino que asisten á esta asamblea, á que sigan é imiten mi ejemplo.» Todos se adhieren. La revolucion religiosa se ha consumado. La España es católica. El imperio godo-hispano es uno en la religion, como lo habia de ser en las leyes, ante Dios y ante los hombres. Si los monarcas españoles se decoran hoy con el título de Magestades Católicas, la historia nos enseña su orígen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.

Tambien tuvo el arrianismo su Juliano como el politeismo. Tambien Viterico tuvo impulsos de querer volver á entronizar el desechado culto, y tambien alcanzó como Juliano un triste desengaño de su impopularidad y de su impotencia. Atrájose la reprobacion unánime del pueblo, y se anticipó una muerte trágica. La fé ortodoxa habia conquistado el trono español para no ser derrocada jamás.

Legislacion y fé, espíritu legislativo y espíritu re-



ligioso; hé aquí los dos principios, las dos bases de la nueva civilizacion. ¿Quién habia de pensar que aquellos rústicos habitantes del Tanais y del Danubio, que tan agrestes y fieros se presentaban, habian de ser sábios legisladores? Y sin embargo, fuéronlo casi todos los monarcas godos de España desde Eurico hasta Egica. Eurico aspira á borrar con la gloria de legislador la mancha de asesino con que habia subido al trono. Alarico, desgraciado en la guerra, se hace inmortal con su Breviario. El grande y severo Leovigildo, Chindasvinto el cruel, Recesvinto el dulce, Wamba el glorioso, Ervigio el menguado, el pusilánime Egica, especie de obispo lego y coronado, todos ponen su piedra en el gran edificio de la legislacion Aunque el Estado decayera, la ley civil se perfeccionaba, y no pocas veces el derecho caminaba por la vía opuesta del poder. Así se fué elaborando el famoso *Código de los Visigodos*, monumento perdurable de aquella nacion, y la más preciosa página que en aquellos siglos adornó la historia del linage humano. ¿Qué hay que añadir á estas palabras del Fuero Juzgo: «Doncas faciendo derecho el rey, debe aver nomne de rey, et faciendo torto, pierde nomne de rey. Onde los antiguos »dicen tal proverbio: Rey serás si fecieres derecho, et «si non fecieres derecho, non serás rey. *Rex eris si «recte facis, si autem non facis non eris.*» Si los textos legislativos son medallas de las vidas de los pueblos el código godo debe revelarnos el triunfo pa-

cienzudo y seguro de un pueblo desarmado contra otro armado que le subyuga por la fuerza. En tal conflicto nada mas natural que la apelacion á la ley. *Lex*, dicen los oprimidos á los opresores, *lex est æmula divinitatis*, *antistes*, *religionis*, *etc*. Y si los opresores preguntan: ¿quién puede vencer á los enemigos? los oprimidos responden: *¿Quid triumphe de hostibus? Lex*. Si vemos un dia en Aragon colocar al *Justicia* como un interventor del rey; si vemos en Castilla el poder de los *Jueces* superior al de los Condes; si vemos la palabra *Fuero* suscitar tantas insurrecciones y protestas en la vida de España; si vemos al *Feudalismo* echar menos raices en este suelo que en las demas regiones de Europa, acaso hallemos la semilla de todo esto en el código de los visigodos. El atravesó con gloria la edad media, y si la dominacion goda no hubiera hecho mas legado á la posteridad que el Fuero Juzgo, este solo bastaria para probar la herencia de las edades y la sábia ley de la progresiva perfectibilidad social.

¡Cuán bella teoría de gobierno es la monarquía electiva! «Que los hombres elijan al mas digno de entre ellos para que los dirija y gobierne.» El principio es seductor, y parece el más natural y el más justo. Mas si las pasiones de los hombres hacen ó no provechosa á las sociedades su aplicacion práctica, viene á enseñarlo escrito con letras de sangre esa galería trágica de reyes godos que por el puñal escalaron las

gradas del trono y por el puñal las descendieron. Estremece recorrer el catálogo de los regicidios. Corta es la nómina de los que alcanzaron por término de su carrera una muerte natural y tranquila. Y no sabemos si incluir en este número á los que acababan tristemente sus dias bajo las bóveda del cláustro, forzados á vestir el tosco sayal del monge precedido de la ignominiosa decalvacion. Fuente de personales ambiciones la forma electiva, reproducíanse á la muerte de cada monarca, que ellas mismas solian precipitar los bandos, las alteraciones, la agitacion, los crímenes; y la conspiracion era lo que no moria nunca. A la muerte de Atanagildo, cinco años trascurrieron antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de sucesor. Tan inconciliables eran las aspiraciones.

Cierto que á este sistema fué debida la felicísima eleccion de Wamba, en que no sabemos que admirar más, si la unanimidad con que los electores se fijaron en el hombre virtuoso, ó la abnegacion y la virtud del elegido. ¿Pero cuántos de estos ejemplos cuenta la corona gótica? El mismo Wamba viene á ser víctima del sistema de electividad, arma terrible, que curaba alguna vez, pero que las mas heria y mataba. Wamba se duerme rey y despierta monge. Un conde pérfido que ambicionaba el trono le propina un brevage soporífero y aprovechando la insensibilidad del sueño le corta la larga cabellera, símbolo de la magestad, y el tonurado tiene que cambiar el manto régio por el hábito

monacal, con arreglo á la ley. El concilio duodécimo de Toledo, despues de un discurso humilde de Ervigio, reconoce al usurpador alevoso y pronuncia anatema contra todos los que no se sometan al nuevo monarca, y aun establece un cánon contra la misma supercheria que á él le habia valido la corona, prohibiendo imponer el hábito de penitencia á persona alguna contra su voluntad. Otro tanto habia practicado el sétimo concilio de Toledo con Chindasvinto, que habia cortado el cabello al jóven Tulga, y arracándole el cetro. Los reyes castigaban de muerte el solo pensamiento de cometer el crímen que ellos habian perpetrado, y los concilios excomulgaban á los conspiradores contra aquellos mismos que debian el trono á una conspiracion. ¡Estraña jurisprudencia civil y canónica! ¡Condenar y anatematizar los delitos futuros, sancionando los mismos delitos ya consumados!

La forma electiva de la monarquía hacia humillarse la corona gótica ante el poder teocrático, ante el ascendiente que tomaba el sacerdocio á la sombra del formidable derecho de eleccion, y de la mayoría que representaba siempre en los concilios, asambleas semi-religiosas, semi-políticas, á que venian á subordinarse todos los poderes del Estado. ¡Desgraciado el monarca que se enagenára el favor del clero, y afortunado el que contára con su influjo, siquiera le mendigára con humillacion! Sucederíale al primero lo que á Suintila cuando tentó á destruir el principio electivo; el se-

gundo podia estar seguro de su proclamacion, aunque fuese un usurpador como Sisenando. Si se quiere tener un ejemplo de lo que era la magestad del solio ante el poder de la teocracia, no hay sino representarse á Sisenando ante el cuarto concilio de Toledo, con la rodilla doblada en tierra, inclinada la frente y corriendo las lágrimas por sus ojos; y á los obispos, pagándose de la actitud suplicante del monarca, fulminar anatema contra todos los que atentáran á la vida ó á la corona del rey por ellos proclamado.

Así la vieja espada gótica iba á ocultarse bajo los capisayos episcopales, y el antiguo instinto guerrero de la raza indo-germánica desapareció bajo la influencia sacerdotal. De algunos monarcas pudo dudarse si eran reyes ú obispos coronados. La conversion de Recaredo hizo un bien inmenso á la religion, pero decidió sin intentarlo la lucha entre la mitra y la corona. Llevando á los concilios los negocios temporales, vino á ponerse el cetro bajo la tutela del cayado. No previó aquel monarca que ni todos sus sucesores habian de tener una autoridad tan legítima é incontestable como la suya, ni todos los prelados habian de ser tan circunspectos como los del tercer concilio de Toledo. Pudo entonces aconsejarlo así la política, porque ciertamente la virtud y el saber se habian refugiado en aquellos tiempos á la Iglesia, sin la cual no se hubiera acaso salvado la monarquía; y los Leandros é Isideros de Sevilla, los Ildefonsos y Julianes de Toledo, y los

Braulios de Zaragoza eran astros que hubieran brillado bien aun en épocas más adelantadas en civilizacion. Pero era dificil que la influencia sacerdotal no fuera convirtiendo el elemento político en fuente inagotable de inmunidades, y hasta de usurpaciones. La inmunidad habia de resentir tambien con el tiempo la pureza de la disciplina.

¿Se ha definido bien la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que dieron tan singular fisonomía al gobierno de la nacion gótica? Algunos escritores ilustrados han visto en los concilios de Toledo unas verdaderas asambleas nacionales. Nosotros creemos que no era la Iglesia la que entraba á hacer parte de la nacion, sino que la nacion era absorbida en la asamblea de la Iglesia. Eranlo casi todo el clero y el rey, poco los nobles, el pueblo nada: y la fórmula *omni populo assentiente* podria significar acquiescencia ó beneplácito; nó aprobacion deliberativa. Ellas, no obstante, encerraban el gérmen de otras asambleas más populares que con el tiempo les habian de suceder.

Revelábase ya tambien bajo el imperio de los godos el génio naciente de la Inquisicion, cuyo férreo brazo habia de pesar tan duramente sobre España. Contaba ya siglos de existencia el cristianismo; y la religion tan pura y tan suave en los primeros tiempos, habíala ido convirtiendo el fanatismo de príncipes y clérigos en intolerante y dura. Iglesia y trono, concilios y reyes, se mostraban perseguidores inexorables de esa raza

desventurada, marcada con el sello de la venganza divina, siempre engañada, pero creyente siempre, inflexible y tenáz, propia para fatigar con su ciega inquebrantable constancia los gobiernos de los pueblos en que toman asiento. Solo un celo fanático puede esplicar la conducta de un Sisebuto, llorando la sangre de los enemigos que se veia obligado á derramar en la guerra, rescatando con su propio dinero los cautivos que hacian sus soldados, y decretando al propio tiempo el exterminio de la raza judáica. «Porque, gracias «á la ardiente fé del monarca, decian los padres del «sesto concilio de Toledo, que no deja vivir en su reino «un solo hombre que no sea católico, nadie podrá su-«bir al trono sin pronunciar el juramento de no tolerar «el judaismo, y el que falte á él será maldito, y «servirán de alimento al fuego eterno él y todos sus «cómplices.» Así la desesperacion convirtió en vengadores terribles á los que el fanatismo se empeñaba en hacer víctimas. Si más adelante vemos á los judíos de España concertarse con los sarracenos de Africa para vengar la opresion de los godos, no lo estrañemos: lo propio habian hecho antes los españoles, acogiendo á los godos por no sufrir la tiranía de los romanos. Lo hemos dicho otra vez: los pueblos rigorosamente vejados, están siempre dispuestos á cambiar de señores. Harto lo lamentaban ya los más ilustres y sábios prelados católicos.

Es un error atribuir la caida del reino godo á los

vicios y demasías de Witiza y á los escesos y debilidad de Rodrigo. Hartas causas venian preparadas de atrás para ir llevando la monarquía goda á una declinacion prematura. Y no era acaso la menor entre ellas la de no poder subir al trono el que no descendiera de la noble sangre goda: condicion que impedia unirse en los corazones godos é indígenas, vencedores y vencidos.

Tal vez no fué Witiza ni tan irreligioso, ni tan tirano, ni tan libertino como nos le pintó la historia de su tiempo, ni tan ilustre y tan gran reformador político y moral de las leyes y las costumbres como algunos sábios críticos posteriormente nos le han dibujado. Es lo cierto, que bajo este personage de cuestionada reputacion se desarrollaron con más violencia las parcialidades, y que él bajó del trono lanzado por un partido ofendido é irritado, quo aclamó y ensalzó á Rodrigo, destinado á desplomarse con la monarquía, que de años atrás venia arrastrando una existencia vacilante.

Porque los bandos intestinos capitaneados por la faccion y la familia de un monarca destronado conspiraban contra los parciales y sostenedores del monarca reinante, que habia sido conspirador á su vez; porque las costumbres andaban relajadas y sueltas, y la molicie tenia enervados los brazos que hubieran necesitado esgrimir con vigor las armas; porque los hijos del Dnieper y del Danubio habian perdido la energía y los instintos severos que los habian hecho conquistadores y vencedores; porque el trono se hallaba desprestigiado

con las humillaciones, vivas y exacerbadas las rivalidades, y el descontento y la discordia despedazaban el Estado; en tal situacion no era posible que el pueblo godo pudiera resistir la impetuosa invasion de otro pueblo vigoroso y fuerte. Y este pueblo y esta invasion no habian de faltar, porque nunca falta la intervencion providencial, cuando una sociedad exige ser disuelta ó regenerada. Así el robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataulfo, proseguido por Wallia, convertido en estado bajo Teodoredo, redondeado en la Península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo, hecho católico por Recaredo, completado por Suintila, conservado enérgicamente por Chindasvinto, restaurado por Wamba, degenerado y flaco bajo Egica y Witiza, vino á desmoronarse en un dia bajo el desventurado Rodrigo.

VI.

Tocó ser instrumento de esta mision á los hijos del Profeta.

Esta vez es el Oriente el que viene á intimar al Norte que su dominacion ha concluido, como antes el

Norte habia sido llamado á derrocar el imperio del Mediodía. Es la raza semítica que aspira á reemplazar á la raza japhética y á la raza indo-germánica. Entonces como ahora todo estaba providencialmente preparado para una gran revolucion. Entonces Roma degenerada y muelle pudo oir el confuso murmullo de aquel enjambre de bárbaros, que apostados á los confines septentrionales de su imperio no esperaban sino la voz de «avancen,» para lanzarse sobre él. Ahora los godos pudieron oir el sordo ruido de las formidables masas de guerreros árabes que desde las playas africanas esperaban la voz de «adelante» para cruzar el piélago y arrojarse sobre España. Un rio habia tenido á los godos separados del imperio romano; un estrecho de mar tenia ahora á los árabes separados del reino godo. Detenidos por las olas, pero aguijados del deseo de plantar el estandarte del Profeta en el mundo de Occidente; el miserable estado de la monarquía gótica les brindaba ocasion oportuna; la venganza y la traicion les tendieron su mano, y guiados por ella surcaron el estrecho los hijos de la Arabia y los del Magreb en la primavera del año 11 del octavo siglo de la era cristiana. El sol del 30 de abril alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y al pié de la gran roca de Gibraltar, que todavía conservan poco variados los nombres que los invasores les pusieron, como si su primer paso quisiera anunciar ya la intrusion de su lengua en la del país que venian á conquistar.

No vienen estos, como los septentrionales, ganados al cristianismo. Al contrario, vienen á imponer otra religion, otro culto y otra moral. No traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra. Su culto es el de Mahoma, su dogma el fatalismo, su moral la del deleite, su principio político y religioso el despotismo temporal y espiritual, su pensamiento acabar con toda la civilizacion que no sea la del Koran.

Pronto se encuentran cristianos y musulmanes; porque Rodrigo ha acudido á defender su reino de aquellas gentes estrañas, que al decir de Teodomiro no se sabe si son venidas del cielo ó de la tierra. Pronto se cruzan las armas, y se empeña un terrible y desesperado combate..... ¿Qué significa ese quejido de dolor que ha resonado en toda España? Es que el monarca y la monarquía goda han quedado á un tiempo ahogados en las ensangrentadas aguas del Guadalete. No la España sola, el mundo entero oyó absorto que los guerreros del Koran habian vencido á los soldados del Evangelio. Pereció el grande imperio gótico de Occidente bajo los golpes de la cimitarra de Tarik, siglo y medio despues de haber muerto el de Italia al filo de la espada de Belisario. Porque apenas merece ya el nombre de resistencia la que algunas ciudades oponen á los vencedores, los cuales pasean orgullosos los estandartes del Profeta por todo el ámbito de la Península, y no tardan en ondear sobre la cúpula de la gran basílica de Toledo.

Ya no se vuelve á hablar de reino gótico; ya no hay godo-hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusion nunca completa habia conservado por más de dos siglos.

Arabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un rio sin cauce. La nacion ha desaparecido: ella resucitará.

Habíase detenido la inundacion ante una cordillera de escarpadas rocas, á cuya espalda se escondia un pobre rincon de España, que los invasores, ó no conocieron, ó acaso al aspecto de su pobreza le menospreciaron. No habia sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera, ni la geografía de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que á vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió á desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo: mirad que ese pequeño pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominacion de unos extrangeros que profesaban su misma fé, y que protestarán con más energía contra otros extrangeros que vienen á quitarles su patria y á imponerles una nueva fé y una nueva religion.»

«Dios habia querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagára de todo punto en España.» Y

así fué. Mantuviéronse allí sin ser hostilizados los bravos astures y los que de otras provincias acudieron á refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para recobrarse del primer aturdimiento, y concebir el temerario plan de resistir á las huestes agarenas en ninguna parte vencidas, y de fundar allí una nacionalidad. Ofrécese á guiarlos en tan arrojada empresa un hombre de accion y de consejo, gefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religion y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, ó que fuese Pelayo el Romano, *Belay el Rumi*, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no habia diferencia entre godos y romano-hispanos, y todos eran cristianos y españoles, porque la patria y la fé los habian congregado allí.

Cuando el rumor de la reunion de aquellas pobres gentes llegó á oidos del valí El-Horr, y cuando Alkhaman de órden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas y desfiladeros de Astúrias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogen á hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo despues ¿Quién podia creer que aquella cueva encerrára una religion, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podia creer que el pueblo cobijado en aquella

cueva como un niño desvalido, habria un dia de abarcar dos mundos como un gigante fabuloso? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se habia de levantar tan soberbia con Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela, y se realiza el combate más maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvian de rebote contra los mismos que los lanzaban, si las montañas y las rocas no se desplomaban contra ellos, y el terreno no se hundia bajo sus piés, si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignan, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulman. O el favor de Dios y la proteccion providencial no se manifiestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, ó no pudo ser más evidente su intervencion en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, restos de la monarquía católica pasada, y principio de la monarquía católica futura.

. En efecto, la fé es la que ha alentado á esos pocos españoles á emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga. Ella es la que va á enlazar la sociedad destruida con la sociedad que comienza á nacer. Así se enlazan las

edades y los principios. La conversion de Constantino á la fé cristiana fué el eslabon que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades formadas de las razas septentrionales. La conversion de Recaredo al catolicismo fué el lazo que habia de unir la España gótica con la España independiente. El espíritu religioso será el que la guie en la lucha tenáz y sangrienta que ha inaugurado. La religion y las leyes fueron, ya lo dijimos, las dos herencias que la dominacion goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en esta nueva regeneracion social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia*; y tan luego como recobren un principio de patria clamarán por regirse *secundum legem Ghotorum*. Así la España irá recogiendo de cada dominacion y de cada edad los principios que han de ir perfeccionado su organizacion; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasion de los árabes, hasta que estuviera acabado el Fuero de los Jueces, y permitió que la invadieran á poco de haberse concluido, como si no hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla del principio de su vitalidad futura.

Importa poco que á Pelayo le dieran ó no el título de Rey antes ó despues de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesion

de los que despues de él fueron siendo reyes de Astúrias, de Leon, de Castilla, de España y de los dos mundos.

Aquella congregacion de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fué atreviéndose á descender de las empinadas sierras, y á ocupar poco á poco los valles y los llanos, donde se ejercitan en las armas, apacientan ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques, y edifican primero templos y despues casas; porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos á aquel asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio ó una espada, aumentan y fortalecen la poblacion, fundan una pequeña capital correspondiente á la pequeñez del reino, y se preparan á mayores empresas.

No era mediado aun el octavo siglo, cuando sintiéndose estrechos en tan reducidos límites, y considerándose bastante fuertes para no necesitar de sus rústicos atrincheramientos, salieron á desafiar á los árabes en los campos y pueblos por ellos dominados. El hacha de Cárlos Martell hace cejar á los musulmanes por la parte de la Aquitania Gótica que habian invadido, amenazando al corazon de la Francia, y difundiendo el espanto por toda Europa, y Alfonso el Católico de Astúrias emprende una série de gloriosas escursiones, llevando el terror y la devastacion delante de su espada,



á tal punto que los mismos sarracenos le nombraban Alfonso el Temido y el Matador de gentes. Las armas cristianas recorren la Galicia y la Lusitania, los campos Góticos, la Cantabria y la Vasconia hasta los Pirineos occidentales. Sin embargo, estas conquistas no pueden tener el carácter de permanentes. Harto hace Alfonso I. en enseñar á los infieles que no es solo al amparo de los riscos donde saben vencer los cristianos, en poner en contacto á los fieles de uno y otro estremo del norte de la Península, y en señalar á sus sucesores el camino de la restauracion.

La destruccion ha sido grande, y la nacionalidad tiene que irse reconstruyendo lentamente: el árbol que retoña al pié de la centenaria encina arrancada por el furioso vendaval en un dia de borrasca, no puede crecer de repente. Pasa, pues, medio siglo y cinco reinados oscuros desde las brillantes y pasageras correrías de Alfonso el Católico, hasta las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, el cual llega á medirse con Carlo-Magno, la figura más gigantesca de aquellos tiempos, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba, como de poder á poder.

Llega el siglo nono, y otro tercer Alfonso llamado con justicia el Grande, lleva sus huestes hasta más allá del Guadiana, y hace brillar las armas cristianas ante los muros de Toledo. El gefe del imperio musulmal se humilla á solicitar de él una paz solemne, y el tercer Alfonso designa ya á sus hijos la ciudad de Leon

como residencia futura de los monarcas cristianos.

A la voz de Astúrias respondió pronto el eco de Navarra, y el pendon de la fé que se enarboló en las cumbres de los Pirineos occidentales no tardó en tremolar tambien en el Pirineo oriental. Pero faltaba al pueblo cristiano un centro de unidad y de accion. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia; sujetábanse tal cual vez unos á otros de mal grado, y los reyes de Astúrias no podian recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada. Era el génio ibero que habia revivido con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independencia, y con las mismas rivalidades de localidad.

Por fortuna no andaban los conquistadores más acordes y avenidos. A la unidad momentánea de impulsion, que los hizo irresistibles como invasores, sucedieron luego las antipatías de raza y los ódios de tribu que ya dejaron implantados los primeros gefes de la conquista. Además de las diferencias entre árabes, sirios y egipcios, los mismos árabes, especie de aristócratas privilegiados, se dividian en varias categorías, segun que sus razas se aproximaban más en orígen á la del Profeta, ó que conservaban más puras las tradiciones del Islam. Y todos tenian contra sí á los africanos berberiscos, conquistados antes por ellos, sus aliados forzosos despues, más groseros y ménos creyentes, que no desaprovechaban ocasion de vengar

con ruda animosidad su mal tolerada dependencia. La distancia que separaba la Península del gobierno central favorecia el desarrollo de sus discordias, pues tenian tiempo para devorarse entre sí los musulmanes de España, antes que la accion del gobierno superior, debilitada con la larga escala que tenia que recorrer, pudiese aplicar el oportuno remedio.

La angustia misma de su situacion les sugirió el pensamiento de fundar en España un imperio independiente del de Damasco. Pronto las playas de Andalucía resuenan con un grito de regocijo y con una aslamacion de entusiasmo. Era que saludaban al jóven Abderrahman ben Merwan ben Moawiah, de la ilustre estirpe de los Beny-Omeyas de la Arabia, único vástago de su esclarecida familia que habia librado milagrosamente su garganta de la tajante cuchilla de los Abbasidas. Este tierno prófugo, cuya juventud era un tejido de azares dramáticos y de episodios novelescos, fué el escogido por las tribus árabes y sirias para ocupar el trono del futuro califato español, y venia desde el fondo del desierto á tomar posesion del sólio.

Funda, pues, Abderrahman el imperio de los Ommiadas, la dinastía más brillante que ocupó jamás los tronos del mundo: y la raza árabe, noble, ardiente y generosa como sus corceles, se sobrepone á la raza berberisca, inquieta, turbulenta y pérfida como los númidas sus antepasados.

Realiéntase y se vigoriza con esto el imperio mus-

límico español, pero no por eso desmaya el denuedo ni se entibia la fé de los cristianos. Antes bien principia más propiamente ahora esa grande epopeya de dos pueblos caballerescos, que se odian por religion y que rivalizan en arrojo en la pelea. Lucha sublime, en que se vé el ardor y la sangre de la Arabia en pugna incesante con el estoicismo cristiano de los hijos de Occidente: escenas africanas mezcladas con las tiernas emociones del cristianismo: mahometanos que se arrojan á la muerte con la confianza de alcanzar el paraiso, y cristianos que pelean alentados con la esperanza de ganar el cielo: ejércitos que se contemplan protegidos por la sombra del pendon de Ismael, y combatientes á quienes amparan los brazos de una cruz: la supersticion mezclada en unos y otros con la fé, y unos y otros apellidándose infieles y descreidos: la Europa y el mundo, el cielo y la tierra esperando el desenlace de esta grande Iliada, que aguarda todavía un Homero cristiano que la cante dignamente. El tiempo dirá quién mostró ser más poderoso, si el Allah de los islamitas ó el Dios de los cristianos, si Mahoma ó Jesucristo, si el Koran ó el Evangelio, si la cimitarra ó la cruz,

Verdaderamente al contemplar el gran desarrollo, el engrandecimiento y poderío que alcanzó el imperio mahometano de España bajo la dominacion de los Ommiadas, de aquellos esclarecidos califas que ocuparon el trono de Córdoba desde mitad del octavo hasta en-



trado el undécimo siglo; de aquellos príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada, de que apenas salió algun vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galería de los grandes gefes de los imperios: al ver las huestes agarenas franquear los Pirineos, invadir la Aquitania franca, tomar á Narbona, incendiar los arrabales de Marsella, hacer al Africa una dependencia de España y dominar á uno y á otro lado del Mediterráneo: al ver á los Césares de Bizancio y á los emperadores de Alemania, los Teófilos y los Othones, enviar embajadas solemnes, con demandas de auxilio ó proposiciones de alianza y amistad, á los Abderrahmanes de Córdoba: al ver aquellas masas innumerables de guerreros que á la voz del *alghied* ó guerra santa se congregaban, reunidos los estandartes de España con los de Africa (gran depósito de reserva y retaguardia invulnerable del imperio), para atacar á los pobres cristianos que ocupaban unos retazos de esta península, allende el Ebro ó del otro lado del Duero, parece inverosímil, ya que no imposible, que los soldados del cristianismo se atrevieran á medir sus fuerzas con tan gigantesco y formidable poder.

Y sin embargo hiciéronlo así. Y el éxito fué mostrando que no hay triunfo imposible cuando la causa es justa, ni empresa temeraria cuando se acomete con arrojo, se sostiene con perseverancia y se prosigue con fé. A los Abderrahman, á los Alhakem y á los Hixem, oponian los cristianos los Ramiros, los Ordoños y los

Alfonsos; Almudhafar se encontraba con un Fernan Gonzalez; y si los sarracenos contaban con un Almanzor, *el Victorioso*, no les faltaba á los cristianos un *Cid Campeador*.

En todos los estremos de la Península resonaba un mismo grito de independencia: en cada territorio se organizaba un pequeño estado que servia de antemural al torrente de la dominacion. Los reyes de Leon sostienen como buenos el honor de las armas cristianas. En Castilla se constituye un condado, que después ha de ser reino, destinado á soportar el peso de la contienda. Las fronteras de Castilla y de Leon, mil veces ganadas y perdidas por árabes y españoles, sirven por cerca de dos siglos de baluarte á la cristiandad. En Navarra los Garcías y los Sanchos dilatan prodigiosamente los límites de aquel pequeño reino, de orígen oscuro y cuestionado. En los Pirineos orientales, sobre el cimiento de la Marca Gótica, fundada por Carlo-Magno y Luis el Pio, se erige el condado de Barcelona, que franco primero, español después, y cristiano siempre, ocupado sucesivamente por los Wifredos, los Borreles, los Berengueres y los Ramones, forma otro dique en que va á romperse el oleage de las algaradas muslímicas: dique que se ensancha hasta incorporarse con Aragon, cuyo estado ven nacer los Ommiadas antes de la disolucion de su imperio.

A la segunda mitad del siglo X, bajo Abderrahman III. y Alhakem II. llega el Califato á un grado

asombroso de grandeza y de esplendor. El primero es el reinado de la conquista y de la magnificencia; el segundo es el imperio de las letras y de la cultura. Abderrahman III., el Magnífico, el primero que toma el título de Califa á imitacion de los de Damasco, el Iman, el Emir Almumenin, acaba con todas las sediciones intestinas, gana á Toledo, último atrincheramiento de los rebeldes, destruye en Africa los califatos de Fez y de Cairwan, y teniendo con una mano sujeta el Africa, y ejerciendo con otra un protectorado discrecional sobre todos los estados cristianos de España, ve desde el fantástico palacio de Zahara, mansion de maravillas, de voluptuosidad y de deleites, postrarse á sus piés embajadores de los Césares de Oriente y de los emperadores del norte de Europa, venir á solicitar su amistad los representantes de los soberanos de Francia, de Borgoña y de Hungría, acogerse á su patronato y apoyo el conde de Barcelona y el rey García de Navarra, á Sancho el Gordo de Leon ir á buscar á Córdoba los recursos de la medicina y la tutela del califa, á Ordoño IV. el Malo pedir un rincon del vasto imperio musulman en que acabar triste y oscuramente sus dias: aliados, en fin, cuya flaqueza le garantía su fidelidad ó protegidos que le debian su corona y le retribuian una dependencia y sumision moral. Alhakem II. amparador de las letras y protector de los doctos, sustituye las bibliotecas á los campos de batalla, los cantos poéticos al ruido de los atabales, los certámenes literarios á los

combates sangrientos, y las academias á los triunfos del alfange; lleva á las musas á habitar á su alcázar; y sus graciosas esclavas Rhedya, Aischa y Maryem, recuerdan las Safos, las Aspasias y las Corinas de los bellos tiempos de Grecia. Era el uno el César, y el otro el Augusto del imperio musulman. Desgraciada estrella tenia que lucir á los cristianos.

Eclípsase esta casi totalmente con Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso; genio privilegiado y conjunto admirable de tacto político, de talentos literarios y de intrepidez bélica, que en veinte y cinco años gana cincuenta batallas á los cristianos, cayendo sobre ellos como un meteoro abrasador de incierto rumbo, y reduciendo su reino casi á los estrechos confines del tiempo de Pelayo. Las campanas de la catedral de Compostela son trasportadas á Córdoba en hombres de cautivos cristianos para servir de lámparas en las naves de la grande aljama, y hasta las reliquias de los santos y los huesos de los mártires, conducidos por monarcas fugitivos, van á buscar un altar seguro en las cuevas y rocas inaccesibles de Astúrias.

No hay al parecer medio humano que pueda salvar la causa de la independencia y la causa del cristianismo. Pero le habrá: porque no es la civilizacion de Mahoma la que está llamada á alumbrar la humanidad, ni el astro que ha de guiarla en su carrera. Caerá el coloso, porque la Providencia vendrá otra vez en ayuda de este pobre pueblo, que por lo menos ha



tenido el mérito de no desconfiar nunca de la justicia y de no desmayar jamás en la fé.

La comun necesidad y peligro inspira á los príncipes cristianos el pensamiento, aunque harto tardío, de la union, y deponiendo rivalidades y discordias, se determinan á arriesgar en una batalla y á jugar en un dia sus comunes destinos, los destinos de ambos pueblos, los destinos de la cristiandad. Los ejércitos se avistan, se encuentran en los campos de Calat-Añazor *(la cuesta de las Aguilas)*, y se traba la terrible pelea.... O las *ataqueviras* de los soldados de Mahoma no han llegado á Allah, ó Allah ha sido impotente ante el Dios de los cristianos, y Almanzor el Victorioso ha dejado de ser el Invencible. Almanzor deja de existir y es enterrado en Medinaceli, en la caja de polvo que habia ido recogiendo del que sacaba en sus vestidos en cada batalla. Aquel polvo cubria veinte y cinco años de gloria suya y un dia de gloria para los cristianos. El desastre de Guadalete ha sido vengado en Calat-Añazor. Ahora como entonces se oye un quejido de dolor en toda España; pero ahora es la España musulmana la que se lamenta. La España cristiana hace resonar las bóvedas de sus templos con el himno sagrado que la Iglesia destina á dar gracias á Dios por las prosperidades de la cristiandad.

Con razon se vistió de luto el pueblo musulman, porque la muerte de Almanzor era la muerte del imperio. Su desprestigiado califa Hixem, soberano sin

autoridad y niño de por vida, esclavo en su alcázar y rodeado de muchachos y de jóvenes y mugerzuelas, sirve ya solo de miserable juguete á los que se disputan la herencia de un trono, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado; pregónanle muerto ó le proclaman vivo ó resucitado, le enseñan ó le esconden al pueblo á manera de maniquí, segun conviene á las miras de un pretendiente astuto ó de un eunuco de palacio. El trono de Córdoba se hace presa del más atrevido usurpador, como el de Roma en tiempo del Bajo Imperio. Se desencadena el odio de tribus, y se devoran entre sí disputándose con horroroso encarnizamiento los despojos del Califato que se desmorona. Desaparece la noble raza de los Beny-Omeyas, y sobre las ruinas del poco ha tan soberbio imperio, se levantan tantos reyezuelos como son los walíes y las ciudades musulmanas.

Entretanto los monarcas cristianos se contentan con ser solicitados por los competidores al trono musulman, con inclinar la balanza al lado donde arrojan su espada, y con hacer reyes á los mismos que pudieran hacer vasallos. Sin embargo, se restaura la basílica de Compostela; Leon se reconstruye; los desmantelados muros de Zamora se reedifican. Alfonso V. de Leon puede celebrar ya un concilio en la resucitada ciudad. Los Berengueres de Cataluña dominan desde Rosas hasta la embocadura del Ebro. Aragon se constituye. Sancho el Mayor de Navarra dilata prodigiosa-

mente su diminuto estado. Padre de reyes y repartidor de reinos, hace á Fernando primer rey de Castilla. Fernando se ciñe las dos coronas de Castilla y de Leon, y somete á tributo á los emires independientes de Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla. Por último, Alfonso VI., rey de Castilla, de Leon y de Galicia se apodera del primero y más inespugnable baluarte de la España sarracena, de la inmortal Toledo. La antigua córte de la España gótica vuelve á ser la capital de la España cristiana. Es el 25 de mayo de 1085.

VII.

El imperio ommiada ha caido. Se ha desplomado desde la cumbre del poder, casi sin declinacion, casi sin gradacion intermedia entre su mayor grandeza y su total ruina. ¿Cómo descendió desde la cúspide al abismo? El prodigio de su engrandecimiento esplica el de su caida. Las relevantes cualidades y especiales talentos de sus califas lo habian hecho todo. La grandeza moral del pueblo no existia; estaba toda en el gefe del Estado. El peso del edificio cargaba sobre la

cabeza. Faltó el gefe y con él se desplomó el imperio como una estátua sin pedestal.

No era esto solo. Vivian inextinguibles las antipatías de casta y de tribu, de orígen, de costumbres, de inclinaciones y de creencias. Las eternas rebeliones de los Hafsun y de los Caleb, trasmitidas de generacion en generacion, probaban que la raza feroz de los hijos del Atlas ni transigia ni perdonaba jamás á la raza mas culta de los hijos del Yemen. El Africa habia enviado hombres á los soberanos de Córdoba, mientras meditaba como enviarle señores. Y tan pronto como halló ocasion, esa raza indómita, que tuvo el privilegio de conservar los instintos salvages en medio de un pueblo civilizado, destruyó con su propia mano los brillantes mármoles de los palacios de Córdoba, holló con su ruda planta los elegantes jardines de Zahara, é hizo hogueras de la biblioteca de Merwan, adquirida á precio de oro. Vándalos del Mediodía, hicieron con Córdoba lo que con Roma ejecutaron los bárbaros del Norte. Acababan los árabes y comenzaban los moros.

Mahoma cometió un olvido imperdonable al fabricar la constitucion del imperio. No hizo una ley de sucesion al trono. Y los califas abrogándose la facultad de elegir sucesor de entre sus hijos ó deudos, sin atender ni á la primogenitura ni aun á la estricta legitimidad, prefiriendo á veces un nieto á los hijos, ó un postrer nacido á los hermanos primogénitos, pocas

veces dejaron de ver ensangrentadas las gradas del trono por los miembros postergados de aquellas familias que la poligamia hacia tan numerosas, y las guerras comenzaban por domésticas y concluian por civiles. Los godos y los cristianos de los primeros tiempos de la restauracion sufrieron por la misma falta iguales inquietudes. ¡Cuánto tardaron los hombres en conocer las ventajas de esa institucion, menos bella pero menos fatal, de la sucesion hereditaria!

¿Qué representaba el pueblo musulman al lado del pueblo cristiano? El uno el triple despotismo de un hombre, á la vez monarca, pontífice y gefe superior de los ejércitos. La nacion no existía; era una congregacion de esclavos en que todos lo eran menos el señor de todos. Aparte del fanatismo religioso, ¿qué aliciente tenian para ellos las fatigas de una eterna campaña?

Sabian que desde Mahoma hasta la consumacion del imperio, su condicion, inmutable como la ley, no habia de variar nunca; esclavos siempre; ni una franquicia que adquirir, ni una institucion que ganar. ¡Ay de ellos si se atrevian á quejarse de que el botin de sus triunfos sirviera para las prodigalidades de un califa, que desde el artesonado salon de su suntuoso alcázar le repartia entre las poetisas que le adormecian con el arrullo de sus versos ó de sus cantos, ó de que distribuyera la sustancia del pueblo entre las esclavas que le enloquecian con estudiados placeres, ó de que las rentas anuales de una provincia fueran el precio

del collar que destinaba á la garganta de una odalisca de ojos negros! Las cabezas de los que tal murmuráran rodarian por el suelo, cualquiera que fuese su número, y no faltarian poetas que ensalzáran á las nubes las virtudes y aun la piedad del soberano.

Los cristianos representaban el triple entusiasmo de la religion, de la patria y de la libertad civil. Pues al paso que peleaban por la fé, luchaban por rescatar su nacionalidad, y ganando la sociedad ganaba tambien el indivíduo y conquistaba franquicias y derechos. Este triple entusiasmo, en oposicion á la triple esclavitud de los musulmanes, necesariamente habia de infundir mas vigor en aquellos. Los viejos cronistas han hecho mal en recurrir al milagro para esplicar cada triunfo de los cristianos.

Si disuelto el imperio ommiada no acabaron de expulsar las razas mahometanas, culpa fué del heredado espíritu de individualismo y de sus incorregibles rivalidades de localidad. Las envidias se recrudecieron despues del triunfo de Calatañazor, y los reinados de Sancho y García de Navarra, de Ramiro de Aragon, de Fernando, Sancho, Alonso y García de Castilla, Leon y Galicia, todos parientes ó hermanos, presentan un triste cuadro de enconos y rencores fraternales, en que parece haberse desatado completamente los vínculos de patria y borrado del todo los afectos de la sangre. Los hermanos se arrojan mútuamente de sus tronos, y los hijos de un mismo padre se clavan las

lanzas en los campos de batalla. Ni á las hermanas escudaba la flaqueza de su sexo, y vióse á Urraca y á Elvira inquietadas por un hermano en los dos rincones que su padre les adjudicára para que les sirviesen de pacífico retiro. Y como si fuese necesario poner el cebo mas cerca de la ambicion y de la envidia, los padres, al morir, partian el reino en tantos pequeños estados como eran sus hijos. Fernando de Castilla no escarmentó en los desastres del error de su padre: cayó en el mismo y á igual falta correspondieron iguales calamidades. Merced á estas funestas particiones, se encontró la España cristiana, reducida y pobre como era todavía, dividida en seis estados independientes. Por fortuna era harto mayor el fraccionamiento de la España mahometana y el mayor desconcierto de la una era la salvacion de la otra.

Aunque supongamos hija de la necesidad y obra de la política aquella desdeñosa tolerancia que en los dos primeros siglos de lucha usaron los conquistadores con los conquistados, permitiendo á los cristianos el libre ejercicio de su religion y de su culto los mismos que venian á imponerles otro culto y otra religion, no por eso deja de ser admirable aquel prudente contenimiento tan desusado de los pueblos conquistadores. Y seria un espectáculo singular ver en las grandes poblaciones alternar el escapulario del monge cristiano con el turbante del musulman, y al tiempo que el sonido de la campana convocaba á los fieles al sacrificio de la misa

ó á oir la predicacion del sacerdote de Cristo, la voz de los muezzines estar llamando á los hijos del Profeta desde lo alto de un alminar á rezar su azala en la mezquita ó á oir el sermon á su alchatib.

Mas tan estraña tolerancia cambió al fin en cruda persecucion. San Eulogio, el campeon impertérrito de la fé, nos ha dejado consignadas en sus preciosas páginas las glorias de los mártires de Córdoba. ¿Seria acaso que él mismo, y otros celosos apologistas, como Alvaro, Cipriano, y Samson, provocáran el martirio como el único medio de atajar la propension que en los mozárabes de aquel tiempo se notaba á dejarse arrastrar del ascendiente de la civilizacion de los árabes, y á fundirse en la poblacion musulmana por el idioma, por las costumbres, por los trages, por la literatura, y hasta por los matrimonios? Si tal fué su intento, lográronle cumplidamente, porque la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos, que por otra parte rivalizaban en espíritu y en celo religioso.

Si en Córdoba se levantaba una soberbia aljama ó mezquita, más grandiosa que todas las de Occidente y rival en suntuosidad con la gran Zckia de Damasco, lugar santo de peregrinacion para los musulmanes como la Meca, en Compostela se erigia una gran basílica, se descubria el sepulcro del santo apóstol Santiago, y los piadosos cristianos acudian allí en peregrinacion como á Jerusalen ó á Roma. Si cada emir y cada ca-

lifa engrandecia ó agrandaba el gran templo, ó construia nuevas mezquitas y las dotaba con gruesas sumas de dinares de oro, cada obispo y cada monarca cristiano dotaba con esplendidez una iglesia, ó levantaba una catedral ó fundaba un monasterio. Si el alghied publicado desde el almimbar ó púlpito alentaba á los soldados del Profeta á emprender con vigor una campaña, los soldados de Cristo entraban con ardor en el combate invocando al santo patrono Santiago, á quien veian en los aires caballero en un soberbio corcel y armado de reluciente espada, bajar á ayudarlos en la pelea y á derribar millares de infieles bajo los pies de su caballo; ó bien era San Millan que se aparecia entre nubes con vistoso trage y armado de todas armas, ó bien San Jorge en caballo blanco y con cruz roja; visiones saludables que les valieron más de un triunfo. Y si la verdad histórica no admite el milagro de Clavijo bajo el primer Ramiro, solo aquella fé les pudo proporcionar otra victoria en el mismo lugar bajo el primer Ordoño.

Encontrábanse en las batallas los alfakíes y alchatibes musulmanes con los sacerdotes y obispos cristianos, unos y otros llevando sobre la vestidura sagrada el armamento del guerrero. En Valdejunquera dieron muerte los cristianos á dos doctores del Islam, y los muslimes hicieron prisioneros á dos obispos cristianos. Cuando el conde Armengol de Urgel llegó con sus catalanes cerca de Córdoba, para auxiliar al árabe

Muhammad contra el berberisco Suleiman, tres prelados le acompañaban en esta singular cruzada, y todos tres sucumbieron con su gefe peleando como soldados. Si el pueblo vé despues sin sorpresa en el siglo XV. al arzobispo de Toledo capitanear los escuadrones rebeldes del príncipe Alfonso contra las huestes de Enrique IV. de Castilla; si en el siglo XVI. el más eminente cardenal de España no tuvo por ageno de su estado ordenar el asalto de Oran con la espada del guerrero ceñida sobre el sayal del franciscano; si mas adelante se vió sin maravilla una legion de clérigos comandados por un obispo defender las libertades de Castilla en los campos de batalla contra los ejércitos imperiales del gran Cárlos V.; si en el siglo XIX. hemos visto á los ministros del altar blandir la lanza y acaudillar guerreros contra las legiones de un invasor estraño, y hasta en nuestras contiendas civiles cambiar la vestidura sacerdotal por la armadura bélica, fuerza es reconocer lo que encarnó en esta clase la costumbre adquirida en aquellos tiempos de celo religioso.

Los pueblos que así competian en devocion no podian competir lo mismo en civilizacion y en cultura. Los árabes con su natural viveza se habian lanzado á la conquista de las letras con el mismo ardor que á la conquista de las armas, y el pueblo muslímico español era un hijo emancipado de aquella Arabia que heredó las riquezas literarias de Egipto, de Grecia, de Roma y de la India. Los califas de Occidente se propu-

sieron que la córte de Córdoba no cediera en brillo intelectual á la de Bagdad, la ciudad de los ochocientos médicos, y de la universidad de los seis mil alumnos. Abderrahman III. supo fomentar los diversos ramos del saber humano tanto como Alraschid, y Alhakem II. no seria acaso inferior á Almamun, el más espléndido y el más sábio de los Abbassidas. Los cuatrocientos mil volúmenes de la biblioteca Merwan son un testimonio del asombroso impulso que dieron á la literatura los soberanos Ommiadas. Llevaban tras sí aquellos califas aun en las espediciones militares gran séquito de médicos, astrónomos, filósofos, historiógrafos y poetas, y do quiera que el gefe del imperio se moviese era como un planeta que se divisaba de lejos por el brillo que le rodeaba ó por el rastro de luz que iba dejando. Examinaremos no obstante en nuestra obra aquella cultura intelectual, y veremos si tenia tanta parte de gusto, de raciocinio y de solidez, como de artificio, de atrevimiento y de imaginacion. Y veremos tambien el influjo que ejerciera aquella literatura y aquel idioma en la literatura y en el idioma español.

De todos modos no podia el pueblo cristiano español nivelarse en este punto al hispano-arábigo, reducido como quedó aquel con la invasion á la infancia social. Y antes era para él ganar comarcas que crear colegios, primero era existir que filosofar, y la espada era mas necesaria que la pluma. Así con todo, desde Alfonso el Casto que señaló ya en el siglo IX. el cimien-

to de que habia de arrancar la nueva organizacion del pueblo hispano-cristiano, hasta el XI. que marcó una era de mejoramiento material y moral, no dejó de hacer los adelantos relativos que su condicion y la vida activa de la campaña le permitian.

¿Y qué fué de aquella esquisita y refinada cultura oriental que tanto lustre dió al imperio Ommiada? Sostenida como él por los califas, se desplomó con su material grandeza. Oscurecerán su brillo póstumo las dominaciones pasageras de los Almoravides y de los Almohades. En Granada se dejará ver un resplandor que desaparecerá al aproximarse la radiante cruz de los cristianos, y el África volverá á recoger los restos fugitivos de un pueblo que fué culto, y que no hará ya sino vegetar en la barbárie allá en los desiertos de donde habia salido. Así se cumplirá aquella profecía que la indignacion arrancó á un cierto Takeddin cuando dijo: «Dios castigará en la segunda vida á Almamun, porque ha convertido hácia las ciencias profanas la piedad de los musulmanes.» No sabia este celoso ismaelita que no era la piedad del Koran y la civilizacion de la esclavitud la llamada á alumbrar el género humano.

En cambio conquistaba el pueblo cristiano preciosas adquisiciones políticas y ganaba inapreciables derechos civiles. Gloria eterna será de España el haber precedido á las grandes naciones de Europa en la posesion de esos pequeños códigos populares que dieron

á las corporaciones comunales, á los vecinos, artesanos y cultivadores, un influjo y un poder que no habian tenido en la antigua sociedad germánica, ni le tenian aun en los estados europeos de ella nacidos. Aparecen pues los *Fueros* de Leon y de Castilla, los *Usages* de Cataluña, y las cartas municipales; la Iglesia restablece sus concilios, y el elemento popular entra á hacer parte de los poderes del Estado, merecida recompensa que los príncipes otorgan á los pobladores de una ciudad fronteriza, de contínuo combatida por el enemigo, y defendida siempre con vigor, ó mercedes hechas por servicios heróicos prestados por los pueblos al trono y al país. A la libertad individual de los godos suceden las libertades comunales y las franquicias civiles, y la España al paso que reconquista va marchando tambien hácia su reorganizacion.

A pesar del fervor religioso que daba impulso y vida al movimiento de la restauracion, la córte romana no habia estendido á la española el influjo y la omnipotencia que ejercia en los estados cristianos de allende el Pirineo. La nacion proveia á su gobierno y sus necesidades, y la Iglesia celebraba sus concilios convocados por el monarca, de la misma manera que lo habia hecho la Iglesia gótica. Por primera vez despues de diez siglos, se pone un reino de España bajo la dependencia inmediata de la córte pontificia. Un rey de Aragon hace su reino tributario de Roma, y otro monarca aragonés, amenazado con los rayos espirituales

del Vaticano, se vé obligado á hacer penitencia pública, y á restituir á la Iglesia los bienes que llevado de un celo religioso habia tomado para subvenir á los gastos de la cruzada contra los sarracenos. Mas tarde deja penetrar Alfonso VI. en la Iglesia y reino de Castilla la doctrina de la soberanía universal de los papas, tan arrogantemente sostenida por Gregorio VII., el gran invasor de los poderes temporales. El campo escogido para esta primera tentativa fué el reemplazo del breviario gótico ó mozárabe tan querido de los españoles, por la liturgia romana. En vano clamó el pueblo porque se le conservára un ritual, que miraba como el símbolo de sus glorias. El clamor popular, el juicio de Dios, y la prueba del fuego, que se pronuncian en favor del rito Toledano, se estrellaron contra la obstinacion del monarca, que resuelto á complacer al pontífice, decretó la abolicion del breviario mozárabe y la adopcion del romano. El pueblo, entre indignado y lloroso, exclamó: *Allá van leyes do quieren reyes*. Y la frase adquirió desde entonces en España una celebridad proverbial. Las vicisitudes que desde esta primera victoria del poder papal sobre los reyes y las libertades de la Iglesia de Castilla esperimentó en lo de adelante, segun las ideas de cada siglo y el humor de cada monarca, forman una parte muy esencial de la historia de nuestro pueblo.

Bajo la influencia de una reina francesa y á la sombra de un primado de Toledo, tambien francés, y

monje de Cluni como Gregorio VII., hace al propio tiempo su irrupcion en Castilla la milicia Cluniacense, que al poco tiempo invade las mejores sillas episcopales de la Iglesia española. Y bajo el mismo influjo dos condes franceses, soldados aventureros que vienen á buscar fortuna á España, obtienen la mano de dos princesas españolas, y se hacen troncos de dos familias de reyes, de Portugal y de Castilla.

VIII.

Era destino de España tener que luchar y combatir siglos y siglos; con estrañas gentes antes de alcanzar su independencia, con sus propios hijos antes de lograr la unidad.

Cuando derrocado el imperio Ommiada y conquistada Toledo, parecia no restar á las armas cristianas sino volar de triunfo en triunfo, viene otra irrupcion de bárbaros mahometanos, los africanos Almoravides, numerosos como las arenas del mar que han atravesado. Terribles fueron sus primeros ímpetus. En Zalaca hacen rodar las cabezas de cien mil guerreros cristianos, y en Uclés perece la flor de la nobleza castellana,

y pierde Alfonso su tierno hijo Sancho, único heredero varon del trono de Castilla, luz de sus ojos y solaz de su vejez, como él le llamaba. No sucumbió, pero alejóse por indefinidos tiempos el triunfo de la independencia española.

Y cuando parecia que el enlace de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragon habria de ser el lazo que uniera ambas coronas y el preludio de una próxima unidad nacional, frústranse todas las esperanzas y fallan todos los cálculos de la prudencia humana. El génio impetuoso y áspero del aragonés, y las facilidades y distracciones poco disimuladas de la reina de Castilla, convierten el consorcio en manantial inagotable de discordias y agitaciones, de guerras y disturbios, de tragedias y calamidades sin cuento, en Castilla y Aragon, en Galicia y Portugal, entre esposo y esposa, entre madre é hijo, entre princesas hermanas, entre prelados y nobles, entre vasallos y soldados, de todos los reinos, de todos los bandos y parcialidades: laberinto intrincado de bastardas pasiones, y episodio funesto qne borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria. Matrimonio fatal, que difirió por mas de otros trescientos años la obra apetecida de la unidad española; hasta que otra reina de Castilla y otro rey de Aragon, más virtuosos y más simpáticos, y unidos en más feliz consorcio, enlazáran indisolublemente las dos diademas. ¡Pero han de trascurrir trescientos años todavía!



Por ventura ese mismo monarca aragonés, grande agitador de la Castilla, revuelve luego sus armas contra los infieles, y dáse tal prisa á batallar que con razon se le aplica el sobrenombre de *Batallador*. Conquista á Zaragoza de los Almoravides, la hace capital del reino, y ensancha el Aragon hasta los términos que hoy tiene. Veníanle estrechos al hazañoso aragonés los límites de la Península, y con igual arrogancia salva las Alpujarras y saluda las costas del otro continente, que franquea los Pirineos y toma á Bayona. La batalla de Fraga privó á España de este robusto brazo.

Una solemne fiesta religiosa se celebraba en la catedral de Leon poco antes de mediar el siglo XII. Un personage, que llevaba en sus hombros una rica vestidura primorosamente trabajada, era conducido al altar mayor entre el rey de Navarra y el prelado de la diócesis. Colocábase en sus manos un cetro; en su cabeza una corona imperial de oro puro guarnecida de piedras preciosas. Entonábase el *Te Deum*, y las bóvedas del soberbio santuario resonaron al grito de: *Viva el emperador Alfonso*! España tenia ya un emperador y este emperador era el hijo de Urraca, Alfonso VII., que sin ser mas que rey de Castilla se encontraba una especie de rey de reyes y gefe de príncipes y soberanos. Rendíanle vasallage los emires de las principales ciudades musulmanas: el rey monge de Aragon se habia puesto bajo su dependencia: el de Navarra le daba por su mano la investidura imperial: reconocíanle su

primacía los condes de Barcelona, de Portugal, de Tolosa, de Provenza y de Gascuña, y el imperio castellano se estendia desde el Tajo hasta el Ródano y desde Lisboa hasta Burdeos. ¡Admirable engrandecimiento, que no era de esperar tras el turbulento y aciago reinado de Urraca! «¡Por Dios vivo, esclamó el »rey Luis el Jóven de Francia, cuando vino á visitar »á Toledo, que no he visto jamás una córte tan bri»llante, y que sin duda no existe igual en el universo!» Aun rebajando la parte hiperbólica con que acaso el esposo de Constanza quisiera lisonjear á su suegro Alfonso, dedúcese todavía la brillantez que habia alcanzado la córte de Castilla, tan modesta no hacia muchos años.

Verifícanse á poco importantes cambios en la España cristiana. La union de Aragon y Cataluña bajo un solo cetro hecha en sazon oportuna por medio de un acertado matrimonio, convierte los dos estados en un vasto y poderoso reino, que veremos irse saliendo fuera de sí mismo, difundirse por Europa, dominar en el Mediterráneo, dar reyes á Nápoles y Sicilia, agregar coronas á coronas y traer á España la mitad de Italia.

En cambio Portugal se emancipa de Castilla y se erige en reino independiente. Desde entonces aquel reino, especie de giron violentamente rasgado del manto real de España, floron arrancado de la corona de Castilla, enmienda hecha por los hombres á las leyes

naturales de la geografía, ó sirve de embarazo para la grande obra de la unidad, ó de manzana de discordia disputada con éxito vario hasta los tiempos de los Felipes de Austria, acá ya en los siglos XVI. y XVII.

Aun sufre mayores trasformaciones la España sarracena. El Africa era en aquellos siglos para España lo que en otros tiempos habia sido la Germania para el imperio romano: semillero inagotable de razas, de tribus y de pueblos, dispuestos á invadirla sucesivamente, siendo aquí como allí los que venian detrás los más agrestes y feroces. Allí eran godos, suevos, vándalos, francos y hunos: aquí eran árabes, sirios, egipcios, Ommiadas, Almoravides y Almohades. Todos habian venido ya menos estos últimos, los discípulos y sectarios de *El Mahedy*, nuevo profeta que se anunciaba como apóstol y gran reformador de los musulmanes degenerados y corrompidos. Los Almoravides atacaron aquellos cismáticos del dogma muslímico, pero más afortunados ó más fogosos los *unitarios* ó Almohades, les toman sucesivamente á Tremecen, Fez, Salé, Tanger, Ceuta y Marruecos, que hacen la capital del imperio. La consecuencia inmediata de cada nueva dominacion que se levantaba en la Mauritania era la invasion de la península española; y Abdelmumen, gefe de los Almohades, sigue en el siglo XII. el ejemplo y el camino de Yussuf, gefe de los Almoravides, en el XI. Los Almohades arrojan de España á los Almoravides, como estos habian arrojado á los Beni-Omeyas, y Abdelmumen se

posesiona del vasto imperio de Yussuf, aunque cercenado por los cristianos. Estos no tienen ya que pelear con árabes, sino con moros de pura raza africana.

Mientras Almoravides y Almohades se revolvian en mortíferas guerras, los Castros y los Laras, los Alfonsos de Castilla, Leon y Portugal se destrozaban en sangrientas discordias. Ni cristianos ni moros acometian empresa de importancia. Ocupábanse los correligionarios en devorarse entre sí.

Un rey de Castilla emprende una atrevida incursion por tierras musulmanas. Llega á Algeciras, y desde allí envia un arrogante reto al emperador almohade de Marruecos. «Puesto que no puedes venir «contra mí, le dice, ni enviar tus gentes, envíame bar-«cos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás «y pelearé contigo en tu misma tierra.» Reto imprudente y fatal, que costó á los españoles la memorable derrota de Alarcos, solo comparable al desastre que ciento doce años antes habian sufrido en Zalaca.

Afortunadamente un largo armisticio siguió á la catástrofe de Alarcos, y no fué menor suerte que los monarcas cristianos aprovecharan esta tregua feliz para arreglar sus querellas y prepararse á una guerra nacional.

La voz del pontífice se hace oir en toda la cristiandad á principios del siglo XIII. exhortando á los príncipes y á los pueblos á que ayuden á la gran cruzada, no ya contra los turcos de la Palestina, sino contra los



moros de España. Procesiones, rogativas y ayunos públicos anuncian en Roma que el mundo se halla en vísperas de presenciar un gran suceso, que habrá de interesar á todo el orbe cristiano. Este suceso habia de acontecer en España, donde se ventilaba la causa de la cristiandad más que en la Tierra Santa. En Roma se paseaba el *Lignum Crucis*, y en Toledo se congregaban cinco reyes españoles mientras el nieto de Abdelmumen cruzaba el estrecho de Gibraltar con cuatrocientos cincuenta mil guerreros mahometanos, el más formidable ejército que jamás el Africa habia lanzado contra Europa. Avanzan los infieles, y los cristianos avanzan tambien. Se avistan unos y otros, y se dá el famoso combate de las *Navas de Tolosa*, la más grandiosa lid que desde Atila habian visto los hombres. Cuatro dias doraron los rayos del sol abrasador de julio las altas cumbres de Sierra Morena, antes que el mundo pudiera saber quién habia sido vencedor, si el estandarte de Cristo ó el pendon del Islam. El resultado glorioso le pregona y canta la Iglesia española en la fiesta religiosa y nacional que en conmemoracion de aquel dia feliz celebra todavía bajo la advocacion de el *Triunfo de la Santa Cruz*.

Como en los campos de Chalons se habia decidido la causa de la civilizacion contra la barbarie, así en las Navas de Tolosa se decidió virtualmente la causa del cristianismo contra el Koran. Doscientos mil combatientes del septentrion quedaron en los campos Ca-

taláunicos; doscientos mil guerreros del Mediodía sucumbieron en los campos de las Navas. El soberbio gefe de los hunos habia sido rechazado á los bosques de la Germania; el altivo gefe de los Almohades se retiró á devorar su desesperacion en el serrallo de Marruecos. Ambas causas triunfaron con la misma sangrienta solemnidad.

Desde la terrible rota de las Navas quedó el imperio almohade en el mismo desconcierto, en la misma anarquía y flaqueza que habia quedado el imperio ommiada desde el revés de Calatañazor. Los cristianos avanzarán ya siempre, y nunca retrocederán. Ya no hay equilibrio; la balanza se ha inclinado.

A poco tiempo se sientan casi simultáneamente en los tronos de Aragon y de Castilla, en el uno un conquistador, en el otro un conquistador y un santo: si dramático ha sido el nacimiento del aragonés, tambien ha sido dramático el ens lzamiento del castellano. Jaime I. ciñe las dos coronas de Aragon y Cataluña; Fernando III. vuelve á unir en sus sienes las de Castilla y Leon para no separarse ya jamás. El esforzado aragonés aventa los moros por Oriente, el brioso castellano los estrecha y acorrala por Mediodía. El Conquistador se apodera de las Baleares, último refugio de los Almoravides, y toma á Valencia, la ciudad del Cid. El rey Santo, se posesiona de Córdoba la corte de los Califas, y planta el pendon castellano en la Giralda de Sevilla, la ciudad que habia reemplazado y excedia ya á Cór-

doba en poblacion y en opulencia. Trescientos mil mahometanos de todas edades y sexos salieron, llevando consigo sus riquezas moviliarias, á buscar un triste asilo en Africa, ó en los Algarbes ó en Granada. Millares de moros eran tambien arrancados de sus hogares, y huian de Valencia lanzados por un edicto del Conquistador, á refugiarse entre sus hermanos de Granada, cuyos muros apenas bastan á contener los dispersos que de las provincias limítrofes se apiñan en su recinto como en un postrer lugar de refugio. Mediaba entonces el siglo XIII.

El reino granadino, especie de retoño que brota del destruido tronco del imperio árabe-africano, es el último resíduo y la última forma de la dominacion mahometana en nuestro suelo.

Aun queda Granada rebosando de habitadores, que bien necesita ser prodigiosamente feráz su campiña para proveer al mantenimiento de tanta muchedumbre. Aun queda su soberbia Alhambra, deliciosa mansion de reyes, donde tremola todavía y se ostenta con orgullo la enseña del Profeta. Y se ostentará por espacio de más de dos siglos ¿Cómo tan largo tiempo se sostiene ese pequeño reino, reducido al estrecho recinto de una sola provincia de España, contra príncipes tan poderosos como eran ya los de Aragon y de Castilla?

Mucho hace la benéfica y sábia administracion de Ben-Alamar, y la paz en que le deja vivir San Fernando hasta su muerte, como aliado suyo que habia

sido y auxiliador en sus empresas. Es que tambien mientras la poblacion muslímica se concentraba y se fortalecia en Granada, los sucesores de Jaime y de Fernando, como si se olvidáran de que aun habia moros en territorio español, se gastan en empresas esteriores, mezclados y enredados en los negocios generales de Europa. Halagan al de Aragon las adquisiciones de Sicilia, que le traen largas luchas con Roma y con la Francia. Preocupaban al castellano sus pretensiones á la corona imperial de Alemania, y faltó poco para que España pagára á caro precio las distracciones de sus príncipes, cuando ausentes de sus estados se ligó el rey moro de Granada con los Beni-Merines que reinaban en Magreb. Castilla despues de San Fernando hubiera necesitado otro rey conquistador, y tuvo un rey sábio. Pensó en hacer leyes mas que en acabar de expulsar á los moros, y se difirió por dos siglos la reconquista.

Vuelven tambien las discordias intestinas á retrasar más esta obra laboriosa y lenta. Desde Alfonso el Sábio hasta el Justiciero, no hay mas que eternas conjuras ó menoridades turbulentas, gran calamidad de los estados y desolacion de los imperios, plaga fatal con que más que otra nacion alguna ha sido castigada la España. Ya era un hijo que se alzaba en armas para arrancar la corona de las sienes de su padre, y que á su vez probaba la pena del talion sufriendo las propias amarguras de sus deudos, tios ó hermanos. Ya eran

los envalentonados nobles de Castilla, los Haros, los Laras ó los infantes de la Cerda, los que traian en agitacion dolorosa el Estado, pasándose así años y reinados en sangrientas turbaciones, sin que entretanto la guerra contra los moros suministrára á la historia hechos gloriosos que recordar, si por muchos no valiera el rasgo insigne de patriotismo heróico, de abnegacion sublime y de noble grandeza castellana, con que inmortalizó el sitio de Tarifa Alfonso Perez de Guzman el Bueno.

Así trascurre un siglo, hasta que al mediar el XIV, vuelve á resucitar delante de Algeciras el antiguo brio castellano con el undécimo Alfonso, el último de esos Alfonsos, nombre de glorias para España, donde dejaron perdurable memoria de preclaros hechos, y que fueron como los Césares y los Abderrahmanes de la restauracion. Unido vá al nombre de Alfonso XI. el glorioso recuerdo de la memorable victoria de el Salado, donde como en las Navas parece deber reconocerse una proteccion superior, pues no pudiera de otro modo haber llegado el número de cadáveres musulmanes á la prodigiosa cifra á que le hacen subir todas las crónicas. Reservada estaba al undécimo Alfonso de Castilla una honra póstuma que dudamos haya alcanzado otro príncipe alguno de la tierra. Sus mismos enemigos vistieron luto al saber su muerte; y cuando el ejército cristiano conducia sus restos mortales á Sevilla, las tropas del rey moro de Granada que le habian com-

batido en el campamento abrieron respetuosamente sus filas para hacer paso al fúnebre convoy.

Pero Granada entretanto se mantiene, y aquel resto de dominacion musulmana se niega á desprenderse del suelo español, á semejanza de aquellos mariscos que viven y crecen encerrados en la estrechez de una concha, en tal manera á la roca adheridos, que ni el furor de los vientos, ni el azote de las olas son poderosos á despegarlos. Su fortuna le depara otro soberano tan sábio y prudente como Ben-Alamar, y á su benéfica sombra florece el diminuto y exíguo reino. La ciudad de las manufacturas y de los bellos jardines se hace el emporio del comercio y el centro de la cultura y del placer. El tráfico mercantil atrae á los negociantes de lejanas regiones; las fiestas y los torneos la hacen el punto de reunion de los mas apuestos caballeros de las vecinas naciones, musulmanes y cristianos. Pero no tardará la ciudad poética en esperimentar tambien los estragos de la discordia civil, y las lanzas que ahora en alegres justas se ejercitan se clavarán luego en los pechos fraternales con desapiadado y bárbaro furor.

En Castilla sucede ya esto otra vez. La sangre riega sus campos y colorea sus ciudades. Apenas hay familia noble ó persona ilustre que no la vierta peleando en favor del monarca legítimo ó del hermano bastardo. La que no se derrama en los combates la hace saltar el puñal, ó asestado por la mano de un

príncipe que le maneja en lugar de cetro, ó por la de sus terribles maceros, ó por la de sus consejeros más íntimos y allegados: y la que el puñal perdona va á salpicar las tablas del patíbulo, erigido y aparejado á todas horas por un soberano irascible, impetuoso y arrebatado, á las veces justiciero, cruel y sanguinario siempre. La suya propia tiñe las manos fraternales, y el hermano que le arranca la vida se ciñe su corona.

Los pueblos, fatigados de tanta tragedia, se felicitan al pronto de haber cambiado las crueldades del monarca legítimo por las larguezas del bastardo dadivoso. Pronto conocieron cuán poco habian ganado con el ensalzamiento de la nueva dinastía. En poco más de un siglo que ocupó el trono de Castilla la línea varonil de la familia de los Trastamaras, vióse á aquellos príncipes ir degenerando desde la energía hasta el apocamiento, y desde la audacia hasta la pusilanimidad. El prestigio de la magestad desciende hasta el menosprecio y el vilipendio, y la arrogancia de la nobleza sube hasta la insolencia y el desacato. La licencia invade el hogar doméstico, la córte se convierte en lupanar, y el régio tálamo se mancillaba de impureza, ó por lo menos se cuestionaba de público la legitimidad de la sucesion. La justicia y la fé pública gemian bajo la violacion y el escarnio. La opulencia de los grandes ó el boato de un valido insultaban la miseria del pueblo y escarnecian las escaseces del que aun conservaba el nombre de soberano. Mientras los

nobles devoraban tesoros en opíparos banquetes, Enrique III. encontraba exhausto su palacio y sus arcas, y su despensero no hallaba quien quisiera fiarle. Juan II. procuraba olvidar entre los placeres de las musas las calamidades del reino, y se entretenia con la *Querella de amor*, ó con los versos del *Laberinto* teniendo siempre sobre la mesa las poesías de sus cortesanos al lado del libro de las oraciones. Este príncipe tuvo la candidez de confesar en el lecho mortuorio, que hubiera valido más para fraile del Abrojo que para rey de Castilla. Los bienes de la corona se disipaban en personales placeres, ó se dispendiaban en mercedes prodigadas para granjearse la adhesion de un partido que sostuviera el vacilante trono.

No habia sido mucho más feliz Aragon con la dinastía de Trastamara, que tambien fué llamada á ocupar el trono de aquel reino. Allí otro Juan II., monarca duro y padre desamorado, traia desasosegada y en combustion la monarquía. Desheredaba á un hijo, digno por sus prendas de más amor y de mejor fortuna, y los catalanes irritados contra el desnaturalizado monarca, llamaban á su suelo estrangeras tropas y brindaban con la corona de Cataluña á cualquier príncipe estraño que quisiera aceptarla, antes que obedecer al monarca aragonés. En Navarra la misma fermentacion de partidos, la misma hoguera de discordias, el encarnizamiento no menor.

¿Qué servia que aquejáran ya al pequeño reino

granadino iguales ó parecidas turbaciones que á los estados cristianos? Si allí se derribaban alternativamente los Al-Hayzari, los Al-Zaqui, los Ben-Ismahil y los Abul-Hacen, aquí se destrozaban entre sí los Enriques, los Juanes, los Alfonsos y los Cárlos. Si un caudillo moro invocaba el apoyo de un monarca cristiano para derrocar á un rey de Granada, otro pariente de aquel se aprovechaba del desconcierto y las miserias del reino castellano para destronar á su vez al usurpador y negar el tributo al monarca de Castilla. Así el reducido reino de Granada se mantenia en medio de las convulsiones por la impotencia de los reyes y del pueblo cristiano para arrojar á los infieles de aquel estrecho rincon, afrenta ya y escándalo de España.

La degradacion del trono, la impureza de la privanza, la insolencia de los grandes, la relajacion del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones, llegan al mas alto punto en el reinado del cuarto Enrique de Castilla. Los castillos de los grandes se convierten en cuevas de ladrones; los indefensos pasageros son robados en los caminos, y el fruto de las rapiñas se vende impunemente en las plazas públicas de las ciudades; un arzobispo es arrojado de su silla en un tumulto popular por atentar contra el honor de una recien desposada, y otro arzobispo capitanea una tropa de rebeldes para derribar al monarca y sentar á su hermano en el solio. En el campo de Avila se hace un

burlesco y estravagante simulacro de destronamiento: ignominioso espectáculo y ceremonia cómica, en que un prelado turbulento y altivo, á la cabeza de unos nobles ambiciosos y soberbios se entretienen en despojar de las insignias reales la estátua de su soberano, y en arrojar al suelo, entre los gritos de la multitud, cetro, diadema, manto y espada, y en poner el pié sobre la imágen misma del que habia tenido la imprudente debilidad de colmarlos de mercedes.

Habia llegado, pues, esta nacion á uno de los casos y situaciones extremas, en que no queda á los imperios sino la alternativa entre una nueva dominacion estraña, ó la disolucion interior del cuerpo social. A no ser que se levante uno de aquellos genios privilegiados que tienen la fuerza y el don de resucitar un estado cadavérico, y de infundirle nueva vitalidad y sensatez: uno de esos genios estraordinarios, que contadas veces en el trascurso de los tiempos son enviados de lo alto á la humanidad. Vendrá este genio vivificador, porque lo merece una perseverancia de cerca de ochocientos años puesta á tan rudas y dolorosas pruebas.

IX.

A medida que el territorio se ensancha, que la asociacion crece, que el Estado se forma, tiene más necesidad de constituirse en el órden moral; los derechos, los deberes, las relaciones mútuas entre las diferentes clases del cuerpo social necesitan fijarse. Esto es lo que ha ido haciendo la España en los cuatro siglos que hemos bosquejado.

El órden de suceder en la corona, electivo primero, semi-electivo despues, se hace hereditario. Gran paso dado en los elementos constitutivos de las sociedades civiles.

Aquellos primeros albores de libertad política que dejamos apuntados en el décimo siglo, se difunden en el undécimo. Las franquicias comunales se multiplican y ensanchan, el conquistador de Toledo dilata las cartas y los derechos de los municipios.

La nobleza, creada y adquirida por la conquista, aquella orgullosa y potente aristocracia que formaba ya una parte integrante de la monarquía, reclamaba leyes que aquietáran entre sí á los turbulentos señores,

y consignáran su respectiva condicion para con el soberano y para con los vasallos. Establécese con este objeto en el siglo XII. el fuero de los Fijos-dalgo y Ricos-homes. De este modo se vé Castilla constituida bajo una organizacion especial; semi-monárquica, semi-feudal, semi-democrática: dividida en municipalidades, repúblicas parciales y aisladas con fueros y magistrados propios; en señoríos, especie de pequeñas monarquías, con su código, su jurisdiccion y sus vasallos; y al frente de todas estas repúblicas y monarquías un gefe comun del Estado, cuya autoridad mengua con las concesiones que para el sostenimiento del poder real necesita hacer á los otros dos grandes poderes, por mucho que discurra para dominarlos y para neutralizar, ya las aspiraciones de la altiva nobleza, ya las pretensiones de la invasora democracia.

Corre con los tiempos la lucha de influencia entre los comunes y los nobles, entre la grandeza y el trono, entre la corona y el brazo popular. La historia de la legislacion revela esta incesante lucha política. A principios del siglo XIII un monarca se propone revisar y corregir los fueros y privilegios de los fijos-dalgo para confirmar lo que fuere *bueno á pro del pueblo*; pero *por las muchas priesas que ovo fincó el pleito en este estado*. Los conocedores de los tiempos no han podido dejar de entrever en aquellas priesas la índole de las dificultades con que hubo de tropezar el soberano. Cuando más adelante su nieto el rey Sabio, queriendo

uniformar la legislacion castellana, publicó el Fuero Real, no pudieron sufrir los fieros hidalgos de Castilla la lesion que se hacia á sus antiguos privilegios. Se conjuran y amotinan contra la magestad, se arman, se acuartelan, se pertrechan, tratan y ventilan su causa con el soberano como de poder á poder, y al cabo de diez y siete años de pugna, el débil monarca accede á la abolicion del Fuero Real, y manda que los nobles sean otra vez juzgados por el Fuero Viejo, *ansi como solien.*

Condenado parecia estar aquel buen rey á gastar su sabiduría y su vida en hacer leyes que no habia de ver planteadas. Forma el célebre código de las Partidas, y apercibidos los pueblos de que en él se quiere borrar la memoria de los fueros de poblacion y de conquista, resisten su admision y no obtiene subsistencia ni valimiento hasta cerca de un siglo despues bajo Alfonso el onceno, y eso dando un lugar preferente á los fueros municipales. Tan celosos eran los castellanos, y tan apegados á su antigua y privilegiada jurisprudencia.

Tuvieron los últimos Alfonsos el mérito de haber sido casi todos legisladores y guerreros insignes; y no sabemos cómo las complicadas guerras en que anduvo de continuo envuelto y enredado Pedro de Castilla le dejaron vagar para hacer su famosa recopilacion. con que ganó no pequeño título de gloria para todos los hombres, y más para los que quisieran apellidarle

solo el Justiciero, y borrar el sobrenombre tradicional de Cruel.

La historia política de la edad media de España se encuentra como compendiada y simbolizada en sus códigos. El *Fuero Juzgo*, el primero en antigüedad, representa la monarquía teocrática, fundada por los godos, y es como el anillo que une la sociedad antigua que pereció con la sociedad nueva que de ella ha renacido. Los *Fueros municipales* son la carta democrática de la España que conquista su libertad, y el emblema de las franquicias ganadas por un pueblo que recobra su independencia á costa de esfuerzos y sacrificios. En el *Fuero Viejo de Castilla* se consignan los privilegios señoriales de la nobleza castellana, y es la sancion legal de sus derechos. Las *Partidas* son el trasunto de la monarquía que se reorganiza, que toma del derecho romano y del derecho canónico sus tradiciones monárquicas, y en que las libertades comunales entran solo como aliadas forzosas, y los privilegios nobiliarios como una inevitable transaccion. El clero recobra sus inmunidades con las Partidas, y Roma vé legalmente sancionado en un código de leyes el principio de una supremacía que por muchos siglos no habia podido hacer prevalecer en España.

Honra es de esta nacion que en una época en que la Europa gemia aun bajo el poder absoluto de los reyes, tuviera ella un sistema de gobierno con

condiciones que hoy mismo agradecerian pueblos muy avanzados en la carrera de la civilizacion. En aquel estado de fermentacion social aparecen las Córtes españolas. Allí tambien luchan esos cuatro poderes. Desde que entra en ellas el elemento popular, fuerte con la independencia que le dan sus inmunidades, prepondera muchas veces en las asambleas nacionales de Castilla. Pierde en ocasiones de su influencia, y cede ante las sistemáticas usurpaciones de la corona, ó ante las invasiones de las clases privilegiadas. Sufre modificaciones la eleccion, y se altera el número de las ciudades con voto. Pero siempre el brazo popular se presenta como un adalid firme y como un sostenedor intrépido de las libertades públicas. Interviene y vigila en la manera de recaudar é invertir las rentas y subsidios, y á veces se abroga hasta las atribuciones ejecutivas de la administracion, á las veces se estiende hasta el arreglo de los gastos de la casa real. En 1258 se atreve á decir al rey que disminuya los de su mesa y trages, y que *reduzca á más regulares términos su apetito*. El indispensable reconocimiento de las Córtes para la validez del derecho á la corona; los nombramientos de las Regencias y la determinacion de sus facultades; la concesion ó denegacion de los impuestos; la libertad en la eleccion de diputados; la exclusion de los empleados á sueldo del rey; las instrucciones que se daban á los representantes; las garantías y restricciones con que se los

ligaba para que no pudieran abusar de su mision; la arrogancia del lenguaje que estos usaban; las concesiones que arrancaban á los soberanos, prueban la estension que hasta la última mitad del siglo XV. habia adquirido su poder, y lo sostenida que estaba en aquellos tiempos la representacion nacional por la pública opinion.

Cataluña, Aragon y Valencia, esas tres hermanas que viviendo bajo una misma corona constituian como tres estados anseáticos regidos por leyes é instituciones propias, se organizan tambien sobre la base de la libertad, y cada cual tiene su representacion y celebra sus Córtes, parecidas en parte á las de Castilla, pero harto diferentes para dar á ese triple reino la fisonomía especial que le distingue, y cuyos rasgos no ha alcanzado á borrar la uniformidad de legislacion de los tiempos posteriores.

Especie de república marítima, Cataluña ostenta al frente del poder real sus municipalidades democráticas, su consejo de Ciento y sus poderosos consellers. El humor vidrioso y levantisco de aquellos naturales no sufre con paciencia ni aun el amago de opresion, antes bien traduce á imperdonable ofensa la menor contradiccion de parte de la magestad. Este carácter marcial, independiente y fiero, sobrevivió á la edad media y los cambios y novedades de los tiempos y el trascurso de los siglos han podido modificarle, pero no extinguirle.

Valencia desde la conquista entra á participar de las libertades de Aragon, cuya constitucion es todavía la admiracion de los hombres políticos. Ningun soberano de Europa estuvo reducido á más limitada autoridad que lo estuvieron por mucho tiempo los monarcas aragoneses. Estrechábanla las universidades ó comunes, y desafiábanla frecuentemente los ricos-hombres de natura, á pesar del atrevido ensanche que le diera el segundo Pedro, y del equilibrio diestramente intentado por Jaime el Conquistador. Menor en número su nobleza que la de Castilla, pero por lo mismo más unida y compacta, á ambas las calificó donosamente Fernando el Católico cuando dijo, que era tan difícil unir la nobleza castellana como desunir la aragonesa. Asombrosa conquista fué la del Privilegio de la Union, á cuya voz nobles y ciudadanos se levantaban osados é imponentes á vengar la más leve ofensa del monarca ó la más ligera violacion que se intentára contra sus fueros. La memorable batalla de Épila, en que fué derrotado el ejército de la Union, señaló «el último caso en que fué lícito á los súbditos tomar las armas contra el soberano por causa de libertad.» El puñal del monarca victorioso al rasgar el Privilegio le hirió su propia mano, y la sangre del rey manchó el famoso pergamino. Hále quedado el sobrenombre de *el del Puñal.* Y á pesar de tan rudo golpe las libertades de Aragon no perecieron; el mismo soberano ratificó los antiguos fueros del reino, acompañando la confirma-

cion con saludables concesiones, y las Córtes aragonesas continuaron legislando con admirable independencia y celo por el mantenimiento de la libertad.

La pluma de un escritor de aqnel reino y de nuestros dias se ha empleado en rectificar la tradicion de muchos siglos acerca de la famosa fórmula de juramento de los antiguos reyes de Aragon. Auténtica ó adulterada la fórmula ningun príncipe se sentó en el trono aragonés que no jurara guardar los fueros y libertades del reino. Y la original institucion del *Justicia*, magistrado interpuesto entre el trono y el pueblo, y como el guardian y protector del último contra las invasiones ó las arbitrariedades de los reyes, testifica hasta qué punto quiso perfeccionar la máquina de su organizacion política aquel pueblo arrogante y desconfiado.

Y á vueltas de tan estremada solicitud y celo, jamás pueblo alguno mostró una moderacion, una sensatez y una cordura comparables á la de aquel reino cuando vacó sin sucesion cierta la corona. Los pretendientes se agitan, las parcialidades se revuelven, el mejor derecho de cada uno arroja ambigüedad é incertidumbre, la eleccion se somete al gran jurado nacional, el parlamento pronuncia, el triple reino acata y venera su fallo, y la nacion entera trasmite respetuosa la herencia de los Berengueres, de los Jaimes y de los Pedros á un infante de Castilla. El compromiso de Caspe es una de las páginas más honrosas de la historia de aquel magnánimo pueblo.

El feudalismo que domina en Europa en la edad media penetra en Cataluña y Aragon. El orígen del primero de estos estados y la proximidad y contacto de ambos con la Francia, feudalmente organizada, los hace partícipes de esa institucion de los pueblos germánicos. En Leon y Castilla hay más señoríos y menos feudo y á pesar de las behetrías es la region de Europa en que arraiga menos esta planta septentrional.

Si Aragon protesta contra las concesiones humillantes hechas por sus primitivos monarcas al poder pontificio, no por eso se liberta de sufrir los rayos de Vaticano, y la excomunion y el entredicho afligen más de una vez en este tiempo á los soberanos y a reino, como á los de Portugal y Castilla. En unos y otros paises crecen y se desarrollan multitud de pequeñas repúblicas eclesiásticas que viven al lado de las repúblicas civiles. Los papas se sirven de las órdenes religiosas como de una milicia espiritual, obediente, dócil y disciplinada, para acrecentar su influjo, mientras ellas á su sombra alcanzan inmunidades y franquicias personales y colectivas, con independencia del episcopado, cuya jurisdiccion absorve la tiara. Con las exenciones y con las riquezas que acumula se hace el clero un poder formidable en el Estado. Allí confluyen las dádivas de los príncipes, las liberalidades de los devotos, las herencias de los finados, y hasta los territorios conquistados á los infie-

les se adjudican á los institutos religiosos á título de donacion. Una mitra poseia más rentas y más vasallos que algunos monarcas, y la abadesa de un monasterio ejercia señorío y jurisdiccion en catorce villas principales y en más de cincuenta pueblos. La opulencia y la inmunidad engendran el estrago y la relajacion, y cuando despues los monarcas menudean las pragmáticas y cédulas contra el concubinato público de los clérigos, é intentan la reforma de las degeneradas órdenes religiosas, se estrella su celo contra el inveterado desórden, y tropiezan con dificultades insuperables.

Toda Europa fué más ó menos caballeresca durante la edad media. Ningun país, sin embargo, tuvo tantos motivos para serlo como España. Juntóse aquí la galantería innata de los hijos de este suelo con el respeto á la muger y el sentimiento de la dignidad personal heredada de los godos. La aficion de los germanos á dirimir las querellas por medio del reto, y á apelar á la jurisprudencia brutal de la espada, asocióse con la pasion de los españoles al combate personal y á las empresas hazañosas de que tantas pruebas dieron ya en la guerra con los romanos. El genio de estos dos pueblos se encontró de frente con la exaltacion oriental de los árabes; y el sentimiento religioso sostenido por una lucha tenáz, y las frecuentes ocasiones que la vecindad misma proporcionaba á los contendientes para los encuentros personales, y



el palenque siempre abierto para los ejercicios bélicos, ya se cruzaran en ellos las lanzas por odio, ya se mezcláran por recreo, todo cooperaba á desarrollar el espíritu caballeresco en un pueblo para quien eran tres virtudes el valor, la cortesía y la generosidad, que si habia de recobrar su independencia necesitaba de muchos caballeros como Pelayo y el Cid. Si el enlace de la devocion con la guerra hizo desplegar en Europa la caballería con las Cruzadas, España que sostenia dentro de sí misma una cruzada perpétua, y que ya antes de aquel gran movimiento religioso veneraba como al mejor caballero al santo apóstol Santigo, hubiera tenido de todos modos su caballería individual y su caballería colectiva. Los árabes mismos le habian enseñado la conveniencia de esa institucion semi-sagrada, semi-guerrera, que con el nombre de órdenes militares se estableció para defender las fronteras cristianas de los ataques de los infieles.

Pasó, pues, la caballería en España por sus tres períodos y fases, de heróica y guerrera, de devota y galante, y de estravagante y quijotesca, que este nombre le quedó desde que llevada á la exageracion y al ridículo hubo de ser contenida por la cáustica sátira de Cervantes. El *Paso honroso* de Suero de Quiñones con sus setecientos encuentros y sus ciento setenta lanzas rotas antes de declararse la empresa por bien hecha y acabada, es un buen tipo de caballería

amorosa, y Suero y Mendo dos escelentes paladines. Confesamos no obstante hallar ya mucho de estravagante y pueril en este mismo paso de armas. Ni hay que confundir la caballería de la realidad con la caballería ideal y fantástica de las leyendas y de los romances, ni siempre resaltaba la virtud y la generosidad en los combates; y la lucha que sostuvieron aquellos dos nobles aragoneses que se obligaron con juramento á no desistir de ella en toda su vida y á no oir los que quisieran reconciliarlos aunque fuese el mismo rey, nos prueba cuanta parte solia tener en ellos la ira y el encono.

Vése tambien en este tiempo formarse una lengua y una literatura nacional. Desde el sencillo y vigoroso poema del Cid hasta las limadas y flexibles estrofas de Juan de Mena y la artificiosa composicion de la *Celestina*, se va pasando gradualmente como del crepúsculo al dia claro. Las Partidas y las Crónicas manifiestan los adelantos de la prosa y el progreso y fijacion de la lengua, y el tránsito de los romances populares y las aventuras cantadas al lenguage sério de la política y de la historia. Algunos monarcas protegieron decididamente las letras y las cultivaban ellos mismos. Alfonso el Sábio dividia el tiempo entre los cantares, la astronomía, las leyes y la guerra. Y la aficion y proteccion de Juan II, á la culta literatura hizo su reinado, tan desdichado y funesto bajo el aspecto político, recomendable y glorioso bajo el intelectual.

Ni el espíritu mercantil de los catalanes ni el genio marcial de los aragoneses, impidió que se asentáran en su suelo las alegres musas, y que se cultivára con esmero la *gaya ciencia*, no cediendo en mérito y en dulzura sus trovadores á los celebrados cantores provenzales. Barcelona poseía grandes almacenes de comercio como Génova y Pisa, y academias florales como Tolosa. La actividad y el movimiento de sus talleres contrastaba con sus justas literarias y sus certámenes poéticos: estraña simultaneidad, que nos pareciera inverosímil si no vivieran los armoniosos versos de Ausias March, el Petrarca de los provenzales, y las novelas caballerescas de Martorell, el Boccacio lemosin, y si no lo certificáran las producciones en prosa y verso que nos legaron los mismos monarcas y príncipes, los Alfonsos, los Pedros, los Jaimes y los Cárlos de Viana. Es consolador mirar á Oriente y ver el consistorio literario de Barcelona dotado de fondos por sus reyes, que presidian sus justas y distribuian por su mano los premios poéticos, y mirar luego á Mediodía y ver la municipalidad de Sevilla recompensar con cien doblas de oro al poeta que habia cantado las glorias de su ciudad natal, y ofrecer igual suma cada año para otra composicion de la misma especie.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones para indicar cómo iba España en estos siglos viviendo su vida política, religiosa é intelectual. Volvamos á la historia.

X.

A pesar de todo este progreso legislativo y literario, á pesar tambien de las instituciones y de las libertades políticas, y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempos del reinado de Enrique IV. de Castilla en uno de aquellos períodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y de anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nacion é infunde recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir á los estados. ¿Habia de permitir la Providencia que por premio de más de siete siglos de terrible lucha y de esfuerzos heróicos por conquistar su independencia y defender su fé, hubiera de caer de nuevo esta nacion tan maravillosamente trabajada y sufrida en poder de estrañas gentes?

No: bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando más inminente parecia su disolucion, por una estraña combinacion de

eventualidades viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del más impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoracion se trasforma; y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo, todo bajo el genio benéfico y tutelar de una muger.

Inspiracion ó talento, inclinacion ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personages que aspiran con empeño á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragon, en quien por un concurso de no menos estrañas combinaciones recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política; es un doble consorcio de monarcas y de monarquías; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragon, el que les suceda no será ya rey de Aragon ni rey de Castilla, sino *rey de España*: palabra apetecida, que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernacion de los reinos como en

la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades; «*Tanto monta*» es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español, pero el mayor brillo del uno modera sin eclipsarle la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devocion y el espíritu caballeresco de la reina descuellan sobre la política fria y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiraciones elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que igualen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y el estrago de costumbres, triste herencia de una sucesion de reinados ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á esta nueva tarea, primera necesidad en un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideracion á clases ni alcurnias enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de la espoliacion y de la tiranía, y las guaridas de los altos criminales son arrasadas por los cimientos. A poco tiempo la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones

tranquilas, el órden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la que oye las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la magestad; despues la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos, son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecer las rentas de la corona, que se aumentan en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la magestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se he sentado sobre él la muger fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos públicos á los hombres de mérito aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio

para los honores, las influencias y la participacion del poder. Los grandes comprenden que necesitan ya saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden de los artesonados salones de los viejos castillos góticos á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que enamorados de la espada habian menospreciado las letras, van despues á enseñarlas con gloria en las universidades, y obligan á decir á Jovio en el Elogio de Lebrija, «que no era tenido por noble el que mostraba aversion á las letras y á los estudios.» Ha hecho pues Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta; ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes-maestres, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán más el sólio, ni se turbará más la paz del reino en cada vacante de estas altas dignidades, porque ya no hay más grandes-maestres de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, ni siempre los cambios de condicion que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos nos es fuerza reconocer

que á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio estraordinario puede bastar con escasos elementos á trasformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el Estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando más avocado se podia creer el país á una disol cion social, aparece un genio, que sin deber á su primera educacion sino la formacion de su espíritu, á una piedad acendrada, y á la escuela del mundo la reflexion sobre los infortunios que nacen del desórden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nacion desconcertada una nacion compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este personage, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil purga el suelo de malhechores, organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes, derriba las fortalezas de los poderosos y va á buscar los talentos á los retiros, da ejemplos diarios de virtud y espide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres, enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas, asiste á los templos y recorre los campos de batalla, ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre

un soberbio corcel, socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos, erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos, fomenta las escuelas y organiza la milicia, contiene la relajacion del clero y hace cejar la córte pontificia en su sistema de invasion y de usurpaciones, restablece la buena disciplina en la iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono, celebra y preside córtes y tambien celebra y preside torneos, vigila la educacion del pueblo, y cuida de la educacion de los príncipes, se ejercita en labores de manos bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos, y á diferencia del rey de las Tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica proteccion jurisconsultos como Montalvo, prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros, capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz, literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oir el sábio Erasmo los acentos de admiracion y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustracion se hace estensiva al bello sexo: una dama vá á esplicar los clásicos en Sa-

lamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica de Alcalá. El movimiento literario se estiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Echanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es tambien de los esclarecidos Reyes Católicos que venga la invencion de la imprenta en su siglo en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razon y á centuplicar los medios de propagacion de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se dá á la luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edicion de la Poliglota, la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los Reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

Una negra nube aparece no obstante en el horizonte español, que viene á sombrear este halagüeño cuadro. En el reinado de la piedad se levanta un tribunal de sangre. ¡Triste condicion humana! Un príncipe ilustre, y una princesa la más esclarecida y la más bondadosa que ha ocupado el trono de Cas-

tilla, son los que legan á la posteridad la institucion más funesta, la más tenebrosa, la más opresiva de la dignidad y del pensamiento del hombre, y la más contraria al espíritu y al génio del cristianismo. Se establece la Inquisicion, y comienzan los horribles *autos de fé*. Los hombres, hechos á imágen y semejanza de Dios, son abrasados, derretidos en hogueras, porque no creen lo que creen otros hombres. Es la creacion humana de que se ha hecho más pronto, más duradero y más espantoso abuso. Los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido, y el fanatismo retrasará la civilizacion por largas edades. Apresurémonos á hacer la Inquisicion obra del siglo, producto de las ideas que habia dejado una lucha religiosa de ochocientos años, hechura de las inspiraciones y consejos de los directores espirituales de la conciencia de Isabel, á quienes ella miraba como varones los más prudentes y santes, de la piedad misma y del celo religioso de la reina. El siglo dominó en esto á aquel génio, que en lo demás habia logrado dominar al siglo. Quiso, sin duda, hacer una institucion benéfica bajo el conveniente pensamiento de establecer la unidad religiosa, y levantó contra su intencion un tribunal de esterminio. Es imposible armonizar los sentimientos piadosos de la magnánima Isabel con las monstruosidades de Torquemada. ¿Era que reconocido el error le faltarian ya ó fortaleza ó

medios para contener los brazos de aquellos freidores de carne humana?

Pero apartemos la vista de tan sombrío cuadro, y llevémosla á la pintoresca y magnífica vega de Granada. Frente á esta ciudad, abrigo formidable de los últimos restos del viejo imperio mahometano, se ostenta otra ciudad moderna, obra maravillosa de rapidez, para cuya construccion se han convertido los guerreros cristianos en artesanos y fabricadores. Esta ciudad-campamento es Santa Fé. Allí están Isabel y Fernando al frente de su ejército. Un dia aparecen cortesanos y soldados vestidos de gala. General alborozo se nota en los reales de los cristianos. Despléganse los pendones. Retumba en la vega el estampido de tres cañonazos disparados desde la Alhambra. Se levanta el campamento, y se encamina hácia los muros de la soberbia ciudad. ¿Es que sonó la última hora para el pueblo infiel?

Un personage moro, seguido de cincuenta caballeros musulmanes, se dirige con semblante mústio hácia el Genil. Al llegar á la presencia de otro personage cristiano, hace ademan de apearse de su palafren, é inclinando su abatido rostro: «Tuyos somos, le dice, rey poderoso y ensalzado: estas son, señor, las llaves de este paraiso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios.» Era el desgraciado Boabdil, el último rey moro de Granada, que entregaba las llaves de la Alhambra al victorioso Fernando

con arreglo á la capitulacion. Pronto reflejaron los rayos del sol en la luciente cruz de plata que los reyes Católicos llevaban consigo á los campamentos, símbolo del cristianismo victorioso del Koran, y el pendon de Castilla ondeó luego en una de las torres de aquel alcázar donde tantos siglos tremolára el estandarte del Profeta. Era el 2 de enero de 1492.

Llegó á su desenlace el drama heróico de ochocientos años, la Iliada de ocho siglos. La soberbia Ilion de los musulmanes está en poder de los cristianos. Consumóse el doble triunfo de la fé y de la independencia de España. Los orgullosos hijos de Mahoma, vencedores en Guadalete, se han retirado llorosos, vencidos para siempre en el Genil. Las dos pobres monarquías que nacieron en los riscos de Astúrias y en las rocas de Jaca son ya un solo y poderoso imperio que se estiende desde el Pirineo hasta los dos mares: y á esta grande obra de religion, de independencia y de unidad, han cooperado Dios, la naturaleza y los hombres.

Aun esperaba otra mayor remuneracion á la perseverancia española. El premio ha sido tardío, pero será abundoso.

Habia un mundo que nadie conocia, y un hombre que sino le habia adivinado tal como era, llevaba en su cabeza el proyecto y en su corazon la esperanza de descubrir nuevas regiones del otro lado del Atlántico. Era el más grande pensamiento que jamás habia con-

cebido el ingenio humano. Por lo mismo los príncipes y soberanos de Europa le habian desechado como una bella quimera, y tratado al atrevido proyectista como un visionado merecedor solo de compasion. Solo hay una potestad en la tierra que se atreva á prohijar el proyecto de Colon. Es la reina Isabel de Castilla. Colon merecia descubrir un mundo, y encontró una Isabel que le protegiera: Isabel merecia el mundo que se iba á descubrir, y vino un Colon á brindarla con él. Merecíanse mútuamente la grandeza del pensador y la grandeza de la magestad, y el cielo puso en contacto estas dos grandezas de la tierra.

Atóni'o se quedó el mundo antiguo cuando supo que aquel temerario navegante que desde un pequeño puerto de España habia tenido la audacia de lanzarse en una miserable flotilla á desconocidos mares, en busca de continentes desconocidos tambien; que aquel visionario despreciado de las coronas, convertido ya en cosmógrafo insigne, habia regresado á España y ofrecido á los pies de su real protectora testimonios irrecusables de un nuevo mundo descubierto. Ya no quedó duda de que el *Nuevo Mundo* existia, y la fama de Colon voló por el *Mundo Antiguo*, que admiró y envidió la gloria del descubridor, y admiró y envidió la gloria de España á quien aquel mundo pertenecia y admiró y envidió la gloria de Isabel, á quien se debia la realizacion del maravilloso proyecto

Encontróse, pues, España la mayor potencia del

orbe, á pesar de la famosa línea de division que un papa hizo tirar de polo á polo *por la plenitud de la potestad apostólica*, para señalar á los españoles la parte que les correspodia poseer en aquellos remotos climas.

El globo se ha agrandado; el comercio y la marina se estenderán por la inmensidad de un Occéano sin riberas; los metales del Nuevo Mundo harán una revolucion en la hacienda, en la propiedad, en las manufacturas, en el espíritu mercantil de las naciones, y las cruzadas para la conversion de idólatras reemplazarán á las cruzadas contra los mahometanos.

No se cansaba la fortuna de halagar en este tiempo á los españoles, y como si fuese poco haberlos libertado del yugo musulman y haberles dado un nuevo mundo, les abre otro vasto campo de glorias en el centro de la Europa civilizada. Despues de haber peleado ochocientos años dentro de su propio territorio, salen á gastar sus instintos guerreros en tierras estrañas. Los unos van á llevar su civilizacion á pueblos incultos del otro lado del Occéano, los otros van á recibir otra civilizacion más culta del otro lado del Mediterráneo, venciendo y conquistando en ambos hemisferios. Porque mientras el sol de Occidente alumbra sus conquistas en la India, el sol de Oriente ilumina sus triunfos en Italia. Allá se agregan imperios inmensos á la corona de Castilla; acá las pretensiones de Cárlos VIII. y de Luis XII. de Francia sobre

:



la posesion de las Sicilias son atajadas por la espada de Fernando el Católico que asegura para sí la dominacion de aquellos paises, que tan fértiles como son, no producen tantos laureles como ganan los tercios y los capitanes españoles. Sandricourt, Lafayette, Bayardo, la flor de los caballeros de Francia, son eclipsados por Antonio de Leyva, Pedro Navarro y García de Paredes. El duque de Nemours, el último descendiente de Clodoveo, recibe la muerte en Ceriñola por mano de Gonzalo de Córdoba, el solo entre tantos guerreros como han producido los siglos que goza el privilegio de ser conocido en todo el mundo con el renombre de el *Gran Capitan*; merecida distincion, y digna honra del vencedor de Garillano. Si más adelante otros capitanes pasean la bandera victoriosa de Castilla por los dominios de Africa y de Europa al frente de la invencible infantería española, esos capitanes se habrán formado bajo los pendones y en la escuela del Gran Gonzalo.

Mucho, y con sobrada justicia, lloraron los españoles la muerte de su adorada reina la magnánima y virtuosa Isabel, que vino á enlutar sus corazones en estos momentos de interior prosperidad y de esterior grandeza. Pero fué Isabel un astro, que á semejanza del sol siguió todavía difundiendo las emanaciones de su luz despues de haberse ocultado.

La protectora de Cristóbal Colon y de Gonzalo de Córdoba habia sabido sacar de la soledad y del retiro

y colocado en alto puesto á otro varon eminente, dechado de virtud y prodigio de talento, que no era ni navegante ni soldado, sino un religioso que vestia el tosco sayal de San Francisco. Este esclarecido genio, que llegó á gobernar la monarquía desde la silla primada de España, concibe la osada empresa de plantar el pendon del cristianismo en las ciudades musulmanas de la costa berberisca é incorporarlas á los dominios españoles Y lo que es más, lo ejecuta á sus espensas y dirige por sí mismo la atrevida expedicion. Sucumbe la opulenta Oran. Brilla la cruz en sus adarves, y ondea en sus almenas el estandarte de Castilla. Y las victoriosas tropas españolas presencian el estraño espectáculo de un franciscano, que rodeado de guerreros y de frailes, con la espada ceñida sobre la humilde túnica, se adelanta á recibir las llaves de la poco ha orgullosa y ahora rendida ciudad morisca. Era el insigne cardenal Cisneros, honor de la religion, lustre de las letras, gloria de las armas y sosten de la monarquía.

Continúa su obra el brioso Pedro Navarro, el compañero de Gonzalo en Italia, y el que ha dirigido el ataque de Oran, y hace ciudades españolas á Bujía, Argel, Túnez, Tremecen y Trípoli. Solo se detiene ante la catástrofe de los Gelves.

Navarra, único fragmento del territorio español que habia permanecido independiente y segregado, pasa á formar parte de la gran monarquía. Fernando

el Católico la ha conquistado. Importante adquisicion para un imperio que abarca ya posesiones inmensas en las tres partes del globo.

Pero estaba decretado que esta pingüe herencia habia de ser patrimonio de una familia estraña. La Providencia lo quiso así, y lo preparó por medios que nos será permitido sentir, ya que no nos sea permitido objetar. Adoradores respetuosos de sus altos juicios y de sus decretos inescrutables, encaminados siempre al magnífico plan de la armonía del universo, lícito nos será lamentar como hombres que en las combinaciones de esta universal armonía tocára á la España en el período de su mayor grandeza ser regida por un príncipe nacido y educado en estrañas y apartadas tierras.

Contra todos los cálculos probables de sucesion habian subido Isabel y Fernando á sus respectivos tronos; contra todos los cálculos probables de sucesion bajan prematuramente sus hijos al sepulcro, y solo les sobrevive para heredarlos una princesa casada con un estrangero, desjuiciada ademas, y cuyas enagenaciones mentales la incapacitan para la gobernacion del reino. Desciende tambien su esposo á la tumba apenas gusta las dulces amarguras del reinar; y cuando la trabajosa restauracion de ocho siglos se ha consumado, cuando España ha recobrado su ansiada independencia, cuando el fraccionamiento ha desaparecido ante la obra de la unidad, cuando una admi-

nistracion sábia, prudente y económica ha curado los dolores y dilapidaciones de calamitosos tiempos, cuando ha estendido su poderío del otro lado de ambos mares, cuando posee imperios por provincias en ambos hemisferios, entonces la herencia á costa de años y de heroismo ganada y acumulada por los Alfonsos, los Ramiros, los Garcías, los Fernandos, los Berengueres y los Jaimes, todos españoles desde Pelayo de Astúrias hasta Fernando de Aragon, pasa íntegra á manos de Cárlos V. de Austria. Nueva era social.

XI.

El reinado de los Reyes Católicos, todo español y el más glorioso que ha tenido España, es la transicion de la edad media que se disuelve á la edad moderna que se inaugura. Cárlos V. encuentra ya iniciado el nuevo poder militar de los ejércitos permanentes, y el nuevo poder político de la diplomacia.

Confesamos que el reinado de Cárlos V. nos admira pero no nos entusiasma. Porque nos admiran los grandes hombres y los grandes hechos, nos en-

tusiasman solo los que hacen grandes bienes al género humano. Apreciamos demasiado la felicidad verdadera de los hombres para que nos dejemos fascinar por el ostentoso aparato de las magníficas expediciones y por el brillo aparente de las conquistas. Querríamos más gobernadores prudentes que revolvedores del mundo. Las empresas gigantescas llevan siempre algo maravilloso que seduce. Es muy fácil dejarse deslumbrar por las grandes maniobras.

Pudieron justificar las circunstancias en que entonces la nacion se encontraba, el afan del Cardenal regente por abrir y desembarazar á Cárlos el camino del trono, y por hacerle proclamar. El pueblo le miraba más receloso, y no se apresuraba tanto. ¿Quién fué más previsor, el instinto popular, ó el talento del gran político? El regente-arzobispo con el fin de abatir una nobleza soberbia, quiso entregar á Cárlos una autoridad real robusta, y deseando hacer un monarca respetado, preparó sin quererlo un señor absoluto. «Estos son mis poderes,» les dijo á los nobles mostrándoles los cañones y arcabuces que preparados tenia; y Cárlos fué proclamado. La espresion fué conceptuosa y enérgica; pero el príncipe en cuyo obsequio se pronunció habia de saber aprovecharse bien de aquella especie de sancion del *última ratio regum*. El mismo cardenal Cisneros fué el primero que recibió por premio de su celo monárquico y de su adhesion personal aquella fria y desdeñosa carta

de Cárlos, que ó le ocasionó ó le aceleró la muerte. Desengaño amargo, y ejemplo insigne de ingratitud. Poco tiempo despues reemplazaba al venerable y sábio prelado español en la silla primada un estrangero ignorante é imberbe: escándalo grande para un pueblo religioso.

Disgustaba además á los españoles un príncipe que ni habia nacido en su suelo, ni hablaba su lengua, ni menos conocia sus costumbres, y que tanta impaciencia habia mostrado por titularse rey de España, viviendo todavía su madre, la legítima reina de Castilla, á quien no obstante el lamentable estado de su juicio conservaban grande aficion y cariño los castellanos. Veíanle venir rodeado de flamencos, y el recuerdo de los tesoros devorados por la comitiva parásita que ya con su padre habia invadido la España, y de la audacia y la rapacidad que aquellos habian desplegado, no era en verdad para que auguráran bien ni se mostráran devotos del príncipe flamenco.

No tarda el disgusto en trocarse en exasperacion, y el descontento en convertirse en rebelion formal. Elegido Cárlos emperador de Alemania, dispónese á salir de España para tomar posesion de la corona de Carlo-Magno. Pide un subsidio exorbitante y convoca las Córtes de Castilla para un punto desusado y estremo de la Península. La demanda, el objeto, la forma, todo desazona á los castellanos, y apenas el

sucesor de Maximiliano abandona las playas españolas, se agitan las ciudades, se ensaña el furor popular contra los procuradores que votaron el impuesto, y se alzan en armas las comunidades de Castilla, no contra Cárlos sino contra la violacion de sus fueros y en vindicacion de sus antiguas libertades. El levantamiento, más en justicia fundado y con más valor sostenido, que dirigido con circunspeccion y ordenado con acierto, sucumbe ante las armas imperiales auxiliadas de la nobleza, á quien los comuneros no han sabido atraer. Perecen, pues, las libertades públicas de Castilla en los campos de Villalar, y Padilla y los principales caudillos de las comunidades expian su ardor patriótico en un cadalso. Inútil, aunque heróicamente, intenta sostenerlas en Toledo una muger animosa, enamorada á un tiempo de un esposo que acababa de perder y de una libertad que acababa de sucumbir. Fué la última protesta armada de la libertad contra la opresion. Desde entonces las Córtes quedan reducidas á una mera fórmula, y no serán ya llamadas sino á votar los impuestos. El emperador publicó un edicto perdonando á los insurgentes, pero pasaban de doscientos los esceptuados. No era fácil castigar de muerte á casi todos los habitantes de la Castilla entera. Con tales auspicios se inauguró en España el primer soberano de la casa de Austria.

Desde que Cárlos se aleja de la Península, la historia del emperador oscurece y eclipsa la historia del

rey. En vano es que declare en una carta-patente que el anteponer en los desp chos el título de Emperador de Alemania al de rey de España no parará perjuicio á esta corona. Los actos pregonan casi siempre al emperador; y el nombre de Cárlos V. con que entonces y ahora ha sido universalmente apellidado, siendo el I. de España, está revelando todavía que no era lo español lo que predominaba en la magestad imperial.

No tardó en demostrar el nieto de Isabel y de Maximiliano, que si por la herencia de la primera era el mayor potentado del orbe, y por la del segundo se encontraba el mayor monarca de Europa, la grandeza de sus pensamientos correspondia á la magnitud de sus dominios. La idea de tener un rey, en cuyos estados no se ponia jamás el sol, era demasiado brillante para que dejára de ir halagando á los españoles. Veíanle desplegar talentos militares y políticos; veíanle acometer empresas gigantescas y rematarlas con felicidad; veíanle representar el primer papel en el mundo; veíanle triunfar casi á un tiempo en Méjico y en Italia, vencer á Motezuma y hacer prisionero á Francisco I.; y que los capitanes y soldados españoles recogian á su sombra larga cosecha de lauros. Y ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco á poco la pérdida de sus libertades, la emigracion de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos lauros.

Llegaba á España el ruido de las victorias, pero no llegaban los lamentos de las víctimas. No se reparaba que los brazos que iban á manejar la espada en remotas tierras se robaban á la agricultura y á las artes: que allá iban á ganar reinos que no habian de poder conservarse, ó á imponer la esclavitud á otros pueblos, ó á decidir cuestiones de amor propio entre príncipes rivales, mientras aquí se paralizaba la industria interior y se agotaba la sangre de los hombres y la sangre del pueblo. Las Córtes permanecian mudas, y solo hablaban los partes de las batallas. Así España se acostumbraba á entregarse á un hombre. Al fin éste le daba glorias. Cuando pasada una generacion le falten las glorias, continuará atada á la voluntad de un hombre por más de una generacion.

Imposible es por lo demás dejar de reconocer la grandeza de quien supo elevarse y descollar sobre los eminentes príncipes que encontró ya al frente de los demás estados de Europa; un Francisco I. de Francia, un Enrique VIII. de Inglaterra, un Soliman II. de Turquía, un pontífice como Leon X., cada uno de los cuales hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo. Epoca de soberanos insignes y de capitanes que merecian ser soberanos; y sin embargo nunca se oscurece ni anubla el nombre del rey-emperador.

Cárlos V. y Francisco I., hé aquí las dos figuras de mas bulto en esta galería de personages famosos.

Rivales de por vida, sus codiciosas pretensiones trajeron desasosegado el mundo, y costaron muchas miserias á la humanidad. «Si Dios hubiera querido, dice un elocuente escritor, que estos dos monarcas se uniesen, la tierra hubiera temblado bajo sus piés.» Nosotros creemos que tembló de todos modos. Lo que hizo su mútua envidia fué que ninguno de los dos pudiera encadenarla. Cárlos con más vastos dominios, pero más desparramados y no bien sujetos; Francisco con estados más cortos, pero más concentrados, venciéronse alternativamente sin poder destruirse. Pero el emperador humilló más veces al rey, y el vencedor de Marignan cayó prisionero en Pavía, y vióse más de una vez forzado en los campos de batalla á jurar el cumplimiento de tratados ominosos impuestos en la prision.

Francisco apenas tuvo que sostener sino las guerras con el emperador, y pudo muchas veces descansar. Cárlos guerreaba en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, en Africa y en Turquía, y no descansó nunca. Viajero infatigable, no habia para él distancias de estado á estado, y se hallaba en todas partes. El emperador aleman del siglo XVI. anticipóse en el sistema de actividad al emperador francés del siglo XIX.; y pareciéndosele en la magnitud de las empresas y en la energía de las resoluciones, aunque con más desigual fortuna en los azares de la guerra, excedióle en la espontanei-

dad del retiro cuando conoció que su estrella se eclipsaba.

Necesitando ambos de alianzas, era en esto Cárlos más político y más mañoso que Francisco: escrupuloso ninguno. Francisco quiso ser un caballero de la edad media, y el siglo le enseñó que aquellos tiempos habian pasado. Cárlos representaba ya al monarca de los tiempos modernos, y poseia la política de gabinete. Descubríase en las miras del emperador, justas ó injustas, otra grandeza, otra elevacion que en las del monarca francés. Francisco hubiera podido contentarse con dominar en los estados cuyos derechos reclamaba: Cárlos, si no abrigó el pensamiento de la monarquía universal, aspiró por lo menos á la unidad religiosa. El emperador sin la oposicion del monarca francés hubiera podido dominar la Europa, y aun así lo hubiera hecho acaso, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos ramas: el monarca francés aun sin la oposicion del emperador probablemente no hubiera tenido la audacia de intentarlo. Cuando Francisco escribió las memorables palabras: «*Todo se ha perdido menos el honor*,» parece que añadió, aunque entonces no se dijo: «*y la vida que se ha salvado*.» Y cuando libre de la prision de Madrid pisó de nuevo el territorio francés, saltó y corrió como un muchacho esclamando: «*ya soy otra vez rey de Francia*;» Cárlos recibió por lo menos con apariencias de fria serenidad y circunspeccion la noticia de

la victoria de Pavía, como aquel á quien ni sorprenden ni alteran los triunfos.

El caballero francés, galante y guerrero llamó á su córte á las mujeres, y entregándose á favoritas y cortesanas descontentaba á sus generales, que pasaban al servicio de su cauteloso rival, que sabia atraerse el afecto de propios y estraños. Así abandonó á Francisco el condestable de Borbon, único traidor, dicen, que han tenido los Borbones en su dinastía: así el almirante Doria, aquel famoso genovés, que ayudando á establecer el despotismo en otras naciones supo dar la libertad á su patria. Ambos hicieron servicios eminentes al emperador, á quien permanecieron fieles ¡cosa estraña! hasta los tránsfugas que se le habian adherido haciendo traicion á su patria y á su rey.

Las guerras entre Cárlos V., Francisco I. y Enrique VIII. vinieron, á vueltas de sus muchas calamidades, á hacer un bien á la Europa, porque multiplicaron y difundieron las ideas confundiendo los pueblos, y produjeron la necesidad del sistema de equilibrio entre los grandes estados, que tanto influjo habia de ejercer en el derecho de gentes de las naciones modernas.

Pero faltó poco para que estas luchas entre príncipes cristianos proporcionaran al turco apoderarse de Italia. Cárlos V. combatiendo á Soliman y á Barbaroja, impidió á la media luna enseñorearse de Nápoles,

y á las hordas de un pirata acabar de despojar el Vaticano. Oprimiendo la Italia, tuvo por lo menos el mérito de salvar la Europa, aunque á costa de los tesoros de sus reinos y de la sangre de sus súbditos.

En este período brillante y sombrío de la historia de la humanidad viéronse muchos héroes y muchos malvados, grandes proezas y grandes perfidias, alianzas anómalas, rompimientos injustificables y deslealtades diarias, y Maquiavelo pudo quedar satisfecho de ver los progresos de su política. A pesar de la repeticion de escándalos, todavía el mundo no pudo dejar de escandalizarse en ocasiones solemnes. El gran protector del catolicismo retenia prisionero al gefe de la Iglesia, y mandaba hacer rogativas públicas por la libertad del pontífice. El rey Cristianísimo se confederaba con los reformistas y se aliaba con los mahometanos contra el gefe de la cristiandad y contra el campeon de la unidad católica. Roma era saqueada por un ejército católico mandado por un traidor político, cuyos soldados llevaron la rapiña y la profanacion hasta un punto que hizo tener por moderados y prudentes á los bárbaros de Alarico. Y un rey de Inglaterra, el primero que escribió un libro de denuestos contra Lutero y la reforma, se apartaba él, y apartaba á su reino de la obediencia al romano pontífice, y traia un nuevo cisma á la cristiandad por los amores impúdicos de una muger.

La reforma religiosa fué un acaecimiento más tras-

cendental en esta época que las revoluciones políticas. Lutero adquirió una celebridad é importancia que no merecia ni por sus talentos ni por sus virtudes, pues carecia de estas y no eran eminentes aquellos. Faltó prudencia á la córte de Roma, y la opinion de muchos pueblos y de muchos hombres no habia necesitado sino de una voz atrevida que la formulára. De otro modo no hubiera podido el fraile de Witemberg conmover los estados alemanes, y él mismo debió asombrarse de haber llegado á asustar al mundo católico. Cárlos V. se propuso hacer frente al predicador y á sus doctrinas. Impulsábanle á ello sus ideas religiosas y le iba la conservacion de sus dominios. El francés y el turco le distraian y embarazaban, y los papas no le ayudaron bien. Por otra parte, ni bastante condescendiente con los reformadores para atraerlos por la dulzura, ni bastante riguroso para dominarlos por la fuerza; hubo de entablar con ellos aquella série de negociaciones pesadas que abarcan desde la dieta de Worms hasta el concilio de Trento. Al decreto de Spira contra la reforma respondia la protesta de los cinco grandes príncipes y de las catorce ciudades del Imperio que los señaló con el nombre de *protestantes*. Al de la confesion de Augsburgo respondia la liga de Smalkalda; y con el famoso *Interim* de Ratisbona no satisfizo el emperador ni á protestantes ni á católicos. La reforma le gastó más fuerzas que las guerras, y la espada de un príncipe luterano fué

la, que le dió el más funesto golpe. La cuestion religiosa llenó la Europa de sangre y la dejó para mucho tiempo dividida en dos grandes fracciones, protestante y católica. España se preservó del contagio. Hízolo con las armas Cárlos V., y con las hogueras los inquisidores. España se aisló del movimiento europeo.

No hay duda que la reforma imprimió una nueva fisonomía á la sociedad moderna que se creaba. Los protestantes la han mirado como una feliz insurreccion de la inteligencia contra el poder absoluto en el órden espiritual, como una poderosa tentativa de emancipacion del espíritu humano, y la hacen como la madre de las libertades políticas. Los católicos niegan que el protestantismo haya emancipado los pueblos, atribúyenle haber dividido los hombres sin mejorar la sociedad, y esperan que la doctrina de Lutero con todas las variaciones que descubrió Bossuet y que despues se han añadido, sucumbirá como el error de Arrio y como el catecismo de Mahoma. Si no nos equivocamos, en nuestra misma edad se notan síntomas de ir marchando este problema hácia su resolucion. El catolicismo gana prosélitos: los protestantes de hoy no son lo que antes fueron, y creemos que la unidad católica se realizará.

Contra el fraile aleman se levantó entonces un caballero español. Al enemigo audaz del pontificado se opuso un papista decidido y animoso. Presentóse Ignacio de Loyola á combatir á Martin Lutero, y contra

la reforma del fraile de San Agustin estableció la compañía de Jesús, milicia destinada á pelear á favor de la Santa Sede, obligándose á ello con el voto de obediencia, lo cual valió á los jesuitas de parte de los protestantes el nombre de genízaros del papa. Comenzó la reaccion religiosa, y la gran cuestion del concilio de Trento preocupó á los pontífices que se fueron sucediendo, y sobrevivió á Cárlos V., el cual ofreció el fenómeno de ser más conciliador que los papas mismos.

Afortunadamente, y por la vez primera, no fué ahora España el campo en que se ventilaron las grandes cuestiones religiosas, políticas y militares que cubrieron de sangre y luto la Europa. Sufrieron mucho Francia, Alemania y Hungría, pero la víctima sacrificada á las ambiciones de todos fué la desgraciada Italia. Teatro nunca vacante de sangrientas lides, saqueábala el turco por la costa, mientras en el interior la devastaba la soldadesca cristiana: franceses, flamencos, alemanes y españoles, gentes de diversas religiones y distintas lenguas, que hormigueaban allí como nubes de langostas talándola á quien más podia, todos licenciosos, católicos y protestantes. No pensaria aquel bello país que habia de tener que sufrir una invasion de pueblos civilizados que le recordára los horrores de la irrupcion vándala.

Vengamos á los últimos momentos del gran Cárlos V., el protagonista de aquel vastísimo drama de

luchas, de batallas, de alianzas, de negociaciones y de tratados, en que no hubo estado grande ni pequeño que se librára de tomar parte, y que fué como la fermentacion por que pasó la sociedad humana para entrar en un nuevo período de su vida.

Aquel hombre infatigable, que en cuarenta años de imperio habia estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Paises Bajos, dos en Inglaterra, otras dos en Africa, que habia atravesado once veces los mares, y que, nuevo Atlante, sostenia sobre sus hombros el peso de dos mundos, sintiéndose debilitado de cuerpo y de espíritu, y no pudiendo ya inspeccionar personalmente sus inmensos dominios, determina retirarse á acabar tranquilamente sus dias en el silencio y soledad de un claustro, en esta misma España, principio y fundamento de su colosal poder: trasfiere á su hijo Felipe las coronas de Flandes y de España con todos sus territorios del antiguo y del nuevo mundo, y el agitador de Africa y Europa, aquel á cuya presencia temblaban los reyes y se estremecian los reinos, se abisma espontáneamente, y pasa desde el sólio más elevado de la tierra á sepultarse en la humilde celda de un solitario monasterio.

Seguirémosle en nuestra obra hasta sus últimos momentos, hasta su muerte ejemplarmente cristiana y religiosa; y guiados por la luz de auténticos é irrecusables documentos, rectificaremos los errores é in-

exactitudes que acerca de la vida de Cárlos V. en Yuste han consignado casi todos los historiadores que nos han precedido, y daremos á conocer con verdad los pensamientos que preocupaban al grande hombre en su retiro.

En 1556 era rey de España Felipe II.

XII.

Aun desmembrada la corona imperial que heredó de Cárlos V. su hermano Fernando, quedaba todavía Felipe II. el soberano más poderoso de Europa, y su matrimonio con María de Inglaterra le daba además gran mano en aquel reino.

Entre el padre y el hijo absorven casi todo el siglo XVI., pero le imprimen distinta fisonomía, porque no se asemejan en índole y en carácter. Así, dotados ambos de talento claro y de perspicacia suma, abrigando en mucha parte los mismos designios, constituyéndose uno y otro en representantes del catolicismo y de la unidad religiosa, difieren grandemente en la política y en los medios. Flamenco y educado

en Flandes el uno, habia desagradado á los españoles porque no hablaba su idioma; español y criado en España el otro, habia disgustado á los flamencos porque no conocia su lengua. Cárlos, flamenco, tenia la vivacidad española; Felipe españel, tenia la fria calma de un flamenco. Parecia que habian equivccado la patria. Cárlos era espansivo y cosmopolita; Felipe sombrío y político de gabinete. Aquél, infatigable en el ejercicio del cuerpo, habia querido gobernar el mundo hallándose en todas partes; éste, incansable en el manejo de la pluma, aspiró á regir la Europa desde el rincon de un monasterio. Aquel dictaba leyes á cada país en su propio territorio; éste se las imponia desde su bufete. El padre hacia temblar un estado con su presencia; el hijo le intimidaba con un decreto. El padre paseaba las tierras y los mares personalmente; al hijo le bastaba tener un mapa sobre su mesa. Cárlos asistia á todas las asambleas de Europa; Felipe daba instrucciones á sus embajadores, era el gefe de los diplomáticos, y sabia más que ellos.

¿Era Felipe II. el *demonio del Mediodía*, como le nombraban entonces los estrangeros, ó era el *rey santo*, el hombre religioso, el que libertó la Iglesia de la heregía, y salvó de la anarquía los estados? ¿Fué el representante del fanatismo y de la tiranía, el hombre de las hogueras y el verdugo de los pueblos, ó fué el gran político que comprendió su siglo, y dió á España engrandecimiento y gloria? Personage tan

ensalzado como deprimido, cada cual le ha colmado de elogios ó de invectivas, segun sus ideas ó sus pasiones. Observamos en ciertos escritores nacionales, empeño en unos, tendencia en otros á rehabilitar su memoria. Nosotros hemos procurado estudiar el genio del hombre y los designios del monarca, en el interior de su familia y palacio y en la direccion de los negocios públicos. Hemos visto sus decretos originales: ha pasado por nuestras manos su correspondencia diplomática, y hemos leido sus disposiciones en letra de su puño. Hemos tenido ocasion de examinar muchos de sus escritos, de sus propios borradores, allí donde al cabo de trescientos años parece verse todavía la cabeza que concebia, el corazon que dictaba, y la mano que se apoyó sobre aquel mismo papel; allí donde las líneas puestas á un márgen para sustituir á otras que se tachaban, revelan el pensamiento primitivo y el pensamiento nuevo que le reemplazó. Despues de todo esto podemos decir sin género alguno de apasionamiento que admiramos las grandes cualidades de aquel monarca y reconocemos y amamos algunas virtudes que le adornaron; pero sentimos no sernos posible amarle tanto como le admiramos.

Por nuestra parte hemos creido descubrir en Felipe II. las prendas de un gran político; pero tambien las cualidades de un gran déspota. Sombrío y pensativo, suspicaz y mañoso, dotado de gran penetracion

para el conocimiento de los hombres y de prodigiosa memoria para retener los nombres y no olvidar los hechos, incansable en el trabajo y expedito para el despacho de los negocios, tan atento á los asuntos de grave interés como cuidadoso de los más menudos accidentes, firme en sus convicciones, perseverante en sus propósitos y no escrupuloso en los medios de ejecucion, indiferente á los placeres que disipan la atencion y libre de las pasiones que distraen el ánimo, frio á la compasion, desdeñoso á la lisonja é inaccesible á la sorpresa, dueño siempre y señor de sí mismo para poder dominar á los demás, cauteloso como un jesuita, reservado como un confesor y taciturno como un cartujo, este hombre no podia ser dominado por nadie y tenia que dominar á todos; tenia que ser un rey absoluto.

El hombre por cuyas manos pasaban todos los negocios de Estado en una época en que sus relaciones se estendian por las regiones de ambos mundos; que lo leia todo y lo decretaba todo por su mano, ó lo anotaba y corregia de su puño; el que sabia las intrigas y manejos de las córtes estrangeras antes que le informaran de ellas sus embajadores acreditados; el que cuando un embajador le designaba las influencias de un gabinete y el lado flaco de cada príncipe, recibia al propio tiempo informaciones confidenciales de la conducta y de las relaciones y tratos de este mismo embajador; el que sabia las circunstancias y

los medios de cada uno de los gefes de la insurreccion de Flandes, las propiedades de cada aspirante á la corona de Francia, la índole de cada pretendiente á la mano de la reina de Inglaterra, el carácter de cada cardenal y las opiniones de los que influian con el papa ó habian de asistir al concilio; el que conocia de antemano el mérito y conducta de cada uno de los que se presentaban á pedir un empleo; el que sin asistir á los consejos sabia cuanto en ellos pasaba, y no asistia con el fin de que su presencia no impidiera á cada cual manifestar libremente sus pasiones; el que sabia dividir para reinar y fomentar los partidos para neutralizar mejor las influencias; este hombre no hubiera podido reinar sin gobernar solo, porque se sentia con genio, con propension y con capacidad para ello.

Así las córtes que el padre habia reducido á simple fórmula las redujo el hijo á peor condicion que la nulidad, y las libertades que Cárlos extinguió en Villalar con Padilla acabó de ahogarlas Felipe en Aragon con Lanuza.

Uniendo al ardor del religioso la frialdad del calculista, cuidando de no separar nunca el mejor servicio de Dios del mayor engrandecimiento de sus reinos, y de que el fanatismo no obstára al acrecimiento ó conservacion del poder, quiso extinguir la heregía que agitaba la Europa ayudando á los católicos contra los reformados y hereges, pero esperando ven-

car con los unos para reinar sobre todos; imponerles primero la creencia religiosa para someterlos despues á la autoridad política. Hízose el defensor nato de la Iglesia romana y empezó ganándose al papa con blandura; pero si el papa se oponia á sus planes políticos tratábale con dureza y se gozaba de los atrevimientos que con el gefe de la Iglesia se tomaban sus embajadores. Perseguia á los enemigos de la plenitud de la potestad pontificia, pero no le asustaban las excomuniones. Veneraba á los frailes y se rodeaba de ellos, pero si atentaban á su poder los mandaba ahorcar.

Si no hubiera hallado la Inquisicion, la hubiera inventado él: pero se le habia anticipado en más de medio siglo. La halló establecida y la hizo su brazo derecho, mas nunca consintió en que se erigiese en cabeza. Gustábale servirse de los inquisidores, pero dominándolos.

No reparaba en reducir á prision al mismo que habia sido el más activo instrumento de su tiranía en Flandes, como tampoco dificultaba en sacarle del calabozo cuando le convenia para hacer la conquista de Portugal: entonces volvia á confiar el mando del ejército al duque de Alba. Llevaba á un hombre inteligente y laborioso á los altos puestos de presidente del Consejo de Castilla y de Italia, de inquisidor mayor y cardenal, pero en el apogeo del favor le intimaba la caida de su gracia, aunque el pesar le acabára la vida. Así murió Espinosa. Y don Juan de Austria, el

hijo ilegítimo de Cárlos y el heredero legítimo de su grandeza y de sus glorias, la más noble, la más bella y la más elevada figura de su tiempo, el vencedor de los moriscos en las Alpujarras y de los turcos en Lepanto, gana victorias y paises para su hermano, pero no puede ganar para sí un quilate de cariño en su corazon. Felipe II. no consentia verse eclipsado por nadie, ni en poder, ni en gloria, ni en laboriosidad siquiera.

No era impasible, pero lo parecia en las ocasiones en que es más difícil reprimir los sentimientos y las afecciones humanas. Cuando el de Alba le participó la ejecucion de los ilustres condes de Horn y de Egmont, contestóle diciendo: «Puesto que ha sido indispensable el castigo, no hay sino encomendarlos á Dios.» Y como implorase su piedad hácia la virtuosa viuda de Egmont y sus once hijos, que quedaban en la más espantosa miseria y desamparo, «Sobre esto, le dijo, ya proveeré y os avisaré de ello.» No le corria prisa hacer el bien que le pedia con urgencia el hombre que pasaba por el más duro de su tiempo, y el de Alba debió conocer que habia otro en cuyo cotejo podia pasar por blando de corazon. La noticia del desastre de la Invencible armada no le demudó el rostro, y se limitó á decir que habia enviado la escuadra á luchar con los hombres y no con los elementos. Y la del glorioso triunfo de Lepanto no hizo asomar á los reales lábios una ligera sonrisa. La

recibió rezando, calló y continuó su oracion. Hasta que esta fué acabada no mandó entonar el *Te-Deum*: nadie sabia por qué.

Todos sus actos llevaban el sello del misterio y de la tenebrosidad. Montigny, el príncipe de Orange, Escobedo, Antonio Perez y el príncipe Cárlos, son arcanos que se traslucen hoy, pero que no se revelan. ¿Serán perpétuamente enigmas algunos de ellos? ¿Lo será la prision misteriosa del príncipe, objeto de tantas curiosas investigaciones, inclusas las nuestras? Poseemos la copia de un codicilo en que mandó fuesen quemados sin ser leidos los papeles tocantes á negocios terminados, y especialmente de difuntos. ¿Será improbable que se halláran entre ellos los que han buscado con tanto afan biógrafos, críticos é historiadores? Sea lo que quiera, creemos que hubiera podido ser Felipe el mejor inquisidor y el mejor jesuita, como el más diestro enbajador y el más astuto ministro. Era rey, y lo reunia todo.

Mas donde ha quedado perpétuamente esculpido su génio es en esa colosal maravilla que se levanta magestuosa y severa al pié de una cadena de cenicientas montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devocion. Diríase que era la fortaleza en que habia querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento norte presagiaba. «¿Cómo habia de

traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicóle á San Lorenzo en conmemoracion del dia en que se ganó la famosa batalla de San Quintin, y quiso que el edificio representára la forma de las parrillas en que fué quemado el santo: singularidad que ha dado ocasion á algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízole á un tiempo para vivienda de monges y para alcázar de reyes: y la cámara régia al lado de la celda prioral, la corona junto á la cogulla, y el trono de España bajo el mismo techo que la regla de San Gerónimo, representan el gusto del monarca y el espíritu de la época.

Pero el reinado de Felipe fué todo español. A diferencia del de Cárlos V., ni en su consejo ni en su córte predominaban estrangeros. Si Cárlos V. hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alemana: si la hubiera dominado Felipe II., la hubiera hecho española. Aun sin haberla vencido, la superioridad de su politica y la superioridad de nuestra literatura, difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España, y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trages. París mismo se asemejaba

á Madrid, y tomaba de los españoles hasta las estravagancias que les habia de devolver despues; porque un siglo antes que Luis XIV. pudiera llamar á Madrid *la córte francesa de España*, habia llamádo Felipe II. á la córte de Francia *mi bella ciudad de Paris.*

Los españoles, avezados ya á las largas espediciones militares en que recogian gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por más de siete siglos á mirar á los enemigos de su culto como enemigos tambien de su independencia, servian gustosamente de instrumentos á las empresas de su monarca, y fueron, como en tiempo del emperador, á pelear en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra hereges y contra cristianos-católicos, y la política española intervino en todos los negocios de Europa. Ganáronse muchos laureles para recoger despues muchas espinas.

La política de Felipe con los Paises-Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió á España su dinero y sus hombres. Para España fué una fatalidad, y para Flandes una providencial expiacion. Medio siglo hacia que habia venido aquí un príncipe flamenco, cuyos primeres pasos fueron extraer nuestras riquezas, dar á flamencos los más altos puestos del Estado y ahogar nuestras libertades; al cabo de cincuenta años un monarca español,

hijo de aquel, trata á Flandes como á país de conquista, confiere los primeros cargos á españoles, y prueba á establecer allí la Inquisicion española. Los flamencos se irritan y se levantan, como aquí se irritaron y levantaron los castellanos. Allí se firmó el *Compromiso de Breda*, como aquí se formó la *Junta de Avila*. Allí perecieron en un patíbulo los condes de Horn y de Egmont, como aquí habian perecido Padilla y Bravo. En Castilla fué incendiada Medina, y allí fueron profanadas y saqueadas más de cuatrocientas iglesias en Flandes y Bravante. La expiacion fué terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque despues de infinitos desastres y de infinitos horrores ejecutados por españoles y por orangistas, y despues de gastados generales y tesoros, el resultado fué constituirse la república libre de las Provincias unidas allí donde Felipe quiso establecer un imprudente despotismo, y producir una guerra y larga desastrosa que habia de terminar por la pérdida de aquellos ricos paises.

El afan y los esfuerzos de treinta y ocho años por dominar en Francia y colocar en aquel trono á la infanta su hija costó muchos millares de hombres y treinta millones de ducados para venir á someterse al célebre tratado de Vervins en que reconoció á Enrique IV. y se obligó á restituirle todas sus conquistas. Sacamos de allí los triunfos de San Quintin y de Gravelinas, y el placer de haber guarnecido algun tiempo á París tropas españolas.

Mientras Felipe suscitaba enemigos á Isabel de Inglaterra y protegia á María Stuard de Escocia, el Drake depredaba las colonias españolas de América, y los piratas ingleses apresaban nuestros buques y se llevaban las flotas de oro. El desastre de la Invencible armada fué una pérdida irreparable para España, que dejó desde entonces de ser la señora de los mares. Subió de punto el poder marítimo de la Gran Bretaña, y una vez se atrevieron los ingleses á penetrar en Cádiz, y se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas. Juró Felipe vengar el ultrage, pero otra vez dispersó la armada española una tempestad. Data de aquel tiempo la decadencia de nuestra marina.

No fué más feliz en el proyecto de enseñorear el Báltico y de estender su influencia á los estados escandinavos. Frustráronse sus costosos intentos por la repentina conversion de Juan de Suecia en sentido inverso á la de Enrique IV de Francia.

La mayor gloria militar que alcanzaron las armas españolas en aquel tiempo, fué la memorable victoria de Lepanto, que celebró con trasportes de júbilo toda la cristiandad, y el más rudo golpe que pudo darse al poder entonces inmenso de la media-luna. Pero dióse tiempo á los turcos para rehacerse, y al año siguiente pudo el sultan hacer salir del puerto de Constantinopla una nueva escuadra de doscientos cincuenta navíos. Al cabo vinieron á ajustarse treguas

con el turco; mezquino resultado, que ni correspondia á los esfuerzos que costára á la nacion, ni á los triunfos que habia sabido alcanzar el ilustre bastardo de Cárlos V.

Con la conquista de Portugal se realizó por primera vez la completa unidad de la Península ibérica; y así como Suintila fué el primer soberano godo que pudo llamarse sin contradiccion rey de la España entera, así Felipe II. fué el primer soberano de la edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, pues no habia ya una sola pulgada de territorio desde Gibraltar á los Pirineos que no fuese del dominio del monarca español, y por primera vez al cabo de cerca de nueve siglos recobró España los límites naturales que le señalaba su geografía. Agregáronsele las inmensas y riquísimas colonias que los portugueses poseian en Africa, en América y en las Indias. ¡Cuán poco habian de durar aquellas importantes adquisiciones! En vez de un gobierno prudente, conciliador y benéfico, que hiciera olvidar á los portugueses su humillacion é identificarse gustosos á la gran familia española, la dura política de Felipe ofende su nacional orgullo, mantiene vivo el sentimiento de su independencia, y espiando la primera ocasion de sacudir el yugo español, España verá con dolor desprenderse otra vez ese rico floron de su corona antes de extinguirse la dinastía austriaca.

Llegó, pues, la España en el reinado de Feli-

pe II. al apogeo de su material grandeza. Era un imperio que se derramaba por todo el globo. En medio de muchos reveses y de muchas empresas malogradas, se habian ganado glorias militares sin cuento. El nombre español era un nombre universal. ¿Podrian conservarse á tal altura el nombre y el imperio? Tales adquisiciones, tantas expediciones y guerras no se habian hecho sin imponer á la nacion sacrificios inmensos, sacrificios insoportables. Habíanse consumido los tesoros del reino y los tesoros del Nuevo Mundo por el loco empeno de conservar paises apartados, que sobre constituir un gravísimo y perpétuo censo para España, fuera demencia prometerse jamás de ellos una incorporacion síncera y provechosa. El temerario afan de Felipe de someter la Europa á su conciencia y á su cetro, nos atrajo su enemistad sin lograr ningun fruto: y mientras en el interior el fatídico fuego de las hogueras del Santo Oficio ahogaba la vida política de la nacion y se malograban los muchos elementos de prosperidad que habian sembrado los Reyes Católicos, en el exterior se gastaba su vitalidad material en el intento de sujetar pueblos que no nos habian de servir y que habíamos de perder. Dejó, pues, Felipe II. á sus sucesores una España gigante, pero gigante extenuado y por muchos lados vulnerable, y aquel aparente engrandecimiento encerraba el gérmen de la decadencia que apuntaba, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillacio-

nes. Volvamos la vista á otro cuadro más halagüeño.

Felizmente este mismo siglo de batallas y de sacrificios humanos es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, de que habia sido preludio el reinado de los Reyes Católicos. Las guerras de Cárlos V. han puesto á los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban las obras maestras de Leonardo Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, de Ticiano y de Corregio, los estudios y talleres de aquellos insignes artistas, son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos, traerlos despues á su patria, y fundar más adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitacion y acaban por producir una vigorosa originalidad. Dos veces en el trascurso de los tiempos ha prestado tambien esa bella Italia á los génios españoles modelos literarios que imitar y escuelas en que aprender; la Italia de Augusto, y la Italia de Leon X., el Augusto sagrado del siglo XVI. Y ambas veces la España se ha emancipado pronto de su maestra, creándose una literatura nacional, independiente y propia, que habia de trasmitir luego á otros pueblos.

La poesía lírica y la dramática, la ligera sátira y la grave epopeya, la novela y la historia, el género didáctico, el místico y el festivo, todos los géneros,



todos los estilos y todas las formas literarias tuvieron en el siglo XVI. dignos intérpretes que al cabo de trescientos años sirven todavía de modelos. Muchas lumbreras derramaron la luz de las letras por el horizonte español. Es el siglo de Garcilaso, de Rueda, de Ercilla, de Herrera, de los Luises de Granada y de Leon, de Mendoza, de Zurita, de Arias Montano, de Santa Teresa, de Lope de Vega, de Mariana y de Cervantes. Y tal impulso recibe la literatura española en los reinados de Cárlos V. y de Felipe II., que la veremos avanzar todavía magestuosa y rica por los reinados de los siguientes Felipes, conducida por Rioja y Calderon de la Barca, sirviendo de tipo á las demás naciones, hasta que comenzando á caer en manos del culteranismo con Góngora y Quevedo, degenerando de corrupcion en corrupcion, llegue á una anticipada decadencia y á una prematura decrepitud como la monarquía.

Incomprensible parece este desarrollo intelectual en un pueblo comprimido por la Inquisicion y en medio del ruido de las armas y del estruendo de la pelea. Pero el Santo Oficio ejercia sus rigores sobre los libros de teología, de filosofía ó de derecho, que pudieran atacar ó lastimar las doctrinas del más puro catolicismo, tal como entonces los inquisidores y el monarca le entendian. Inexorable en estas materias, pocos hombres distinguidos por su saber pudieron librarse de las persecuciones de aquel terrible tribunal.

En cambio la poesía, terreno neutral y ageno por su índole á las cuestiones teológicas y filosóficas, podia tomar todo el vuelo que quisiera, y monarcas é inquisidores eran indulgentísimos para las licencias de la imaginacion, escepto en lo que tocára á asuntos religiosos. Complacíales por el contrario que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores y los dulces desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo mas libre, y refugiándose á él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron la poesía una especie de soberana de la literatura.

Ni es menos sorprendente que tantos ingenios cultiváran las letras en medio de la agitacion de las batallas, enemigas al parecer de los sentimientos tiernos y de los estudios tranquilos. Parecia que del choque de las lanzas y de los escudos salian chispas de inspiracion para aquellos ingenios guerreros. Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI. y aun antes de él produjo la España. El cronista Perez de Guzman se encontró como soldado en el combate de la Higuera: Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte: Jorge Manrique manda expediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Velez, y hace tiernas elegías: Bernal Diaz del Castillo acompaña á Cortés á Méjico, se en-

cuentra en ciento diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la Historia verdadera de la conquista de Nueva España: Boscan pelea por su país, y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Cárlos V. hace versos y novelas picarescas, y escribe con docta pluma la Historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Cárlos V. en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Tunez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la Invencible armada, y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos en Arauco, y combatiendo escribe la Araucana: Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel escribe comedias y novelas originales, y asombra el mundo con su Quijote. No se podia decir aquí aquello de *musæ silent inter arma*; pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañon y el áspero crujir de las espadas y rodelas.

La historia literaria de España en aquellos siglos represéntanos los tres períodos de un largo dia. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en los siglos XI. y XII. va siempre derramando más luz hasta

el XV., para alumbrar en pleno dia en el XVI. y entrar en el crepúsculo de declinacion en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este dia, si no supiésemos que las letras como el sol vuelven despues de haberse marchado á alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir á comunicar su luz á otras regiones de Europa, volverán á iluminarle á fines del siglo XVIII. para bañarle en el XIX. con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que esperamos alcanzará el siglo, que ha de vivir más que nosotros. Así las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y así es necesario para el progreso perfectivo de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII.

A la independiente actividad de Felipe II. sucede la sumisa indolencia de Felipe III., y el hombre á quien no habia podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino

por la voluntad de un favorito, á cuya firma ha dado el rey igual autoridad que á la suya propia. El privado es el árbitro de los empleos públicos, el repartidor de las fortunas, y su fausto eclipsa, oscurece el del monarca. A ejemplo del duque de Lerma, la nobleza abatida en los anteriores reinados abandona sus antiguos castillos y acude á ostentar sus galas en la córte. Palacios suntuosos, gran tren de carrozas, muchedumbre de mayordomos, capellanes, palafreneros, pajes y entretenidos, todo boato les parecia poco á aquellos nuevos ricos-hombres, que hacian venir tapices de Bruselas, linos de Holanda, telas de Florencia, gorros de Lombardía, capas de Inglaterra y calzado de Alemania. Dejábanse arrastrar del mismo impulso las clases medias, y á todos alcanzaba el contagio. ¿Correspondia la prosperidad del Estado al brillo de la córte?

Abrumados de impuestos los labradores, dejaban el cultivo y emigraban á la aventura, allá donde creian poder proporcionarse algun medio de vivir; provincias enteras se convertian en áridos yermos, y el viajero andaba muchas leguas sin encontrar una casa habitada ni un campo labrado. «Si este mal continúa, le decian al rey las Córtes de Madrid, pronto faltarán paisanos que labren los campos, pilotos que dirijan las naves.... es imposible que dure el reino un siglo si no se pone un remedio eficaz.»—«Las casas se desploman, le decia el Consejo á su vez, y nadie

las reconstruye; las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos....»

El Consejo proponia remedios. Que se moderen los tributos; que se revoquen las mercedes y donaciones; que los grandes se vuelvan á sus estados y empleen á los cultivadores y jornaleros; que se limite el número de religiosos de ambos sexos; que se refrene el lujo y se ponga tasa á los trages; que comience el soberano dando ejemplo por el arreglo de su casa, «pues el número de criados, le decia, y las raciones que consumen son dos terceras partes más que en tiempo de vuestro augusto padre el Sr. Don Felipe II., cosa que merece que V. M. lo considere con reflexion y haga conciencia de ello.» Los remedios quedaron escritos.

No habia rentas, pero habia lujo: los labradores perecian, pero los grandes comian en vajilla de oro: moria la industria, pero se erigian monasterios: las aldeas se despoblaban, pero los conventos rebosaban de habitadores.

Y no por eso se renunciaba al sistema de guerra exterior de los anteriores reinados. Nuestros ejércitos eran enviados como antes á pelear en todos los paises de Europa, y nuestros marinos cruzaban todos los mares. Los arranques eran los mismos, pero las fuerzas no podian corresponder á los ánimos. Imponíanse al gigante enflaquecido los mismos esfuerzos que en los dias de su virilidad y robustez. ¿Dónde estaban

los recursos para alimentar á los soldados que batallaban? Las flotas de la India llegaban con dificultad, y dábase gracias de ver arribar algun galeon que no hubieran apresado los corsarios ingleses ú holandeses. Las que llegaban estaban anticipadamente empeñadas, é invertíanse en sostener el fausto de la córte. Un general salia por fiador del gobierno, y empeñando sus alhajas particulares lograba que los comerciantes de Cádiz le prestaran algunas sumas para ir manteniendo sus tropas. Subíanse los impuestos, pero era pedir jugo á un tronco seco y aridecido. El cuerpo social perecia de extenuacion, y le desangraban para darle vitalidad. Quísose convertir en moneda la plata de los templos, pero se opuso el clero, y faltóle fuerza al gobierno para hacerse obedecer. Se recurrió á la alteracion de la moneda, y doblándose el valor del vellon se dobló el precio de las mercancías. Se inundó el reino de moneda de cobre adulterada, y desapareció la plata y el oro. Tal era la ciencia de gobierno del duque de Lerma.

La irreflexiva expedicion á Irlanda costó una derrota y un bochorno. Y de la muerte de Isabel de Inglaterra, astuta y decidida protectora de los enemigos de la España y del catolicismo, no se sacó mas partido que un tratado de paz, que algunos años antes hubiera parecido vergonzoso, y que entonces se celebró en Madrid con regocijo.

Flandes continuaba siendo cementerio de hombres

y sima de tesoros. La toma de Ostende fué gloriosa, pero costó cerca de tres años de sitio y cincuenta mil soldados. Entretanto el de Nassau nos tomó otras plazas. La famosa tregua de doce años empezó á poner de manifiesto á los ojos de Europa la flaqueza y decadencia de España.

Pudo no obstante esta misma situacion haber redundado en bien de la monarquía si esta hubiera estado dirigida por más hábiles manos. En paz con Inglaterra y Holanda, garantida la de Francia por el doble matrimonio de los príncipes y princesas de ambas naciones, pudo el gobierno español, con un desahogo que no habia disfrutado en cerca de un siglo, dedicarse á restañar las profundas heridas que en el corazon del país habian abierto las dilapidaciones de dentro y los dispendios de fuera. Pero estos fueron los momentos que escogió el monarca, aconsejado por dos arzobispos, para descargar sobre él un golpe fatal. Expidióse el edicto para la expulsion de los moriscos, y la poblacion proscripta se llevó tras sí el comercio, la agricultura y las artes. El consejo del beato Juan de Ribera pudo ser muy piadoso y muy justo, pero despobló la nacion y la dejó arruinada.

Contrastaba grandemente la guerra de armas en Italia con la guerra de intrigas en la córte. Allá se disputaba el ducado de Saboya; aquí el favoritismo del monarca. Allá Cárlos Manuel despedia al embaja-

dor de España é invadia el Milanesado; aquí el de Uceda suplantaba á su mismo padre el de Lerma en el favor del débil príncipe. Allá mediaba Luis XIII. para ajustar un tratado en Pavía; aquí intervenia el padre Aliaga, confesor del rey, en los manejos de las privanzas palaciegas. Allá se formaban alianzas de príncipes italianos contra España y conjuraciones de españoles contra Venecia; aquí se fraguaban planes y se empleaban artificios para dominar en palacio. Allá se ganaba para España la Valtelina que habia de envolverla en nuevas complicaciones; aquí se ganaba el valimiento del monarca, que poseido por don Rodrigo Calderon habia de llevarle con el tiempo, como á otro don Alvaro de Luna, de las gradas del trono á los escalones del cadalso. Habian vuelto los tiempos de Juan II. y de Enrique IV.

Y prosiguiéron todavía. Porque á la privanza infausta de Lerma y Uceda con Felipe III. sustituyó la no menos funesta de Olivares con Felipe IV.

Más embaidor que político el Conde-Duque, alucinó al pueblo y fascinó al rey. El pueblo creyó en las ofertas de un bello programa, y se dejó engañar como un enfermo desesperado que acoge las palabras de un curandero. El rey era un niño, y se enamoró de un ministro que le hacia apellidar el *Grande* mucho antes de poder serlo. Cuando el pueblo reconoció su error, no pudiendo poner remedio se limitó á murmurar, que era lo único para que le habian dejado

fuerzas los reinados anteriores: y el monarca que hubiera podido remediarlo no lo conocia.

Felipe IV. y la política de su privado trajeron á España males que aun lamenta, y compromisos de que no ha acabado de salir al cabo de dos siglos. Empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron la España En la famosa guerra del Imperio, llamada de los Treinta años, no cesó Felipe de prodigar hombres y tesoros al emperador. Iban nuestros soldados á vencer en Praga, para ser vencidos despues en Estremoz y Villaviciosa. Triunfaban á quinientas leguas de distancia para dar á Fernando de Austria la corona de Bohemia, y cuando tuvieron que pelear dentro de España eran ya un ejército debilitado que dejaba perder el Portugal. Arrojaban del Imperio al Elector Palatino, y dominaban el Rhin, para no poder defender más adelante las fronteras de Francia y tener que ceder el Rosellon. Luchaban con su acostumbrada bravura allá en Alsacia, en la Suabia y la Baviera, contra el rhingrave Othon, contra el landgrave de Hesse y contra el terrible Gustavo de Suecia; eran degollados en Oppenheim, triunfaban en Lutzen, perecian helados en los Alpes y ganaban laureles en Norlinga: sufrian reveses y alcanzaban triunfos en lejanas tierras y por agenas causas, y cuando hubo necesidad de defender el reino, invadido por los vecinos ó alterado por los naturales, faltaron ya fuerzas para ello: habíase gastado la vida en climas y en empresas estrañas.

La guerra con Holanda, emprendida de nuevo al espirar la tregua de los doce años, hubiera podido justificarse si hubiera podido sostenerse. Pero á pesar del arrojo de nuestros soldados, que allí, como en todas partes, vencian y triunfaban, pero no dominaban; á pesar de los talentos militares de Espínola, de la proteccion del emperador, y de los refuerzos sacados de Alemania para atender á aquellos paises, hubo de resignarse Felipe IV. á reconocer definitivamente la independencia de la República, y á cederle las conquistas hechas en América y en la India. Triste resultado de ochenta años de lucha, tan dispendiosa en hombres como en dinero. La tregua de doce años habia sido el indicio de nuestra debilidad; el tratado de Westfalia lo fué de nuestra impotencia.

Cierto que fué una fatalidad el que se hubiera levantado contra España un génio tan activo, tan político y tan sagáz como el ministro de Luis XIII. No pudiendo sufrir el cardenal de Richelieu ni el engrandecimiento amenazador de la casa de Austria ni la arrogancia del gobierno español, dedicado á alentar á los que ya eran enemigos y á suscitar otros nuevos á los gabinetes de Madrid y de Viena, la política y las armas francesas encendieron la guerra donde estaba apagada, y aviváronla donde estaba ya encendida, y en tan general conflagracion no era posible que dejára de sufrir la España grandes catástrofes. La nacion que tenia sus guerreros desparramados por

toda Europa y por todos los mares vió su propio territorio invadido por ejércitos estraños. Los franceses se atrevieron á penetrar en Guipúzcoa y en Cataluña. No tenia Richelieu mejor auxiliar que la política del Conde-Duque. Parecian obrar de concierto.

Creciendo con los reveses del reino la altanería del valído, apuraba á un tiempo los recursos y la paciencia del pueblo. Estalló con esplosion la mina del despecho en la provincia menos sufrida, en la más celosa de sus fueros, y tambien la más ofendida y hostigada. La insurreccion de Cataluña con sus terribles bandas de segadores, con sus horribles matanzas y sus venganzas sangrientas, fué un feliz acontecimiento para Richelieu y los franceses, y la imprudente política de Olivares convirtió en guerra larga y formal lo que hubiera podido ser un arranque momentáneo de enojo. Reprodujéronse las escenas de los tiempos de Juan II. de Aragon, y aun fueron más adelante, porque Luis XII. nombrado conde de Barcelona, pudo llamarse algun tiempo rey de Francia y de Cataluña. Esta provincia volvió á ser española, pero el Rosellon y la Cerdaña allá se quedaron para no más volver.

Todo era desastres. Portugal oprimido y vejado, se levanta tambien, encuentra ocasion de sacudir la dependencia de Castilla, y la dominadora del orbe es impotente á evitar la desmembracion de una provincia suya. ¿Qué importa que no se reconozca

todavía de derecho su independencia? La monarquía portuguesa renace con Juan IV. con todas las condiciones de estabilidad. Emancípanse tambien sus colonias, y entre portugueses y holandeses nos hicieron perder medio mundo. Todos lo sabian menos el monarca español. Cuando Olivares le dijo que el duque de Braganza habia hecho la locura de coronarse rey de Portugal, lo cual era una fortuna, porque así sus bienes volverian al fisco, «pues disponerlo así,» le contestó Felipe; y continuó divirtiéndose.

Sicilia y Nápoles imitan tambien el ejemplo de Cataluña, y se sublevan contra la tiranía de los vireyes. En Palermo se erige un calderero en gefe del tumulto, y el gobernador se esconde en el sótano de un convento para evitar el furor de la muchedumbre amotinada que incendiaba las casas de los agentes del gobierno español. En Nápoles se proclamaba la república á la voz de un pescador; el duque de Arcos abraza primero á Massaniello en el balcon de su palacio para significar al pueblo que accede á todas sus peticiones; pero despues el conde de Oñate hace degollar hasta á los hijos de los que habian tomado parte en la insurreccion. Tampoco falta allí la intervencion de la Francia. Las revueltas se sosiegan y se restablece el órden; pero los sucesos mostraban cuán impopular y cuán flaca era la dominacion de los vireyes en aquellos paises.

No cambió la suerte de España ni mejoró su for-

tuna con la muerte de Richelieu y con la de Luis XIII. A Richelieu sucede Mazzarini, cardenal como él y hechura suya, menos enérgico y violento, pero más disimulado y astuto. Continuador de su política, sostiene la monarquía durante la regencia de la reina madre. Luis XIV. comienza á anunciarse fatal para España desde la cuna con la victoria de Rocroy. Las guerras de la Fronda en Francia infunden aliento á los españoles; Turena y Condé ayudan con sus venganzas de rivalidad el ascendiente que á favor de las revueltas iba recobrando la España, pero todo lo deshace la mañosa política de Mazzarini. Cuando Felipe IV. solicitó el auxilio del gran protector de Inglaterra, ya Mazzarini se le habia anticipado, y prefiriendo Cromwell la amistad de la Francia, se declara Inglaterra contra España, y coopera activamente á su ruina. La derrota de Dunes pone á Felipe IV. en el caso de suscribir á la paz. Estipúlase el célebre tratado de los Pirineos. Conciértase en él el matrimonio de Luis XIV. con la infanta María Teresa de España y se ceden á Francia la Cerdaña y el Rosellon con muchas plazas fuertes de Flandes y de los Paises Bajos. Triunfó la diestra política de Mazzarini sobre la del negociador por España. En una pequeña isla del Bidasoa se determinaron los destinos futuros de nuestra nacion. El tratado de la isla de los Faisanes contenia el gérmen de un cambio de dinastía. Aquellas capitulaciones matrimoniales habian de hacer

de una España austriaca una España borbónica; y sin embargo, tal era el estado de las cosas que se aplaudió como una fortuna el tratado de los Pirineos.

Richelieu y Olivares representaban la elevacion de Francia sobre el abatimiento de España. Aquel personifica la creacion de la monarquía absoluta francesa sobre la muerte de la vieja monarquía aristocrática: éste simboliza la decadencia de la monarquía conquistadora de España, que habia reemplazado á la monarquía popular, y dado entrada á la monarquía de los grandes, de los favoritos, de los confesores y de las mugeres. Richelieu abrió el camino á Luis el Grande, y Olivares le preparó á Cárlos el Imbécil. Felipe IV, con toda su indolencia tenia todavía elementos para haber sido más que Luis XIII. si en lugar de un Gaspar de Guzman hubiera contado con un Richelieu: y Luis XIII, no era ni tan grande ni tan intrépido que sin un Richelieu no se hubiera quedado en menos de lo que fué Felipe IV.

Tres grandes transiciones políticas se verifican en esta época. La Inglaterra pasa á la libertad despues de sus guerras parlamentarias, últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa. La Francia corrió al despotismo de Luis XIV. despues de las guerras de la Fronda, últimos esfuerzos de la independencia francesa. España entra en una impotencia miserable despues de la guerra universal del cuarto Felipe, últimos alientos de su antiguo colosal póder. Inglaterra

libre y Francia absoluta se levantan sobre la España impotente que las dominó antes.

La adulacion habia aplicado el sobrenombre de *Grande* á un monarca que merecia solo el de piadoso y benigno. Cuando se vió que lo iba perdiendo todo, la lisonja halló un medio ingenioso de conservarle el dictado dándole por divisa un pozo con estas palabras: *cuanto más le quitan más grande es*. Queriendo adularle, le hicieron un epígrama.

Apesadumbróle mucho la pérdida de Portugal y le aceleró la muerte. «Quiera Dios, le dijo al tiempo de morir á su hijo Cárlos, que seas más afortunado que yo.» Pero Dios no lo quiso así, y el hijo fué mucho más desdichado que el padre.

Faltan términos con que espresar el abatimiento á que vino la monarquía en el reinado de Cárlos II. Todo se conjuraba contra ella. Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada á la direccion de un confesor aleman y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino estenuado y un enemigo tan poderoso y hábil como Luis XIV., ¿qué suerte podia esperar esta desventurada monarquía? Luis XIV. apareció como el terrible vengador de Francisco I. y vino en ocasion en que no hubiera necesitado ser un héroe para invadir nuestas apartadas posesiones de Italia y Flandes, cuando Portugal habia tenido la audacia de venir á

provocarnos dentro de nuestro propio territorio: y la nacion que se vió forzada á reconocer formalmente la independencia de Portugal, no es maravilla que perdiera en tres meses la mayor parte de la Flandes, y que viera al monarca francés hacer en quince dias la conquista del Franco Condado. Un ejército del vecino reino ocupaba parte de Cataluña; y Messina se levantaba al grito de: ¡Viva la Francia! Los tratados de Aquisgram y de Nimega iban sumiendo á España en el abismo de la nulidad.

Habian cambiado los papeles de Europa, y la dominacion universal con que á principios del siglo XVI. habia amenazado Cárlos V. y la España, venia á fines del XVII. de parte de Luis XIV. y la Francia. La Europa se llenó otra vez de pavor y asombro. Mas á pesar de la coalicion de Augsburgo para atajar las invasiones incesantes de la Francia, encubiertas bajo el insidioso nombre de pacificacion, y para conservar la integridad del Imperio tal como la garantizaban los tratados de Wetsfalia, Nimega y Ratisbona, España no logró reconquistar las provincias perdidas en la guerra que se siguió, y hubo de sufrir nuevas invasiones, no obstante tener que luchar la Francia á un tiempo con Inglaterra, Holanda, Suecia, Saboya y el Imperio. Fuese rompiendo la liga, y á España alcanzaron sus mas fatales consecuencias.

No acostumbrado Luis XIV. á la idea de ver la Europa conjurada contra un hombre solo, procuraba

mañosamente desarmarla con capciosas paces y con tratados artificiosos, cuya supuesta infraccion le diera pretesto para nuevas declaracionee de guerra. El hombre que aparecia generoso, bombardeaba despues de un tratado de paz á Oudenarde, Génova, Alicante, Barcelona y Bruselas. Si en la paz de Riswick se prestó á restituir á España las conquistas hechas despues de la de Nimega, hízolo por contentar á los españoles para que se dejáran imponer un rey de su familia. Con la alegría de la paz olvidáronse las potencias del gran principio que las hiciera aliarse; olvido feliz para Luis XIV. y que todos los esfuerzos del Austria no alcanzaron á subsanar despues.

Mientras la monarquía se desmoronaba, la córte era un hervidero perenne de miserables intrigas palaciegas. El rey, la reina madre, Nithard, Valenzuela y don Juan de Austria, daban abundante pasto á la murmuracion y á la maledicencia pública; y el pueblo que presenciaba las miserias de la córte en medio de le ruina de la monarquía, parecia encontrar un desahogo á sus males en las sátiras, libelos, y pasquines con que diariamente se le entretenia, denunciándole flaquezas que no ignoraba, más viéndolas representadas bajo formas picantes y festivas, mostraba alegrarse de que le hicieran reir, á trueque de no llorar.

Aborreciendo á los sucesivos favoritos de la reina viuda, fijaba su cariño en don Juan de Austria, que

aparecia como el único capáz de dar vida al desfalleciente reino; y cuando se accrcó á las puertas de Madrid, hubiérale tal vez aclamado rey sin reparar en que fuese hijo de una cómica, si él hubiera tenido más audacia y más altos pensamientos; pero contentóse con un destierro para el confesor y con un vireinato para sí. Cuando despues fué primer ministro, no correspondió el acierto del gobernador á la fama del guerrero. Don Juan perdió su popularidad, y murió desopinado despues de una administracion tempestuosa. Como si los nombres hubiesen sido necesarios para hacer más palpable la decadencia de España de los primeros á los últimos príncipes austriacos, vino este don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV. á recordar con dolor las glorias del otro don Juan de Austria, hijo bastardo de Cárlos I.

¡Cuánto habia degenerado esta familia de reyes! El biznieto de Felipe II., de aquel monarca que habia gobernado el mundo por sí solo, vióse alternativamente dominado por una madre, por un hermano, por dos esposas, por confesores, por camareras intrigantes y por magnates codiciosos. El que de niño habia tenido que ser llevado hasta los cinco años en brazos de un aya, no pudo de rey marchar nunca sin andadores.

A la desmembracion que de sus posesiones sufria por fuera agregábase dentro la penuria de la hacienda, que nunca á tan desdichada estrechez llegára.

Era un mal heredado, que habia venido agravándose con las generaciones. Sucedíanse ministerios, discurríanse arbitrios, creábanse juntas magnas, imaginábanse espedientes, útiles algunos, injustos muchos, absurdos otros, ridículos y estravagantes los más, eficáz ninguno. Pusiéronse en venta los títulos de Castilla y las grandezas de España, y vióse á un simple curial sin más categoría que la de page, y al hijo de un maestro de obras y otros sugetos de la clase más ínfima del pueblo, á los unos grandes de España, á los otros títulos de Castilla. Concibióse la idea de entregar al clero la administracion pública y de confiar la direccion de la hacienda, guerra y marina á los cabildos de Toledo, Sevilla y Málaga. El ejército de tierra apenas llegaria á veinte mil hombres mal disciplinados y casi desnudos, la marina á trece galeras de mal servicio, y la poblacion del reino á menos de seis millones de habitantes. Veíase languidecer, extinguirse á un tiempo la nacion y la dinastía reinante.

Sin esperanzas ni de sucesion ni de salud el monarca; litígase entre potencias estrañas la sucesion española, y por dos veces se reparten entre sí nuestro territorio como hacienda sin dueño. Mostróse Luis XIV. en estos tratados de particion el negociador más activo y el político más astuto y mañero, pero tambien el menos fiel y el menos sincero aliado. En la misma córte de España bullian y se agitaban el partido francés y el partido austriaco, que prevalecian

alternativamente segun las influencias que accidentalmente dominaban. El desgraciado monarca, hipocondríaco y enfermo, asediado y hostigado por todos, tímido, vacilante, irresoluto y zozobroso entre instigaciones y consejos, opuestas pretensiones, personales afectos y escrúpulos de conciencia, estrechado por embajadores, grandes, inquisidores, confesores, consejeros y ministros, no acertaba á resolverse á nombrar sucesor. La Europa entera pendia de sus lábios, y Cárlos no pronunciaba. Representósele hechizado; muchos creyeron en el maleficio; él lo creyó tambien, y su confesor le exorcizaba con la fé más cándida y más pura. Consultábase á los teólogos, á los juristas, al pontífice; apelábase á las respuestas de las mugeres endemoniadas; y todos, hasta los malos espíritus intervenian en el negocio de la sucesion á la corona de Castilla, menos las Córtes del reino, con las cuales no se contaba.

Firmó por último Cárlos en el lecho de muerte el documento que fijaba la disputada sucesion. Falleció á poco tiempo el atribulado monarca. Abrióse con toda solemnidad el codicilo. La política de Luis XIV. habia triunfado. El elegido era su nieto el duque de Anjou. Felipe V. de Borbon era el rey de España. La dinastía austriaca habia concluido.

Esta dinastía como la antigua de los Trastamaras, habia pasado en dos siglos, como aquella, de la actividad más vigorosa á la nulidad más completa. Aun

fué mayor la degeneracion de Cárlos I. á Carlos II., que de Enrique II. á Enrique IV. No carece ni de exactitud ni de genio la pintura que de esta degradacion hace un ilustre escritor contemporáneo. «Cárlos V. (dice) habia sido general y rey: Felipe II. fué solo rey: Felipe III. y Felipe IV. no supieron ser reyes; y Cárlos II. ni siquiera fué un hombre.»

Obstinada la dinastía austriaca en dominar la Europa despobló la España, sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas.

Quiso abatir la Francia é imponerle un rey de su dinastía, y sufrió la ley providencial de la expiacion, siendo ella misma la que llamó á un príncipe francés á ocupar el trono de España. Y á tal estremo de desolacion habia venido nuestro pueblo, que hubieron los españoles de mirar como un bien el ser regidos por un príncipe estrangero; uno de los últimos recursos de los pueblos agobiados por los infortunios. Era el año 1700.

Si los reyes Católicos hubieran resucitado, ¡cuántas lágrimas de amargura hubieran vertido sobre esta pobre España que dejaron tan floreciente y con tantos elementos de prosperidad! Si es que podian reconocer en la España de fines del siglo XVIII. la misma España que ellos legaron en principios del siglo XVI.!

XIV.

«*Desde este instante ya no hay Pirineos.*» La Europa alarmada recogió estas palabras fatídicas con que el gran Luis XIV. apostrofó al nuevo monarca español al salir para España *con el superior beneplácito de su abuelo.* En siglo y medio no las ha olvidado, y en nuestros dias ha tenido ocasiones de recordarlas.

El tratado de los Pirineos produjo el testamento de Cárlos II. Habia en aquel una cláusula que se procuró hacer desaparecer en este. ¿Se invalidaba la renuncia de María Teresa al trono de España estipulada en las capitulaciones matrimoniales de los Pirineos, con la condicion de que no se reuniesen en una misma persona las coronas de Francia y España puesta en el testamento de Cárlos? ¿Cuál de las dos dinastías alegaba mejor derecho á la sucesion española, la rama austriaca ó la rama borbónica? ¿Cuál era más conveniente á España? La cuestion de derecho y la cuestion de conveniencia la resolvieron la voluntad del rey y la voluntad de los españoles. Habia además para Europa la cuestion de forma. La política capcio-

sa de Luis XIV. habia desabrido al Austria y burlado á las potencias signatarias de los tratados de particion. La guerra, pues, era inevitable. Pero tenemos la conviccion de que cualquiera que hubiese sido el fallo de este gran litigio, se hubiera apelado de él al terrible tribunal de las campañas, que es donde por desgracia se fallan siempre en última instancia las querellas de los príncipes y los pleitos de las naciones.

Cuando estalló la guerra, halló á Luis XIV. esperándola con arma al brazo, y cuando las primeras águilas imperiales penetraron en las posesiones españolas de Italia, encontraron al gallo francés despierto y vigilante y preparado á la pelea.

Francia y España luchan ahora solas contra la Europa confederada. Nuestra península se ve invadida por Oriente y Occidente. Las escuadras anglo-holandesas cruzan nuestros mares, cañonean nuestras plazas y destruyen nuestros escasos bajeles. Valencia, Aragon y Cataluña se levantaron contra Felipe V. y proclaman al archiduque Cárlos de Austria. Estamos en plena guerra de sucesion.

España y Austria se encuentran guerreando entre sí, en expiacion de sus faltas respectivas. Austria, que causó la ruina de España envolviéndola en temerarias y costosas guerras esteriores, recoge ahora el fruto de su funesto sistema teniendo que lidiar con esos mismos españoles que han excluido su fatídica dinas-

tía y defienden con las armas á un príncipe de la familia más enemiga del Imperio. España paga el error de haberse enflaquecido por robustecer la casa de Austria, y de haber antepuesto á su felicidad doméstica el brillo de las conquistas esteriores. Un Cárlos archiduque de Austria, rey de España, y emperador de Alemania despues, fué el que movió aquel desbordamiento de la España. Otro Cárlos archiduque de Austria, que tambien ha de ser emperador de Alemania, es el que trae ahora sus legiones á pelear dentro del territorio español en reclamacion de un trono de que ha sido excluido. Al cabo de dos siglos (¡tan lentas son las grandes lecciones de la historia, porque tan lento es el desarrollo de la vida de los pueblos!) Cárlos VI. de Alemania se ve reducido al papel de pretendiente desairado al trono español, por consecuencia de la política iniciada por Cárlos V. de Alemania.

Parece imposible que en el estado de abandono, de desnudez y de miseria en que habia dejado Cárlos II. el ejército, las plazas y el erario, pudieran los castellanos solos desenvolverse de tan cruda guerra, teniendo que combatir á un tiempo en Levante y en Poniente, contra ingleses, holandeses, portugueses y alemanes, y lo que es más, contra catalanes, aragoneses y valencianos, distraidas las fuerzas de su única aliada la Francia, en el Rhin, en Italia y en los Paises-Bajos. Y sin embargo los triunfos de Al-

mansa y de Villaviciosa hicieron ver á la Europa conjurada cómo sabian sostener los castellanos con las armas al monarca á quien una vez juraran fidelidad. Ayudáronlos Berwich y Vandome. Cien banderas cogidas á los aliados en Almansa fueron á adornar las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha. Felipe V. y los castellanos vencian: peor estrella alumbraba á Luis XIV. y la Francia. España se rejuvenecia con su jóven rey: Francia declinaba con su viejo monarca, á quien faltaban á un tiempo el vigor y la fortuna. Era una casa fallida que se iba sosteniendo, aunque mal, con el antiguo crédito.

Los tratados de Utrech pusieron término á la sangrienta guerra de sucesion, y aseguraron en el trono de España la dinastía de los Borbones, renunciando Felipe V. sus derechos eventuales á la corona de Francia, y haciéndolo á su vez los príncipes franceses de los que pudieran tener al trono español, de modo que nunca pudieran unirse ambas coronas. Solo no se adhieren á los tratados Austria y Cataluña. Austria no cede un punto de sus pretensiones, y Cataluña prefiere erigirse en república á reconocer la autoridad de Felipe de Borbon: arranque de energía, que no fué sino un testimonio más del genio impetuoso de los naturales de aquel suelo, pero que costó á Cataluña la pérdida de sus amadas libertades, como ya le habia costado á Valencia y Aragon.

No se compró la paz de Utrech sin costosos sacri-



ficios. Inglaterra no quiso soltar sus presas de Gibraltar y Menorca; y cediendo España la Sicilia, Nápoles y Cerdeña, fué borrada del catálogo de las potencias de primer órden. La Gran Bretaña se propuso mantener el equilibrio europeo agrandando las naciones pequeñas, y dióse Sicilia á la casa de Saboya con derechos á la corona de España en el caso de extinguirse la línea de Felipe V. Hiciéronse otros repartimientos que alteraron la faz de Europa.

Con el advenimiento del nieto de Luis XIV. al trono español supúsose desde luego que el gabinete de Madrid giraria dentro de la órbita que le designara el de Versalles. Mirábase al de España como un satélite del gran planeta, y entonces no era una calumnia, era una verdad y una consecuencia. El monarca francés surtia de confesores al rey de España, de camareras á la reina, y administradores á la nacion. Los embajadores franceses obraban como ministros españoles, y los ministros españoles eran como embajadores franceses. Felipe sin embargo se identificó pronto con su patria adoptiva; juró muchas veces vivir y morir con sus amados españoles, y lo cumplió. Cuando Luis XIV., acobardado por los reveses, le propuso firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso á España y á sus derechos, dirigia á su abuelo estas enérgicas y sentidas palabras: «Ya que Dios «ciñó mis sienes con la corona de España, la conser«varé y defenderé mientras me quede en las venas

«una gota de sangre: es un deber que me imponen «mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súb«ditos profeso..... Con la vida solamente me separaré «de España, y sin comparacion preferiré morir dis«putando el terreno palmo á palmo al frente de mis «tropas á tomar un partido que empañe el lustre de «nuestra casa.....»

Aquí Felipe no es ya el príncipe francés, sino el monarca español. No es ya el jóven tímido é inexperto que inclina humilde la frente á los mandamientos de un abuelo preceptuoso, sino un rey celoso de la honra de su reino y de su trono, que da lecciones de enérgica entereza á un anciano á quien abandona el vigor asustado por los contratiempos. Felpe V. se atrevió á decir: «Aun habrá Pirineos.» Y los hubo. Por eso no le faltó nunca el cariño del pueblo castellano; y este admirable concierto entre el pueblo y el monarca fué el que produjo aquellos recíprocos esfuerzos que salvaron la monarquía, aunque con pérdidas dolorosas.

Y sin embargo, este príncipe que tan español se habia hecho y que tanto debia á los castellanos, se acuerda una vez de que es francés, y altera la antigua ley de sucesion á la corona de Castilla. El que debia su trono á una muger, priva á las hembras del derecho de suceder en el trono, y establece á disgusto de la nacion la ley Sálica poco modificada. Innovacion fatal, que al cabo de ciento y veinte años habia de

ser invocada por un descendiente suyo para pretender suplantar á la reina legítima, y que aunque revocada por otro monarca y por las Córtes del reino no ha podido esta nacion libertarse de sufrir las calamidades y estragos de una guerra civil.

La córte de Luis XIV. emancipó al rey y al gobierno español de la tutela del de Versalles; y las segundas nupcias á que pasó Felipe V. con la princesa de Parma trajeron en derredor del trono otras influencias que dieron diversa direccion á los negocios y distinto rumbo á la política.

Viva se mantenia la animadversion entre Austria y España, y aun las potencias signatarias de los tratados de Utrech habian quedado al pronto tranquilas, pero ninguna contenta. Pronto se ve la Europa hondamente agitada y de nuevo revuelta á impulsos de un genio turbulento, que enmaraña á todas las naciones, que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia y fragua conspiraciones en París para desposeerle de la regencia; que promete á Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña á Holanda, que auxilia á Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al Imperio, que convida á Ragotzy á posesionarse de la Transilvania y á inquietar la Hungría, que proyecta con Rusia y Suecia una expedicion contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el país vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el Imperio en el Mediterráneo,

que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose á rasgar las estipulaciones de Utrech, reclama para España las posesiones allí cedidas, que reconquista á Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellon español en los mares, que reanima el genio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.

Este gran revolvedor del mundo, que de tal suerte intimida á las potencias europeas con su asombroso talento y sus gigantescos planes, que las más poderosas se ven obligadas á conjurarse contra su persona y á exigir á Felipe V. su separacion como preliminar de la paz, es un clérigo italiano, es hijo de un pobre hortelano de Plasencia, que ha sido él mismo campanero de una iglesia de aquella ciudad de Italia, que por su propio mérito se ha ido encumbrando hasta elevarse al alto puesto de primer ministro de Felipe V. de España, y de consejero y confidente de la reina Isabel de Farnesio, que ha alcanzado el capelo de cardenal engañando al papa como engañaba á los demas soberanos: es el abate Julio Alberoni. Felipe V. accede á hacer salir de España á Alberoni; se estipulan los tratados, y España y Europa parece quedar otra vez tranquilas.

Desde las segundas nupcias de Felipe, uno de los monarcas en cuyo ánimo han ejercido más dominio sus mugeres, un pensamiento invariable, una idea

fija descuella en la marcha de su gobierno y constituye por mas de treinta años el blanco de su política. Este pensamiento se revela en todas las negociaciones diplomáticas, se trasluce en las alianzas y en los rompimientos, se descubre en los tratados de Lóndres, de Viena, de Sevilla y de Fontainebleau, predomina en los congresos de Cambray y de Soissons, es el alma de la política traviesa del fecundo Alberoni, subsiste durante la larga privanza del buen Grimaldo, dicta los atrevidos proyectos del presuntuoso y fantasmagórico Riperdá, sirve de norte á los planes del hábil Patiño, guia al honradísimo Campillo en su prudente y corta administracion; él es el que inspira á Felipe la renuncia de San Ildefonso, el que le decide á volver á empuñar el cetro abdicado, el que trasciende en los dictámenes del consejo de Castilla y de las juntas de teólogos, el que concierta y deshace enlaces de príncipes, el que promueve las guerras y los acomodamientos, el que alienta las arriesgadas empresas de los hijos de los reyes, las comprometidas operaciones militares del prudente Montemar y del intrépido Gages, el que absorve los tesoros, el que preocupa los ánimos en los palacios y en las campañas, el que conmueve muchas veces la Europa y trae en constante inquietud y desasosiego á España. A este afan, que gasta toda la vitalidad de Isabel de Farnesio, y á cuyas sugestiones no puede resistir el débil é hipocondriaco Felipe, se encaminan todos los cuidados, todos

los pactos, todas las empresas, y ante él se oscurecen y eclipsan todos los demás propósitos y fines. Este pensamiento de una madre solícita, incansable y ciega de amor á sus hijos, es el de recobrar las posesiones españolas de la península italiana para colocar en ellas como soberanos á los hijos del segundo tálamo de Felipe, y á impulsos de este anhelo se han perturbado muchas veces España y Europa, y el amor delirante de una madre ha influido grandemente en el cambio de condicion de las naciones europeas.

Asombro universal causó cuando se supo que se habia firmado la paz con el Imperio. Montes de oro costó á España esta negociacion, más nada le importaba á la reina con tal que redundára en la mejor colocacion de sus hijos. Manejóla secretamente el ministro Riperdá, famoso aventurero holandés (que siempre, y entónces más, ha parecido España la tierra de promision de especuladores advenedizos), que de embajador de Holanda se trasformó en ministro español, que de protestante se hizo católico, y de católico se convirtió en musulman: gran arbitrista, que despues de haber hecho instrumentos de su ambicion primeramente á Lutero y luego á Jesucristo, quiso por último servirse de Mahoma, y concluyó su carrera de aventuras en Tetuan, hecho bajá y apóstol de una nueva secta mahometana.

Isabel de Farnesio, á vueltas de mil negociaciones y dificultades, ve al fin á su hijo Cárlos, el que algun



dia ha de ser rey de España, posesionarse de los ducados de Parma y de Plasencia. Tres años despues, los vencedores de Almansa triunfan de los austriacos en Bitonto, la bandera de Castilla tremola otra vez en aquellas antiguas posesiones españolas, el príncipe Cárlos es proclamado con entusiasmo rey de Nápoles y de Sicilia, y el orgullo español y el amor de madre se ven á un tiempo halagados. Las naciones se cansan de tan costosas lides, y se ajusta el tratado definitivo de la paz.

Poco tiempo se saborearon sus dulzuras. Vaca el trono imperial de Alemania, y á instigacion de Isabel se presenta el rey Católico entre los muchos competidores al Imperio. Otra vez se desenvainan las espadas de todas las naciones al grito de guerra. La solícita madre ve una ocasion para que su segundo hijo Felipe pueda conquistarse tambien á favor de la turbacion general, alguna soberanía en su querido país de Italia, perpétuo tema de sus dorados sueños. Nuevas y sangrientas complicaciones. Guerras en Italia. Funesto comportamiento de Inglaterra para con los dos príncipes españoles. Fatal derrota de Campo Santo: terrible sorpresa de Velletri. Felipe en Lombardía; triunfal entrada en Milan. Paz entre el emperador y Francisco II. Desavenencias entre las dos ramas de la familia de Borbon, y torcida conducta del gabinete de Luis XV. Isabel de Farnesio se conforma con el pequeño patrimonio de Parma y Plasencia para su hijo Felipe.

Hubo en el largo reinado del primer Borbon un brevísimo paréntesis, que pareció insignificante, y sin embargo encerraba profundos é importantes arcanos: el de su solemne abdicacion en su hijo Luis, y el reinado de este jóven príncipe que pasó como las flores que nacen y mueren en un dia, y que apenas legó á la historia sino un nombre más que intercalar en la cronología de nuestros reyes. ¿Será cierto que nunca devoraron á Felipe V. más ambiciosos proyectos que cuando rezaba como un monge desengañado del mundo en el coro de San Ildefonso, ó cuando para distraer su misantropía cazaba en los bosques de Balsain? ¿Lo será que pareciendo querer imitar en su retiro de la Granja á Cárlos V. de Alemania en Yuste, se semejó más á Alfonso IV. de Leon en Sahagun? Lo que no tiene duda es que salió como éste del solitario lugar tan luego como murió su hijo para volver á empuñar el abdicado cetro, y manejarle todavía por espacio de otros veinte y dos años.

Aquel palacio de San Ildefonso, con su colegiata, sus bellos jardines, sus elegantes y soberbias fuentes, cuyos surtidores de agua representan los arroyos de oro que en ellas se invirtieron, esa obra famosa de Felipe V., nuevo Versalles construido al pié de un escarpado monte, prueba la magnificencia de los primeros reyes de la dinastía de Borbon, si bien no muy compatible con los ahorros del Erario. El adusto monasterio del Escorial revela la época severa de Fe-

lipe II.: los amenos jardines de la Granja simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de dos siglos, y toda la travesía es ingrata y pobre como los reinados que los dividen.

Mas si se coteja el mísero estado en que el último monarca de la casa de Austria dejó la hacienda, el ejército, la marina, el comercio y la industria española, con el que se registra en el reinado del primer Borbon, España debió felicitarse por el cambio de dinastía. Aquellos veinte mil hombres desorganizados y medio desnudos de los últimos tiempos de Cárlos II., aparecen multiplicados como por encanto, ostentando Felipe V. á los ojos de la Europa admirada al terminar la guerra de sucesion un ejército de ciento veinte batallones y de ciento tres escuadrones disciplinados y aguerridos. Aquella docena de casi inservibles galeras que dejára el postrer monarca austriaco, preséntase en los mares bajo el primer Borbon trasformada en respetable escuadra de más de veinte navíos de guerra con trescientos cuarenta buques de trasporte y treinta mil hombres de desembarco. La industria y el comercio, casi exánimes en los últimos reinados, reciben el impulso que los escasos conocimientos de aquel tiempo en estos ramos permitian. Y aunque las medidas para su fomento solian ser menos acertadas que patrióticas, publicábanse ya escritos luminosos, y al través de los errores de la ciencia y de los obstáculos de las preocu-

paciones, vislumbrábase ya el sistema de las franquicias, y se levantaban muchas fábricas. El francés Orri hubiera necesitado más tiempo del que le permitieron las intrigas palaciegas para desenmarañar el caos de la hacienda: el creador de los intendentes no pudo hacer sino incoar algunas reformas, y no dejó de corresponder á la fama que traia de entendido rentista. Riperdá, á vueltas de sus jactanciosas utopías, suministró ideas económicas que fueron útiles despues. Era un loco que no carecia de conocimientos. El honrado español Campillo dió un golpe oportuno para libertar al pueblo de la plaga de los arrendadores asentistas de que Orri habia querido emanciparle ya. Trabajábase en regularizar la administracion, pero faltó energía para alterar el funesto sistema de impuestos. Las guerras consumieron inmensos capitales, y la nacion se encontró con una deuda de cerca de cincuenta millones de duros.

Educado Felipe V. en los principios de la escuela política de Luis XIV., poco podia esperarse en favor de las antiguas instituciones populares de Castilla.

Las rebeliones de Valencia, Aragon y Cataluña sirviéronle para acabar de estinguir las de aquel antiguo reino. El pueblo castellano, avezado como estaba por espacio de largas dominaciones á la ilimitada autoridad de los príncipes, no se inquietaba por la idea de recobrar la libertad civil, y solo vivian sus recuerdos en ilustradas individualidades. El Santo Oficio continuaba fulminando sus sangrientos fallos con

toda la actividad de los tiempos de su juventud. Algo no obstante se habia adelantado. Felipe V. no honraba con su real presencia los autos de fé, ni los tomaba por recreo como Cárlos II.

Un hombre hubo ya en este tiempo, de vasta capacidad, de asombrosa erudicion, de sólida virtud y de incontrastable fortaleza de ánimo, que quiso libertar la autoridad real del vasallage de la Inquisicion, volver al trono y á la potestad civil las atribuciones que el tribunal de la Fé les tenia usurpadas, emancipar la corona de la dependencia de la tiara pontificia en los negocios temporales, y devolver sus antiguas libertades á la iglesia española. Hubiera tal vez aquel hombre insigne recabado de Felipe V. tan grandes reformas, si con la venida á España de Isabel de Farnesio y la caida de la princesa de los Ursinos no se hubiera encumbrado en derredor del trono el partido italiano. Tomóle éste por blanco de sus iras, y cúpole á Macanáz la suerte que por lo comun está reservada al apostolado de las ideas, el martirio de la persecucion. Amábale el rey, pero supeditado por inquisidores y jesuitas le desterraba del reino: seguia queriéndole en el estrangero, y le mantenia proscripto; le nombraba representante en el congreso de Cambray, y no se atrevia á abrirle las puertas de la patria. Entretanto encomendados á otras manos los asuntos de Roma, negociábase la púrpura cardenalicia, y se admitia al nuncio á trueque de conseguir el capelo, y

le prometia el capelo á condicion de que se admitiera al nuncio: contrato en tres partes en que la doctrina canónica no hallaba ocasion de intervenir. Así se hizo el ajuste de 1717 y á parecido precio se obtuvo el concordato de 1737, si bien en este comenzaron ya á triunfar las ideas de Macanáz: hasta que en el de 1753 sancionó ya la Santa Sede el patronato universal de la corona de Españ.

En el autor del *Memorial de los cincuenta y cinco párrafos*, y de los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, vemos el representante del primer albor con que se anunciaba la regeneracion política de España. El entendimiento de Macanáz marchaba delante de su siglo. Muchas de sus máximas religiosas y políticas habian de ser puestas en ejecucion por los sábios ministros del gran Cárlos III., y algunas eran tan avanzadas que muchos pueblos de los que más progreso han alcanzado en la carrera de la civilizacion aun no han podido verlas planteadas en el siglo XIX. En las desapasionadas páginas de nuestra obra hallará por lo menos la justicia que le fué denegada en su tiempo: diminuta compensacion que por nuestra parte podemos dar al magistrado incorruptible, al sabio publicista, al hombre de la expatriacion y de los calabozos.

Suelen no caminar al mismo paso el desarrollo de la ciencia política y el de otros ramos de los conocimientos humanos. Felipe II. que dejaba cantar á los

poetas tan libremente como quisieran, no permitia la circulacion de una sola idea que tendiese á menoscabar la plenitud de la potestad real. Luis XIV. empuñaba con una mano el cetro del absolutismo, y con otra erigia academias científicas de que plagaba el suelo de la Francia: con una levantaba el catafalco de las libertades francesas, y con otra encendia mil lumbreras de gloria. Así mientras su nieto en España permitia á un inquisidor que prohibiera los escritos políticos de Macanáz, creaba por otra parte bibliotecas, academias y universidades á ejemplo de su abuelo. Nacieron entonces la de la Lengua y la de la Historia, la Biblioteca Real, el Seminario de Nobles y el Colegio de San Telmo. La revolucion literaria iba preparando sin que él mismo lo sintiese la revolucion política. Feijóo abrió una herida mortal á las preocupaciones populares, citándolas ante el tribunal del espíritu analítico, de la razon y de la filosofía. A pesar de la cautela con que se vedó á sí mismo el exámen de las materias políticas y religiosas, todavía fué delatado al Santo Oficio. Pero el sábio benedictino tuvo la suerte de alcanzar el reinado de Fernando VI. cuyos ministros le pusieron á cubierto de toda persecucion. El proceso del P. Froilan Diaz habia marcado la transicion del reinado de Cárlos II. al de Felipe V.: el proceso del P. Feijóo divide y marca perfectamente el tránsito del reinado de Felipe V. al de Fernando VI.

Por primera vez despues de tantos siglos de eter-

nas luchas subió al trono español un príncipe, que mirando las guerras como el más cruel azote de la humanidad proclamó el sistema de paz á toda costa. La de Aquisgran vino en 1749 á colmar los deseos del bondadoso Fernando VI. Desde este momento se encastilla en una prudente y estricta neutralidad, y deja que peleen cuanto quieran las demás naciones. Francia é Inglaterra, rivales antipáticas que se acechan para abatirse, rompen de nuevo las hostilidades, y cada cual solicita para sí con ahinco la amistad y el apoyo de España. Fatíganse en vano ministros y embajadores por inclinar el fiel de aquella balanza á un lado ó á otro. Ayuda á Francia el Imperio, pónese la Prusia de parte de Inglaterra, España permanece neutral. Brindan los franceses á Fernando con Menorca, los ingleses le hacen la ofrenda de Gibraltar; tentadores eran los ofrecimientos, pero se estrellan contra la imperturbable impasibilidad del rey, lo mismo que la actividad diplomática. Igual lucha sustentaban dos ilustres miembros del gabinete español, predilecto del rey el uno, preferido de la reina el otro, queriendo el uno inclinarle á la alianza francesa, el otro á la amistad británica. Pero deshaciendo Carvajal la trama que Ensenada urdia, especie de tela penelópica tejida y destejida en el taller de la diplomacia, iba manteniendo Fernando la nave de la neutralidad entre contrarios vientos sin dejarla irse á fondo, y la paz era más honrosa cuanto la nacion se veia por dos estados poderosos

acariciada. Situacion nueva para España, y seria difícil encontrar otra análoga retrocediendo siglos.

Así mientras las vecinas naciones sufrian los estragos horribles de la guerra, aquí á la sombra saludable del árbol de la paz, plantado por un monarca benéfico, prosperaban la industria, el comercio y la agricultura, desarrollábanse las letras y las artes, tomaba nuevo vuelo nuestra marina, y ¡cosa desoida en largos siglos! se encontraban sumas considerables en las arcas del tesoro.

El próspero y pacífico reinado de Fernando VI., acusacion elocuente de los seis reinados tumultuosos que le precedieron, nos ratificaria, si de ello necesitáramos, en que no es la gloria de las conquistas ni los triunfos estruendosos de las armas lo que labra el edificio de la felicidad de los pueblos.

Tras larga y penosa agonía, y cerniéndose en torno al lecho mortuorio del misántropo monarca intrigas sin cuento, fallece el virtuoso Fernando, dejando su esterilidad abierto el camino del trono, su prudencia el camino de la prosperidad, á su hermano Cárlos, el rey de las dos Sicilias, que arreglada la sucesion de aquellos reinos viene á tomar posesion de su nueva herencia. Nápoles llora su despedida y España entona cantos de júbilo á su arribo. Sus gloriosos antecedentes auguran dias de bonanza para su país natal.

XV.

No puede pronunciarse sin un sentimiento de amor respetuoso el nombre de Cárlos III. A él viene asociada la idea de la regeneracion española.

Si el talento de Cárlos no rayó en el más alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razon clara, sano juicio, intencion recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado á los varones más esclarecidos y á las más altas capacidades de su tiempo, y puesto en las más hábiles manos, la administracion y el gobierno de la monarquía.

Inaugura su entrada en España restituyendo fueros y condonando deudas. Reconocióse luego al génio benéfico de Nápoles que venia á fecundar su suelo patrio.

Duélenos por lo tanto verle abandonar en la política exterior desde los primeros tiempos de su reinado

el prudente sistema de neutralidad en que su hermano habia sabido parapetarse. Los afectos de la sangre conducen á Cárlos á ajustar con la Francia el famoso *Pacto de familia*, con que quedó ligada la suerte de España á la del vecino reino. Soberbio y atrevido reto que hizo una sola familia de príncipes á todos los poderes de la tierra en circunstancias las más comprometidas.

La política de Choiseul, el negociador de la Francia, especie de ministro universal de Luis XV., envuelve á Grimaldi, negociador por España, en el *Pacto de familia*, como Mazzarini habia sabido atraer á don Luis de Haro al ajuste de la *Paz de los Pirineos*, los dos tratados que han ligado más las dos ramas de los Borbones. Cárlos IV. y Luis XVI., Fernando VII. y Luis XVIII., nos recordarán á Cárlos III. y Luis XV., como estos hacen remontar nuestra memoria á Felipe IV. y Luis XIV.

Pronto comenzó España á probar las agnas amargas que brotaron de aquella fuente de discordias secretamente abierta en París. La guerra con la Gran Bretaña era consecuencia natural del *Pacto de familia*. Las dos preciosas joyas de nuestras colonias de Oriente y Occidente, Manila y la Habana, caen en poder de los ingleses, y no sin sacrificio se logra recobrarlas dos años despues por la paz de París.

Si pudiéramos establecer una línea divisoria entre el hombre y el monarca, aplaudiriamos los sentimien-

tos que dictaron aquel concierto de familia como negocio del corazon. Pero en las potestades que rigen los pueblos, antes son los deberes de la soberanía que los afectos de deudo: y aquellos mismos sentimientos que merecian una bella página en la biografía de un príncipe pueden formar una de las hojas más tristes de su historia política. Creemos no obstante que hubo de parte de Cárlos III. algo más que los vínculos de cognacion. No tenia olvidado este monarca que la Inglaterra habia sido la que años antes, siendo rey de Nápoles, le impuso con aire de ruda y despótica amenaza aquella neutralidad mortificante que le forzó á reprimir los naturales afectos de la fraternidad prohibiéndole acudir en ayuda de su hermano Felipe. Veia Cárlos además con amargura y enojo ondear el pabellon británico en territorio español, y Gibraltar y Menorca en poder de los ingleses eran dos espinas que le punzaban como español y como rey. Concedamos, pues, algo al justo resentimiento, algo tambien al honor nacional lastimado, y el Pacto de familia aparecerá, sin eximirle de lo impolítico, un tanto excusable al menos, y no por un solo motivo dictado.

Insurrecciónanse las colonias inglesas de América contra la metrópoli, y Cárlos, como vengador de agravios recibidos de Inglaterra y como cumplidor del Pacto de familia, fomenta en union con Francia una insurreccion que si al pronto enflaquecia á su rival habia de ser con el tiempo funesta á España. La eman-

cipacion de los anglo-americanos, tan útil á la especie humana en general, no podia serlo á la nacion que tenia en aquella parte del mundo inmensas posesiones que perder. Hubo un español que vaticinó con maravillosa exactitud todo lo que despues habia de sobrevenir, y lo que es más, lo expuso á su monarca con desembarazo y lealtad. «Llegará un dia, decia el in-«signe conde de Aranda en su Memoria, en que esta «república federal que ha nacido pigmea crezca y se «torne gigante, y aun coloso terrible en aquellas re-«giones. Entonces olvidará los beneficios que ha reci-«bido de las dos potencias, y solo pensará en su en-«grandecimiento..... El primer paso de esta potencia, «cuando haya logrado engrandecerse, será apoderarse «de las Floridas á fin de dominar el golfo de Méjico... «Estos temores son muy fundados, señor, y deben «realizarse dentro de breves años, si no presenciamos «antes otras conmociones más funestas en nuestras «Américas....» Proponíale seguidamente un plan de emancipacion, con condiciones igualmente ventajosas á la metrópoli y á las colonias.

Por desgracia el monarca, casi siempre deferente á los consejos de los hombres ilustrados, no escuchó esta vez el patriótico pensamiento del antiguo presidente de Castilla, y los resultados justificaron por desdicha la sagáz prevision del embajador. El mismo Cárlos III. alcanzó algunos chispazos del fuego de la independencia que habia comenzado á prender en

nuestras colonias. Cuarenta años despues lloraba España la pérdida de sus ricas Indias. Hoy nos parece un acontecimiento feliz cada vez que los representantes de alguno de aquellos nuevos estados, antes posesiones nuestras, vienen á convidársenos por amigos. Tal vez alguna de aquellas recientes repúblicas, no muy afortunadas en la obra laboriosa de su organizacion, amenazadas por el gigante del Nuevo Mundo, tal vez la España misma tambien, haya vuelto en alguna ocasion sus ojos hácia algo semejante al pensamiento salvador del gran conde de Aranda. Pero los tiempos pasan y no tornan.

Las guerras sostenidas con la Gran Bretaña en los mares de ambos mundos, proporcionaron á España hacer alarde de una fuerza naval imponente que le daba consideracion en América y Europa. Triunfos gloriosos alcanzaron nuestras escuadras, señaladamente en las Indias Occidentales. Aun en el antiguo continente, donde fueron menos afortunadas, hicieron muchas veces vacilar el poder marítimo de la que blasonaba de ser la soberana y la señora absoluta de los mares. Pero sufrimos tambien lamentables reveses. El desastre del cabo de San Vicente fué un golpe mortal para la marina española. El pabellon nacional fué sin embargo digna y maravillosamente sostenido, y los ingleses hicieron justicia al heroismo de nuestros soldados. Todavía el contratiempo del cabo de San Vicente fué vengado en lo alto de las Azores, y Cádiz

vió entrar en triunfo una de las mas ricas presas de que hacen mencion las historias.

Una expedicion feliz devuelve á la corona de España la isla de Menorca, desmembrada de ella por espacio de setenta y cuatro años. No hubo igual suerte con Gibraltar, cuya recuperacion era el afan del pundonoroso monarca, el objeto á que consagraba esfuerzos, sacrificios y gastos sin cuento, el bello ideal de sus esperanzas y de sus ilusiones. «Gibraltar es un objeto, decia Floridablanca, por el cual el rey mi amo romperia el Pacto de familia, ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia.» Pero á su vez decia lord Stormont, «que si España le ponia ante los ojos el mapa de sus estados para que buscase un equivalente á Gibraltar, fijando tres semanas para la decision, no podria en tan largo plazo hallar entre todas las posesiones del rey de España nada que bastase á compensar la cesion de aquella plaza.» Así los manejos diplomáticos fueron tan inútiles como los bloqueos, y las diestras maniobras navales de Crillon tan ineficaces como las famosas baterías flotantes con que Mr. D'Arson entretuvo las esperanzas de los españoles y la curiosidad de Europa. Los ingleses defendieron su presa contra los disparos de los cañones con la misma tenacidad que contra las proposiciones y tratos de los gabinetes, y Cárlos III. hubo de resignarse á firmar la paz de 1783 con el desconsuelo de dejar en poder de la Gran Bretaña aquella fortaleza formidable. Sincera-

mente desearíamos no ver en esa enorme y disputada roca sino un castillo inglés enclavado en suelo español, y que no nos inspirára ideas y recuerdos de la fé británica.

La política esterior de Cárlos y de su primer ministro lleva en los últimos años un sello de circunspeccion, de firmeza y de aplomo que sorprenden y admiran á Europa. Valióle esto una de las honras más distinguidas que pueden caber á un soberano, la de haber sido elegido por las naciones para árbitro mediador en los graves contiendas que las traian desasosegadas y envuetas en funestas lides.

El ánimo fatigado con la perspectiva de tantos cuadros sombríos como hemos tenido que bosquejar hasta ahora, siente un gustoso descanso al volver la vista al que presenta el gobierno interior de este gran príncipe. Vése á la España cobrar una animada existencia después de un largo marasmo, y entrar en el movimiento progresivo de la humanidad que parecia paralizado en ella. Se ve á los entendimientos ir sacudiendo las trabas de su esclavitud, y las doctrinas humanitarias erigirse en principio de gobierno. Era la preparacion más conveniente para los cambios políticos y sociales que hubieran de sobrevenir. Era el anuncio de una época de regeneracion, ó más bien el principio de ella, iniciado con prudente mesura, como si el espíritu reformador que se desarrollaba se propusiera realizar su obra sin las violentas conmo-



ciones que habian señalado este tránsito en Inglaterra, y sin los terribles sacudimientos que amenazaban ya á Francia.

No se proclamó la libre emision del pensamiento, pero se le libertó del poder censorio de la córte de Roma y de la Inquisicion, que se le habian exclusivamente arrogado. Prohibióse la censura de las obras sin escuchar préviamente al autor y oir la interpretacion que daba á sus palabras. Los breves de Roma en que se condenára algun libro no eran admitidos ya sin el consentimiento de la potestad civil. Estableciéronse garantías contra las arbitrariedades de la Inquisicion, y muchas disposiciones emanadas de la autoridad real anunciaban á aquel tribunal terrible que no tardaría en caducar su omnipotente imperio. Hubiera caido derrumbado aquel baluarte del fanatismo al cumplirse los tres siglos de su existencia, si el prudente Cárlos no hubiera creido más conveniente y más político irle demoliendo por grados que desplomarle con súbita y estrepitosa explosion. Cuando el ministro Roda le aconsejaba la supresion del Santo Oficio, «no me atrevo, le contestó el juicioso monarca, á arrostrar la resistencia de una parte del clero y del pueblo, que todavía no está bastante ilustrada para consentir en esta supresion.» Palabras que descubren la posicion respectiva del monarca y del pueblo; y que revelan que no era Cárlos III. un ejecutor obsecuente de los dictámenes de sus ministros, sino que

tomaba resoluciones y tenia ideas propias. Contentóse con allanar obstáculos y dejar al tiempo y á circunstancias más favorables la total destruccion del sangriento tribunal. No hizo poco en hacerle perder su ferocidad primitiva, en cercenar su poder y poner coto á sus vejaciones. Escasísimos fueron ya los autos de fé, y sin el antiguo formidable aparato: cesaron de encenderse las hogueras, y la humanidad le quedó agradecida.

Las doctrinas sobre las regalías de la corona en la gran cuestion sobre los límites de las dos potestades, el sacerdocio y el imperio, defendidas en el reinado de Felipe IV. por los ilustrados Chumacero y Pimentel, difundidas en el de Felipe V. por Macanáz, el grande apóstol de los *regalistas*, ya más desarrolladas en el de Fernando VI., se desenvuelven completamente y fructifican en el de Cárlos III. La córte romana ceja en sus antiguas pretensiones ante la enérgica actitud del monarca español y de sus hombres de estado, y la autoridad real recobra el ensanche, y la potestad civil recupera gran parte del terreno que habia venido perdiendo desde la edad media. El proceso contra el obispo de Cuenca acreditó que el soberano en este punto no toleraba oposicion.

Habia estado apegado el jesuitismo al confesonario y á la cámara regia, representado en tiempo de Fernando VI. por el P. Rábago, celoso procurador del engrandecimiento de su órden en ambos mundos. Pe-

ro la existencia de una milicia papal era casi incompatible con el reinado de los regalistas; y creemos que sin la carta del P. Ricci, y aunque en el motin contra Esquilache no se hubiera gritado: ¡vivan los jesuitas! los jesuitas hubieran sido del mismo modo expulsados, como lo habian sido ya en Portugal y en Francia. Lo que hizo el motin fué aglomerar causas y acelerar el golpe. La expulsion se ejecutó de un modo análogo á las máximas jesuíticas, con misterioso sigilo como obraban ellos. Los defensores del poder absoluto de la tiara cayeron á impulsos de un rasgo de poder absoluto de la corona. Fué pues la expulsion de los jesuitas un gran golpe de Estado. No tuvieron mejor suerte los hijos de Loyola en Nápoles y Parma. Todos los Borbones se pusieron de acuerdo para la abolicion de la órden, y no descansó Cárlos III. hasta conseguir la bula de extincion, que otorgó Clemente XIV. No olvidemos que Cárlos III. era un monarca profundamente religioso.

La desamortizacion eclesiástica y civil, ese gran principio que en la cartilla económica moderna goza los honores de axioma, tuvo muchos propagadores, pero no encontró ejecutores todavía. El Consejo de Castilla quiso aun conservar la mano muerta, pero era una mano que quedaba herida y manca. Desde que apareció el tratado de *Regalía de Amortizacion* de Campomanes, y desde las peticiones fiscales de los Consejos de Castilla y Hacienda, que tanto esforzó

después en sus luminosos escritros el ilustrado autor del *Informe sobre la Ley Agraria*, el clero y los mayorazguistas pudieron comprender que si la cuestion no se habia resuelto en la práctica quedaba resuelta en los entendimientos, como pudieron comprender las clases privilegiadas la brecha que se les abria con la introduccion del elemento popular en las municipalidades, representado por los diputados y personeros del comun en contraposicion á las regidurías perpétuas, y con el golpe dado al monopolio de la enseñanza, de la magistratura y de las dignidades eclesiásticas, con la reforma de los colegios mayores. Los hombres de Cárlos III., entregando al espíritu de exámen materias y cuestiones de interés público que se habian mirado como intangibles, ó al menos como invulnerables, hicieron una revolucion en las ideas, y dejaron por lo menos indicadas las reformas que no pudieron realizar, alumbrando á los gobiernos futuros y enseñándoles el camino que habian de seguir.

Bastaria la feliz creacion de las *Sociedades económicas de Amigos del país* para hacer la apología de un reinado. Aquellas asambleas nos parecerian un fenómeno en un gobierno absoluto, si en pos de ellas no vinieran las *Escuelas patrióticas gratuitas* á advertirnos que aquel gobierno absoluto era al propio tiempo un gobierno paternal. Clero, grandeza, propiedad, comercio, capacidad, todo se apresuró á concurrir al sostenimiento y brillo de aquellas asociaciones huma-

nitarias, pacíficas, inofensivas, laboratorios continuos de mejoras saludables y de adelantos provechosos para la agricultura, la industria, el comercio y las artes, para la educacion pública, para el establecimiento y organizacion de asilos de beneficencia, y donde se esclarecian hasta cuestiones científicas y puntos importantes de derecho público. Hasta las damas, que jamás se habian reunido sino en los claustros ó en las cofradías, fueron llamadas á formar parte de estas benéficas corporaciones. Allí eran enseñadas por distinguidas maestras las delicadas labores de la aguja, al propio tiempo que hombres laboriosos y entendidos daban lecciones sobre los rudos trabajos del arado, y mientras las unas enseñaban á bordar, los otros enseñaban á roturar terrenos. La real órden comunicada por Floridablanca para la admision de señoras en la Sociedad de Madrid es de un género tiernamente sublime.

No alcanzaron todos los esfuerzos de los hombres de Cárlos III., aunque lo intentaron con ahinco, á reformar la enseñanza universitaria. Apegadas las universidades al rancio escolasticismo y á las sutilezas de la filosofía peripatética y de una metafísica ininteligible, regidas por frailes, que constituian la mayoría de los claustros de doctores, resistieron tenazmente las reformas que se trataban de introducir. El informe de la de Salamanca, la primera en categoría y en crédito, escandalizó al fiscal del Consejo de Castilla. ¿Qué

podia esperarse cuando ejercia en ella una especie de dictadura el P. Rivera, que llamaba enciclopedistas á Heineccio y á Muratori? Y sin embargo, infatigable el monarca en procurar el fomento y propagacion de las luces como los intereses materiales, halló medios de lograrlo promoviendo fuera del recinto de las universidades el estudio de las ciencias naturales y exactas: y el creador del Banco de San Cárlos creó tambien los colegios de Artillería y de Marina; el colonizador de Sierra-Morena estableció el Jardin Botánico y el gabinete de Historia Natural; y el fundador de la Compañía de Filipinas fundó escuelas especiales de física y de matemáticas hasta en las colonias de América, donde se formaron aquellos hombres insignes que despues admiró el sábio Humboldt.

Era llegado el caso de que Francia nos devolviera tambien el fulgor literario que España en otros tiempos le habia prestado, y regresó á su turno con el nuevo brillo que habia debido comunicarle otra civilizacion más avanzada. La intimidad con el vecino reino que bajo el aspecto político habia hecho tan funesta el Pacto de la familia fué de gran provecho bajo el punto de vista literario. Resucitaba el siglo XVI. sin la tétrica fisonomía que le imprimió el génio sombrío de Felipe II., y humanizado y ataviado con las conquistas de la razon.

Ciencias, administracion, legislacion, educacion pública, todo recibe mejoras importantes. Las inves-

tigaciones históricas á que se habian dedicado ya con fruto en el reinado de Fernando VI. los PP. Burriel y Sarmiento, el infatigable Florez, y los eruditos Mayans y Bayer, continúan siendo objeto de los desvelos de los Mohedano, de los Lampillas, de los Capmani, de los Masdeu, de los Risco y los Casiri, y de otros esclarecidos talentos en el reinado del tercer Borbon. Y si en muchas de sus obras no resplandece gran luz filosófica ni refleja el más esquisito juicio crítico, menester es no olvidar que aquellos ilustres sábios escribian á la vista de la recelosa y asustadiza Inquisicion, que aunque amansada ya, todavía condenaba á Olavide, y acusaba de hereges á los que habian aconsejado la expulsion de los jesuitas. La poesía y la elocuencia subyugadas de largo tiempo á la tiranía de una insulsa hinchazon y de un depravado culteranismo, cuando no se abandonaban á una vulgaridad rastrera, resucitaban con las galas de una decorosa libertad y de una sencillez elegante. Moratin reformaba el teatro español, y Melendez restauraba la poesía castellana, mientras los sábios prelados Climent y Tavira restituian á la oratoria del púlpito la conveniente dignidad.

Siguiendo las artes el movimiento de las letras, la Europa entera admiraba el fecundo pincel de Mengs, el restaurador de la moderna pintura, y el pintor filósofo que decia el erudito Azara. Maella honraba á su digno maestro, y Goya se hacia célebre por aque-

lla graciosa originalidad que no ha podido ser imitada despues. El buril de Selma embellecia la magnífica edicion del Quijote de Ibarra, honra del arte tipográfico. Y de los adelantos de la arquitectura y escultura certifican los magníficos y elegantes monumentos que en prodigioso número por todo el ámbito de la península á nuestra vista se ofrecen, y que si el gusto y estilo no los revelára bastante como obras de aquel feliz reinado, avisáraselo al menos entendido el *Carolo III., regnante*, que en casi todos se lee.

Hubiera sido Cárlos III. el Luis XIV. de España, si los dias de su reinado hubieran sido tan largos como los del monarca francés; pero faltóle tiempo para hacer tanto como al soberano de la Francia le permitió su longevidad prodigiosa. En cambio fué mucho menos déspota. Luis XIV. erigió el absolutismo: Cárlos III. le encontró establecido y le humanizó. Semejósele mucho como rey, y le aventajó en virtudes como hombre. Cárlos III. no introdujo en la córte el fausto oriental como Luis XIV. ni menos permitió los desórdenes y escándalos de Luis XV. No se vieron aquí ni las Lavalliere ni las Maintenon del primero, ni las Pompadour y las Dubarry del segundo. Isabel la Católica y Cárlos III. hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes de la tierra. Pero los separaron tres siglos, para que los tiempos se repartieran la benéfica influencia de sus génios. Aquella dejó establecida una institucion que creyó necesaria para la

unidad religiosa: éste halló la unidad religiosa asegurada, y quebrantó un poder que dañaba á la tolerancia y al desarrollo de las luces, que era ya la necesidad de las naciones católicas modernas. Así vá marchando la sociedad humana hácia su perfeccion.

Muéstranse como apenados algunos políticos impacientes, porque en medio de la revolucion de ideas y del espíritu reformador que se desenvolvió en el reinado que nos ocupa, no hubieran ni el monarca ni sus ilustrados ministros tentado restablecer las antiguas libertades españolas bajo una forma acomodada á las necesidades y adelantos de la moderna civilizacion. Mas tal vez en nada mostraron tanta cordura aquellos hombres de estado como en no haber anticipado esta novedad. No era culpa suya que el pueblo avezado de largos siglos al despotismo y á la Inquisicion, hubiera ido perdiendo el amor á la libertad civil. ¿Podemos estar ciertos de que no hubiera sido arriesgado otorgar instituciones políticas á quien ni mostraba desearlas, ni las hubiera recibido con gusto, ni menos con agradecimiento? ¿No se podrá decir del monarca y de los reformadores de su época aquello de: *sui eos non cognoverunt*? No olvidemos tampoco que no eran ni la religiosidad ni el respeto al principio monárquico los síntomas con que se anunciaba la revolucion francesa, y que la religion y el trono eran los dos dogmas venerados, los dos ídolos de los españoles. Bastaron las reformas que ejecutaron

y las que intentaron para que el clero y las clases privilegiadas, muy poderosas en España y muy influyentes todavía, tildaran y acusaran á los consejeros de Cárlos de enciclopedistas y afectos á la filosofía francesa del siglo XVIII. que amenazaba invadir y trastornar el mundo. Y á fé que de no serlo procuraron dar pruebas en los últimos años de aquel monarca, cuando asustados por el estruendo de la tempestad política que rugia ya en el vecino reino, cejaron ante los peligros de la crísis, que el clero y la Inquisicion no se descuidaban tampoco en encarecer y abultar. El mismo Floridablanca se convirtió en desconfiado, y retiró la mano franca y liberal con que hasta entonces alentara al espíritu de reforma; hizo más, intentó reprimirle.

No sabemos sin embargo cómo se hubiera desenvuelto Cárlos III. de los compromisos en que habria tenido que verse si le hubiera alcanzado la explosion que muy luego estalló del otro lado del Pirineo. Fortuna fué para aquel monarca, y fatalidad para España, el haber muerto en vísperas de aquel grande incendio.

Sucedióle su hijo Cárlos IV. á fines de 1788.

XVI.

El año siguiente al advenimiento de Cárlos IV. al trono español estalla en Francia el volcan revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda la Europa é hizo estremecer todos los sólios. La rapidez de los primeros pasos de la revolucion anunciaba que en breve se iban á ensayar todas las formas, á recorrerse toda la escala de las trasformaciones sociales. Y así fué.

Jamás en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo camino. La impaciencia de marchar exigia á cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecia que los tiempos se compendiaban á la voz de los hombres. Hallóse medio de acortar la distancia de tiempos antes que la distancia de lugar, y la revolucion francesa precedió á la invencion del vapor. La Europa armada gritaba *¡atrás!* y la Francia, armada tambien, contestaba *¡adelante!* Las ideas sin embargo avanzaban más dentro de la Francia que los ejércitos fuera. Estados generales, asamblea cons-



tituyente, asamblea legislativa, convencion, república, directorio, consulado, imperió..... monarquía, democracia, despotismo militar..... A los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba á un déspota: habíase hecho perecer en un cadalso á un rey virtuoso y débil, y se aclamaba á un tirano heróico. Cuando Napoleon establecia repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al revés. Del suplicio del rey á la proclamacion del emperador mediaron once años. Al cabo de otros once años la Francia vuelve á gritar ¡viva el rey! El nuevo rey era otro Borbon. Gran retroceso. Pero el movimiento galvánico no ha cesado. Pasan otros quince años, y las ideas que habian retrocedido vuelven á avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama á un Orleans rey constitucional. Antes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va á acompañar en la proscripcion á la vieja monarquía y al imperio. La Francia es otra vez republicana. ¿Volverá otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada á girar perpétuamente en derredor de un círculo?

Gira, sí; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algun principio provechoso que queda

siempre. Así con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace va modificando su existencia. Costosas son las trasformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditáran los estragos que acompañan á las grandes revoluciones, retrocederian espantados. Mas por una disposicion providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frio razonamiento y predispone á recibir con gusto el martirio: tambien el furor de la venganza perturba la razon: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otras fué la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos mónstruos. La leccion fué dura. ¿Supieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolucion á mediados de este siglo para enseñarles más. ¿Han aprendido los hombres de ahora mas que los de entonces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos.

La revolucion de 1789 fué agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto á la independencia de los pueblos. Entonces la Europa opuso muros de acero á las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la nacion iniciadora. En la revolucion del siglo pasado eran llevados los hombres á carretadas á la guillotina; la cuchilla era el primer poder del Estado: en la del presente siglo se aclamó el principio de la abolicion de la pena de muerte por delitos

políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que menos lo merecia: en 1848 hubo muchas revoluciones y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla, ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico, y divinizó la razon humana: se quitó á Dics de los altares y se dió incienso á una prostituta: en la Francia del presente siglo los más estremados reformadores se han visto precisados á invocar el cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entonces un soldado arrancó violentamente de su silla al gefe visible de la Iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquel hombre se llamaba Napoleon; ahora otro Napoleon, deudo de aquel, y como él gefe de la Francia, envió las legiones republicanas á reponer en su silla á otro pontífice. Pio tambien como el abofeteado en Fontainebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparacion religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le habia impuesto una expiacion, y al cual ella obedecia de mal humor sin saberlo. Tambien Alarico iba de mala gana á Roma y

obedecia á la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entonces el fin; La Providescia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y en esta revolucion. Lamentamos unos y otros. ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado solo de la discusion pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aun tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfeccion. ¿Por qué entretanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas? Lo sentimos, pero no nos atrevemos ni á acusar á la Providencia ni á responder á Dios. Solo sabemos que es así, porque nos lo enseña la historia de todos los siglos. Consuélanos en parte observar que la humanidad no deja de ir progresando siempre, aunque á veces parece retroceder.

Insensiblemente hemos ido abarcando en estas reflexiones sucesos que no son todavía de nuestro dominio histórico. Séanos dispensado, siquiera por si nos faltase despues tiempo y ocasion de hacerlas. Reanudemos el hilo de nuestro bosquejo historial.

Cuando estalló la revolucion de 1789, alarmáronse todas las potencias europeas, y se formaron aquellas coaliciones y comenzaron aquellas guerras que tantos triunfos proporcionaron á las armas de Francia, y tantos progresos dieron al movimiento revoluciona-

rio. Por que los hombres de la revolucion, exigentes y descontentadizos de suyo, exacerbados con la oposicion de dentro y con la resistencia de fuera, pasaban del entusiasmo al delirio, y del vigor y la energía al arrebato y al frenesí, y no habia ni concesiones que los contentáran ni fuerza que los contuviera. España se hallaba en una posicion escepcional. Era Cárlos IV. pariente de Luis XVI., vivia el Pacto de familia, y no estaba entonces el pueblo español ni en sazon ni en deseo de adoptar los principios que se proclamaban en el vecino reino. El mismo Floridablanca, ministro que Cárlos III. habia dejado como en herencia á su hijo, temia que invadieran la Península las máximas que del otro lado del Pirineo se ostentaban triunfantes. Y sin embargo, todo lo que el monarca y el gobierno español se atrevieron á hacer en favor del atribulado Luis XVI., fueron ardientes votos, tímidas reclamaciones y gestiones ineficaces, alguna de las cuales les valió una repulsa bochornosa de parte de la Convencion.

Solo despues del suplicio de aquel infortunado monarca se resolvió el gabinete de Madrid á declarar la guerra á la república, contra el dictámen del viejo y esperimentado conde de Aranda, á quien costó ceder el puesto ministerial á un jóven que habia opinado por la guerra. Este jóven, que pasó del cuartel de Guardias de Corps, casi con botas y espuelas, al primer ministerio de España en una de las más difíciles

situaciones en que pudiera verse nacion alguna, obtenia ya un favor ilimitado del rey y de la reina. Opinó don Manuel de Godoy por la guerra, y la guerra se hizo. Alegróse la Europa, porque se añadia un guarismo más al número de las potencias enemigas de la Francia. España dió el primer paso en la carrera azarosa de los compromisos.

Felices al principio nuestras armas, les vuelve su espalda la fortuna en Tolon, donde por primera vez se da á conocer el genio de aquel Bonaparte que muy poco despues habia de asombrar al mundo. Los ejércitos republicanos nos toman nuestras plazas fronterizas, y amenazan abrirse camino hasta Madrid. Asustado Godoy de su obra, ajusta la paz de Basiléa, que nos costó la cesion de la parte española de Santo Domingo. El provocador de la guerra es condecorado con el título de *Príncipe de la Paz*. Sigue el famoso tratado de San Ildefonso. Alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía española y la república francesa. Guerra con la Gran Bretaña que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el fatal Cabo de San Vicente, y la cesion de la Trinidad en la paz de Amiens. La guerra y la paz con Francia, y la guerra y la paz con Inglaterra, nos iban saliendo igualmente caras.

La paz de Amiens fué un pasagero respiro. Encendida de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra, España sigue atándose al carro de la república, y otro

tratado de San Ildefonso nos empeña en otra nueva carrera de desastres y de compromisos. Francia aliada, nos costaba un subsidio de seis millones mensuales: Inglaterra enemiga, destrozaba la marina española, que más por culpa de Francia que de España, dió su postrer aliento en el desventurado combate de Trafalgar, sin que le valiera ni la inteligencia ni el heróico comportamiento de nuestros marinos. Perdimos quince navíos de línea; y como quien busca un consuelo, recordamos siempre que allí pereció el famoso almirante inglés Nelson. Pero la Francia no por eso renunció á seguir cobrando los millones estipulados. Era una acreedora sin entrañas. La catástrofe de 1805 fué una consecuencia del primer error de 1793.

En este tiempo la situacion de la Francia habia cambiado. Aquella nacion que no habia podido soportar el cetro de un monarca se sometió á la espada de un soldado. La libertad la habia anegado en sangre, y buscó un hombre que atajara la sangre, aunque ahogara la libertad. Desde el 18 brumario no se vió brillar en el horizonte de la república sino el fulgor de las bayonetas. Enmudeció la tribuna y solo se escuchó ya la voz del guerrero, á cuya voz se formó un cuerpo de treinta millones de hombres, que obedecian á un redoble de tambores. Aunque nombrado solamente Bonaparte primer cónsul, nadie dejaba de entrever por debajo del manto consular la corona

imperial con que habia de ceñir sus sienes. Contenta la Francia con ver al cónsul obrar como emperador, no tardó en darle el título y la investidura. De otro modo se la hubiera dado él mismo y la Francia hubiera callado. Napoleon emperador, sin dejar de ser general, se pone al frente de los ejércitos franceses, la Francia militar le sigue entusiasmada, y marchando de victoria en victoria, derrota ejércitos, deshace coaliciones, humilla monarcas, derriba solios, crea nuevos reinos, como antes habia creado repúblicas, y distribuye los tronos que su omnipotente voluntad va declarando vacantes. En el de Nápoles, donde se sentaba un Borbon, coloca á su hermano José. ¿Pensará en darle un ascenso? ¿Respetará el trono español este repartidor de coronas?

España no obstante continúa aliada del imperio, como lo fué de la convencion, del directorio y del consulado. Pero el príncipe de la Paz, á cuyas manos se hallaban confiados los destinos de nuestra patria, recela del emperador, medita cooperar á la destruccion del coloso aliándose con las potencias que guerreaban ya contra él, y publica una proclama apellidando á las armas á los españoles, sin nombrar en ella ningun enemigo. En hora fatal apareció el documento. Napoleon triunfaba en Jena de la cuarta coalicion, y Berlin le abria sus puertas. Napoleon y el príncipe de la Paz conocen á un tiempo la imprudencia de la declaracion. Godoy procura enmendar el

yerro felicitando á Bonaparte por sus triunfos: Bonaparte se sonríe, decreta en su ánimo la ocupacion de España, y sigue fingiéndose aliado. Y para fingirlo mejor, pide un auxilio de tropas españolas. ¿Quién se atrevia á negárselas? Una escogida division española fué trasportada á Dinamarca á las órdenes del emperador.

Triunfan las águilas francesas de las águilas rusas en Friedland, y se firma la famosa paz de Tilsit. Es el punto culminante de la fortuna de Napoleon. Ya queda desembarazado en el Norte para atender al Mediodía. A Inglaterra piensa destruirla con el bloqueo continental, monstruosa concepcion, que se tuviera por delirio pueril, sino hubiera sido el pensamiento de un grande hombre, con el cual, sin embargo, acabó de aturdir la Europa, y puso en conflicto la tierra y los mares. A España, ¿quién podria pensarlo? no se atrevió el vencedor universal á acometerla de frente. Medita la empresa de Portugal, y hace á España tomar parte en ella como aliada del imperio. Ajústase el célebre tratado de Fontainebleau, por el que se partia el Portugal en tres trozos, como tantas veces se ha partido la Polonia, de los cuales uno se adjudicaba á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarves. El Pacto de familia parecia apretado con estrechos nudos, no ya entre dos Borbones, sino entre un Borbon y un Bonaparte. Con gusto lo hacia Cárlos IV. ¿No se destinaba un nuevo

principado para su querido príncipe, y no le daba Napoleon á él mismo el título pomposo de Emperador de las Américas? En su virtud las armas imperiales penetran en Castilla, las de Castilla en Portugal, allí unas y otras. Jamás bajo tan engañosa capa embozó un gran conquistador sus pensamientos. Eran los nuevos cartagineses que se fingian hermanos para salir señores. Por lo menos tuvo España el privilegio que no habia tenido nacion alguna, el de que el gran Napoleon creyera necesario engañarla para sorprenderla.

Cuando Napoleon discurria con Talleyrand cómo apropiarse el trono de los Borbones de España de manera que no diese el mayor de los escándalos á Europa, vienen las lastimosas escenas del Escorial en ayuda de sus designios. En el mismo palacio en que se representó el drama de Felipe II. y el príncipe Cárlos, se reproduce en la ocasion más crítica otro parecido entre Cárlos IV. y el príncipe Fernando; con la diferencia que si hubo ahora más benignidad, hubo tambien menos misterio, y reveláronse á la nacion flaquezas que deploraba, y á Napoleon discordias que servian grandemente á sus desleales proyectos. ¿Es cierto que se habia inspirado á Fernando el pensamiento de representar el papel de San Hermenegildo cerca de su padre? ¿O era solo su objeto y el de sus instigadores derribar al favorito? Lo cierto es que se vió un monarca denunciando á la faz de España y de Europa al príncipe heredero, al padre y á la madre

echando públicamente la ignominia del crímen sobre la frente del hijo, y al hijo implorando humildemente el perdon de sus padres: al soberano de España haciendo el emperador francés confidente de sus amarguras y como pidiéndole alivio y consejo, y al príncipe heredero solicitando de Napoleon á espaldas de su padre la proteccion imperial y la mano de una princesa de su familia, las dos cosas que necesitaba para ser feliz. Tampoco necesitaba más el emperador para acelerar sus planes, aprovechando las debilidades del padre y del hijo.

Hallábanse á principios de 1808 en poder de los franceses y por traicion ocupadas las principales plazas de guerra, y Murat sobre Madrid. Y todavía ¡admirable candidez! el rey, el príncipe, el privado, la córte, el pueblo, todos ignoraban el objeto de aquel formidable aparato de fuerza. Doce millones de hombres fluctuaban entre el temor y la esperanza. No cabia en el corazon de la hidalga nacion española sospechar de un hombre tan grande como Napoleon una grande alevosía. A dos cosas estaba dispuesta; á imputar al valído Godoy los males que sobrevinieran y las miserias que presenciaba; á esperar del príncipe Fernando los remedios que deseaba y las reparaciones que apetecia. Aborrecia á aquel tanto como amaba á éste. Así en el motin de Aranjuez Godoy fué el blanco de las iras del pueblo, Fernando el de sus aclamaciones. Cayó el valido, y abdicó Cárlos IV. por

salvarle; que Cárlos IV. y María Luisa amaban más al amigo que al trono. Fernando es proclamado rey de España.

Dos palabras de ese personage en cuyas manos estuvieron los destinos de la patria durante todo el reinado de Cárlos IV.

Nadie ignoraba el orígen del rápido encumbramiento de Godoy y de su valimiento ilimitado. La reina no habia cuidado de acreditarse de circunspecta. Movia á lástima la bondad del rey.

Cuando Godoy firmó el segundo tratado de San Ildefonso en 1796, titulábase ya en él príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de primera clase. ... caballero de la insigne órden del Toison de oro, gran cruz de Cárlos III. (la que este monarca habia creado para premiar *la virtud y el mérito....*) primer secretario de Estado y del despacho, secretario de la Reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la Real Academia de Nobles Artes.... capitan general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de guardias de Corps... y otros muchos títulos menos importantes que hemos omitido. A poco tiempo se casó con una sobrina del rey. Despues fué generalísimo y gran almirante con tratamiento de Alteza. Faltábale una corona, y no anduvo lejos de ceñírsela, que á tal equivalia la partija que se le adjudicaba en la distribucion

de Portugal. Fué el valimiento más monstruoso de los tiempos modernos, y acaso en duracion no tenga ejemplar en los antiguos. Por lo menos tuvo la singularidad de ser indisoluble el afecto entre los reyes y el privado, de avivarse en la desgracia cuando se veian destronados los unos y perseguido el otro, y de deshacer solo la muerte el vínculo de toda la vida.

Al paso que el favorito acumulaba riquezas inmensas, honores desusados, crecia el ódio del pueblo hácia él, que siempre la odiosidad popular carga más sobre la flaqueza del que acepta y recibe inmerecidos dones que sobre la fragilidad de quien los dispensa y otorga, acaso por la costumbre de considerar al dispensador abroquelado en la inviolabilidad de la ley, y al aceptante escudado solo con el favor, y por consecuencia más vulnerable. Ello es que marchaban á la par el amor de los monarcas y el enojo del pueblo. Era Godoy como una medalla que representaba el bien y el mal, y á la cual los reyes miraban siempre por el anverso, el pueblo por el reverso siempre.

Pero aparte de lo odioso del encumbramiento, de la opulencia y de la privanza, ¿era el príncipe de la Paz el causador de todas las calamidades públicas? ¿Era como hombre de Estado tan de corazon avieso, tan de intencion torcida, de tan profunda ignorancia como le pregonaba entonces el pueblo y le ha dibujado despues la historia? ¿Se ha considerado para ca-

lificar sus transacciones diplomáticas la índole y calidad de los negociadores con quienes las habia? ¿Pudieron el clero, la Inquisicion y las órdenes religiosas, cuya reformacion habia comenzado y amenazaba llevar á más lejano término, contribuir á acrecentar el desabrimiento hácia el privado haciéndole estensivo al ministro? ¿Será cierto que soñó en un cambio de dinastía? Este hombre, á quien la fortuna se mostró locamente risueña por espacio de veinte años para darle despues cuarenta de ostracismo, en quien las plumas de los historiadores se han clavado como dardos que se arrojan á un cuerpo que se asaetea sin pecar, ha hablado á su vez en propia vindicacion. Y aunque para nosotros las oraciones *pro domo sua* no justifiquen ni los desvanecimientos del hombre ni las faltas del gobernante, no dejan sus Memorias de derramar luz sobre muchos de los dramas de aquel tiempo, ó con tupido velo cubiertos, ó solo por un lado hasta ahora presentados. Los juzgaremos en nuestra obra con el desapasionamiento de quien los mira solo por el prisma de la severidad histórica.

Pocos monarcas habrán sido saludados por sus pueblos con mas entusiasmo que lo fué Fernando VII. El dia de su entrada en Madrid despues de la abdicacion de Aranjuez, el regocijo público no tenia límites. Era la embriaguez del gozo. Aquellas lágrimas de júbilo iban á convertirse pronto en lágrimas de sangre.

Comienza una larga cadena de reales miserias y

de traiciones imperiales. Ruboriza leer las cartas de Cárlos, de María Luisa y de la reina de Etruria al gran duque de Berg, intercediendo por el *pobre Príncipe de la Paz*. Lastiman el alma las de Cárlos y Fernando á Napoleon. Son dos litigantes que le buscan humildes por árbitro de su pleito. El árbitro no pronuncia. La España angustiada y congojosa despues de los primeros trasportes de alegría espera que salga una palabra de los labios del emperador para saber á quién piensa dar el derecho de reinar, si al padre ó al hijo. Napoleon en Bayona se asemejaba á esas serpientes que atraen con su hálito á los inocentes pajaritos para devorarlos. Reyes, príncipes, favorito, todos van donde el emperador los llama. Allí los dioses menores de España se prosternan ante el Júpiter del Olimpo europeo. A una palabra suya el hijo devuelve humildemente al padre lo que antes el padre habia cedido con poca voluntad al hijo, y ambos se desprenden del cetro de dos mundos para ponerle á los piés del señor de los reyes. Pero Napoleon es tan generoso que renuncia para sí el trono de España, y en uso de su omnipotencia le trasfiere á su hermano José, el rey de las Dos Sicilias. Le da el ascenso que habia meditado en la carrera de los tronos de su invencion. Abochornan las escenas de Bayona, y cuesta trabajo concebir tanta perfidia en uno, tanta debilidad y tanta degradacion en otros.

Por fortuna el pueblo tuvo más firmeza y más



dignidad que sus príncipes. Y esta nacion, sin reyes, sin hacianda, sin marina, casi sin ejército, pues toda la herencia de Cárlos III. se habia ido disipando, se levanta imponente á proveerse á sí misma, á sacudir la coyunda que elevosamente se intentaba ponerle. Apuróse su paciencia, y resucitó el antiguo genio ibero con sus impetuosos arranques. Dióse el primer grito en Madrid el 2 de mayo, uno de los dias más infaustos y más felices que cuentan los factos españoles. Al ruido de aquel primer sacudimiento despertó el viejo leon de Castilla, de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Península, y á su eco fueron respondiendo una tras otra todas las provincias de la monarquía.

Dios permite á los hombres obcecarse para perderse, cuando traspasan su mision sobre la tierra, y no habia trazado su dedo la geografía del continente europeo para que todas sus regiones obedecieran á un hombre solo.

Vínole bien al pueblo español el ser acometido con felonía, porque solo así pudo revivir con todo su rudo desenfado su independiente altivez. Si la empresa hubiera sido conducida con más cordura por parte de Napoleon, tal vez hubiera sido coronada con otro éxito. Pero fué conveniente recibir un grande ultraje para que fuese terrible el escarmiento, y que el gran político cometiera el mayor de sus yerros al tratar de sojuzgar la España, para que se estrellára en esta

tierra escepcional, de antiguo destinada á gastar la vitalidad de los grandes conquistadores.

Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni más unánime ni más imponente. Si alguna vez ha sido exácta la frase de que una nacion se levanta *como un solo hombre*, lo fué en esta insurreccion gloriosa. Un solo sentimiento movia como agente eléctrico todos los corazones. El movimiento, anárquico al nacer, se regulariza luego. Juntas locales de gobierno; junta central. Es la nacion que se gobierna á sí misma; es el reinado de la nacion. Se improvisan ejércitos; se organizan. Es la nacion que se defiende; es la nacion que se sacude. La lucha está abierta. Inglaterra, esa adversaria antigua de la España, cuya enemistad nos habia sido tan funesta en los mares, se convierte en aliada íntima, y viene á luchar tambien en nuestro suelo, porque le conviene tomar parte en toda pelea que tenga por objeto derrocar al coloso de la Francia. Portugal se alienta, y se levanta tambien. En cambio Napoleon hace trasportar á la Península el grande ejército de Alemania, desguarneciendo aquellos-paises. Vienen gentes de todas regiones. Hasta á los valientes polacos los trae á sellar con su sangre su renombrado ardor bélico bajo el cielo puro de Castilla. Estraño trasiego de naciones. Los ejércitos de las tres cuartas partes de la Europa concurren á combatir á un pueblo pobre, pero heróico.

No se descorazonan los españoles en lid tan des-

igual. De las grandes ciudades, de las aldeas, de las cabañas, de los campos, de las escuelas y de los talleres, sale espontáneamente la juventud á engrosar las filas de los defensores de la patria: y cambiando el arado, el escoplo ó el libro de texto, por la carabina, el fusil ó la espada, corren voluntarios á la pelea, ó individualmente, ó en grupos, ó en cuerpos ya regimentados. Los sacerdotes predicaban la guerra en el púlpito, y empuñaban despues el acero con propia mano; se desnudan de la estola, y embridan el caballo de batalla, y acaudillan cuerpos armados, como en los siglos de la guerra con los musulmanes. Hasta las piedras parecia convertirse en combatientes, como en otro tiempo fingió la fábula.

La Europa atenta supo con admiracion que los triunfadores de Jena habian rendido sus espadas en Bailen, y que las legiones del vencedor habian dejado de ser invencibles en batalla campal. Los sitios de Zaragoza y Gerona anunciaron á los nuevos romanos que se hallaban en la tierra de Sagunto y de Numancia. Los nombres de aquellas dos heróicas poblaciones, tiempos y años andando, han sido invocados como tipos de heroismo en cualquier region del globo en que se ha querido escitar el ardor bélico y el entusiasmo patrio con memorias de alto ejemplo. Mientras tales lecciones daban las tropas regladas y los moradores de las ciudades, plagábanse los campos de *guerrilleros*, de esos soldados sin escuela, modernos

Viriatos, de que tan fecundo dijimos ya en otra parte que ha sido siempre el suelo español: los cuales con rápidas y atrevidas maniobras, ingeniosas revueltas é inesperados ataques, diezmaban pequeños cuerpo enemigos, ó embarazaban el paso á gruesas columnas, ó sorprendian convoyes, y con mil géneros de menudas hostilidades desesperaban á los famosos generales del imperio, que no hallaban medio de librarse de tan importunos acometedores, ni de evitar los descalabros y desperfectos que con tan singular estrategia les ocasionaban. ¡Desgraciado y sin ventura entretanto el francés, que por cualquier incidente se encontrára, en poblado ó en desierco, aislado y separado de su columna! ¡Cuántos sacrificó así el furor popular! El paisanage, que en su ruda lógica no veia en el soldado francés sino al guerrero de la nacion enemiga, lejos de inquietarle la idea de que perpetrase un acto de bárbara inhumanidad, persuadíase de que ejecutaba una accion meritoria á los ojos de la patria, y aun á los ojos de Dios. Era el fanatismo religioso unido al sentimiento de la nacionalidad; y á un pueblo que obra á impulso de estas dos ideas no hay armas que le venzan ni ejércitos que basten á domeñarle.

Vióse Napoleon precisado á venir en persona á reanimar la guerra y á dar aliento á los suyos; y sin dificultad grande, que no podian oponerla unas débiles tapias, se posesiona de la capital, donde queda su hermano José haciendo funciones de rey de Espa-

ña. No importa. Tambien el archiduque Cárlos de Austria en los tiempes del primer Felipe de Borbon se hizo aclamar rey de España en Madrid. Pero Madrid deja de ser la capital de la monarquía española desde el momento que la ocupa un usurpador, y no es sino un pueblo más de que se ha apoderado el enemigo. La capital de los españoles está allí donde se encuentra su legítimo gobierno. Fuerza es no obstante confesar que la presencia y los triunfos del emperador llegaron á poner á España en situacion harto apurada y angustiosa.

De repente esta situacion se trueca y cambia. El emperador retrocede de improviso del corazon de la Vieja Castilla, donde se habia internado. Corre, avanza, vuela, quiere devorar las distancias, desaparece. Sigue en pos de él el grande ejército. ¿Donde vá? ¿Quién le llama? ¿Qué le impulsa? A los pocos dias de hallarse en Astorga penetraba dentro de los muros de Viena. Con razon habia escogido por empresa el águila quien la igualaba en rapidez.

Era que la voz de la Junta Central de España habia resonado en apartadas regiones, y el Austria oyendo su llamamiento habia vuelto á declarar la guerra á Napoleon. Otra vez vence allí. Cada jornada suya señala un triunfo. Pero España ha enseñado al mundo á resistir; su ejemplo ha sido contagioso; y Napoleon, que derrota ejércitos, encuentra por primera vez una resistencia fatigosa en las masas del pueblo aleman

que han aprendido de los españoles á insurreccionarse, y las condiciones de la paz de Viena fueron ya menos duras que las de los tratados anteriores. Napoleon se desvanecia allá con sus nuevas glorias, mientras acá las iban marchitendo sus ejércitos enflaquecidos y menguados.

En medio del incesante afan de la pelea y del ruido y estruendo de los combates, España ofrecia á los ojos del mundo otro espectáculo no menos grandioso y sublime, de distinta índole y naturaleza. Los hombres ilustrados del país, aprovechando el gran movimiento popular para regenerar políticamente la España, habian acordado dotarla de instituciones análogas á los progresos de la civilizacion y á las ideas del siglo. Y cuando en Francia habian pasado los sangrientos ensayos de la revolucion, entonces se erigió en este estremo de Europa y en su punta más occidental una tribuna, la única en todo el continente, en que hombres esclarecidos y vigorosos levantaban arrogantes su voz, y labraban el edificio de la libertad española. Era un cuadro magnífico y grandioso el de las Córtes de Cádiz, deliberando impávidas bajo el estruendo del cañon y al fulgor de las bombas enemigas. Allí, encerrados los representantes de dos mundos en una isla azotada por las olas de dos mares y circundada de mortíferas baterías, libertaban de sus trabas el pensamiento, proclamaban la libertad de la imprenta, abolian la Inquisicion, y elaboraban



el código político que habia de ser la ley fundamental de la monarquía: aquella Constitucion que tantas vicisitudes estaba destinada á sufrir en el corto espacio de un cuarto de siglo, y que refundida despues, habia de dar nacimiento á la que recientemente ha regido y á la que de presente rige el Estado. Obra de legislacion no exenta ni de imperfecciones ni de dificultades de aplicacion, pero libro venerable como símbolo glorioso de desinteresado y heróico patriotismo, como la primera bandera de libertad que se enarboló en la España moderna.

Durante esta guerra nacional, Fernando continuaba siendo objeto de amor idolátrico para los españoles. Por él no habia ni padecimientos que arredráran, ni sacrificios que dolieran, ni tesoros ni sangre que se economizára. A pesar de sus renuncias bochornosas, la Central, la Regencia, las Córtes, todos obraban á nombre del rey, todos deliberaban como poderes delegados del rey. El pueblo le conservaba la magestad de que él se habia desposeido; la nacion le guardaba la corona de que él se habia desnudado. Disculpábale débil en Bayona, y absolvíale cautivo en Valencey. Era un rey que se desprendia de su reino, y un reino que no queria desprenderse de su rey. Fernando VII. era rey de España y de las Indias á pesar suyo. El felicitaba á Napoleon por sus triunfos, y el pueblo se ofrecia en holocausto por él. El importunaba al emperador con el tema perpétuo de

que le otorgára una princesa de su imperial familia para esposa, y la nacion se afanaba por entregarle al regreso de su cautividad un reino grande, íntegro, regido por leyes más justas, y por instituciones más sábias que las que él habia dejado.

Ni todas fueron derrotas para el enemigo en estos seis años de porfiada lucha, ni todos fueron triunfos para las armas españolas. Vióse, por el contrario, más de una vez la España á punto de ser ahogada bajo el peso de aquellas infinitas masas de guerreros de casi todas las naciones europeas, de aquellas cohortes innumerables, conducidas por los más expertos generales del imperio, que del otro lado del Pirineo de tiempo en tiempo desembocaban, en reemplazo de las que iban quedando sepultadas en este suelo, y que parecia brotar de un fondo inagotable como las olas del grande Océano. Pero jamás desmayó el denuedo español. Ni el número de los enemigos le imponia, ni le desalentaban los reveses, ni los peligros le arredraban, ni nada en ningun momento le hizo desfallecer. Crecia con los infortunios el esfuerzo, con los contratiempos la audacia, con los conflictos la fortaleza, la intrepidez con los apuros, con las contrariedades el valor. «No importa,» decia á todo. Y se entregaba á arranques impetuosos, se multiplicaban las acciones heróicas, menudeaban las hazañas, y la victoria se iba declarando por la causa de la justicia y por los animosos de corazon. Era el genio indoma-

ble de la resistencia, que venia heredado de los antiguos celtiberos; era aquella perseverancia infatigable, que desesperó á los romanos, que acabó con los sarracenos, y de la cual no sufria la altivez española que triunfáran los franceses. Hallóse pués Napoleon con los descendientes de los que habian peleado con Anibal, con César y con Almanzor; y el vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, se encontró con los hijos de los que habian vencido en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa y ante los muros de Granada.

De caida iba ya en España el poder de Napoleon, cuando á la estremidad opuesta en Europa se oyó resonar otro grito de guerra. Era el eco de España que respondia tambien en Rusia. Allá acude el mayor capitan que han producido los siglos modernos, al frente del más formidable ejército que han visto los siglos modernos tambien. Austria, Prusia, Dinamarca, Nápoles, la Italia entera, le han suministrado contingentes, y ha hecho una siega en la juventud de la Francia. Allá van las viejas bandas del imperio, que ha hecho salir otra vez de Castilla para trasplantarlas desde el abrasado clima del Mediodía á las heladas regiones del Septentrion. Cuatro veces en tres años han atravesado la Francia esos veteranos imperiales, cruzando los Alpes ó franqueando los Pirineos, teniendo que acudir alternativamente del Tajo al Rhin y del Rhin al Tajo, allí donde una necesidad más im-

periosa los llamaba. En su lugar tiernos reclutas, arrancados prematuramente á los brazos de sus madres, vienen á entretener á los cañones y bayonetas de España y á servirles de cebo, mientras él dá cima á la gigantesca empresa que le llama al otro estremo del continente.

La Europa central avanza armada hácia el Norte á la voz de un hombre solo. Napoleon penetra con asombro del mundo hasta el corazon del imperio moscovita..... Dios permitió que el gigante que se lisonjeaba de abarcar á un tiempo con sus brazos las dos más opuestas naciones del continente europeo, cometiera al querer conquistarlas los dos más graves yerros de su vida.... Medio millon de hombres quedó sepultado bajo las nieves de Rusia; medio millon de hombres halló su sepulcro bajo la luciente bóveda del cielo español. Allí lo hicieron los elementos; aquí lo hicieron los hombres. Allí el hielo del clima; aquí el ardor de los corazones. Los rusos buscaron por aliado el invierno, y esperaron á que el cielo se declarára contra el hombre de la tierra; los españoles pelearon cuerpo á cuerpo con los soldados de Bonaparte, y los vencieron en buena lid.

En la mañana en que se dió la famosa batalla de Mojaisk, en que jugaron ochocientas piezas de artillería, recibió Napoleon noticias de España y la dió por perdida. Y cuando despues del desastre de Moscou se coligó contra él toda la Europa; cuando los ejérci-

tos de la confederacion amenazaban á su vez invadir la Francia; cuando todavía los restos de las columnas imperiales disputaban á los aliados el paso del Rhin, ya las tropas anglo-españolas habian franqueado el Bidasoa y perseguian á los franceses dentro de su propio territorio. Salvóse pues la España antes que la Europa. Cúpole la gloria de la iniciativa en la caida del gran coloso. Fué la primera en vencer á Napoleon.

Faltábale rescatar al real prisionero de Valencey, á su amado, á su idolatrado Fernando. Napoleon al eclipsarse su estrella se decide á reconocer á Fernando rey de España. Celebra primeramente con él un tratado de paz y amistad, y declara luego rey libre al que hacia seis años era príncipe cautivo. Fernando el *Deseado* pisa al fin el territorio español.

Gran regocijo para España que vuelve á ver su ídolo, que tiene ya en su seno al objeto de sus sacrificios y de sus votos. Resuenan por todas partes cantos de júbilo. Las Córtes acuerdan erigir á orillas del Fluviá un monumento que señale á la posteridad el dia fausto en que volvió Fernando á los brazos de sus leales españoles. Una comision de diputados sale á felicitarle al camino á nombre de la representacion nacional. El rey esquiva recibirla. ¿Qué significa este desdeñoso desaire? Nótase irse formando un negro nublado en el horizonte de esta nacion ébria de gozo. ¿De qué proceden y qué auguran estos síntomas fatí-

dicos en la ocasion en que todos los corazones debieran rebosar de entusiasmo?

Pronto se aclara el misterio. Numerosas prisiones se están ejecutando en la capital de la monarquía. Llénanse las cárceles públicas: muchos desgraciados van á poblar hediondos y fétidos calabozos. ¿Quiénes son estos desventurados? ¿Son criminales á quienes no puede alcanzar la real clemencia ni aun en dias de espansion y de olvido? ¿Son por ventura los que hayan tenido la desgracia de ser traidores á la causa nacional? No: son ilustres miembros de la regencia, son los ministros constitucionales, son los más esclarecidos diputados de las Córtes, son los más distinguidos hombres de letras, son la flor y la gloria de España. ¿Quién ha ordenado la prision de estos varones eminentes, que tanto se han afanado por entregar á su rey una nacion grande, respetada, independiente y libre? Es Fernando VII. rey absoluto de España, que tal se ha declarado á sí mismo. Publícase el famoso y tristemente célebre Manifiesto de 4 de mayo. Aquellas Córtes y aquella Constitucion que los soberanos de Rusia, Suecia y Prusia, habian reconocido solemnemente por legítimas, las declara el rey de España *nulas y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo.*

El 13 de mayo de 1814 hace Fernando su entrada pública en Madrid por en medio de arcos de triun-

fo. La parte fanática del pueblo le victorea con frenesí; sollozos y lágrimas vertian las familias de hombres ilustres que gemian en calabozos.

«*Aborrezco y detesto el despotismo*, habia dicho Fernando en aquel Manifiesto célebre: *ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado.*» Tras estas bellas palabras empeñaba la suya de gobernar con Córtes *legítimamente congregadas*, conforme á los antiguos y buenos usos del reino. Pero añadió á la ingratitud el engaño: y el que aborrecia y detestaba el despotismo, hizo enarbolar de nuevo el negro pendon inquisitorial abatido en Cádiz, y lanzó á los más ilustrados españoles á los presidios y á las áridas rocas de Africa. Tal fué el fruto que recogió la España de su gigantesco esfuerzo.

XVII.

Triunfante la monarquía absoluta, pero difundidas las ideas de libertad; perseguidos, pero no desalentados los constitucionales; empeñada y no cumplida una real palabra, llorando unos la destruc-

cion de lo pasado, y satisfechos otros con lo presente; empobrecida la nacion con las profusiones antiguas y con los recientes dispendios de una guerra de seis años; apurado el público tesoro, y encomendada la administracion á manos inhábiles; insurreccionadas las colonias de América, y privada de sus recursos la Metrópoli; disgustados muchos, exasperados algunos, contentos pocos, pásanse otros seis años del reinado de Fernando en sofocar conspiraciones y reprimir tentativas de los adictos al régimen constitucional.

Apeteciendo estos un cambio en la organizacion del Estado, volvian naturalmente sus ojos al código de 1812, única bandera de su libertad que entonces se conocia. No se pensaba en sus imperfecciones, ni en si era el más acomodado y aplicable á la situacion de España; y dado que se pensara en ello olvidáranlo todo en gracia de simbolizar una época de glorias y de patriotismo mal correspondido. Este código era el que se invocaba siempre. Contestaba el monarca con cadalsos y con calabozos. Allí fueron á terminar una tras otra todas las tentativas.

Una insurreccion militar proclamó otra vez aquella misma Constitucion, allá cerca de Cádiz, donde habia nacido. Esta vez no pudo reprimirse el movimiento. Las ideas habian cundido, y las grandes poblaciones se levantaron en apoyo de la revolucion militar. La capital de la monarquía siguió el mismo impulso, y Fernando juró aquella misma Constitucion que seis

años antes habia tan rudamente anatematizado. Hasta qué punto marcháran acordes en este juramento el corazon y los labios, la letra y el espíritu, la real conciencia y la real palabra, el juicio público lo caló pronto, y los sucesos lo mostraron despues más claro.

Breve y efímero, agitado y proceloso fué este segundo período de gobierno constitucional. Todo conspiraba contra su afianzamiento. Las Córtes agriaron al clero y la nobleza, lastimando sus intereses y añejos privilegios con la ley sobre vinculaciones y la venta de los bienes monacales. El partido vencedor, embriagado con el gozo de haber pasado de los calabozos á las sillas del poder, de la roca Tarpeya al Capitolio, no supo contener el entusiasmo dentro de sus justos límites, y muchos se entregaron á ruidosas demostraciones y alharacas, y se propasaban á desacatos y desmanes que provocaban las iras de los vencidos, ofendian altos poderes, y predisponian á la venganza. Por su parte los realistas, ó llevados del fanatismo, ó instigados por las clases privilegiadas, comenzaron pronto á inquietar las provincias promoviendo la guerra civil, primero en pequeñas partidas armadas, en gruesas masas despues, y conspirando siempre daban ocasion á medidas violentas por parte del gobierno y de las autoridades, ó á demostraciones más violentas aun por la del partido dominante. Las exageraciones de las sociedades patrióticas alarmaban á los tímidos y desabrian más á los descontentos. Las

sociedades secretas introducian el cisma entre los mismos amigos de la libertad. El gobierno estaba muchas veces en desacuerdo con las Córtes, á veces lo estaba con el trono mismo, y faltaba un poder moderador entre la corona y el elemento popular. Todo conspiraba; y acaso no era el menor de los conspiradores el rey mismo, que si no lo fué desde el instante de jurar la Constitucion, por lo menos no le cogian de sorpresa ni las maquinaciones de dentro ni los designios de fuera.

No podia la Santa Alianza, en su vivísimo celo por el principio de la omnipotencia monárquica, consentir en España el triunfo de una revolucion que se habian apresurado á imitar Nápoles, el Piamonte y Portugal; y aunque la anarquía interior no hubiera dado tanto pretesto á la intervencion de las grandes potencias, creemos que de todos modos se hubiera resuelto en el congreso de Verona apagar un fuego que miraban como peligroso, ¿Se habria desarrugado el ceño de aquellos soberanos si el gobierno constitucional de España se hubiese prestado á las modificaciones que le proponian? ¿Se hubiera parado el rudo golpe si la contestacion del gabinete español á las notas de los aliados hubiera sido menos altiva ó menos adusta? La fogosidad de los ministros españoles no consintió esta prueba, y cien mil bayonetas vinieron á responder al arrogante reto.

Sucumbió, pues, por segunda vez la libertad en



España en los mismos sitios que las dos veces le sirvieran de cuna. Pero en 1814 habia bastado á ahogarla un simple decreto del rey; en 1823, fué necesario el auxilio de los cien mil nietos de San Luis. ¡Destino poco feliz, y mision nada envidiable la de la Francia! Las armas de Napoleon habian venido á arrebatar á España su independencia; las armas de Luis XVIII. vinieron á arrancarle su libertad. Conducíanse del mismo modo con ella el poder de la revolucion y el poder de la legitimidad. Las águilas y las lises le eran igualmente funestas.

No aplaudiremos nosotros los descomedimientos é irreverencias que en la fogosidad de las pasiones se permitieron algunos para con la magestad; pero tampoco hallamos modo de justificar ó la inconsecuencia ó la doblez del monarca en los últimos episodios de este drama de tres años. El prisionero de Cádiz no desmintió al prisionero de Valencey. Su proclama de 1.° de agosto en la ciudad española rebosaba el mas encendido liberalismo, como los escritos de su pluma en la ciudad francesa le revelaban el bonapartista mas apasionado. El 30 de setiembre ofrecia á los constitucionales todas las garantías apetecibles: el 1.° de octubre se proclamó otra vez rey absoluto, y anuló de una plumada todos los actos del gobierno que espiraba y todas las promesas reales. El decreto del Puerto de Santa María anunció que Fernando VII. era el mismo hombre del decreto de Valencia, y el 4

de mayo de 1814 se reprodujo en 1.° de octubre de 1823 con augurios aun más siniestros.

Porque la reaccion se mostró implacable y espantosa. Habia más resentimientos que vengar, y la gente fanática se mostró tan brutalmente rabiosa en sus venganzas, que Angulema y su ejército hubieron de avergonzarse de haber sido los instrumentos de una contrarevolucion tan bárbaramente desbordada. El mismo príncipe generalísimo quiso templar aquel furor salvage dando por sí algunas garantías contra la arbitrariedad y los atropellos; pero clamaron contra tan humano pensamiento las nuevas autoridades españolas, y so pretesto de que usurpaba la soberanía del rey ahogaron la única voz de compasion y de filantropía que se atrevia á levantarse en favor de los oprimidos. El iracundo fanatismo del 23 se sublevaba hasta contra la caridad estraña. Atestáronse los calabozos de presos ilustres, y se dió abundante tarea á los verdugos. Declaróse una guerra de esterminio contra la raza liberal, como contra una raza maldita. La expiacion alcanzaba á todo lo más espigado de la sociedad. El más feliz era el que lograba ganar una frontera ó entregarse á la aventura á los mares. Parecia que la humanidad habia retrocedido veinte siglos.

Faltó al complemento de tan negro cuadro el restablecimiento de la Inquisicion, por última vez abolida en el gobierno de los tres años. Solicitábalo con ins-

tancia el partido apostólico: pedíanlo con ardiente fanatismo autoridades y corporaciones; pero merced á la Santa Alianza misma, merced principalmente á la Francia que declaró explícitamente no consentirlo, nunca el monarca se prestó á ello. Hubo no obstante dos prelados tan locamente fanáticos que tuvieron la audacia de restablecer el Santo Oficio en sus diócesis por propia autoridad. En Valencia llegó á ejecutarse un auto de fé. El gobierno no le habia autorizado, pero no lo castigó. A falta de inquisicion religiosa se discurrió una inquisicion política, y se inventó el sistema de las purificaciones, y se crearon comisiones militares, especie de inquisidores con galones y entorchados. Sometióse á purificacion hasta á las mugeres que tenian opcion á pensiones; los cómicos necesitaban purificarse para poder ejercer su profesion, y los lidiadores de toros tenian que acreditar plenamente no estar infectados de la lepra del liberalismo si habian de ser habilitados para el ejercicio público del arte. En los registros secretos de la policía se hallaba anotada una miserable muger septuagenaria hija y esposa de labradores, que no sabia leer ni escribir y que habia sido calificada con la nota de: «muger de mucha »influencia por su fortuna; adicta al sistema constitu»cional; masona y patriota exaltada sin comparacion.» No ha muchos años se conservaba archivado este singular proceso. Y en la Gaceta de Madrid de 30 de octubre de 1824 se publicaba la sentencia siguiente:

«Francisco de la Torre, de estado casado, de «edad de cincuenta y cinco años, natural de Córdoba «y vecino de esta corte, de oficio zapatero, Justo «Damian, Joaquin del Canto, María de la Soledad «Mancera, Dolores de la Torre, Ramon Fernandez, «Antonio Fernandez, Francisco Susanaga, Roque Mi-«rar (prófugo), Juan de la Torre y María del Cármen «de la Torre: resultando estos procesados hallarse «confesos y convictos del delito de tener en su casa «colgado á la vista el retrato del rebelde Riego, y «conservado el *nefando folleto* de la Constitucion: «vista la causa en 24 de setiembre último, ha sido «condenado el Francisco á llevar pendiente del cue-«llo el retrato hasta la plazuela de la Cebada de esta «corte, para que presencie la quema pública del mis-«mo retrato por mano del verdugo, y que además su-«fra la pena de diez años de presidio con retencion: «que la María Soledad Mancera, su muger, en consi-«deracion á su sexo y á la culpa que resulta contra «ella en la conservacion del retrato del mismo Riego, «y á la irreligiosidad que usó con una estampa de la «Virgen Nuestra Señora, sufra así mismo la de diez «años de galera.....» ¿Qué falta hacia la inquisicion religiosa, dónde la inquisicion política se encargaba de resucitar los autos de fé, con sus procesiones, sus quemas en estampa y sus sanbenitos?

Ocurrian por este tiempo del otro lado de los mares sucesos de alta importancia, no más prósperos,

aunque de índole bien diferente. Nuestras colonias de América llevaban á cabo su emancipacion de la metrópoli, y España perdia un mundo entero al mismo tiempo que su libertad: esta para volver un dia á recobrarla; aquel para no volver á poseerle.

Aun no contentaba el despotismo reaccionario que siguió á la restauracion del 23 al partido llamado apostólico, que no perdonaba á Fernando el crímen de no haber restablecido la Inquisicion; desazonábale el que hubiera intentado modificar la organizacion de los voluntarios realistas, y no pudo sufrir una sombra de amnistía que el monarca se vió obligado á dar á los liberales. Comenzó, pues, el partido ultra-absolutista á conspirar contra el rey absoluto, encubiertamente primero, y á las claras despues. A su vez los emigrados liberales, con más patriotismo que elementos y con más ardor que prudencia, se lanzaban á tentativas temerarias y á arrojadas empresas para restablecer el gobierno constitucional. Prematuros planes, y como tales malogrados, que no producian otro fruto que dejar manchadas las playas y fronteras del reino con la sangre de aquellos acalorados patriotas, empeorar la suerte, ya harto desventurada, de sus amigos políticos, y hacer más osado y frenético al partido realista exagerado.

Con más elementos contaba éste cuando promovió la insurreccion de Cataluña, que se presentó imponente, terrible y audaz, como que la dirigia el *Angel*

exterminador, advocacion la más adecuada al sistema de exterminio que constituia la base de la sociedad secreta que se engalanaba con aquel título. El clero predicaba en público de real órden contra la insurreccion con patente tibieza; de secreto, aunque no con gran rebozo, atizaba fogosamente el furor de las bandas de la fé. Invocábanse ya abiertamente dos nombres que no eran ni Fernando ni absolutismo. Estos nombres eran Inquisicion y Cárlos. En aquel tribunal y en este príncipe veian ellos la encarnacion viva de su partido.

La presencia del monarca en el teatro de la rebelion desconcertó á los rebeldes, y apagó un fuego que amenazaba devorar el trono. Los gefes de los insurrectos, despues de admitidos á besar la real mano, eran llevados al patíbulo cuando menos lo esperaban. Los proclamadores de la Inquisicion sucumbian inquisitorialmente. Solo se sabia el número de víctimas por el número de cañonazos y por las veces q e se veia ondear un pendon negro sobre el torreon de una ciudadela. Lo demás lo sabia el conde de España, especie de Torquemada militar del siglo XIX.

Tampoco desistian de sus tentativas los emigrados liberales. Todos eran tenaces, y todos pagaban cara su impaciencia. Las playas de Málaga y las créstas del Pirineo volvieron á enrojecerse con la sangre de ilustres víctimas. Torrijos fué el más compadecido de los mártires por que fué el más impíamente engaña-



do. Poco menos lo fué Mina, y poco le faltó para que las simpatías francesas de la revolucion de julio le lleváran á un fin tan trágico como el de su generoso compañero.

Así procuraba Fernando, como observa un escritor contemporáneo, sostener entre opuestos partidos una balanza sangrienta, en cuyos platos echaba cabezas para equilibrarla el conde de España. Conspiradores de ambos bandos eran ejecutados con una impasibilidad igualmente fria. En el hecho de atentar contra su poder dábale lo mismo que vistieran el gorro frigio ó el bonete teocrático; y lo mismo eran sacrificados Riego, el Empecinado, Manzanares y Torrijos, que Bessiéres, Busols, Ballester, y el *Padre Puñal*. Propia conducta de quien tenia en el ministerio á Zea y Calomarde para que mútuamente se expiáran, de quien oponia á los Erro, los Eguía y los Aymerich, furiosos atizadores del despotismo, los Ofalia, los Ballesteros y los Zambrano, ó moderados ó tolerantes con los reformadores, que encargaba á Ugarte y Larrazabal que los vigiláran á todos cuidadosamente, y que sonriendo alternativamente á unos y á otros, se escudaba con todos y no obedecia á ninguno.

Es un período horrible de nuestra historia el de estos veinte años. Pero el movimiento progresivo de la razon humana tenia que salir victorioso de esta lucha sangrienta, y la Providencia lo dispuso así por

una série de combinaciones inesperadas, de aquellas que suele poner en juego cuando determina cambiar la condicion de un pueblo.

La obra de la regeneracion española que los hombres habian por tantos años contrariado y detenido, encomendósela á la belleza de una muger y á la inocencia de una niña. El monarca á quien no habian conmovido las terribles escenas de tantas revoluciones, y á quien los sacrificios de tantos millares de hombres no habian ablandado, no pudo resistir á los encantos de una esposa cariñosa y tierna, que vino á reanimar su existencia achacosa, y á halagar con la esperanza de la paternidad á quien en los dias de su robustez y juventud no habia podido lograr fruto de sucesion de otras tres princesas con quienes sucesivamente habia compartido el tálamo y el trono. Gran inquietud y zozobra causó este cuarto consorcio al partido apostólico, que contaba con la seguridad de ver pronto colocada la corona de Castilla en el hermano mayor del rey por falta de sucesion directa: gran manantial de esperanzas para el partido liberal, que instintivamente las cifraba todas en la jóven princesa de Nápoles, y que se aumentaron y avivaron al saber que ofrecia síntomas de próxima maternidad.

El doble amor de esposo y de padre hizo á Fernando prever el caso del nacimiento de una princesa, y queriendo dejarle allanado el camino del trono, dió fuerza y sancion de ley á la pragmática-sancion de

Cárlos IV., que entonces era todavía un secreto, y al acuerdo de las Córtes de 1789, que derogaba el auto acordado de Felipe V., relativo á la sucesion de la corona. Cuando nació la princesa Isabel, encontró ya garantidos por la ley sus derechos al trono. El nacimiento de otra princesa á poco más de un año acabó de aumentar el desconcierto y la desesperacion del partido que ya se denominaba carlista, y que á pesar de todo ni reconocia el derecho ni cejaba en sus designios, Agraváronse los males del rey. La enfermedad tomó un carácter alarmante que hacia desesperar de su vida. Estos fueron los momentos que escogieron los hombres que blasonaban de religiosos para arrancar al moribundo monarca la resolucion que apetecian.

En una alcoba del palacio de la Granja se iban á resolver los destinos futuros de una gran nacion. Iba á decidirse la lucha entre el progreso de la razon humana y el retroceso de las ideas, entre la civilizacion y el fanatismo, entre la legitimidad y la usurpacion, entre la inocencia y la hipocresía. Ciérnense y se agitan en torno al lecho del dolor en que yacia Fernando intrigas y amaños semejantes á los que rodearon el lecho mortuorio de Cárlos II. Desigual era la lucha, interesante y patético el drama, tierna y horrible á un tiempo la escena. De una parte hombres osados, avezados á los manejos, ayudados de un estrangero audáz y de los directores de la conciencia de un monarca moribundo, cuyas facultades mentales turbaban

ya las sombras de la muerte; de otra una esposa atribulada, fatigada por las vigilias, madre afligida y tierna, traspasado su corazon con el doble dardo de un esposo que vá á fallecer y de dos inocentes hijas amenazadas de horfandad. Aquellos aterrando al augusto enfermo con las penas de otra vida, intimidando á la desolada madre con siniestras predicciones sobre ella y sobre sus hijas, si no se apresuraban á revocar el acta que las llamaba al trono: el rey no pensando sino en morir con conciencia tranquila, la reina no queriendo acibarar los últimos momentos de su esposo.... ¿qué habian de hacer? Cristina consiente, Fernando traza con mano incierta y temblorosa sobre el documento que le presentan unos caractéres casi ilegibles que significan su asentimiento.... El triunfo del bando carlista parece consumado. Sobreviene al monarca un letargo profundo y parece haber dejado de existir. y Carlos recibe las felicitaciones y plácemes de los palaciegos.

Pero la Providencia dá un nuevo y sorprendente giro al interesante drama que parecia terminado. El rey vivia:.... el que tantas veces habia burlado á los partidos políticos en vida, los engañó con la muerte. Aun dá lugar á que otra princesa de ánimo varonil y resuelto acuda de larga distancia con la velocidad del rayo á realentar los abatidos espíritus de los régios esposos. A la aparicion de este personage, que parece revestido de un poder mágico é irresistible, tiemblan

los más atrevidos conspiradores; las palabras enérgicas que salen de su boca los humillan y anonadan. El testamento arrancado por sorpresa al moribundo monarca es rasgado en menudas piezas por las manos de una muger. Un tanto repuesto el soberano de sus dolencias y de su asombro, trasmite el cetro de la monarquía á su tierna esposa para que la rija hasta el total restablecimiento de su salud. Desde este momento la escena cambia. Cristina abre con una mano las puertas de la patria á los liberales proscriptos, y con otra rompe los cerrojos con que los enemigos de las luces tenian cerrados los templos del saber.

Fernando recobrado de su enfermedad lo bastante para poder manejar el cetro, vuelve á empuñarle otra vez, y ratifica el acta de 1830. La tierna Isabel es jurada solemnemente princesa de Astúrias y heredera del trono por las Córtes de la nacion. Cárlos protesta. Muere Fernando VII. en 1833.... Isabel es aclamada y reconocida como reina legítima de España. Comienza aquí una nueva era para la nacion.

XVIII.

Cuando al leve soplo de una brisa suave se ve caer derrumbado el árbol añoso y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, preciso es reconocer la intervencion de un poder superior que da á los agentes secundarios una fuerza de accion desusada y que de las leyes naturales no se pudiera esperar. «Dios, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la órden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.»

Todo lo habia ido preparando por caminos en que tal vez los hombres de entonces no repararon bastante. El fué sin duda el que cuando la existencia del monarca parecia más marchita le dotó de una sucesion que le habia negado en los dias de su mayor virilidad. El quien permitió que el que tantas veces se habia retractado en vida, en contra siempre de los hombres de unos principios, se retractára una vez en favor de



ellos *in articulo mortis*, subsanando así en la muerte, si posible fuera, las contradicciones de la vido. No es esto solo.

Hallábanse de un lado todos los elementos de fuerza, del otro solo debilidad. De un lado la influencia y el poder, de muchos años ejercidos por hombres prácticos y sagaces, que contaban con un príncipe en edad sobradamente madura para poder manejar el cetro con propia mano, y dispuesto á realizar su reaccionario sistema: del otro dos princesas hermanas, y dos niñas inocentes; la flaqueza de la edad, y la flaqueza del sexo. De un lado el apoyo de medio millon de bayonetas; del otro el arrimo presunto de un partido debilitado por los infortunios, diezmado por los patíbulos, no muy numeroso entonces de suyo, y diseminado por estraños climas. Y con todo esto dejáronse arrebatar al poder de entre las manos los poderosos y armados de los desarmados y débiles. Y el árbol añoso y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, cayó derrumbado al suave soplo de una brisa ligera.

Al fallecimiento de Fernando, declaráronse abiertamente los partidarios del príncipe Cárlos contra los derechos de la hija del monarca, y estalló la guerra civil. La de 1833 venia á ser una continuacion de la de 1827. Aquellos innumerables voluntarios realistas, que cuando eran todopoderosos se habian dejado desarmar, en unas partes con escasa resistencia, en otras

como flacas mugeres, fueron á engrosar las filas de la rebelion. Lo que no hicieron cuando eran cuerpos organizados, intentáronlo cuando eran solo individuos. Necesarios eran estos errores inconcebibles para que los que entonces eran todavía pocos triunfaran tiempo andando de los muchos. Agrupáronse á su vez los liberales en torno á la cuna de la hija de Fernando y en derredor de la bandera enarbolada ya por la viuda del rey. Cristina reclamó su auxilio y no podian negárselo. Necesitábanse mútuamente, y hablaban en favor de esta union la gratitud, el deber, la hidalguía y la conveniencia. Era la causa de dos reinas, inocente y tierna la una, bella y jóven la otra. Era además la causa de las luces, de la civilizacion y de la libertad. Los enemigos de ellas habian abierto el combate, y la lucha fué aceptada.

Comprimido por dos sangrientas reacciones el gran principio de libertad que desde 1810 habia ido sobreviviendo á las persecuciones y los infortunios, pugnaba por dilatarse. La resistencia se anunciaba terrible. Era por lo tanto insostenible en tal situacion el sistema de inmovilidad y de *stato quo* que intentó plantear un ministro poco conocedor de la ley natural del movimiento y de la resistencia. Quiso por medio de un Manifiesto célebre tranquilizar á los dos partidos, y descontentó y desazonó á todos. Procuró disfrazar el absolutismo bajo formas menos odiosas, y dándole un nombre más bello que exacto; pero aun

así se le reconoció, y fueron repudiados el autor y el sistema.

Reemplazóle otro ministro con el Estatuto Real, término medio entre la libertad y el absolutismo, concepcion indefinible entre la ficcion y la realidad, y que pareció un parto raquítico á los amigos de las reformas, y una nueva quimera en el estado en que ya los ánimos se encontraban. Proponiéndose su autor huir de las reminiscencias de la Constitucion francesa de 1791 que se advertian en el código de Cádiz, cayó en el estremo opuesto, como si hubiera tomado por modelo la carta otorgada de la restauracion, rasgada en las jornadas de julio. Sin cesar combatido el Estatuto desde su nacimiento, arrastró dos años de procelosa existencia, y cayó á impulsos de una revolucion movida por los más fogosos liberales. Por tercera vez se aclamó la Constitucion de 1812.

Brusca y desacatada fué la manera como se obtuvo el asentimiento de la reina regente: deplorables los excesos que en aquellos dias de agitacion se cometieron: digna de toda alabanza la sensatez con que se procedió á la revision y modificacion de aquel código político en cumplimiento de una condicion impuesta. Desempeñaron esta delicada mision las Córtes constituyentes con más aplomo del que pudiera esperarse en época tan revuelta y enmarañada. Alzóse la Constitucion de 1837 como una bandera de concordia en derredor de la cual habian de agruparse las diferen-

tes fracciones de los amigos del gobierno representativo. Mucho menos monárquica que el Estatuto, pero mucho menos democrática que la del año 12, consignábase en ella el principio de las dos cámaras, y dejando regular ensanche al elemento popular, se robustecia al mismo tiempo el poder de la corona. Fué entonces saludada con demostraciones de universal beneplácito, y nadie en aquellos momentos, por suspicaz que fuese, calculaba ni presumia, ni sospechaba siquiera, que hubiera de alcanzar tan solo ocho años de vida, al cabo de los cuales habia de elaborarse otra Constitucion que reemplazara aquella, variando unos y conservando otros de sus principios fundamentales.

La guerra civil habia ido tomando colosales proporciones, y mientras la revolucion política gastaba con rapidez constituciones y ministerios, la rebelion carlista con no menor rapidez consumia los recursos del Estado y gastaba los generales de más reputacion y prestigio. Un militar de inteligencia y de génio, que por un desabrimiento personal habia pasado de las filas de la reina á las del príncipe pretendiente, habia organizado y reducido á pié de ejército las que en un principio habian sido masas irregulares y bandas indisciplinadas. La muerte de este genio estraordinario fué una gran pérdida para los insurrectos. Pero el impulso estaba dado, y era ya tal su pujanza que en más de una ocasion obtuvieron ventajas sobre

gruesos cuerpos del ejército nacional mandados por generales que pasaban por expertos y bravos. Mas no solia marchar en armonía la bravura y el acierto en los planes de compaña.

El tratado de la cuádruple alianza fué más aparatoso que eficaz. La diplomacia pudo fácilmente eludir compromisos, interpretando del modo que más le convenia las palabras de un texto que se prestaba maravillosamente á todas las versiones. Contentáronse las potencias signatarias con permitir que viniesen unas cortas legiones auxiliares á sueldo de España. Cuando se invocó su intervencion, no se creyeron obligadas á tanto, y se recibió un desaire. Se pedia socorro, y contestaban con simpatías. En la asamblea de una de las naciones aliadas se pronunció un *jamás* que apesadumbró á muchos, pero que se convirtió en honra de España cuando se vió la lucha llevada á feliz remate sin estrañas intervenciones. Cargos de deslealtad, ó por lo menos de doblez, hacia á algunas de ellas la prensa diaria, y no sabemos hasta qué pnnto las podrá absolver de ellos la historia.

Algo humanizó el tratado Eliot una guerra que habia comenzado con ruda ferocidad, no dándose cuartel los contendientes. Pero duró poco la templanza. Encrudeciéronse otra vez los partidos, y hombres de instintos dañinos, dueños accidentalmente de la fuerza prevaliéndose de la turbacion de los tiempos, se abandonaban á actos de bárbara fiereza al abrigo

de la impunidad. Estremecen todavía los recuerdos de tantos sac ificios horrorosos, y parécenos resonar aun en nuestros oidos los ayes de tantas víctimas inmoladas por aquellos modernos vándalos, afrenta de la humanidad y del siglo, y deshonor de la causa que los contaba por defensores. Ni por eso disculpamos las demasías y crueldades, y las represalias imprudentes ejercidas á su vez por algunos de los que peleaban por la causa de la libertad y del trono legítimo. La civilizacion condena y la humanidad repugna tales monstruosidades, cualquiera que sea el que las ejecute ú ordene. Y si algo puede, á fuer de españoles, ya que no consolarnos, atenuar por lo menos la pena de tan ingratos recuerdos, es la consideracion de que en el corto período de convulsion política que posteriormente ha agitado la Europa, hemos visto á las naciones más civilizadas ser teatro de más execrables y repugnantes crímenes y en mayor número de los que mancharon el suelo español en siete años de mortífera y encarnizada pelea.

Naturalmente habian de abundar más los desmanes y escesos de parte de los rebeldes, en cuyas filas si bien militaban muchos hombres probos á fuer de generosos defensores de una causa que sus ideas y sus convicciones les representaban como la más justa, se alistaba además y se recogia, como en un receptáculo siempre abierto, toda la gente aviesa, que ó mal hallada con la sujecion inherente al ejercicio de un

arte mecánico ó de una profesiou lentamente lucrativa, ó temerosa de los fallos de los tribunales, ó viciada con la vagancia, ó desesperada por la miseria, buscaba rápidos medros á favor del desórden y de la vida aventurera (tendencia que por desgracia ha distinguido siempre y parece innata á los hijos de nuestro suelo), y se arrimaba á una causa á cuya sombra tan fácil era cometer á mansalva despojos á que antes se daba otro nombre, y cuyos perpetradores se disfrazaban con dictados políticos, menos malsonantes que los que en otro caso hubieran merecido.

Daba tambien á veces ocasion al descontento y alas á la insurreccion, ya la falta de un buen órden administrativo, llaga que parece incurable en España, ya algunas medidas ó impremeditadas ó incompetentes de gobierno, que sin crear nuevos intereses lastimaban derechos antiguos, y sin captarse adictos engendraban desafectos. Repetíanse las sublevaciones militares y las conmociones populares, provocadas unas, sin apariencia de justificacion otras. A veces una insubordinacion militar inutilizaba ó contrariaba una providencia saludable del gobierno; á veces por el contrario, la conducta de los gobernantes excitaba, ó por lo menos suministraba pretesto al levantamiento de una ó más ciudades, y se distraia la fuerza pública destinada á las operaciones de la guerra para emplearla en sofocar la sublevacion desguarneciendo una línea de defensa. A veces mientras un

general ganaba un importante triunfo sobre el enemigo, otro general se poniá á la cabeza de un motin; ó mientras los milicianos nacionales defendian heróicamente sus hogares y sus vidas y daban ejemplos sublimes de bizarría y resolucion en las poblaciones y en los campos, los gefes de los ejércitos se entretenian en promover un cambio de gabinete, ó empleábanse los representantes del pueblo en debatir personales y fútiles altercados.

Alentaban igualmente á los enemigos de la libertad las escisiones y desacuerdos que muy pronto comenzaron á dividir á los hombres de la comunion liberal, que empezando por desconvenirse en cuestiones abstractas de política ó en los medios de realizar las reformas, concluian por hostilizarse con encono, y parecia emplearse más en destruirse á sí mismos que en inutilizar los esfuerzos del enemigo comun. Epoca de pasiones, como todas aquellas en que para regenerarse una sociedad pasa por un período de fermentacion.

Por fortuna para los liberales, bullian iguales ó parecidas discordias en el campo y en la córte carlista. La presencia del príncipe pretendiente en las provincias del Norte, núcleo y foco principal de la rebelion, si bien habia alentado al pronto las masas, fáciles de fanatizar, sobre haberlas servido de no poco embarazo y estorbo, teniendo que distraer fuerzas y recursos para atender á los gastos y á la proteccion de una

córte ambulante y nómada, habia llevado tras sí un manantial perenne de rivalidades y de intrigas entre sus adeptos, sirviendo además para poner en evidencia su nulidad á los ojos de los más ilustrados de los suyos. Veian estos de mal ejo á su rey circundado siempre y supeditado por hombres fanáticos y por influencias monacales, y murmurábanle de ser él mismo más cortado para monge que para monarca. Así se fueron formando en aquella pequeña córte dos partidos que se miraban primero con desconfianza y desapego, despues con ojeriza, y que trabajaban mútuamente por desconceptuarse, suplantarse y destruirse. A la cabeza del primero estaba el mismo príncipe, y componíanle los ultra-realistas, inquisitoriales y antiguos apostólicos: formaban el segundo los realistas más templados y menos fanáticos, los que hasta cierto punto transigian con las nuevas ideas, los más propensos á la tolerancia.

A pesar de todo, la insurreccion llegó á tomar un vuelo imponente; cundió por todas las provincias de la monarquía; dominaba en algunas; amenazó una vez y puso en alarma á la misma capital del reino; y no fueron pocos los que en más de una ocasion concibieron sérios temores y pusieron en tela de duda el éxito final de la contienda.

Pero la causa de la inocencia y de la civilizacion que milagrosamente se habia salvado en el alcázar de los reyes, no estaba destinada á sucumbir en los cam-

pos de batalla. Las ideas habian derramado ya demasiada luz para que la ilustracion pudiera ser vencida por las sombras del fanatismo.

Vióse declinar la causa carlista desde que se frustró la temeraria tentativa sobre Madrid. La superioridad que iban tomando las armas constitucionales hizo desarrollarse más los gérmenes de division que pululaban en los campamentos y en derredor de la diminuta córte de Oñate. Conocieron los menos obcecados la inutilidad de sus esfuerzos por sostener una lucha, larga en duracion, costosa en sacrificios, estéril en resultados, y de cuyo término no tenian motivos para augurar favorablemente, y se formó un partido de gefes con tendencias á la paz y con disposiciones de aceptar una transaccion. Penetraban estas ideas en las masas y cundian en los pueblos. Participaba de ellas el que mandaba en gefe el ejército realista.

Las discordias crecen, los partidos se enconan, la escision estalla. Las sangrientas ejecuciones de Estella abren un abismo entre el desacordado príncipe y el osado caudillo de sus tropas, y entre los parciales de uno y otro. La pobreza de espíritu y las debilidades y contradicciones del príncipe con el audaz ejecutor de aquella tragedia terrible, acaban de desconsiderarle con los suyos. Triunfa el caudillo del ejército realista, y desde este momento le es fácil entenderse con el general en gefe de los ejércitos constitucionales.



Las negociaciones se activan; la idea de paz gana prosélitos en las filas de uno y otro campo; celébranse pláticas; entáblanse tratos; ventílanse condiciones; se repiten las entrevistas; se ajusta el convenio; y el patético drama de la guerra civil termina con un desenlace tierno, noble y sublime en los campos de Vergara. Eran solo españoles los que se encontraban allí, españoles que se habian combatido enemigos y se abrazaban hermanos. Aquel abrazo afirmaba á una reina inocente y tierna en el trono de sus mayores que por espacio de seis años le habia sido encarnizadamente disputado, y decidia el triunfo de la civilizacion y de la libertad. Voces de júbilo y cantos de regocijo resonaron en todo el ámbito de la monarquía.

A poco tiempo cruzaba el Pretendiente la frontera del vecino reino, á devorar su amargura en el lugar que al gobierno de la Francia le plugo señalarle.

Inútil fué la pertinacia con que los más tenaces defensores del carlismo intentaron prolongar todavía la guerra en algunas comarcas de la Península. El más feroz de sus caudillos vióse igualmente forzado á buscar su salvacion con el resto de sus terribles bandas del otro lado de la frontera española. En 1840 no quedaba en el territorio de la Península un solo carlista armado.

Ni han sido mas felices las tentativas posteriormente ensayadas por algunos genios incorregibles para

resucitar la causa que habia muerto en los campos de Vergara.

Terminada la guerra civil, avivóse más la guerra política y de opiniones entre las diversas fracciones del partido vencedor. Que en las épocas de regeneracion parece que el espíritu humano no acierta á vivir en el reposo, y busca si no los tiene, incentivos que le agiten, y nuevas luchas en que gastar el exceso y sobreexcitacion de su vitalidad.

Una cuestion de la ley municipal llevó la desavenencia del campo tranquilo de la discusion al terreno peligroso de la fuerza. En 1840 un movimiento popular imponente se pronunció en favor de los hombres de más avanzadas ideas en materia de reformas, y en contra de los que en aquella sazon tenian el poder. Mantúvose del lado de estos últimos la Gobernadora del reino; declaróse por aquellos el general Espartero que mandaba los ejércitos, y echando su espada en la balanza acabó por darles el triunfo. Creyóse la reina madre en el deber de renunciar la Regencia antes que ceder á la general sublevacion, y dejando la guarda de sus augustas hijas confiada al patriotismo de los españoles, abandonó las playas de la Península y se ausentó del reino.

Las Córtes encomendaron la Regencia vacante al afortunado general que habia tenido la suerte de terminar la guerra civil, y á quien rodeaba entonces ancha aureola de prestigio. Confióse la tutela de las au-

gustas huérfanas á un ilustre veterano de la libertad.

Lejos estuvo de ser tranquila la Regencia del duque de la Victoria. Una conjuracion militar se fraguó para derrocar al regente. Estalló, fué vencida y corrió en los cadalsos sangre ilustre. Adversarios y amigos lloraron la de un general bizarro cuya lanza habia sido el terror de las huestes carlistas. La revolucion devora sus propios hijos Dos años más adelante se formó contra el gobierno del regente una coalicion en que entraron hombres de diferentes y aun opuestos partidos, de buena fé unos, con ulteriores y encubiertos designios otros. Fuéseles adhiriendo el ejército, que en su mayor parte abandonó al regente Espartero, como tres años antes habia abandonado á la Gobernadora Cristina, y Espartero á su vez tuvo que ausentarse de España como la madre de la reina. Los sacudimientos políticos no perdonan ni á los hombres eminentes salidos del pueblo ni á los vástagos y padres de reyes.

Vencedora la coalicion, menor de edad la reina, la Regencia de nuevo vacante, y no sosegada todavía la España, el gobierno provisional y las Córtes por él convocadas acordaron anticipar la mayoría de la reina, remedio muchas veces ya usado por la nacion, para obviar conflictos en los casos de menoridades turbulentas.

Aunque el ministerio aclamado por la coalicion antes y después del triunfo habia salido de las filas de

los hombres del progreso, desavenidos que fueron los coalicionistas pasó el poder á manos de los que se nombraban conservadores, ya por arte y maña de los unos, ya por incomprensible inercia y flojedad de los otros. Obra suya fué la reforma del código de 1837, ó más bien la nueva Constitucion de 1845. Resolvióse tambien el importantísimo punto del matrimonio de S. M., realizándose en un dia la doble boda de la reina doña Isabel II. y de la princesa su augusta hermana, no sin protestas y disgustos del gabinete de la Gran Bretaña, causa y raiz de algunas malas inteligencias que despues entre los gobiernos de ambas naciones sobrevinieron.

Ha sido el alma de la situacion creada en 1843, con breves intérvalos, el general Narvaez, duque de Valencia, hombre de nervio y de accion, y uno de los que contribuyeron más al triunfo del movimiento coalicionista de aquel año. Deben en gran parte los que desde entonces han regido los destinos de España á su actividad y su fortuna, el haber sofocado ó vencido los sacudimientos y perturbaciones de diversas índoles y tendencias que desde aquella época han acontecido en varios períodos y puntos de la península, no sin que haya vuelto á correr sangre española en los campos, en las calles y en los patíbulos: deplorable fatalidad de las revueltas y agitaciones políticas

XIX.

Hemos apuntado con cuanta rapidez nos ha sido posible los hechos principales que han ido trayendo la España á la situacion en que hoy se encuentra, cuidando de citar en lo perteneciente á las últimas épocas tan solamente aquellos sucesos consumados que ningun partido político puede negar, que nadie puede borrar ya de las tablas de los fastos españoles. En el tiempo que estos sucesos se verificaban, nosotros, cumpliendo con un deber que á fuer de españoles amantes de nuestra patria nos habíamos impuesto, emitíamos diariamente nuestro juicio y los calificábamos segun nuestro leal y humilde saber en escritos de bien diversa índole que el presente. Por espacio de más de diez años levantamos nuestra débil voz en defensa y vindicacion de la ley, de la moralidad y de la justicia, no siempre acaso sin fruto, siempre animados de la mejor fé, jamás faltando á nuestra conciencia, aun en aquello en que tal vez pudiéramos como hombres equivocarnos más.

Hoy como historiadores tenemos deberes muy distintos que cumplir. Actos y sucesos que entraban bien



en el dominio del periódico no pueden entrar todavía en el de la historia, si ha de presidir á esta la crítica desapasionada y la más estricta imparcialidad. Las consecuencias y resultados de los grandes acontecimientos políticos tardan en desarrollarse y en dar sus frutos saludables ó nocivos, y no son las primeras impresiones las que deben servir de norma al fallo severo del historiador. ¡Cuántos acaecimientos de la historia antigua debieron parecer calamidades á los que entonces los presenciaban, y solo más tarde se vió que no habian sido sino en provecho de la humanidad!

Hay verdades y principios que tenemos por fundamentales y eternos. Pero las modificaciones de las formas no pueden ser históricamente juzgadas sin riesgo de equivocarse en su apreciacion, hasta que sufren la prueba decisiva del tiempo. Por eso, así como ni debemos ni podemos juzgar del espíritu de un siglo ó de una época remota por las ideas que dominan en el presente, seria igualmente aventurado calificar lo de hoy como lo más conveniente para mañana, cuando el tiempo y las combinaciones políticas han hecho tantas veces fallidos los cálculos humanos.

Por eso en nuestra obra, donde tenemos que ser más estensos y más esplícitos como narradores y como analizadores, llegaremos hasta donde prudentemente creamos que puede estenderse la jurisdiccion, el deber y la libertad del historiador, sin que considera-

ciones humanas, ni antojos propios, ni halagos agenos, ni tentaciones de ningun linage nos muevan á traspasar ni una línea los límites que nos habremos de prescribir.

Podemos, sí, anticipar sin inconveniente que en este último período de regeneracion política, único que nos ha cogido en edad de poder aplicar nuestro humilde criterio á los hechos que hemos presenciado, hemos visto sucederse alternativamente en el poder hombres eminentes é ilustres, y tambien hombres oscuros de todos los partidos. Todos en nuestro entender, á vueltas de algunas reformas útiles y de algunas providencias beneficiosas, han cometido errores más ó menos escusables, que han hecho más laboriosa y más imperfecta la obra de la regeneracion. Nos contentáramos con que hubiera sido solo errores de entendimiento. Hemos visto nacer ambiciones, desarrollarse pasiones bastardas; hemos presenciado faltas de justicia, inobservancias é infracciones de ley. Gobernantes, legisladores, pueblos, clases, individuos, ¿quién podrá decir que no tiene algo de que acusarse? No nos toca fallar quiénes hayan pecado más. Deploramos los males, pero no nos han sorprendido. Habíamos leido ya bastante en la historia de la humanidad, sabíamos demasiado lo que en todos los pueblos y en todas las edades ha acontecido en períodos de agitacion y de turbulencias políticas, para que pretendiéramos que los hombres de nuestra época, que

nosotros mismos, pudiéramos tener el privilegio de obrar ni pensar libres y exentos de las pasiones que en circunstancias análogas se desenvuelven siempre y son el patrimonio triste de la humanidad.

Estamos por lo tanto muy lejos de halagarnos con la idea lisonjera de que la sociedad y la época en que vivimos hayan alcanzado una condicion tan ventajosa como la que nuestro natural deseo nos hace apetecer. Muchos y graves males tenemos que lamentar todavía. Lentos y penosos son los mejoramientos sociales porque es larga tambien la vida de los pueblos. Mucho le falta todavía á la gran familia humana para llegar á ese posible perfeccionamiento á que debe tenerla destinada el que la dirige y guia; mucho tambien á España, como parte de este todo social. Pero aliéntenos la confianza de que mejorará su condicion. Cabalmente vivimos en un siglo en que la razon ha hecho grandes conquistas, y la razon humana no retrocede. Sufrirá combates y oscilaciones, contrariedades y vicisitudes: este es su destino; pero seguirá su marcha progresiva; este es su destino tambien. Si creemos que no hemos adelantado, volvamos la vista atrás, ojeémos la historia, meditemos las grandes catástrofes por que ha pasado la humanidad, y nos consolaremos.

Natural es que nos afecte mucho más la impresion de los males que vemos, que palpamos y que sentimos, que los recuerdos de otros mayores que les tocó sufrir á las generaciones que nos precedieron. Nos

asusta el más ligero temblor de la casa en que nos albergamos, y leemos sin perturbacion y sin susto los estragos de los terremotos en lejanas edades, y las devastaciones de apartados pueblos. Nos estremeceríamos con que retemblara ligeramente el pavimento de nuestro gabinete, y si pisáramos la tierra que cubre las ruinas de Pompeya, recordaríamos con una emocion melancólica cómo fué sumida una gran ciudad, pero no nos perturbaria el recuerdo.

Miremos, pues, á lo pasado para no afligirnos tanto por lo presente, y por la contemplacion de lo pasado y de lo presente aprendamos á esperar en lo futuro, sin dejar por eso de aplicar nuestros esfuerzos individuales para mejorar lo que existe. Ni juzguemos tampoco por un breve período de cortos años de la fisonomía social y de la índole de una época ó de un siglo.

A los que demasiado impresionados por los males presentes juzguen que la razon no ha hecho adquisiciones en este mismo siglo, les contestaremos solamente, que siendo nosotros profundamente religiosos, siendo tambien tolerantes en política, por conviccion, por temperamento y por moralidad, estando basada nuestra obra sobre los principios eternos de religion, de moral y de justicia, hace veinte años no hubiéramos podido publicar esta historia.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE PRIMERA.

EDAD ANTIGUA.



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE PRIMERA.

LIBRO I.

ESPAÑA PRIMITIVA.

CAPÍTULO I.

PRIMEROS POBLADORES.

Situacion geográfica de España.—Producciones y riqueza de su suelo. —Razas primitivas que la poblaron.—Iberos.—Celtas.—Celtíberos.— Respectiva posicion de estas tribus.—Subdivisiones.—Su estado social.—Sus costumbres.

Si alguna comarca ó porcion del globo parece hecha ó designada por el grande autor de la naturaleza para ser habitada por un pueblo reunido en cuerpo de nacion, esta comarca, este país es la España.

Separada del continente europeo por una inmensa y formidable cadena de montañas, circuida en las dos terceras partes de su perímetro por las aguas del



Océano y del Mediterráneo, diríase que el Supremo Hacedor habia querido dibujar con su dedo omnipotente sus naturales límites, y que defendiéndola de Europa con el antemural de los montes Pirineos, del resto del mundo con los dos mares, se habia propuesto que pudiera ser la mansion ó morada de un pueblo aislado y uniforme, ni inquietador de los otros, ni por los otros inquietado.

¿Por qué série de causas, por qué conjunto de estraños acontecimientos, trasformaciones y vicisitudes, esta parte del globo de tan demarcados términos y lindes, presenta en su historia el cuadro confuso de tantos pueblos y naciones, de tan distintos idiomas, de tan diversa y variada fisonomía en sus costumbres? ¿Cómo tan invadida ha sido siempre, y más que otra nacion alguna, por estrañas gentes? Esplica en gran parte lo primero su propia topografía: el curso de la historia demostrará lo segundo: ella irá descifrando este al parecer incomprensible fenómeno, este destino escepcional del pueblo español.

Las estensas cordilleras que la cruzan, corriendo en irregulares y tortuosas direcciones, y estendiéndose y desparramándose por todo el ámbito de la Península como las arterias de un gran cuerpo, formando profundas sinuosidades, estrechas gargantas y desfiladeros, risueños y fértiles valles, anchas y dilatadas planicies, sirven como de frontera á otras tantas comarcas independientes. Dejemos á los geógra-

fos la descripcion de todas estas ramificaciones, que asemejándose en su marcha y vicisitudes á la vida del hombre, nacen, crecen, se ostentan á las veces robustas y soberbias; á las veces abatidas y flacas, yendo á morir en el profundo lecho de unos ú otros mares. Contentémonos con no olvidar esta constitucion física de Fspaña, porque ella será una de las claves para esplicar la diferencia de caractéres que se observa en el pueblo español, y la facilidad con que pudieron formarse dentro de su territorio distintos é independientes reinos.

Numerosas corrientes de agua se desprenden del seno de estas vastas montañas, formando las grandes vias fluviales que atraviesan y fertilizan nuestro suelo.

Así mientras las altas sierras producen en abundancia maderas de construccion y canteras de jaspes, mármoles y alabastros, en los pingües pastos de sus valles y cañadas se apacientan ganados de todas especies, que dan al hombre sustento y vestido; las llanuras y riberas le suministran con prodigalidad todo género de cereales, variedad de esquisitos vinos y de sabrosas frutas, y los mares de sus costas le surten abundosamente de pescados. Las minas de ricos metales con tal profusion derramó la Providencia en este suelo, que tomaríamos por fábulas ó por brillantes hipérboles las noticias que de ellas nos dejaron los antiguos geógrafos ó historiadores, si de ser verdad y no fic-

cion no viéramos todavía en otros tiempos tantos y tan irrecusables testimonios. «En ningun país del mundo, decia ya Estrabon [1], se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.» Háblannos todos los autores de aquellos apartados tiempos de montañas de plata (*Argentarius mons*), de rios que arrastraban arenas de oro; y el mismo Estrabon llama repetidas veces al Tajo *Tagus aurifer*, *auratus Tagus*, *Tagus opulentisimus*.

No siendo de nuestro propósito enumerar todas las producciones de este suelo privilegiado, en que parece concentrarse todos los climas y todas las temperaturas, diremos solamente que sobre proveer con largueza á todas las necesidades de la vida, suministra además al hombre cuanto racionalmente pudiera apetecer para su comodidad y regalo. De modo, que si algun estado ó imperio pudiera subsistir con sus propios y naturales recursos convenientemente explotados, este estado ó imperio seria la España.

Por lo mismo no es maravilla que desde la más remota antigüedad atrajera el concurso de estraños pueblos, y que cuantos de él iban teniendo noticia anheláran fijar su planta y asentarse en esta region tan singularmente favorecida.

¿Quiénes fueron los primeros que á ella arriba-

(1) Libro III, cap. I.

ron? ¿quiénes los primitivos pobladores de España?

Oscuro por demás y entre densas nieblas envuelto se presenta por lo comun el orígen y primer período de la historia de casi todos los pueblos. Ocasiónalo el temerario afan y pueril orgullo de querer remontar su antigüedad á la época más apartada posible, comunmente á la de la trasmigracion de las gentes despues del diluvio, y á falta de otro orígen que poder atribuirse suelen llamarse hijos de la tierra. Al empeño de realzar esto que algunos llaman glorias de antigüedad, ha sido muchas veces lastimosamente sacrificada la verdad histórica, supliendo la falta de datos con invenciones ingeniosas, con fabulosas tradiciones, ó con caprichosas y sutíles etimologías, especie de adivinacion fantástica, en que por palabras aisladas y sonidos semejantes se pretende deducir y legitimar las derivaciones que se buscan y están en la mente ó en el intento y conveniencia del escritor. Al propósito de dar á un país ó á una poblacion la preeminencia de antigüedad se han tegido esas cronologías caprichosas de príncipes ó personajes que jamás existieron, y cuyos hechos sin embargo no falta quien refiera con tal puntualidad, como si hubiera conocido á los primeros y hubiese sido testigo presencial de los segundos. Ficciones halagüeñas, con que no ha debido ser difícil sorprender la credulidad pública en épocas poco alumbradas todavía, y que fácilmente trasmitidas de generacion en generacion han ido recibiendo una es-



pecie de sancion tradicional, hasta que la antorcha de la sana crítica las hace desaparecer.

Tal vez nuestra España ha sido una de las naciones que por más tiempo han probado los efectos de este sistema que las luces y el buen sentido han condenado ya. No fueron solo los historiadores griegos y latinos los que desfiguraron nuestra historia con bellas ficciones mitológicas, porque así les convenia en su tiempo para mantener entretenidos los espíritus con las ideas de lo estraño y de lo maravilloso: nuestros historiadores más antiguos, ó con buena fé adoptaron ciegamente lo que en aquellos hallaron escrito, ó con menos sinceridad ellos mismos inventaron crónicas que más adelante se averiguó ser apócrifas y supuestas, en que ya se hacia á Noé venir á España y fundar en ella poblaciones, ya se traia á ella la mitad de los dioses del Olimpo, ya se daba el catálogo y cronología de más de treinta reyes fabulosos que decian haberse sucedido en el gobierno de España, y cuyos hechos, guerras, leyes y vicisitudes minuciosamente se referian.

Aun despues de evidenciada la falsedad de las crónicas de Auberto, de Juliano, de Dextro, y del nuevo Beroso de Fr. Annio de Viterbo, sobre que fundó la suya el buen Florian de Ocampo, todavía el mismo padre Mariana, historiador por otra parte tan sensato, juicioso y erudito, no atreviéndose á desechar abiertamente aquellas fábulas, aunque parecia

reconocerlas ó sospecharlas de tales, dedicó no pocos capítulos de su historia á darnos razon de una série de imaginados reyes, entre los cuales cuenta como verdaderos los Geriones, Hispalo, Hespero, Atlas, Sículo, Gargoris, y Abides, y refiere las hazañas de Osíris, de Baco, de Hércules, de Ulises, de los Argonautas, y de otros héroes y divinidades; si bien aparece tal la vacilacion é incertidumbre que trabajaba su ánimo, que lo que en una página sienta formalmente como cosa *cierta y averiguada*, en otra afirma haberlo puesto siempre *en cuento de hablillas y consejas* (1): con lo que introduce en el espíritu del lector no poca perplejidad, confusion y embarazo.

Confesamos ingénuamente que despues de haber consultado, con el interés de quien busca de buena fé la verdad, cuantos autores antiguos hemos podido haber que supiésemos haber tratado las cosas de España, despues de haber evacuado muchas citas con gran escrupulosidad y consumo de tiempo, no nos ha sido posible encontrar segura brújula y norte cierto por donde guiarnos en las oscuras investigaciones acerca de los pobladores primitivos de nuestra nacion: an-

(1) «El primero que podemos contar entre los reyes de España... es Gerion.» Mariana, Lib. I. cap. VIII.—«Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España despues de los Geriones.» Lib. I. cap. IX.—«Se puede recibir como cosa verdadera, que Sículo, hijo de Atlante, despues que su padre partió de España............ le sucedió en todos sus reinos.» Cap. IX.—«Todo esto y los nombres destos reyes, tales quales ellos se sean, ni se debian pasar en silencio... ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de hablillas y consejas.» Cap. XI.

tes bien hemos tenido momentos de turbarse nuestra imaginacion cuando la hemos engolfado en este laberinto de dudas sin salida razonable, tropezando siempre, ó con relaciones que llevan marcado el sello de la fábula, ó con noticias que por confesion de los mismos autores se asientan en livianos y flacos fundamentos. Con la fé más ardiente desearíamos que hubiese quien hallara datos más sólidos, luces más claras y salida más segura de este intrincado dédalo.

Un pasage del historiador de los judíos Josefo ha dado lugar á que algunos de nuestros historiadores hayan afirmado como cosa segura que Tubal, hijo de Japhet y nieto de Noé, fué el primer hombre que vino á España, «y la gobernó con imperio templado y justo.» Apoyados otros en un capítulo del Génesis, en que se nombra á Tharsis, hijo de Javan y nieto de Japhet, entre los que salieron á poblar las islas de las naciones despues de la confusion de las lenguas en la torre de Babel, le hacen el primer poblador de España y el que dió su nombre á la isla Tharseya, y de aquí el orígen y principio de la nacion española. Bien querríamos, pero no nos es posible tener por bastante sólidos los fundamentos de una y otra opinion para asentar ni la una ni la otra como ciertas [1].

(1) El pasage de Josefo dice solamente: *Thobelus Thobelis sedem dedit qui nostra ætate Iberi vocantur.* Antiq. Judaic. lib. I. cap. VI.

En primer lugar el historiador judío escribió más de dos mil años despues del suceso, en segundo lugar no espresa el fundamento de su asercion; en tercer lugar no

Viniendo á las razas de que más averiguadamente consta que poblaran la España en los tiempos que se esconden á las investigaciones históricas, aparecen los primeros y mas antiguos los iberos, procedentes, segun los datos más probables, de las tribus indo-escitas, raza nómada, compuesta de pastores y guerreros, que de la India escítica vinieron derramándose por Europa hasta su estremidad occidental. El erudito Vaudoncourt, siguiendo las sábias investigaciones de Bayer, Schlözer y Adelung sobre el orígen de los pueblos de Europa, hace á los iberos los *aborigenes* de España [1]. Suponen muchos que la lengua que hablaban estos pueblos fuese la misma que hoy conservan y hablan todavía los vascos ó euskaros; y no es de estrañar que habiendo sido estos los que más resistieron la dominacion romana y donde se hizo menos sensible su influjo, podiera conservarse en ellos el idioma que primitivamente hablaron los españoles.

asegura que Thobel ó Tubal viniera á España, sino que señaló su asiento a los thobelinos ó iberos; en cuarto lugar es de suponer que se referia á los iberos asiáticos, situados al pié del Cáucaso, no á los iberos españoles. Creemos pues que está muy lejos de ser fundamento bastante para sentar como cierta la venida de Tubal á España.

Respecto á Tharsis, hé aquí lo que dicen solamente los vers. 4 y 5 del cap. X. del Génesis *Filii autem Javan; Elisa et Tharsis, Cethim et Dodanim. Ab his divisæ sunt insulæ gentium in regionibus suis, unusquisque secundum linguam suam et familias suas in nationibus suis.*

No hay duda que podrian algunos descendientes de Japhet, de Tubal ó de Tharsis venir á poblar algunos puntos de nuestra Península, pero ni prueban los textos que vinieran ellos mismos, ni pueden hacerse sobre ello sino conjeturas más ó menos probables.

(1) Llámase *aborigenes* á los primeros moradores de un país, ó sea *indígenas*, para distinguirlos de los *alienígenas*, ó que han inmigrado despues.

Afirman no obstante otros eruditos y respetables autores haber sido el primitivo idioma de la poblacion ibera el hebreo-fenicio, ó un dialecto del hebreo, del cual pretenden demostrar haber quedado á la lengua española una tercera parte de sus voces (1). Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestion entre los filólogos.

Incontestable parece tambien la existencia posterior de los celtas, que vinieron á disputar á los iberos la posesion de la Península. Mucho tiempo se ha cuestionado, y cremos que tampoco esta cuestion se ha resuelto todavía, sobre si existieron los celtas en Espña antes que en la Galia y emigraron de aquí allá, como pretenden entre los nuestros Masdeu y Florez, fundados en un testimonio de Herodoto, ó si invadieron la Península por las gargantas de los Pirineos, viniendo de la Galia, como nos inclinamos á creer con Humboldt, por la marcha de Este á Oeste que llevaban todas las grandes emigraciones de los pueblos primitivos. De todos modos esta nueva raza, belicosa, bárbara, y semi-nómada tambien, se mezcló con los iberos, llegando á dividirse entre sí el país y á formar una nacion bajo el nombre de celtíberos; bien fuese sin guerrear y por medio de pacíficas alianzas y matrimonios, como indica Estrabon, bien despues de lar-

(1) Cortés, Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua. Tomo II., pág. 49. — García Blanco, Gramatica hebrea, t. III., pág. 79 y sig.

gas luchas, como lo atestigua Diodoro de Sicilia, y era más natural que acaeciese entre gentes que habitaban de largo tiempo un país, y otras que le invadian para posesionarse de él de nuevo. En una de estas guerras debió ser cuando algunas tribus iberas arrojadas de sus territorios, emigraron á su vez y se derramaron por los pueblos de Italia con los nombres de ligurios y sicanios, llevando allí su idioma y sus costumbres.

Poblada la Península por estas dos grandes razas, al paso que se iban estendiendo fraccionábanse en tribus más ó ménos numerosas, llegando á subdividirse en términos que cada comarca componia una pequeña nacion ó tribu independiente, á que las ayudaba la material organizacion del territorio, desconociendo por otra parte en su estado incivil la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y de gobernarse con unidad.

De su distribucion y de sus costumbres solo tenemos las noticias que nos han suministrado los escritores griegos y romanos, únicos pueblos civilizados cuyos escritos hayan llegado á nosotros. Pero conviene no olvidar que las relaciones de estos escritores se refiere á la España tal como la encontraron los romanos cuando la invadieron sus armas, y que entonces habia sufrido ya la Península las dominaciones, aunque parciales, de tres pueblos cultos. Pero las revoluciones intestinas que entre sí habrian tenido las primitivas

razas no pudieron serles conocidas sino cuando más por imperfectas tradiciones. De suponer es no obstante, como en el principio de nuestro discurso dijimos, que al paso que fueran asentándose en las diversas comarcas y zonas irian contrayendo hábitos, ocupaciones, vínculos diferentes, y que los intereses de localidad y de tribu ocasionarian choques y guerras entre los moradores de los vecinos territorios: sucesos de la infancia de las sociedades, más fáciles de adivinar que de encontrar quien los trasmita. Sin embargo, como los fenicios, los griegos y los cartagineses solo habian estado en inmediato contacto con los habitantes de las costas de las riberas de los grandes rios y de las llanuras ó comarcas abiertas, las costumbres que nos describen de los moradores del interior y de las regiones montuosas, conócese que habian sufrido muy poca alteracion, pues presentan toda la rudeza y ferocidad propias de los pueblos nacientes.

La poblacion céltica diseminada por toda la costa septentrional y occidental de la Península, dividíase en cinco grandes y poderosas tribus, los cántabros, los vascones, los astures, los gallaicos y los lusitanos, que ocupaban los paises que hoy poco más ó menos comprenden las provincias Vascongadas y Navarra, las Astúrias, Galicia y Lusitania ó Portugal, si bien no es tan exacta la correspondencia de los antiguos y de los modernos límites, que los astures y los gallaicos, por ejemplo, no se estendiesen entonces

por una buena parte del reino de Leon y de Castilla la Vieja, los lusitanos por las Extremaduras y Castilla, los vascones por Aragon, y los cántabros por la actual provincia de Santander. Subdividíanse además estas tribus en multitud de pequeñas poblaciones ó grupos, tanto que al decir de Estrabon, eran quince las que componian la nacion gallaica, y sobre cincuenta las fracciones en que se compartian los lusitanos.

Ocupaba la raza ibera el Mediodía y el Oriente de España, dividida tambien en porcion de tribus, de las cuales eran las principales, los turdetanos, que se estendian por la costa de la Bética ó Andalucía hasta una parte de la Lusitania; los bástulos que habitaban al Este del estrecho, en lo que hoy es Ronda y el condado de Niebla; los beturios, que poblaban las cercanías de Sierra-Morena; los bastetanos, en la costa de Murcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Murcia y de Valencia; los edetanos, que ocupaban tambien parte de Valencia y de Aragon hasta confinar con la Celtiberia; los ilercavones, que se asentaban entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, ausetanos, indigetes, lacetanos, ceretanos é ilergetes: por último los gimnesios, ó habitantes de las Baleares; así todos subdivididos tambien en pequeñas tribus como los celtas.

Habitaba el centro de la Península la raza mixta



de los celtiberos: sus principales tribus, segun Estrabon eran los arevacos, los más poderosos de todos, al Sur del Duero; los carpetanos, en la comarca de Toledo, por donde corre el Tajo; los vaccéos, por la parte donde está hoy Palencia; los oretanos, en lo que riega el alto Guadiana: siendo los límites de la Celtiberia, por el Norte las sierras de Urbion y de Oca, por el Sur el Orospeda, por el Este las sierras de Segura y de Alcaráz, habiendo variado mucho por Occidente, hasta llegar en una época cerca de las costas del Mediterráneo.

No hemos fijado los límites precisos de cada uno de estos pueblos, por la frecuencia con que debieron variar, y porque seria de desear tambien mayor conocimiento del que respecto á las alteraciones de cada época pudieron tener los antiguos geógrafos. Ni hemos mencionado todas y cada una de las subdivisiones de tribus, ya por la escasa importancia histórica que algunas tienen, y ya tambien porque muchas de ellas omitieron los mismos escritores griegos y romanos so pretesto de la repugnancia que dicen les causaba lo poco armonioso, si ya no lo ridículo de sus nombres [1]. Estrabon dá por escusa de su silencio

(1) Sin perjuicio de esplicar en el texto, segun que de ello se va ofreciendo ocasion, la correspondencia de los nombres antiguos de las comarcas y poblaciones con los modernos y actuales, damos por apéndice al final de este primer volúmen una tabla ó catálogo alfabético de los más importantes y que tenemos por mas averiguados, con espresion de la provincia actual á que pertenece cada region ó pueblo de los que allí se nombran. Los que acaso no espliquemos en el discurso de la obra, los podrá fácilmente encontrar

la difícil y semi-bárbara pronunciacion que tenian [1]. Plinio no menciona sino las que eran fáciles de pronunciar en latin [2]. Y á Marcial le sirvió de tema la rusticidad de sus nombres para sus punzantes epígramas [3].

Groseras y rústicas tenian que ser las costumbres de estos primitivos pueblos. Espresaremos algunos de sus rasgos característicos, tales como nos han sido trasmitidos por los más antiguos historiadores.

Distinguíanse los habitantes de las montañas por su ruda y agreste ferocidad. Estrabon pondera en términos acaso demasiado enérgicos la fiereza de los cántabros. Intrépidos y belicosos, de génio indomable y ánimo levantado, contentos y bien hallados entre la fragosidad de sus bosques, en guerra siempre con otras gentes por sostener su independencia, negábanse estos montañeses á toda transaccion y aun á toda comunicacion con los demás pueblos. Su furor marcial llenó de terror á cuantos intentaron su conquista.

Servíanse de una especie de escudos llamados *peltas*, y de armas ligeras como el venablo, la honda y la espada, propias de gente que necesitaba de agi-

allí el lector, á no ser que, ó sean poblaciones que hayan dejado de existir, ó se ignore todavía, ó sea muy dudosa su correspondencia.

(1) Estrabon, lib. III., cap. IV.

(2) *Latiali sermone dictu facilia*. Plin.

(3) *¿Rides nomina? rideas licebit*. Epigr., lib. IV., epist. 55.

lidad para sus asaltos y correrías de montaña. Los ginetes tenian sus caballos acostumbrados á trepar por sierras y colinas; y al modo de los astures, no menos guerreros que ellos, solian montar dos ginetes en un mismo caballo, para poder combatir cuando el caso lo requiriese, á pié el uno y á caballo el otro. Hacíaseles insoportable la vida sin el arreo de las armas, y cuando la falta de vigor los inutilizaba para la guerra, preferian la muerte á una vejez que tenian por desdorosa, y la buscaban precipitándose de lo alto de una roca [1]. Pródigos y despreciadores de la vida, si se veian amenazados de esclavitud, apelaban al suicidio; y si les faltaban armas, recurrian á un tósigo de que iban siempre provistos, y que decian mataba sin dolor.

Viéronse en la guerra cantábrica rasgos de heroismo salvage, que eclipsan las rudas virtudes bélicas de los espartanos. Madres que clavaban el acero en los pechos de sus hijos para no verlos en poder del enemigo: padres y hermanos, que hallándose prisioneros mandaban al hermano ó al hijo que los matase para no ser esclavos; hijos que lo ejecutaban, y soldados que clavados en una cruz cantaban alegres himnos en honor de sus dioses.

Ni por eso eran desconocidos los afectos del cora-

(1) *Cum pigra incanuit ætas*
imbelles jamdudum annos prævertere saxo:
nec vitam sine Marti pati. . . . . Sil. Ital., l. III.



zon á aquellas rústicas gentes. Los vínculos de la amistad los llevaban á tal estremo, que en consagrándose á un gefe ó caudillo, de tal manera ligaban y compartian con él su buena ó mala fortuna por toda la vida, que no se vió un solo ejemplar de que, muerto él, rehusáran morir todos, ni quisiera nadie sobrevivirle (1). Admirable fidelidad, por lo mismo que caia en tan groseros corazones.

Refiérese de una de estas tribus que hacia su bebida favorita de sangre de caballo (2), á estilo de los sármatas y de los masagetas: y afírmase tambien que para limpiarse los dientes y encías usaban de un repugnante líquido, cuyo nombre dejamos al poeta Cátulo espresar en idioma latino (3). Las mugeres labraban los campos; y por más estraña que nos parezca la costumbre de hacer las recien paridas acostarse á sus maridos y asistirles con mucho cuidado y esmero, así nos lo atestiguan los escritores romanos, y no es este solo el pueblo de que se refiere tan extravagante singularidad.

Agiles y astutos los lusitanos, diestros en armar asechanzas y en descubrir las que á ellos les ponian, hacian sus evoluciones militares con admirable órden

(1) *Neque adhuc hominum memoria repertur esse quisquam, qui eo interfecto cujus se amicitiæ devovisset, mori recusaret.* Cæsar, libro III., capítulo 22.

(2) *Et letum equino sanguine Concanum.* Horat., lib. III., od. IV.

(3) Quod quisque minxit, hoc sibi solet mané
dentem et russam deficare gingivam.

y facilidad. Usaban pequeños escudos cóncavos atados con correas sin asas ni hebillas, puñal ó machete, casco con penacho y cota de armas de lino. Algunos se servian de lanzas con los botes de cobre. Combatian á pié ó á caballo, á la ligera ó armados de todas armas: la guerra era su estado casi habitual; valientes, pero inconstantes de suyo.

Sóbrios y frugales sobremanera como todos los habitantes de las montañas, sustentábanse las dos terceras partes del año con pan de bellotas; bebian una especie de sidra ó cerveza; el poco vino que producia el país le consumian en los festines de familia. En estos banquetes se sentaban en poyos por órden de edad y de dignidad, y despues danzaban al son de una flauta ó trompeta. Dormian en el suelo sobre haces de yerba, cubiertos la mayor parte con túnicas negras ó sacos oscuros. Las mugeres gastaban trages rústicamente bordados. Los de tierra adentro traficaban entre sí por medio de cambios, si bien á veces empleaban por moneda pequeñas laminitas de plata que cortaban á medida que las necesitaban para pagar los objetos comprados.

Exponian los enfermos en los caminos públicos, al modo que lo practicaban los egipcios antiguamente, por si algun transeunte conocia por propia esperiencia la enfermedad y el remedio. Apasionados de los sacrificios, que ofrecian á una especie de divinidad guerrera, servíanse de las entrañas de los cautivos para

sus adivinaciones, y desde el momento que la víctima recibia el golpe fatal sacaban los primeros augurios del modo ó postura en que caia. Cortaban la mano derecha á los prisioneros de guerra, y los consagraban á sus dioses. Tenian tambien sus hecatombes, á semejanza de aquellas de que hablaba Píndaro cuando dijo: «inmolad cien víctimas de cada especie de animales.» El suplicio de los reos de muerte era la lapidacion, y sacaban á los parricidas fuera de las fronteras, ó por lo menos de las poblaciones para aplicarles la pena.

De las tribus galláicas que moraban cerca del Duero dícese, que no hacian sino una comida diaria muy sencilla y frugal, que se bañaban en agua fria, y que se frotaban dos veces al dia el cuerpo con aceite, al modo de los lacedemonios.

Atribúyese á los astures haber sido los primeros entre aquellas naciones bárbaras en dedicarse á la explotacion de minas y al rebusco del oro, hasta el punto de llamarlos Silio Itálico *avaros astures*, y Lucano *pálidos escudriñadores del oro* (1): si bien solian tropezarse con los gallaicos sus vecinos, ocupados en la propia operacion en las sierras aledañas de ambos paises. Dícese que era frecuente en Galicia al labrar la tierra enredarse el arado en gruesos pedazos de

(1) . . . . .*Astur avarus*
visceribus laceræ telluris etc. Sil. Ital. l. I. v. 231.
. . . . *Astur scrutator pallidus auri.* Lucan. l. IV. v. 298.

oro, y que habia en sus fronteras un bosque sagrado al cual era prohibido aplicar el hierro: «solamente, añade Justino, cuando el rayo hendia la tierra, se permitia recoger el oro puesto así al descubierto como un presente de la divinidad [1].»

Aparte de alguna ocupacion propia de alguna de las mencionadas tribus, entiéndese que en lo general los cántabros, vascones, gallaicos, lusitanos y astures, asemejábanse mucho en las costumbres y manera de vivir.

Dominando, á lo que parece, entre los celtiberos la raza celta sobre la ibera, tenian mucho de comun con las tribus de que hemos hecho mérito, pero diferenciábanse ya en costumbres y en genio. Tambien los celtiberos, como los cimbrios y como los cántadros, cifraban su gloria en perecer en los combates, y consideraban como afrentoso morir de enfermedad. Tambien adoraban un dios sin nombre, al cual festejaban en las noches de los plenilunios bailando en familia á las puertas de sus casas. Pero esto no impide el que dieran culto á *Elman*, á *Endovellico*, y á otras divinidades, segun atestiguan las inscripciones, bien indígenas, ó bien originarias de la Fenicia, como conjetura Depping [1]. Natural es la idea de un culto religioso aun en los pueblos más bárbaros; y lo que Estrabon dice de los gallaicos, que no se les conocia

(1) *Delectum aurum, velut Dei manus, colligere permittitur.* Just. lib. XLIV.

(2) Tom. I. p. 212.

religion alguna, suponemos significará que no se sabia adorasen ningun dios de la teogonía pagana.

El trage celtibero era una ropilla negra ú oscura, hecha de la lana de sus ganados, á que estaba unida una capucha ó capuchon, que le dió el nombre de *sagum cucullatum*, con la cual se cubrian la cabeza cuando no llevaban el casquete, adornado con plumas ó garzotas. Al cuello solian rodearse un collar; y una especie de pantalon ajustado completaba su sencillo uniforme. En las guerras usaban espadas de dos filos, venablos y lanzas con botes de hierro, que endurecian dejándole enmohecer en la tierra. Gastaban tambien un puñal rayado, y se alaba su habilidad en el arte de forjar las armas. Presentábanse ya á pelear á campo raso: interpolaban la infantería con la caballería, la cual en los terrenos ásperos y escabrosos echaba pié á tierra, y se batia con la misma ventaja que la tropa ligera de infantería. El *cuneus*, ú órden de batalla triangular de los celtiberos se hizo temible entre los guerreros de la antigüedad. Las mugeres se empleaban tambien en ejercicios varoniles, y ayudaban á los hombres en la guerra.

De entre las tribus celtiberas la que conservó por más tiempo los hábitos de la vida nómada fué la de los vaccéos. *Late vagantes* los llama Silio Itálico. Pastores, agricultores y guerreros á un mismo tiempo, veíanse precisados para pelear á dejar guardados sus



cereales en silos, especies de hórreos ó graneros subterráneos, donde se conservaban bien los granos por largo tiempo [1]. Aun subsisten muchos en los pueblos de la Vieja Castilla, y la curiosidad ha movido muchas veces al autor de esta historia á bajar á estos silos y á examinarlos. Distribuíanse los vaccéos las tierras que habian de cultivar cada año, y se repartian su producto, considerando el suelo como una propiedad comun: el que ocultara alguna parte de estos frutos era castigado con la última pena [2].

Habia entre los carpetanos una tribu que vivia en cavernas aisladas. Moraba en una colina al Norte del Tajo.

Mucho menos toscos eran los que habitaban entre la costa oriental y los Pirineos. Los barcos representados en las medallas encontradas en los campos de Tortosa prueban que los moradores de la costa se daban ya al tráfico marítimo, y no es inverosímil ó que estuvieran ya mezclados con los pelasgos y tirrenios, y que al menos mantuviesen tratos y relaciones con los etruscos de la opuesta costa de Italia. Valerosos y tenaces en defender su libertad nos pintan á los edetanos é ilergetes. El sol y la luna eran los principales dioses que adoraban aquellos pueblos.

Iban los de las Baleares á la pelea, ó enteramente

(1) Por cincuenta años el trigo, y por ciento el mijo, segun Varron, de quien lo tomó Plinio, lib. XVIII, c. 30.

(2) Diod. Sic. lib. V.

desnudos, llevando en la mano un pequeño broquel y un venablo quemado por la punta, ó cubiertas sus carnes con pieles de carnero á manera de zaléas, que nombraban *sisyrnas*. Ponderada fué siempre su habilidad y destreza en el manejo de la honda, y al decir de Lucio Floro, las madres no daban á sus hijos más sustento que aquel que puesto en el hito acertaban ellos á tocar con la piedra lanzada con la honda [1]. Diodoro hablando de las tres hondas de distintos tamaños que parece acostumbraban á llevar aquellos insulares, dice que una la llevaban ceñida á la cabeza, otra al rededor de la cintura y otra en la mano [2].

Distinta era ya la cultura de los iberos que poblaban la costa meridional de la Península. Establecidos de inmemorial tiempo en el templado litoral del Mediterráneo, ó en las amenas márgenes del Betis ó del Guadiana, es de creer que la belleza de aquel cielo, la dulzura del clima y la feracidad de aquel suelo privilegiado, habrian modificado su originaria rusticidad y hecho que gustasen más de la vida sedentaria y quieta, y que fuesen menos turbulentos y guerreadores que los pueblos del interior y de las montañas; sin que por eso hubiesen perdido del todo sus rudos instintos, ni dejaran de resistir con vigor y energía á los pueblos invasores. Los monumentos religiosos que di-

(1) Cibum puer á matre non accipit nisi quem, ipsa monstrante, percussit. Flor. lib. III., cap. 8.
(2) Diodor. lib. V. cap. 18.

cen haberse hallado sobre el promontorio Cuneó testifican la rudeza de los cinesios, pues segun Estrabon y Artemidoro, reducíanse á tres ó cuatro piedras sobrepuestas, y conforme á una tradicion conservada de padres á hijos, cada vez que los navegantes abordaban á aquel lugar mudaban las piedras y las cambiaban de posicion, contentándose con dirigir algunas preces á aquella especie de altar movible y de obelisco rústico [1]. Tambien segun Valerio Maximo [2], inmolaban, como los cántabros, á los ancianos imposibilitados de llevar las armas.

En tal estado debieron encontrarlos los fenicios á su arribo. Mas habiendo sido las costas meridional y oriental de la Península las que primero recibieron la influencia de los tres pueblos civilizados que diremos después, natural es que cuando los conocieron los romanos halláran ya en aquellos pueblos otra cultura y otras costumbres más blandas y suaves. Estrabon y Polibio hablan en términos magníficos y pomposos de la civilizacion de los turdetanos. Supone que hacia nada menos que seis mil años que poseian leyes escritas en verso. Por esta cuenta se remontaba la civilizacion turdetana á tiempos muy anteriores á la creacion del mundo segun la Escritura. Mas de la confusion y embarazo en que esta especie pudiera ponernos, sácanos con facilidad Diodoro de Sicilia, Varron, Plu-

(1) Estrab. lib. III., c. 4. (2) Lib. XIII., v. 471.

tarco, Lactancio, Suidas y otros no menos graves autores, enseñándonos la costumbre de muchos pueblos antiguos, de contar, no por años solares, sino por años de estaciones ó meses: en cuyo caso siendo verosímil que ellos contasen por estaciones de á tres meses, coincidirian los primeros rayos de civilizacion que recibieron los turdetanos con el arribo de los primeros colonizadores.

De todos modos, no es en el estado civil de los habitantes de las costas de Mediodía y Levante donde hemos de buscar el tipo de las costumbres de los primitivos pobladores de España, sino en los que ocupaban el Norte, el Occidente y el centro de la Península, en los que no habian sido modificados con el influjo de las colonias.

Los rasgos comunes y característicos de estos pueblos eran la rusticidad, la sobriedad, el valor, el desprecio de la vida [1], el amor de la independencia, la tendencia al aislamiento, y por consecuencia la falta de unidad. Separados y como aislados del continente európeo, y más todavía de las demás partes del mundo, parecian destinados á pasar una vida ignorada y una existencia oscura. Veamos ahora cómo fueron entrando á participar del movimiento social del mundo antiguo, no olvidando el fondo de carácter creado por las primitivas razas, que vere-

(1) *Prodiga gens animæ. et properare facillima martem* Tito Livio, l. XVIII.

mos ir sobreviviendo, bien que con algunas modificaciones, á los siglos, á las dominaciones y á las conquistas (1).

(1) Son más sabidos los nombres antiguos de España que conocido y cierto el origen y segura la etimología de cada uno. El de *Iberia*, aun concedido que aparezca dado por primera vez en el Périplo de Scilax de Caryanda, como 500 años antes de Jesucristo, y bien sea derivado del rio *Iber* ó *Iberus*, bien como pretende Astarloa, de las palabras vascas *ibaya eroa*, rio espumoso, parece el de más natural aplicacion al pais en que habitaban los *iberos*. El de *Spania*, dado, segun la opinion comun, por los fenicios, creemos que se derivára de la palabra *span*, que significa *escondido*, por estar esta comarca como escondida y oculta para ellos á una estremidad del mundo. Parécenos la significacion de *conejo*, á que se presta tambien la palabra *span*, fundamento demasiado pueril para poner nombre á toda una region, por más conejos que en ella se encontráran, y por más que las medallas de Adriano representen una muger sentada, con un conejo á sus piés, que dicen ser emblema de la España. De *Spania* hicieron los latinos *Hispania*, y los españoles *España*. Llamáronla tambien los griegos *Hesperia*, pais de Occidente, por la situacion geográfica que ocupa con relacion á la Grecia. El nombre fenicio es el que ha prevalecido con poca alteracion. El de *Iberia* se usa todavía en estilo poético. Volúmenes enteros se han escrito sobre estos nombres, sin que tan largas disertaciones hayan producido sino conjeturas, pudiéndose reducir las más probables á las que en estas breves líneas hemos espuesto.

CAPÍTULO II.

FENICIOS, GRIEGOS, CARTAGINESES.

Primeras colonias fenicias.—Cádiz.—Templo de Hércules.—Derrámanse por la Península.—Depósitos y establecimientos de comercio.—Riquezas que extraian de España.—Colonias griegas.—Rosas.—Ampurias.—Denia.—Sagunto.—Atacan los españoles á los fenicios.—Piden éstos socorro á Cartago.—Vienen los cartagineses y se establecen en la costa.—Expulsan ellos mismos á los fenicios de Cádiz.—Guerras esteriores de los cartagineses.—Cerdeña.—Córcega.—Las Baleares.—Sicilia.—Españoles auxiliares de Cartago.—Pérdida de Sicilia.—Guerra de los mercenarios.—Resuelven la conquista de España.

Aparecen los fenicios las primeras gentes civilizadas que arribaron á España y fundaron en ella poblaciones.

Estos descendientes de Canaan, cuya tierra habian cubierto de ciudades ricas y populosas, las cuales habian elevado á un grado admirable de esplendor y de prosperidad por medio de la navegacion y del comercio, en que eran singularmente entendidos y aventajados, sostenian mucho tiempo hacia relaciones



mercantiles en Egipto, en el Asia Menor, en las costas del Mediterráneo y de la Europa Oriental. Verosímil es que estos intrépidos navegantes en algunas de sus escursiones marítimas hubieran avistado las costas de España, y aun arribado á ellas, ó con deliberado intento como exploradores, ó arrojados por algun azar, y que el aspecto de tan bello clima y de tan fértil suelo inspirára á su génio mercantil el pensamiento de estender á él sus relaciones comerciales. Sea lo que quiera de las expediciones que pudieran hacer y la tradicion oriental les atribuye antes de la época que vamos á señalar, creemos que la fundacion de sus primeros establecimientos en el litoral de nuestra península no puede remontarse más allá de los quince siglos antes de la era cristiana (1).

Coincide este acontecimiento con la época en que arrojados los fenicios al interior de sus tierras por las armas de Josué, que las habia invadido para dar á la posteridad de Abraham la posesion de la tierra prometida por Dios, el acrecentamiento excesivo de la poblacion que se habia replegado á las grandes ciudades, especialmente á Sidon y á Tiro, les hizo pensar en salir á establecer colonias donde antes se habian presentado solo como simples traficantes. En esta dis-

(1) Pueden verse las sábias investigaciones de Heeren sobre la historia y carácter de las colonizaciones fenicias de su obra: *Ideen über die Politik, etc.*

persion abordaron muchos de ellos á las costas africanas (1), y á las del Sur de la Península española que acaso conocian ya, y estableciéndose primero en la isla Eritya ó Eritrea, que se cree sea la de Santi-Petri, hoy en gran parte cubierta por las olas, trasladáronse luego y fundaron á Cádiz con el nombre de Gadir (2), comenzando por erigir un templo á Hércules, su divinidad favorita, cuyo culto llevaban consigo á todas partes, colocando en él dos columnas de bronce de ocho codos de altas (3).

(1) La Inscripcion fenicia que Procopio, historiador de la guerra de los vándalos, encontró en Tánger, parece no dejar duda acerca del arribo de los fenicios á aquella parte de la costa de Africa en la época á que nos referimos. «*Aquí* (decia) *llegamos nosotros huyendo del ladron Josué, hijo de Nave.*» Procop., lib. II. Cap. X.

(2) Lugar ceñido ó cercado.

(3) Acaso se han confundido muchas veces en la historia estas columnas con las otras columnas de Hércules, nombre que se dió á los dos montes Calpe y Abila, que constituyen los dos puntos estremos de Africa y Europa, y que entonces se creian los postreros términos de la tierra habitable. Puede ser muy bien que estos dos cabos ó promontorios, por entre los cuales se comunican hoy los dos mares y forman el estrecho, estuviesen antes unidos por una lengua de tierra que contenia sus olas y les servia de dique, cuya separacion pusieron los poetas entre las grandes hazañas y trabajos de Hércules, y los naturalistas suponen haber sido causada por alguna sacudida ó revolucion física del globo. Dejemos á la poesía y á la geología disputarse como se hizo la conjuncion de los dos mares. Mucho menos nos engolfaremos en las interminables cuestiones acerca de los Hércules que vinieron ó pudieron venir á España, y de los hechos más ó menos maravillosos que se atribuyeron á cada uno; si fué el nombre particular de una divinidad fenicia, ó fué un nombre simbólico de la fuerza y de la inteligencia con que se designaba á los héroes que se señalaban por estas virtudes y por sus altos hechos y prodigiosas hazañas; si hubo solo un Hércules bajo distintos nombres, ó hubo los tres que cuenta Diodoro, ó se eleva su cifra á los cuarenta y tres que distingue Varron, ó pasó mucho más allá de este guarismo. Sabemos solo de cierto que el culto de Hércules fué trasmitido por los fenicios á los griegos, y de éstos pasó á los romanos, los cuales confundieron todos los Hércules bajo un mismo nombre y tipo; y que la España se halló de muy antiguo mezclada en todas las fábulas de la mitologia fenicia, griega y romana, que acabaron de confundir y embrollar la ya escasa y harto oscura historia de aquellos apartados tiempos.

Aun lo relativo á las expediciones y primeros establecimientos

Una vez asentados en Cádiz, situacion grandemente favorable para el comercio, fueron estendiendo sus colonias por el litoral de la Bética, y por todo el país habitado por los turdetanos, fundando ciudades y estableciendo factorías en la costa y á las márgenes de los grandes rios, y en general en los puntos más acomodados para el tráfico. Pertenecen á las primeras fundaciones Málaga, Sevilla, Córdoba, Martos, Adra, y otros varios pueblos de Andalucía, de los cuales unos subsisten aun, otros con el tiempo han desaparecido. Fuéronse luego derramando por el interior; que no podian ser indiferentes á los oidos de aquellos comerciantes las noticias que recibian de las riquezas que el país encerraba, y de que les llevaban preciosas muestras los naturales. Cebo era éste á que no podia resistir la codicia de aquellos hombres, por otra parte de genio naturalmente emprendedor, y así determinaron entrarse tierra adentro, estableciendo de paso, segun su costumbre, almacenes y depósitos en correspondencia con los de las costas, donde acudian los bageles de Tiro á hacer sus cargamentos. Grandes debieron ser las riquezas que extranjeron de España, puesto que en aquel tiempo fué cuando adquirió la ciudad de Tiro aquella prosperidad y engrandecimiento mercantil que la hizo tan famosa. Y suponiendo

de los fenicios en España anda envuelto en mil diferentes y á las veces contradictorias versiones, de las cuales hemos adoptado la que nos parece más verosímil, y aun más justificada.

que Aristóteles hablára más como poeta que como filósofo al decir que los fenicios construian de oro y plata todos los utensilios, anclas, herramientas y vasijas de sus naves, y que hasta lo cargaban como lastre, todavía rebajando la parte hiperbólica á que pudo dejarse arrastrar ó en su entusiasmo ó en su admiracion el sesudo filósofo, infiérese que era prodigiosa la cantidad de oro y plata que aquellos asiáticos exportaban á cambio de sus mercancías; que tan desconocido ó tan desestimado era entonces de los naturales de España el valor de estos preciosos metales.

Ni se contentaron los fenicios con derramarse por la Península como enjambres industriales, ni con explorar el Océano discurriendo por la costa occidental de España, sino que se atrevieron á avanzar en sus escursiones hasta las regiones septentrionales de Europa, llegando hasta las islas Cassiteridas, segun todas las probabilidades las Sorlingas de Inglaterra, de donde traian abundancia de estaño.

Esencialmente comerciantes los fenicios, y por lo tanto más amantes de la paz que de la guerra, supónese que se presentaron ante los indígenas menos como conquistadores que como traficantes, y que para captarse el asentimiento y buena voluntad de aquellas gentes, á fin de que no se opusieran á que asentasen en su suelo, debieron emplear menos fuerza que política y astucia, cuidando de mostrarse inofensivos y dispuestos á entablar con ellos ó amistades ó alianzas.

No consta por lo menos que los indígenas opusieran resistencia abierta á la admision de estos primeros huéspedes, que sin duda acertaron á deslumbrarlos con los productos y artefactos, diges y bagatelas muchos de ellos, que de su país les trajeron y les daban á cambio y trueque de otras más positivas riquezas, no conociendo entonces aquellos hombres rústicos y groseros el valor respectivo de aquellos y de éstas. Tal fué en posteriores tiempos la conducta de estos mismos españoles, ya civilizados, con los habitantes del Nuevo Mundo.

Fueron pues los fenicios los primeros civilizadores de España, cuyo nombre lograron imponer á todo el país, sembrando en ella las ideas del comercio, de la navegacion y de las artes, con cuyo trato y ejemplo comenzaron á modificar su rudeza nativa los antiguos iberos, y á adquirir una civilizacion, aunque muy imperfecta todavía [1].

Los fenicios habian civilizado tambien la Grecia y establecido en ella colonias. Habian comunicado á los griegos sus artes y sus letras, y hécholos comerciantes y navegadores como ellos. Entre los griegos insulares distinguíanse los de Rodas por sus largas espediciones marítimas: y mientras la Grecia europea colonizaba la Calabria y la Sicilia, los griegos asiáticos comenzaron á venir á España como competidores

(1) Estrabon, lib. III. Diod. Sic., *Orbis*. Ruf. Avien., *Oræ Maritimæ*, lib. V. y VII. Pomp. Mel., *De Situ* y muchos otros.

ya de sus antiguos maestros los fenicios. Vinieron, pues, los rodios, como unos novecientos años antes de la era cristiana, y fundaron en la costa de Cataluña la ciudad de Rodas, hoy Rosas, entre Gerona y los Pirineos. Indica Estrabon haber poblado tambien los rodios las islas Gimnesias ó Baleares, y parece inferirse del nombre de *Ophiusa*, dado á la isla de Ibiza, que es tambien el nombre antiguo de Rodas.

Poco tiempo despues los focenses, navegando por los mismos mares, arribaron á las costas del país de los edetanos (en el reino de Valencia). Y segun Herodoto, un bajel de Samos, en el octavo siglo antes de J. C., fué el primero que empujado por el viento pasó el estrecho y llegó á Tartesso, donde los samios, contentos por el buen despacho que lograron dar á sus mercancías, consagraron la décima parte de su producto á la diosa Juno. Háblase con esta ocasion del viejo Argantonio, que dicen reinaba en aquella sazon sobre los tartesios, y los colmó de riquezas, aunque no logró determinarlos á que se estableciesen en el país: primer vestigio histórico que encontramos sobre el gobierno de los indígenas en aquellas épocas remotas. La noticia de este resultado estimuló á otros griegos asiáticos á venir á tentar fortuna á nuestras costas, y contribuyó al gran movimiento de navegacion y al tráfico lucrativo que se entabló entre aquellos insulares y las costas ibero-hispanas.

Tenian los focenses su principal y más rica colonia

en Marsella, sobre la costa de la Galia Meridional. Su espíritu comercial los animó á establecer algunos depósitos hácia los Pirineos, y fundaron á Ampurias bajo el espresivo nombre de *Emporion ó Mercado*. O menos políticos los griegos que los fenicios, ó menos sufridos y más fieros los indigetes que habitaban aquel país por los turdetanos de la Bética, no dejaron á los focenses apoderarse impunemente de su territorio, y solo despues de porfiadas guerras vinieron los dos pueblos á concluir un singular tratado, por el que los naturales cedian á los estrangeros una parte de su ciudad, pero con la espresa condicion de que una gruesa muralla habia de tener separada la porcion correspondiente á cada uno. Lo más admirable es que los dos pueblos observáran religiosamente tan estravagante pacto sin mezclarse ni oprimirse, gobernándose cada cual con absoluta y mútua independencia, al decir de Estrabon y Tito Livio. Y cuando los focenses se sintieron estrechos en tan reducido espacio, fieles al convenio, antes que atacar á los indigetes prefirieron hacer sentir su humor belicoso á los rodios, griegos como ellos, apoderándose de Rodas, tres siglos antes fundada. Siguieron costeando la Cataluña, y estendieron sus escursiones á lo que hoy es reino de Valencia, donde con menos oposicion de los naturales pudieron establecer algunas colonias y erigir el famoso templo de Diana, en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Denia.

No lejos de allí y en la misma costa fundaron los griegos de Zante la ciudad de Sagunto, hoy Murviedro, que tan célebre habia de ser en la historia (1).

Así los griegos en su sistema de colonizacion de la Península siguieron una marcha y órden inverso al de los fenicios. Aquellos procedieron de Oriente á Mediodía y Occidonte, estos de Mediodía y Occidente á Oriente. Parecia haberse convenido en compartirse la explotacion del Mediterráneo. Mas aunque no sabemos que ocurriesen choques ó colisiones entre estos dos pueblos rivales, conócese que los fenicios tuvieron cuidado de preservar la posesion de la Bética del dominio de los nuevos colonizadores, reservándosela esclusivamente para sí.

Civilizadores tambien los griegos difundieron entre los iberos el culto de sus dioses, y principalmente el de Diana, enseñáronles algunas artes, é introdujeron el alfabeto fenicio recibido de Cadmo y modificado y añadido por ellos, que se hizo la base del alfabeto celtíbero, como el fenicio lo habia sido del turdetano. Prevaleció en toda España el método de escribir de izquierda á derecha, al revés de los fenicios.

La colonia fenicia de Cádiz era la más antigua y la que habia prosperado más. Su engrandecimiento y su opulencia llegaron á ser mirados con envidia y con

(1) Evidentemente incurrió en grave error el P. Mariana al hacer la venida de los griegos á España anterior á la de los fenicios. Capítulos desde el XII. al XV. del lib. I.

celos por los naturales: acaso los gaditanos, desvanecidos con su poder olvidaron la benévola acogida que á los indígenas habian debido, y dejaron de tratarlos con la política y la dulzura que en el principio habian necesitado usar; tal vez ó la codicia ó el orgullo de su superioridad los arrastró á actos que ofendieran ó irritaran el ánimo levantado y firme de los españoles. Lo primero lo dice espresamente el historiador Justino (1), lo segundo lo indican otros autores, y está en el órden natural y comun de las cosas humanas. Ello es que enojados y sentidos los turdetanos movieron guerra á los de Cádiz, con intento al parecer y resolucion de arrojarlos de su suelo; é hiciéronlo con tal ímpetu y bravura, que puestos en aprieto los fenicios y desesperanzados de poder resistir á los continuados ataques y batidas de la raza indígena, ocurrióles en tal congoja volver los ojos á Cartago, ciudad de la costa de Africa, y colonia tambien de Tiro como ellos, y demandar á los cartagineses su proteccion y amparo, confiados en que acordándose de su comun orígen no los desampararian en tan apurado trance. Hiciéronles pues solemne y formal llamamiento. En mal hora lo hicieron, como muy pronto lo habremos de ver (2).

(1) Lib. XLIV. capítulo 5. *Invidentibus novæ urbis finitimis Hispaniæ populis.*

(2) Es lo único que con alguna certeza hemos podido sacar de las oscuras y confusas noticias que nos suministran las historias acerca de esta tentativa de los españoles para expulsar á sus primeros huéspedes. Sobre la época en que esto acaeciese reina tambien no poca oscuridad. Justino indica haber su-

Era Cartago, como hemos dicho, una colonia fenicia como Cádiz. Pero Cartago era ya una ciudad rica y populosa, metrópoli de la república de su nombre, la primera república conquistadora y mercantil de que hace mencion la historia. Habíase emancipado de Tiro, y héchose cabeza de una confederacion de colonias militares estendidas por la costa de Africa. Comerciantes los cartagineses como todos los fenicios, distinguíanse de los de España por su ardor guerrero, por una inquietud belicosa que los conducia, no solo á sostener por las armas sus establecimientos, sino á atacar sin piedad á cuantos á su engrandecimiento se opusieran. Su poderío marítimo era inmenso, y entendian el sistema de colonizacion mejor que ningun pueblo de la antigüedad.

Tiempo hacia que envidiaban la prosperidad de los fenicios españoles: tenian puestos los puntos sobre España, y deseaban ocasion y pretesto de fijar su planta en este país de todos apetecido. Así el senado cartaginés accedió de buen grado á dar á los de Cádiz el socorro que pedian, y aparejada una flota vinieron á combatir á la Península. Pelearon pues con los naturales en favor de los fenicios, y empleando alternativamente la fuerza y el halago, venciendo unas veces, procurando otras darse á partido con los españoles,

cedido en el reinado del hijo de Argantonio que antes hemos citado; y la primera venida de los cartagineses á España puede fijarse con probabilidad hácia el siglo VI antes de nuestra era.

cuyo brío en más de una ocasion esperimentaron, lograron al fin ocupar algunos puntos de las playas de la Bética.

Miras no menos avanzadas ni más generosas traian respecto á los fenicios en cuyo auxilio acudieran. Llevados del pensamiento, propio solo de corazones desleales, de expulsar de la Península aquellos mismos á quienes debian el pisar la tierra de España, á aquellos mismos hermanos que los habian invocado por auxiliadores, sin tener en cuenta ni los vínculos del antiguo parentesco, ni los lazos de la reciente amistad, acometieron su principal ciudad y atacaron á Cádiz con el interés y empeño de quienes parecia mirar su conquista como la base del futuro señorío de toda España, que ya entonces sin duda entraba en sus proyectos y designios. Debieron no obstante encontrar no poca resistencia en la metrópoli de las colonias hispanofenicias, y hubo de costarles algunos meses de asedio, puesto que para derribar sus muros tuvieron que emplear una de las más formidables máquinas de batir que conocieron los antiguos, el ariete, por primera vez mencionado en la historia (1). Mas al fin tomaron á Cádiz, y desposesionaron y lanzaron á los fenicios de la más rica ciudad y del más fuerte atrincheramiento que en España tenian, y que ya no trataron de recobrar. Con esto acabó su dominacion en la Pe-

(1) Vitrub. l. N., c. 19.

nínsula ibérica. ¡Felonía insigne de parte de los cartagineses, de que más adelante habian de dar aquellos africanos más de un ejemplo! Sucedió esto á los 252 años de la fundacion de Roma, y 501 antes de J. C. Dueños los cartagineses de Cádiz, fuéles ya fácil estenderse por el risueño litoral de la Bética. Su sistema era ir asegurando militarmente las posesiones que adquirian, fortificándolas y poniendo en ellas guarniciones. Hubieran acaso emprendido entonces la conquista del país, si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á diferir este pensamiento para ocasion más oportuna. Antes calculando que la amistad y alianza de los españoles podria servirles de gran provecho y ayuda para las empresas en que la república andaba por otras regiones empeñada, estrecharon con ellos relaciones y tratos y fingiéronse amigos, hasta el punto de conseguir de los incautos y crédulos españoles que les facilitasen riquezas y soldados.

Habíanse dedicado los cartagineses á dilatar su imperio y dominacion por el Mediterráneo, donde tenian los griegos numerosas y ricas colonias, y por lo tanto veian éstos con recelo y de mal ojo el afan con que los de Cartago pretendian el señorío de aquellos mares, y temian la rivalidad de un pueblo conocido ya por su poder y por su crueldad fria y calculada. Desde 550 hasta 480 antes de J. C. aparecen posesionados de Cerdeña; y aliándose con los tirrenios arro-

jan tambien de Córcega á los griegos focenses, obligándolos á refugiarse entre sus hermanos de Marsella; y revolviendo despues contra los mismos tirrenios sus aliados, cuyos progresos marítimos veian con envidia, los atacan á su vez y les toman todas sus posesiones insulares del Mediterráneo. Aparecen tambien sometidas á su dominio las islas Gymnesias ó Baleares, no sin que les costára ser alguna vez rechazados á pedradas por sus célebres honderos [1].

Entonces fué cuando las colonias griegas de España comenzaron á temer la peligrosa rivalidad de los cartagineses, y se dispusieron á aliarse con los romanos, que ya en aquel tiempo se mostraban poderosos, y ya se habian encontrado en los mares con los cartagineses. Debemos al griego Polibio el conocimiento del más antiguo tratado que la historia menciona entre los dos pueblos [2]. Sin embargo, ni en esta estipulacion

(1) Herodot., lib. I. Estrabon, l. III. Diod. Sic., l. V.

(2) La letra del tratado traducida del latin bárbaro, decia así: «Entre los romanos y sus aliados y entre los cartagineses y los suyos habrá alianza bajo las siguientes condiciones: que los romanos ni sus aliados del Latium no navegarán más allá del gran Promontorio, á no ser que á ello se vean obligados por sus enemigos ó arrojados por las tempestades: que en este último caso no les será permitido comprar ni tomar nada, sino lo precisamente necesario para avituallar sus naves ó para el culto de los dioses, y que no podrán permanecer más de cinco dias: que los que vayan á comerciar no podrán concluir negociacion alguna sino en presencia de un pregonero y un notario: que todo cuanto se venda delante de estos testigos se considerará bajo la seguridad de la fé pública, ya se verifique en el mercado de África, ya en el de Cerdeña: que si algunos romanos arribaran á la parte de la Sicilia que se halla sometida á Cartago, gozarán de los mismos derechos que los cartagineses: que estos por su parte no inquietarán de modo alguno á los anciotas, los ardeanos, los laurentinos, los circeyanos, los terracinenses ni otro alguno de los pueblos latinos que obedezcan á los romanos: que si hay algunos que no estén bajo la dominacion romana, los cartagineses no combatirán

ni en otra que se celebró despues se menciona á España. Acaso entraba en la recelosa y reservada política de los cartagineses no llamar sobre ella la atencion de los romanos.

En el año 480, famoso por la espedicion de Xerjes, hallaron buena ocasion los de Cartago para abatir el poderío marítimo de los griegos, valiéndose de la alianza de aquel poderoso rey para ingerirse de su cuenta en Sicilia, de donde tuvo principio aquella larga série de guerras sicilianas, de que á nosotros no nos toca sino apuntar la parte que en ellas cupo á los españoles. Durante aquellas sangrientas luchas no cesaban los cartagineses de levantar gente en las provincias de España, prestándose los españoles con increible generosidad á servirles de auxiliares. Así vemos en 413 á Anibal Gisgon venir á España en busca de socorros para acometer á los siracusanos. En 411 ser los españoles los primeros en dar el asalto á Selinonte como auxiliares. En 396 acudir un considerable ejército español para reparar sus pérdidas de Sicilia [1]. Así más adelante los vemos en el sitio de Agrigento dar la victoria á los cartagineses, cuando ya los llevaban en derrota las tropas del tirano Dionisio. Así todavía despues hallamos á un senador de Cartago recurriendo de nuevo á España en demanda de socorros

sus ciudades: que si toman alguna, la entregarán á los romanos sin restriccion: que no construirán fortalezas en el pais de los latinos, y que si entran armados en una plaza, no pasarán en ella la noche.» Polib., lib. III.

(1) Diod. Sicul., lib. II.

con que poder indemnizarse de los desastres de Sicilia. ¡Triste suerte la de España, estar sacrificando á sus hijos en lejanas tierras en favor de fingidos aliados, á quienes daban triunfos, para que vinieran despues á imponerles el yugo de su tiranía!

En aquella misma Sicilia estalló en 624 una lucha de que habia de depender más tarde la suerte de España. Hallábase entonces aquella isla dividida entre los cartagineses, los siracusanos y los mamertinos. Apurados estos por Geron, rey de Siracusa, iban á entregarle su última ciudad, cuando receloso Anibal, general entonces de los cartagineses, del creciente poder de Geron envió tropas á Messina. Colocados así los mamertinos entre dos enemigos poderosos, en su conflicto, como campanios que eran, pidieron auxilio á Roma. Tal fué el orígen de la *primera guerra púnica*, que duró 24 años, y que despues de mucha sangre vertida, costó á los cartagineses tesoros inmensos y la pérdida de Sicilia y Cerdeña, de donde tuvieron que salir ajustada una paz bajo durísimas condiciones.

Dos propósitos formaron entonces los cartagineses: el de indemnizarse en España de las pérdidas y desastres de Sicilia, y el de buscar en esta region un nuevo campo en que vengarse de los romanos sus vencedores. Lo primero lo exigia la necesidad, lo segundo el orgullo humillado de la república. Resolvióse pues la conquista de España.

Pero antes tuvieron los cartagineses que dar cima

á otra guerra que se suscitó en su propio país, la guerra de los mercenarios. Debemos decir dos palabras de lo que fué esta guerra horrible. Ella nos dará idea del carácter de los que vinieron en seguida á dominar nuestro suelo.

Ajustada con Roma la paz de Sicilia, Cartago trató de licenciar las tropas mercenarias, que le eran ya gravosas. Amotináronse éstas reclamando sus sueldos atrasados. Aquellas feroces bandas, procedentes de diferentes pueblos, que se espresaban en multitud de idiomas, excitaron y arrastraron tras sí á las ciudades africanas, irritadas entonces por el exceso de los tributos. Juntáronse pues á los veinte mil estipendiarios setenta mil africanos, y Cartago se vió asediada por este ejército formidable de rebeldes. Encomendó el senado su salvacion á Amilcar Barca, que se habia distinguido en las guerras de Sicilia. Amilcar soborna con dinero á los numidas, y priva á los rebeldes del auxilio de la caballería; pero irritados éstos, aprisionan á Giscon que habia ido á tratar con ellos, y mutilándole y desjarretándole, lo mismo que á otros setecientos cartagineses, los precipitan en el fondo de un abismo. Amilcar por via de represalias, arroja á las fieras todos sus prisioneros, y cercando á los rebeldes los reduce al estremo de devorarse de hambre unos á otros. En tan apurado trance acuden los gefes á Amilcar en solicitud de paz. Amilcar la otorga á condicion de que le entreguen en rehenes las diez



personas que él escogiera. Convenido que hubieron aquellos, «pues bien, les dijo Amilcar, esas diez personas sois vosotros:» y apoderándose de ellos los hace crucificar. Privados los rebeldes de sus caudillos, fueron degollados hasta cuarenta mil. Otros sirvieron de diversion á los habitantes de Cartago, que en sus espectáculos gozaban con la muerte horrorosa que les hacian sufrir. Así terminó la famosa y horrible guerra llamada *de los mercenarios* (1).

Concluida la cual, y en el año 238 antes de nuestra era, acordó el senado enviar á aquel mismo Amilcar Barca á la conquista de España, donde hasta entonces se habian limitado los cartagineses á fundar colonias en el litoral, y á servirse de las alianzas con los pueblos ó tribus comarcanas para reclutar auxiliares y enviarlos á la expedicion de Sicilia.

(1) Polib., lib. I.

CAPÍTULO III.

AMILCAR, ASDRUBAL, ANIBAL.

De 228 antes de J. C. á 219.

Conquistas de Amilcar.—Fundacion de Barcelona.—Guerras con los indígenas.—Triunfos del cartaginés.—Es derrotado.—Su muerte.—Sucédele Asdrúbal.—Su conducta en España.—Funda á Cartagena.—Es asesinado por un esclavo.—Anibal.—Retrato moral de este famoso guerrero.—Subyuga á los olcadas, arevacos, carpetanos y vaccéos.—Amenaza á Sagunto.—Pretesto de la guerra.—Embajada de los saguntinos á Roma.—Su resultado.—Conducta del senado cartaginés.—Guerra saguntina.—Heroicidad asombrosa de los saguntinos.—Combates.—Destruccion de la ciudad.—Ultimo ejemplo de heroismo.—Inescusable proceder de Roma.

Era llegado para los cartagineses el momento de emprender sériamente y á las claras la conquista de España. Roma los habia privado de una Sicilia, y necesitaban oponer una España á Roma.

Rápidas y activas fueron las primeras operaciones de Amilcar. En el primer año recorrió la Bética por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, imponiendo tributos á nombre de Cartago. Al siguiente dirigió sus armas á la costa oriental, y sujetó á los bastetanos y contestanos, pueblos hoy de las provincias de Almería, Murcia y Valencia. Enviáronle los saguntinos una embajada, ó recordándole ó haciéndole sa-



ber que eran aliados de los romanos. No faltarian al cartaginés deseos de acometer á Sagunto, por la misma razon que ella exponia para ser respetada: mas no pareciéndole todavía tiempo y sazon para inquietar á las colonias griegas aliadas de Roma, disimuló por entonces, y prosiguió hácia el Ebro, donde se detuvo á celebrar con fiestas y regocijos las bodas de su hija Himilce con Asdrubal su deudo.

Importábale principalmente á Amilcar la ocupacion del litoral para sostener el comercio marítimo de que era tan cuidadosa Cartago. Hasta entonces habia seguido la política de no atacar á los que á él no le hostilizaban. Conveníale mostrarse dispuesto á hacer alianzas, y no desechaba las que se le ofrecian.

Desde el Ebro prosiguió con su gente hácia los Pirineos, y en la region de los laletanos echó los cimientos de Barcelona, que el fundador llamó Barcino, nombre patronímico de su linage.

Llevaba ya el pensamiento de hacer la guerra á Italia tan luego como acabara de sujetar la España (1). y por lo mismo procuró desde aquellos puntos ganarse á fuerza de oro y de dádivas las voluntades de los galos, cuya amistad conocia de cuanto provecho podria serle para cuando llegara aquel caso. Mas de todos estos pensamientos vino á distraerle la noticia de que los tartesios y los célticos del Cunéo se habian levan-

(1) *Cum in Italiam bellum inferre meditaretur.* Cornel Nepot.

tado con propósito de defender su independencia amenazada. Capitaneábalos Istolacio, varon principal entre ellos. Acudió Amilcar, los derrotó, devastó sus campos y condenó á Istolacio al suplicio de cruz. Entróse luego por las tierras de los lusitanos y de los vettones, donde en lugar de aliados encontró tambien cincuenta mil combatientes que le esperaban mandados por Indortes. No fué menos feliz el cartaginés en esta segunda campaña que en la primera. Más fogosos aquellos españoles que hábiles y diestros para resistir á tropas disciplinadas, fueron igualmente arrollados. Asustó ya no obstante á Amilcar la energía feroz de aquellos bárbaros. Grande debió ser el número de prisioneros, cuando se cuenta que dió libertad á diez mil, acaso por atraer aquellas gentes ostentándose generoso, acaso tambien por desconfiar de ellos. Indortes, que habia podido huir, cayó despues en poder de los cartagineses, que le hicieron sufrir muerte de cruz como á Istolacio. Primeras y desgraciadas tentativas de independencia.

Triunfante Amilcar, revolvió otra vez sobre la costa oriental, donde habia hecho construir una fortaleza, que por estar sobre una roca blanquecina se llamó Acra-Leuka, donde hoy está Peñíscola. Allí tenia sus arsenales y almacenes, sus elefantes y municiones. Desde allí se comunicaba libremente con Cartago, y mantenia en respeto las colonias marsellesas de los griegos, aliadas de Roma. Allí crecia el jóven

Anibal, su hijo, á quien habia traido consigo de edad de nueve años. Pronto iba á encontrar Amilcar resistencia más vigorosa que la que habia hallado hasta entonces.

Bloqueaba el cartaginés una ciudad nombrada *Hélice* ó *Velice*, la antigua *Bellia*, que creemos con fundamento fuese Belchite [1]. Llamaron los beliones en su socorro á otros celtíberos, que á su llamamiento acudieron á darles ayuda. Uno de sus caudillos ó régulos, nombrado Orisson, fingióse amigo y auxiliar de Amilcar, y pasó á su campo con un cuerpo de tropas, pero con la intencion y designio de volverse contra él cuando viese ocasion y oportunidad. Notable y estraña fué la estratagema de que los españoles entonces se valieron. Delante de las filas colocaron gran número de carros tirados por bravos novillos, á cuyas astas ataron haces embreados de paja ó leña. Encendiéronlos al comenzar la refriega, y furiosamente embravecidos los novillos con el fuego, metiéronse por las filas de los cartagineses que enfrente tenian, causando horrible espanto á los elefantes y caballos y desordenándolo todo. Cargan entonces los confederados sobre el enemigo, y aprovechando Orisson el momento oportuno únese á los celtíberos y hace en los cartagineses horrible matanza y estrago. El mismo Amilcar pereció, segun unos ahogado con su caballo

(1) El historiador Romey supone que fuese *Ilici*, hoy Elche, equivocando á *Ilici* con *Hélice*.

al atravesar un rio, segun otros peleando con los beliones (1). Los restos del ejército cartaginés se refugiaron á Acra-Leuka.

Así pereció Amilcar, despues de haber empleado cerca de nueve años en la conquista de España. Gran capitan era Amilcar, y su muerte causó no poca pesadumbre á los soldados, que reunidos en Acra-Leuka nombraron por sucesor suyo á Asdrúbal, su yerno. No hubo la misma conformidad de pareceres en el senado cartaginés, dividido como estaba entre las dos celosas y rivales familias de los Hannon y los Barca. Prevaleció al fin despues de acalorados debates el partido de estos últimos, como en todas las deliberaciones acaecia, y Asdrúbal quedó nombrado gobernador de España.

Deseoso Asdrúbal de vengar la muerte de su suegro y de castigar la traicion de Orisson, entróse por las tierras de Hélice llevándolo todo á sangre y fuego, y tomó varias ciudades. Créese que Orisson cayó en su poder, y que el cartaginés logró satisfacer su venganza: la historia no vuelve á hablar de aquel caudillo. Pero bien fuese que la resistencia de los

(1) No con los *vettones*, como sienta Cornelio Nepote, que escribió *beteones* y *belones* por *beliones*.

Un historiador estrangero se admira de que los españoles condenen por desleal la fingida alianza y la conducta de Orisson con unas gentes para quienes todos los medios de conquista eran buenos. Los españoles reprobamos siempre las traiciones de donde quiera que vengan, sin que desconozcamos que no era muy digno de ser tratado con lealtad el que tan alevosamente se habia apoderado en Africa de los gefes de los mercenarios y tan cruelmente los sacrificó.

pueblos del interior obligara á Asdrúbal á ajustar tratos de paz, bien que entrara en su sistema granjearse con la afabilidad y la política á sus moradores, dióse á entablar con ellos alianzas, y más que de adquirir cuidó de asegurar las posesiones cartaginesas.

Quiso erigir en frente de Africa una nueva Cartago, una Cartago española, que fuese la cabeza y asiento del gobierno en estas provincias, y fundó á Cartagena, plaza importante de guerra, y puerto cómodo para el comercio con la metrópoli.

Temiendo entonces las colonias griegas del Mediterráneo la peligrosa vecindad de tan poderoso enemigo, solicitaron la proteccion de Roma, que viendo ya con celos los progresos de la república cartaginesa en España, oyó fácilmente sus votos y envió una embajada á Cartago para obtener un tratado que diese seguridad á los pueblos que bajo su alianza vivian. Estipulóse pues un concierto entre Cartago y Roma, por el que se fijaba el Ebro por término y límite á las conquistas cartaginesas en España, y obligábanse además los cartagineses á respetar y mantener inviolables la libertad y territorio de Sagunto y demás ciudades griegas.

Comprometido así Asdrúbal por todos lados con recientes capitulaciones, no intentó nuevas conquistas sobre los indígenas. No sabemos hasta qué punto hubiera respetado aquel convenio si hubiera alcanzado mas larga vida. Abreviósela el esclavo de un noble

celtíbero, que en venganza de la muerte que el cartaginés habia dado á su señor, al cual unos nombran Tago y otros opinan fuese el mismo Orisson, dió de puñaladas á Asdrúbal al mismo pié de los altares en que se hallaba sacrificando. Duró cerca de ocho años el gobierno de Asdrúbal en España.

Muerto Asdrúbal, el ejército y el senado anduvieron acordes en nombrar sucesor á su hijo Aníbal, que contaba entonces sobre veinte y seis años de edad, á quien su padre habia hecho jurar de niño sobre los altares de los dioses ódio eterno é implacable á Roma.

Educado entre el ruido de las armas, endurecido su cuerpo en el ejercicio de la guerra de Espaaa, su maestra en el arte militar, como la llama Floro, codicioso de gloria, de ánimo arrogante y esforzado, tan sereno en los peligros, como audáz en los combates, tan enérgico como prudente y tan avisado como brioso, reconocido por el mejor ginete y por el mejor peon de todo el ejército, tan hábil para formar el plan de una expedicion como activo para ejecutarle, tan dispuesto á saber obedecer como apto para saber mandar, tan paciente y sufrido para el frio y el calor como sóbrio y templado en el comer y en el beber, modesto en el vestir y acostumbrado á dormir sobre el duro suelo, el primero siempre en el ataque y el último en la retirada, con aventajada y sobresaliente disposicion para las cosas más inconexas, no pudiera la república haber encomendado á manos más hábiles

y dignas la suerte de las armas y el engrandecimiento de sus conquistas: que la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y la perfidia, la falta de temor á los dioses y de respeto á la religion y á la santidad del juramento, no debian servir de reparo y escrúpulo al senado cartaginés, con tal que en pró de la república los empleára (1).

Necesitaba Anibal un vasto campo en que desplegar sus grandes dotes de guerrero. Odiaba á Roma, y deseaba abatir su orgullo. Habia en Cartago una faccion rival de su familia, y conveníale acallarla con hechos brillantes. Sin embargo, como la grande empresa que contra Italia meditaba exigia prudencia y preparacion, antes de medir sus fuerzas con Roma quiso mostrarse señor de España, y á este fin y al de ejercitar sus tropas é imponer ú obediencia ó respeto á los naturales, llevó primeramente sus armas contra los olcadas, que habitaban á las márgenes del Tajo, y los subyugó fácilmente. Internóse en otra segunda expedicion en las tierras de los carpetanos y de los vaccéos, taló sus pingües campos, rindió varias ciudades, y llegó hasta Elmantica ó Salamanca; cuyos habitantes obligó á huir con sus mugeres y sus hijos á las vecinas sierras, de donde luego los permitió volver bajo palabra de que servirian á los cartagineses con lealtad. De vuelta de esta expedicion pasó

(1) Tito Livio nos dejó el retrato moral de Anibal en el lib. XXI., c. 4, de donde le hemos tomado.

á la capital de los arevacos, que tomó tambien. Mas cuando cargado de despojos regresaba de todas estas escursiones á Cartagena, atreviéronse á acometerle á las orillas del Tajo los olcadas y carpetanos en bastante número reunidos, y aun le desordenaron la retaguardia y rescataron gran parte del botin. Triunfo que pagaron caro al siguiente dia, en que Anibal les hizo ver bien á su costa cuán superiores eran las tropas disciplinadas y aguerridas á una multitud falta de organizacion, por briosa que fuese, que lo era en verdad; y en las páginas de Polibio quedaron consignados elogios grandes del valor y arrojo que en aquella ocasion mostraron los españoles.

Pero estas pequeñas conquistas no eran sino los preludios de la gigantesca empresa que en su ánimo traia, la de medir sus armas con los romanos, y atacar á Roma en el corazon mismo de la Italia. Faltábale un pretesto, y le tomó de las diferencias en que sobre límites de territorio andaban tiempo hacia envueltos los de Sagunto con sus vecinos los turboletas [1]. No era Anibal hombre de quien se pudiera esperar que respetára las obligaciones del asiento con que las dos repúblicas se habian comprometido respecto de Sagunto; de presumir es que le hubiera

(1) No los turdetanos, como escribió por equivocacion Tito Livio, á quien siguió en el mismo error Mariana. Los turdetanos estaban demasiado distantes para haber entre ellos y los saguntinos cuestiones sobre lindes de territorio.

quebrantado de todos modos, pero cuadrábale bien encontrar algo con que poder cohonestar la guerra, y declarándose en favor de los de Turbia escribió al senado pintando á los saguntinos como injustos inquietadores de sus vecinos y como infractores del tratado, ó acaso más bien como instigados secretamente por Roma, interesada en turbar la paz de sus aliados, pidiéndole al propio tiempo autorizacion para vengar la injuria de Sagunto. Otorgóscla el senado, y aprestóse el ambicioso general á la campaña.

Viéndose amenazados los saguntinos, enviaron legados á Roma, esponiendo la congoja en que por su alianza se hallaban, y reclamando su auxilio. Contentóse el senado romano con espedir una embajada á Anibal recordándole el respeto que debia á una colonia aliada suya y requiriéndole de paz. Mas antes de tener efecto esta resolucion, súpose en Roma que ya Anibal se hallaba ante los muros de Sagunto, con un ejército que Tito Livio hace subir á ciento cincuenta mil hombres, provisto de todo género de máquinas é ingenios de guerra. Con esta nueva apresuróse Roma á enviar diputados al campamento de Anibal para que protestáran contra tan inícua agresion, y si continuaba las hostilidades reclamasen al senado cartaginés su persona como infractor de los tratados. Anibal entretanto atacaba con el ardor y fogosidad de un jóven guerrero, y los saguntinos se defendian con valor y denuedo prodigioso. Cuando llegó la embajada, dió á

los legados una respuesta ó evasiva ó dilatoria, y los envió á que expusieran su egravio ante el senado, de quien no obtuvieron más favorable acogida.

Continuando Anibal el asedio, hacia jugar contra los muros de Sagunto todas las máquinas de batir. No solo contestaban los sitiadores con armas arrojadizas, sino que hacian salidas vigorosas que solian costar mucha gente y mucha sangre á los cartagineses. Un dia quiso Anibal hacer alarde de confianza, y acercándose imprudentemente al muro, asestáronle un dardo, que clavándosele en la parte anterior del muslo le hizo caer en tierra. Por algunos dias, mientras el general se curaba de su herida, se suspendió la lid, pero no las obras de ataque. Aprovechando esta ocasion los saguntinos despacharon segunda embajada á Roma apretando por el envio de pronto socorro, porque era urgente su necesidad. Otra vez se contentó el senado romano con enviar legados á Anibal, que en su mal humor ni siquiera se dignó recibirlos, limitándose á hacerles entender que no era prudente para ellos acercarse al campamento, ni ocasion para él de atender á embajadas: con lo que hubieron de reembarcarse para Cartago á esponer de nuevo al senado su querella.

Eran los momentos en que, restablecido el general africano de su herida, habia vuelto con más furor al ataque, jurando no darse reposo ni descanso hasta ser dueño de la ciudad. Los arietes y las catapultas



iban derribando las torres y las cortinas del muro, más cuando los cartagineses creian poder penetrar en la ciudad por las anchas brechas abiertas, hallaban á los saguntinos parapetados en los escombros, ú oponiéndoles sus pechos sobre las mismas murallas, ó echando mano á la terrible arma llamada *falárica*, hacian estrago grande en los sitiadores y solian rechazarlos y reducirlos á su campamento.

Debatíase en tanto en el senado cartaginés la reclamacion de los enviados del de Roma. No faltaron senadores que habláran enérgicamente contra la conducta de Anibal y del senado mismo. «Antes de ahora «os he advertido muchas veces, decia Hannon, y os «he suplicado por los dioses, que no pusiéseis al fren«te de los ejércitos ningun pariente de Amilcar, por«que ni los manes ni los hijos de este hombre pueden «jamás estar quietos: y no debeis contar con la ob«servancia de los tratados y de las alianzas mientras «viva algun descendiente ó heredero del nombre de «los Barcas. Habeis no obstante enviado al ejército de «España un general jóven, ansioso de mandar, y que «conoce muy bien que el medio más seguro de con«seguirlo, después de terminada una guerra, es der«ramar las semillas de otra para vivir siempre entre «el hierro y las legiones, con lo que habeis encendido «un fuego que en breve os ha de abrasar. Vuestros «ejércitos están en torno de Sagunto, de donde los ar«rojan los pactos y convenciones que habeis hecho, y

«no se pasarán muchos dias sin que vengan las legiones «romanas á sitiar á Cartago, guiadas y protegidas por «los mismos dioses, con cuyo auxilio se vengarán de la «fé burlada del primer tratado en que fundais vuestra «confianza..... La ruina de Cartago (decia después), y «ojalá sea yo un falso profeta, caerá sobre nuestras «cabezas, y la guerra que hemos emprendido y co«menzado con los saguntinos tendremos que acabarla «con los romanos..... (1).»

Pero la voz de Hannon se ahogó como siempre entre la mayoría del partido de los Barcas, y el senado dió por toda respuesta que las cosas habian llegado á aquel estremo, no por culpa de Anibal, sino de los saguntinos. Con lo que el general cartaginés continuó obrando, más robustecido de autoridad, si alguna le faltaba, y con aquella fuerza indomable de voluntad en que nadie escedió á aquel insigne africano.

Un reposo momentáneo habian gozado los de Sagunto, mientras Anibal hubo de acudir á sosegar á los oretanos y carpetanos, que se habian alterado y tomado las armas por el rigor que los cartagineses empleaban para levantar gente en aquellas tierras. Pero tardó poco en sujetarlos, y volvió á dirigir el sitio en persona. Hizo arrimar á la muralla una gran torre de madera, que escedia en altura á los más elevados muros de la ciudad. Llovian desde ella so-

(1) Tit. Liv. lib. XXI., c. 5.

bre los sitiados dardos y venablos y todo género de proyectiles. A los continuados golpes de los arietes, de las catapultas y ballestas caian con estrépito desplomados los muros, sin que por eso los bravos saguntinos desmayáran, ya levantando nuevas torres, ya retirándose al centro de la ciudad, que iba quedando reducida á estrechísimo recinto, y defendiéndose heróicamente parapetados en los escombros de las murallas y de sus casas mismas. Acosábalos ya tanto el hambre como el hierro enemigo. Tan congojosa estremidad movió los corazones de dos hombres generosos, cuyos nombres celebramos nos haya conservado la historia, Alcon y Alorco, saguntino el primero, español el segundo que servia en las filas de Anibal, los cuales sin conocimiento de los sitiados y obedeciendo solo á su buen deseo, entablaron tratados de paz con los cartagineses. Más las condiciones que estos èxigian eran tan duras y pareciéronles á los saguntinos tan humillantes, que cuando les fueron noticiadas llenáronse de santa indignacion y enojo. Entonces fué cuando formaron la resolucion heróica de perecer antes que sucumbir y de darse á sí mismos la muerte antes que sufrir la esclavitud. Diéronse á recoger cuanto oro y plata, y cuantas alhajas y prendas de valor en sus casas tenian, y prepararon en la plaza pública una inmensa hoguera.

Pero antes, segun Appiano nos refiere, quisieron hacer el último esfuerzo de la desesperacion en la

única noche que ya les quedaba, intentando una salida vigorosa. Noche fué aquella de horrible carnicería y espanto, en que sitiadores y sitiados empaparon la tierra abundantemente con su sangre. No pudieron vencer los saguntinos, porque era ya imposible que venciesen, y recurrieron á la hoguera. Arrojáronse muchos á las llamas, que consumian alhajas y héroes á un tiempo. Imitábanlos sus mugeres, y algunas hundian antes los puñales en los pechos de sus hijos. Cuando entraron los cartagineses los sorprendieron en esta sangrienta tarea. Horror y espanto debió causar su obra á los vencedores, á los dominadores de cadáveres, de ruinas y de escombros.

Así pereció Sagunto (1), despues de ocho meses de asedio (534 de Roma, 219 antes de J. C.) Primer ejemplo de aquella fiereza indomable que tantas veces habrá de distinguir al pueblo español, (que por españoles contamos ya á los saguntinos, aunque griegos de orígen, despues de más de cuatro siglos que vivian en nuestro suelo, como nadie ha dudado llamar africanos á los cartagineses, por más que fuesen una colonia de Tiro), y glorioso aunque triste monumento de la fidelidad que supieron guardar á los romanos (2). Fidelidad inmerecida, y borron eterno para Roma, que tan mal correspondió á tanta constancia y

(1) Polibio, Appiano, Livio, Plutarco, Floro y otros.

(2) *Fidei erga romanos magnum quidem sed triste monumentum.* Flor. Epit. lib. II.

lealtad. Con razon murmuraban los romanos mismos la lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ consulitur, Saguntum espugnatur*, se decia en Roma, y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heróica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandeza; la historia conservará perpétuamente la memoria de su heroismo.

CAPÍTULO IV.

ANIBAL EN ITALIA: LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA.

De 219 antes de J. C. á 211.

Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Prodigiosa marcha de Anibal.—Los Pirineos.—Los Alpes.—Sorpresa de Roma.—Combates y triunfos de Anibal.—En el Tesino.—En Trebia.—En Trasimeno.—En Cannas.—Susto y terror de Roma.—Anibal en Capua.—Venida de Cneo Escipion á España.—Bate al cartaginés Hannon y le derrota.—Venida del cónsul romano Publio Escipion, hermano de Cneo.—Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.—Los Escipiones se apoderan de Sagunto.—Angustiosa situacion de los cartagineses.—Se recobran y vencen en dos grandes batallas.—Masinisa.—Mueren los dos Escipiones.—Congoja de los romanos.—Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio.—Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.—Claudio Neron en España.

Hondo disgusto y emocion profunda causó en Roma la noticia de la destruccion de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábanse ya ver el intrépido africano franqueando los Alpes, y aun se le representaban á las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entonces de cuánto era capaz el jóven capitan cartaginés. Lo que al senado inspiró terror, produjo indignacion en

los ciudadanos: acusábanle estos de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada, y de haber comprometido el buen nombre de la república: difícilmente podia el senado justificarse de estos cargos. Era ya la guerra una necesidad; la guerra estaba en el sentimiento público, y pueblo y senado unánimemente la resolvieron.

Todavía sin embargo envió Roma nueva embajada al senado cartaginés para preguntar si la destruccion de Sagunto habia sido obra de Anibal solo, ó si habia obrado con acuerdo y de mandato de la república. Estraña insistencia, que solo puede comprenderse por el estudio y conato de Roma en hacer más y más patente á los ojos del mundo la justicia y fundamento de la guerra que iba á emprender. La respuesta no fué ni más esplícita ni más satisfactoria que las anteriores. Entonces uno de los cinco enviados romanos, y á lo que parece el principal entre ellos, Quinto Fabio Máximo, plegando la hálda de su toga y estendiendo el brazo, «Senadores, les dijo, aquí os traigo la paz y la guerra; escoged.—Elige tú mismo, le respondieron á una voz.—Pues bien, elijo la guerra, contestó soltando el manto.—La aceptamos, esclamaron todos.» La segunda guerra púnica entre Roma y Cartago quedó declarada.

Vinieron entonces á España aquellos mismos embajadores romanos al propósito de negociar alianzas con los naturales del país, y remontando por la ribera

del Ebro, fácilmente se granjearon la amistad de los bargusios, pueblos cercanos á los ilergetes, que disgustados de la dominacion cartaginesa deseaban cambiar y mejorar de fortuna. Otras pequeñas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro abrazaron á ejemplo de los de Bargusia el partido de Roma. No así los volcios, que con desdeñosa mofa: «Id, les dijeron, id «á buscar aliados allá donde la suerte de los saguntinos sea ignorada. Las ruinas de aquella desgraciada «ciudad son para todos los pueblos de España una «leccion saludable, que les enseña lo que se puede «fiar del senado y del pueblo romano [1].» Dura y áspera respuesta, pero harto bien merecida, y en bocas rústicas admirable. Iguales ó parecidas contestaciones recibieron de otros pueblos de España. Disgustados de este desabrimiento los senadores, dejaron la Península, y partiéronse á la Galia Narbonense, donde en vano solicitaron tambien de aquellas gentes la declaracion de negar á Aníbal el paso por sus tierras, si por acaso, como temian, se dirigiese por allí á Italia. Limitáronse los galos prudentemente á guardar neutralidad, sin dejar por eso de aparejarse en armas, y estar preparados para lo que acontecer pudiese; con lo que más y más desazonados aquellos negociadores tuvieron por bien regresar á Roma por Marsella.

(1) Polib. lib. III.

Anibal, retirado á cuarteles de invierno en Cartagena despues de la toma de Sagunto, habia concedido licencias temporales á sus tropas, con la órden de que se hallasen de nuevo reunidas en aquella ciudad en la primavera inmediata. Admirable organizacion de los ejércitos de aquel tiempo, en que siendo el servicio de las armas un contrato voluntario entre los soldados y los gefes, la religion del juramento era la que mantenia la disciplina. Aprovechó él mismo aquel descanso para ir á dar gracias á los dioses en el templo de Hércules de Cádiz, y ofrecerles nuevos sacrificios y votos para que le asistiesen propicios en la grande empresa que meditaba.

Hecho esto y llegada la primavera, reunidas otra vez en Cartagena sus tropas, enviados á Africa sobre quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, y traidos de allí casi otros tantos africanos para la defensa de España que encomendó á su hermano Asdrúbal, dejándole además cincuenta galeras que poder oponer á las fuerzas marítimas de los romanos, recogidos los rehenes de las ciudades confederadas en el castillo de Sagunto que confió al cartaginés Bostar, púsose en marcha á la cabeza de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Franquea el Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones: sujeta de paso á los ilergetes, á los bargusios, á los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannon la defensa de los paises

situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres, entrega á Andubal, rico español con quien habia hecho amistad, los bagages del ejército, y metióse por las asperezas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpetanos, disgustados de verse llevar á tierras tan lejanas, habian abandonado sus banderas, y lejos de mostrar desazon por ello, licenció espontáneamente á otros siete mil españoles que conoció le seguian de mal grado, con cuyo ardid hizo entender que habia licenciado tambien á los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa pues los Pirineos, sujeta ó tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa á orillas del Ródano.

Verifica luego el paso de este rio, y se dispone á salvar los Alpes cubiertos de nieve (octubre de 218 A. de J. C.) Empresa espantosa, y hasta entonce sin ejemplo. Pero ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que á cada paso le arman aquellos montañeses. De todo triunfa y todo lo arrolla, y todos le siguen; porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en sueños y le ha prometido la victoria, y trazádole las roscas de una serpiente el sendero que debe seguir. Remonta la cumbre de los Alpes, y enseña con alegría á los soldados las fértiles llanuras del Pó, y les señala el punto donde debe hallarse Roma. Desciende aquellos terri-

bles desfiladeros, entra en el país de los taurinos, y baja hácia el Pó. Es la marcha más atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Anibal no la habia hecho impunemente: del grande ejército que habia sacado de Cartagena solo le quedaban veinte mil infantes y seis mil caballos [1]. Pero eran soldados á prueba ya de fatigas y de intemperies, que lejos además de su patria necesitaban vencer ó morir: fiaban en la esperiencia y el valor de su general; este contaba tambien con las buenas disposiciones de los galos en su favor; y por último Anibal estaba en Italia, y veia cumplidos sus sueños dorados.

Roma no habia podido imaginar ni tanta audacia ni tanta rapidez. Creíale todavía en España. Asombrado se quedó el cónsul Escipion cuando supo que los cartagineses habian atravesado el Ródano. El primer pensamiento de Roma al declarar la guerra habia sido mandar un ejército á España al mando de Publio Escipion, otro á Africa y Sicilia al de Sempronio, y otro á la Galia Cisalpina al del pretor Manlio. Mas informado Escipion de la marcha de Anibal, y no habiéndole alcanzado ya en el Ródano, retrocedió á defender la Italia, y dividiendo su ejército y enviando la mayor parte de él á España al mando de su hermano Cneo Escipion, pasó á esperar á Anibal al pié de los Alpes. Encontráronse en el Tesino. Dióse un combate,

(1) Polib. ibid.

en que quedaron derrotados los romanos y herido Escipion, que hubo de abrigarse en los muros de Plasencia.

Llamaron los romanos á Sempronio, que en Sicilia acababa de causar grandes descalabros á los cartagineses. No tardó en hallarse Sempronio á presencia de Anibal á las márgenes de Trébia. Con la arrogancia del vencedor presentó Sempronio la batalla. Pronto hubo de arrepentirse de su imprudencia. Desbaratóle Anibal con pérdida de treinta mil combatientes. Tan señalado desastre produjo un terror pánico en los romanos, y movió una sublevacion general en la Galia cisalpina. No vacilaron ya los galos en ponerse del lado de los cartagineses, y hallóse Anibal otra vez á la cabeza de noventa mil guerreros.

Dirígese despues hácia Arecio por el camino menos frecuentado. Vuelve á encontrar á los romanos; atrae al cónsul Flaminio (no menos presuntuoso que su predecesor) á una posicion desventajosa; fuérzale á acptar la batalla, y un nuevo ejército romano es derrotado á orillas del lago Trasimeno (año 217).

La noticia de este tercer desastre difunde el espanto en Roma. Creció el terror cuando el pretor Pomponio dijo á la asamblea del pueblo: «Romanos, hemos sido vencidos en un gran combate.» Acudieron entonces al remedio usado en los trances apretados y estremos, y fué nombrado dictador Quinto Favio Máximo, llamado luego el *escudo de Roma*. Nombró

éste por general de la caballería á Quinto Rufo Minucio. Fueron consultados los libros de las Sibilas, y se votó una primavera sagrada. Era Fabio un general en todo diferente de Sempronio y Flaminio. Astuto, prudente y circunspecto, sin perder de vista á Anibal manteníase siempre á una conveniente distancia: nunca éste le pudo obligar á combatir. Murmurábanle las tropas y le llamaban el *contemporizador*, el pedagogo de Anibal. Solo el cartaginés sabia apreciar en su verdadero valor aquel sistema militar. Logró una vez Fabio estrechar á Anibal cerca de Casilino en la Campania. Pero el sagáz africano, recordando la estratagema que en otra ocasion habian empleado con su padre los celtíberos, soltó en direccion de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y á favor del desórden que esparcian en las filas enemigas logró salvar el desfiladero.

Gran descontento causó en Roma esta noticia. Dióse á Minucio iguales poderes que á Fabio: atacó aquel con sus tropas á Anibal: cercóle éste por todas partes, y le escarmentó: el temerario Minucio hubiera perecido sin la llegada de Fabio. Sin embargo, dimitió su dictadura. Los cónsules que le sucedieron adoptaron el mismo sistema de contemporizacion, hasta rayar ya en negligencia. Pero cansado el pueblo de tantas dilaciones, y persuadido de que los nobles prolongaban con deliberada intencion la guerra, quiso tener un consul verdaderamente plebeyo, y nombró

á Varron [1], que blasonaba de que le bastaba un dia para ver al enemigo y vencerle. Fuéle asociado el patricio Paulo Emilio, amigo y discípulo de Fabio Máximo. Tan presuntuoso Varron como Sempronio y como Flaminio, y más confiado que ellos, acampó cerca de Anibal á las márgenes del Aufido, cerca de Cannas. Sordo á los consejos de su colega, empeñóse en combatir á todo trance. Por desgracia de Roma tocábale aquel dia el mando á Varron (que era costumbre alternar en él diariamente los cónsules), y desplegó arrogantemente delante de su tienda el manto de púrpúra, señal de la batalla. Regocijóse grandemente Anibal y la aceptó.

Dejemos á los historiadores romanos la sentida descripcion de la memorable batalla de Cannas, que inmortalizó á Anibal, que le señaló al mundo como el mejor capitan de los tiempos antiguos, y que llenó de luto y de estupor á Roma. Diez y seis legiones, que componian ochenta mil infantes y siete mil caballos, habian presentado los romanos al combate. Acrecia sus filas la flor de los caballeros romanos. Menos de la mitad eran en aquella sazon los de Anibal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería numida. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus

(1) Era Terencio Varron hijo de un carnicero.

brazos de acuchillar enemigos. Más de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en la arena; prisioneros de diez á doce mil. Acribillado de heridas cayó el valeroso Paulo Emilio, que exaló su grande alma enviando á decir á Roma que cuidára de su propia defensa. Perecieron multitud de senadores, de tribunos, de generales y de caballeros. Tres modios y medio de anillos arrancados á los cadáveres fueron derramados en el vestíbulo del senado de Cartago (216).

Vistió Roma de luto. La abandonó la Italia Meridional y ofreció su alianza á Anibal: hicieron otro tanto el Abruzzo, la Lucania y varios otros paises. Anibal marchó adelante, y enarboló la bandera de Cartago en una colina desde donde se divisaba la ciudad eterna. Roma temblaba, y temblaba con razon, porque rugia demasiado cerca el terrible leon numida. Pero alejóse Anibal, y fué á establecer sus cuarteles de invierno en Capua. Entonces fué cuando le dijo Maharbal aquellas célebres palabras que tanto despues se han repetido: *Sabes vencer, Anibal, pero no sabes aprovecharte de la victoria*. No discutiremos nosotros si obró ó no prudentemente en no acometer á Roma. Dejémosle gozar las *delicias de Capua*, que tanta celebridad adquirieron en la historia y que tan fatales fueron á su estrella, y veamos lo que en España durante su famosa expedicion acaecia.

Muy diverso rumbo llevaban y con más próspero viento corrian las cosas en España para los romanos

del que allá en Italia les soplaba. Arribado que hubo Cneo Escipion, el hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer á sus banderas á los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho á los saguntinos. Tal era la política de Roma. Así dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporcionóselo Hannon, á quien vimos habia encomendado Aníbal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco ó seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo, y cayendo además en poder de los romanos los bagages que Aníbal al pasar á las Galias dijimos habia dejado confiados al español Andubal. De buen agüero fué para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fué más venturoso Asdrúbal en una expedicion marítima que para vengar el desastre de Hannon emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habian salido de Cartagena á las órdenes de Himilcon, mientras Asdrúbal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia direccion

para proteger la escuadra. Súpolo Cneo, y partiendo de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago á las bocas del Ebro; apresó veinte y cinco naves, echó las otras á pique ó las hizo barar en la costa, y enseñoreando aquellas aguas dióse á correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martin, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena sin que Asdrúbal hubiese podido hacer mas que avistar la catástrofe con el desconsuelo de no poder repararla, y seguir por tierra con pies y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse á Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza á Tarragona. Así reparaba Cneo Escipion en España por tierra y por mar los reveses que en Italia sufria Roma en el Tesino, Trébia y Trasimeno (217).

Al que marcha en bonanza y navega con próspero viento apresúranse todos á convidársele amigos: al que la fortuna se le muestra hosca y ceñuda, abandónanle los más amigos y le vuelven la espalda. Esto acontecia entonces en Italia y España. Allá naciones enteras antiguas aliadas de Roma se levantaban en favor de Anibal victorioso: acá naciones enteras aliadas de Cartago ofrecian su alianza á Escipion triunfante: en Italia iba Roma en caimiento, y en España iba

Cartago de caida. Más de ciento veinte pueblos españoles se confederaron con Cneo Escipion, principalmente celtíberos, gente poderosa y de brío, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulon, centro de la dominacion cartaginosa.

Solo los ilergetes, capitaneados por dos régulos, Indibil y Mandonio, se atrevieron á tomar las armas contra los romanos y á entrarse tumultuariamente en sus tierras. A juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fué el primer grito de independencia que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominacion estrangera. «No os fieis, decian, de «unos estrangeros que con pretesto de abatir el orgu«llo de los cartagineses vienen á quitaros vuestra li«bertad y á usurparos vuestros bienes. Así han venido «antes los griegos, así los mismos cartagineses, pro«metiéndonos felicidad con dulces palabras, para le«vantarse despues con el mando y poneros una ver«gonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos del auxilio «de los romanos para sacudir el yugo de los cartagi«neses? Los que se han unido á ellos son traido«res á su patria y á su libertad.» No vemos que los historiadores españoles hayan reparado bastante en este primer grito de independencia, y sin embargo, si aquellos dos gefes hubiesen sido más afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatricios, hubieran podido pasar por los primeros res-

tauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma y auxiliados éstos por un cuerpo de tropas con que acudió Escipion. fácilmente dieron cuenta de los sublevados: y Asdrúbal que se habia acercado á fomentar aquellas alteraciones sufrió dos grandes derrotas por los briosos celtiberos, que esparcieron el terror por el campo cartaginés [1].

Tanta importancia daba el senado romano á la guerra de España, que con admiracion vemos cuidaba de atenderla con preferencia á la Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Anibal. Envió, pues, á España treinta galeras con ocho mil hombres y gran provision de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra habia sido destinado á este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabian cuanto gusto daban en esto á los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux ó Abeluce, noble saguntino, y el gobernador del castillo, el cartaginés Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto habia dejado Anibal, á condicion de que habrian de entregarlos libres á sus familias. Cumpliéronlo así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad (que á lo

(1) Tit. Liv., lib. XXII.

menos por tal se tradujo en aquel tiempo, en que debian escasear mucho las acciones generosas) les captó á los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia que recibieron de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron á invernar á Tarragona.

El senado cartaginés por su parte ordenó á Asdrúbal que pasase á Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correria la España toda, si antes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles; y en ello tenia razon sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo se le habian rebelado y puéstole en más de un apuro, aunque al fin lográra sosegarlos despues [1]. En su virtud vino Himilcon, nombrado gobernador de España, con grueso ejército, y á Asdrúbal se le repitió la órden de pasar á Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba á los Escipiones estorbar á toda costa su proyecto, y saliendo á encontrarle halláronse de frente cerca de aquel rio. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma, y aun el se-

(1) Livio escribe *cartesios* por *tartesios*, lo que ha dado lugar á versiones y conjeturas que no nos parecen necesarias.

ñorío del mundo. Abandonaron muchos españoles á Asdrúbal, y sirviéronle ya poco al cartaginés su pericia y sus personales esfuerzos. Veinte y cinco mil africanos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrúbal con cortas reliquias de su ejército á Cartagena. Casi todos los pueblos de España se arrimaron al partido de los romanos [1].

Ni Roma se cansaba de enviar auxilios, ni Cartago refuerzos. Roma, exhausta de recursos, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir á las necesidades del ejército de España, que eran muchas, y los Escipiones observaban la política de no disgustar con exacciones al país conquistado. Cartago volvió á enviar otras sesenta naves con doce mil infantes y mil quinientos caballos al mando de Magon, hermano tambien de Anibal y de Asdrúbal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España, pero no por eso los alumbra mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgo (Andújar), que les habia hecho defeccion, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman cuatro mil prisioneros [2]. Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa despues el derrotado ejército cartaginés á acometer á Intibil ó Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento:

(1) *Tunc vero omnes propé Hispaniæ populi ad romanos defecerunt.* Tit. Liv., lib. XXIII.

(2) Mas de tres mil infantes, dice Livio, y poco menos de mil caballos. Ibid., cap. 34.

aquí murió Himilcon, capitan esforzado. No fueron más afortunados en Biguerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Auringis (Jaen): en todas partes eran desbaratados los cartagineses, á pesar de haber venido Asdrúbal Gisgon en reemplazo de Himilcon. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreir á Anibal, y allí tambien se mostraban ya engreidas las águilas romanas. Solo les quedaba á los cartagineses el génio de Asdrúbal Barcino, que superior á todos los desastres es muchas veces vencido, pero jamás desmaya; se retira, pero no sucumbe.

Acordáronse entonces los Escipiones, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que destruida por Anibal y reedificada despues, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padron de la fe romana. Dirigiéronse á ella; obligaron á la guarnicion á capitular, y sacándola del dominio cartagines la restituyeron á los pocos vecinos que habian podido sobrevivir á la catástrofe primera (214). Revolviendo despues sobre la capital de los turboletas. los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto á sus antiguos dueños, fué recobrando bajo los romanos su prosperidad; y á esta época deben atribuirse los magnificos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecia conspirar en este tiempo contra Car-

tago. Anibal empezaba á ser vencido en Italia, como luego habremos de ver. En Cerdeña el ejército de Asdrúbal el Calvo era desecho por Tito Manlio Torcuato. En Africa un príncipe numida nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvia sus armas contra la república, y ofrecia su alianza á los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situacion tan azarosa? Veremos hasta qué punto es caprichosa y voluble la fortuna de las armas, y cuán poco hay que fiar en sus favores.

A la alianza de los romanos con Siphax, opusieron los cartagines la de Gala, otro príncipe numida, á cuyo hijo, nombrado Masinisa, mancebo de grandes y aventajadas prendas, encomendaron hiciese la guerra á Siphax. Dióse el jóven africano tan buena maña en la ejecucion, que bastáronle dos combates para destruir por completo á su contrario. Asdrúbal Gisgon le dió en premio por esposa á su hija Sofonisba. Lleno de gloria y de contento el intrépido Masinisa, pasó á España con siete mil infantes africanos y setecientos ginetes numidas, deseoso de dar ayuda á su suegro. Refuerzo fué éste que realentó á los abatidos y tantas veces maltratados cartagineses. Y aprovechando la inaccion de los Escipiones, que descansaban en Tarragona sobre los pasados laureles (falta en que suelen caer los más afortunados guerreros), pusiéronse en marcha con intento de realizar el pensamiento en que tanto habia insistido siempre el se-

nado cartaginés, el de reforzar á Anibal en Italia. Asdrúbal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un cuerpo de ejército en la Bética, al mando de Magon su hermano y de Asdrúbal Gisgon, con Masinisa.

Dividiéronse tambien los dos Escipiones, al saber este movimiento, y aquello vino á ser la causa de su ruina. Cneo fué contra Asdrúbal Barcino Publio contra Asdrúbal Gisgon y los otros. Encontró Cneo á Asdrúbal en Anitorgis (Alcañiz). Confiaba el romano en treinta mil celtíberos que acaudillaba, gente valerosa y fiera. Mas halló el astuto cartaginés medio de sobornarlos, y abandonaron las filas romanas, que con esta defeccion quedaron demasiado menguadas, y Cneo tuvo por prudente retirarse y evitar la pelea.

Peor suerte estaba sufriendo allá hácia Cástulo su hermano Publio. Acosábale sin dejarle momento de reposo la caballería de Masinisa, aquella caballería numida que tanto estrago hizo siempre en las falanges romanas. Venia además contra él el español Indibil con siete mil quinientos suessetanos [1]: vióse Publio por todas partes cerrado y acometido: sirvióle poco defenderse con bravura: un bote de lanza le atravesó el cuerpo y le derribó del caballo. Con la muerte de Publio se desordenaron sus huestes; la noche libertó á unos pocos del encarnizado furor de

(1) Créese que eran los de Sangüesa.

los vencedores. No desaprovecharon estos la victoria. Vuelan á incorporarse á Asdrúbal Barcino que seguia á Cneo. Encuéntrase éste envuelto por tres ejércitos á la vez; levanta de noche sus reales y se retira; pero la caballería de Masinisa se destaca en su seguimiento: gana el romano una pequeña colina, donde improvisa una rústica trinchera hecha con los aparejos y tercios de las acémilas; tras éste débil y flaco vallado se defiende con valor prodigioso; pero oprimido por el número perece con la mayor parte de su gente [1].

Así acabó aquel valiente romano (216), el primero que inauguró en España el futuro señorío de Roma. Así acabaron aquellos dos esclarecidos hermanos, cuyas campañas habian sido una cadena de gloriosos triunfos. Así quedaron en un momento desvanecidas las esperanzas que fundaba Roma en los talentos militares de los Escipiones. ¡Qué mudanza en el teatro de la guerra! Ayer apenas existia ejército cartaginés, y hoy apenas existe ejército romano; ayer las águilas romanas enseñoreaban el país, hoy las cortas reliquias de aquellas legiones no encuentran donde guarecerse. Los que van á refugiarse en Castulon encuentran cerradas las puertas de la ciudad: los que se guarecen en Illiturgis son de noche bárbaramente

(1) A cuatro millas de Tarragona se ve todavía un monumento ilustre que se dice ser el sepulcro de los Escipiones. La batalla de cierto no fué en aquel sitio: pero pudo ser muy bien, y es harto verosímil, que los romanos trasladaran allí sus cenizas, como asiento que era Tarragona de su gobierno.

degollados: fueron otros á buscar amparo de la parte allá del Ebro.

Quedábale aun á Roma un genio militar en España; genio con que no contaria la república, porque se ocultaba bajo el modesto uniforme de simple centurion ó capitan de compañía. Este genio era Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, caballero romano.

Marcio no se rindió al desaliento que en los rostros de los fugitivos se veia pintado, incluso Fonteyo, único gefe de alguna graduacion que quedaba. Ocurrióles á los soldados nombrar general á quien tan osado y resuelto se mostraba. Pero al saber que Asdrúbal, franqueando el Ebro, se les venia encima, y tras él Magon que seguia sus huellas, turbóseles de nuevo el ánimo, y mustios unos, renegando y maldiciendo de su suerte otros, esperando todos una muerte que miraban como infalible, luchaba y trabajaba el improvisado general por infundirles aliento, sin que su voz apenas fuera escuchada. Entretanto el enemigo casi toca á sus reales. Le vista de los estandartes cartagineses produce una trasformacion mágica en los ánimos de aquellos desdichados; el miedo se trueca en desesperacion, la desesperacion en corage, y aquel puñado de hombres á manera de leones embravecidos se arrojan sobre los cartagineses, que sorprendidos con tan impetuosa y brusca arremetida, vuelven vergonzosamente la espalda. Todos se maravillaron, los unos de ver huir, los otros de verse huyendo.

Calculando luego Marcio que los enemigos no esperarian un segundo ataque, conociendo además que si daba lugar á que se les reuniese Magon no quedaba á los suyos manera de salvarse, concede algunas horas de reposo á sus fatigadas y escasas tropas, y en altas horas de la noche se entra á las calladas en el campo y reales de Asdrúbal, que descuidado y sin guardia ni centinelas dormia. Cansáronse de matanza sus soldados, y sin darse mas vagar prosiguieron en busca de Magon, á quien hallaron igualmente desapercibido. Penetran con el mismo ímpetu en sus estancias: era ya de dia: Magon y los suyos á la vista de los paveses y espadas de los romanos ensangrentadas con la matanza reciente, se llenan de estupor y se ponen en fuga: síguelos Marcio, los alcanza, y los romanos se cansan tambien de degollar: los capitanes cartagineses pudieron escapar á uña de caballo [1].

Salvó Marcio de un solo golpe las dos Peninsulas: la España venciendo á los cartagineses, la Italia impidiendo la marcha de Asdrúbal, que unido á Anibal que todavía se hallaba pujante, hubiera podido poner á Roma en grande aprieto.

Pagóselo Roma con ingratitud. En la carta que

(1) Debió tener lugar este suceso cerca de Tortosa. En el campo cartaginés se encontró un escudo de plata de ciento treinta y ocho libras de peso con la imágen de Asdrúbal Barca ó Barcino. Este monumento de las glorias de Marcio fué llevado á Roma y se colgó en el Capitolio. Llamóse *Escudo Marcio*. Tit. Liv. lib. XXXV. Valer. Max. lib. I.

Marcio dirigió al senado se daba el título de pro-pretor, que debia solo á la aclamacion de los soldados. Tomólo á mal la orgullosa aristocracia romana, y sin dejar de reconocer la importancia de sus grandes hechos ni de hacer justicia á sus altas prendas, anuláronle implícitamente nombrando pro-pretor de España á Claudio Neron, que entonces hacia la guerra de Capua contra Anibal. El generoso Marcio, no obstante ver tan mal recompensados sus eminentes servicios, llevó tan adelante su desprendimiento, que cuando llegó Neron á España le entregó sin darse por sentido aquellas tropas que le habian aclamado su general, y se puso bajo sus órdenes sin otro pensamiento que el de continuar sirviendo á su patria en el puesto que le designaba. Así el que acababa de dar un ejemplo de admirable heroicidad, dió tambien un ejemplo de admirable patriotismo.

Poco tino mostró el senado romano en la eleccion de Claudio Neron. Desembarcado que hubo en España con once mil infantes y mil caballos que de refuerzo trajo (211), fuése en busca de Asdrúbal, á quien halló entre Illiturgis y Mantisa en los bastetanos (1). Faltóle poco para coger al cartaginés en el desfiladero de un bosque; pero reconociólo Asdrúbal á tiempo, y entreteniendo á Neron so pretesto de negociaciones de paz, hizo una noche desfilar calladamente su ejér-

(1) Mariana los nombró ausetanos, indudablemente con error.

cito, dejando las hogueras encendidas en el campamento para mejor engañar al romano: él mismo despues á presencia y vista de Neron metió espuelas al caballo y se alejó en busca de los suyos. De modo que la única hazaña de Claudio Neron durante su breve mando en España fué dejarse burlar de la astucia de un cartaginés. No merecia su nombramiento la pena de haber desairado á Marcio. Pronto fué otra vez llamado á Roma.

CAPÍTULO V.

ESCIPION EL GRANDE.

Desde 211 antes de C. hasta 205.

Es nombrado Publio Cornelio Escipion procónsul de España.—Desembarca en Tarragona.—Toma á Cartagena.—Generosidad de Escipion con los españoles.—Noble y galante conducta del romano con una jóven española.—Accion de Bécula.—Gánala Escipion.—Logra Asdrúbal pasar á Italia.—Nuevos triunfos de los romanos en España.—Los cartagineses reducidos á Cádiz.—Enfermedad de Escipion.—Propágase la falsa voz de su muerte, y se rebelan de nuevo Indibil y Mandonio.—Sublévase una parte del ejército romano.—Somételos á todos Escipion.—Tratos con Masinisa para la entrega de Cádiz.—Conducta del gobernador Magon.—Los CARTAGINESES SON EXPULSADOS DE ESPAÑA.

Tratábase en la asamblea del pueblo romano de nombrar un general que reemplazase á Claudio Neron en España. Vióse con sorpresa que nadie aspiraba á recibir este honor. La suerte desastrosa de los dos Escipiones y las noticias que Neron les daba de la astuta falsía de los de Cartago hacian que se esquivára como peligroso el mando de las armas romanas en la península española. La república no sabia á quien enviar. Un jóven de veinte y cuatro años se levanta, y con arrogante acento; «Yo soy Escipion, esclama:

«pido que se me nombre procónsul. Quiero ser «el vengador de mi familia y del nombre romano. «Entre las tumbas de mi padre y de mi tio sabré ga-«nar victorias. Tengo todo lo que se necesita para «vencer.» El jóven Publio Cornelio Escipion fué nombrado procónsul.

Diez y nueve años tenia cuando su padre Publio fué herido en la batalla del Tesino peleando contra Anibal, y ya entonces salvó la vida á su padre. Cuando las legiones derrotadas en Cannas se desbandaron por Italia, una de ellas nombró su gefe al jóven Publio Cornelio. Duraba el pavor á los soldados, y no trataban sino de huir. Escipion se presentó en medio de los fugitivos con su espada desnuda: «Juro aquí so-«lemnemente, les dijo, que con esta espada atrave-«saré el corazon á todo el que pretenda tomar el ca-«mino de Roma. Juro por Júpiter no hacer jamás trai-«cion á la república. Tú, Cecilio, y vosotros todos los «que os hallais aquí presentes, prestad el mismo ju-«ramento.» Tan enérgico lenguage usado por un jóven, contuvo y realentó las tropas.

Especies misteriosas circulaban por el vulgo acerca de su nacimiento. Decian que nueve meses antes de venir al mundo se habia visto un enorme dragon en casa de su madre. Veíasele subir diariamente al Capitolio, y él hacía creer que conversaba horas enteras con Júpiter. Teníasele por hombre recto. Aunque jóven, concebia grandes pensamientos, y los

ejecutaba con madurez. Respetaba ó se reia de las leyes, de la religion y de los tratados, segun cumplia más á su propósito. Era un digno rival de Anibal.

Partió, pues, Publio Cornelio Escipion á España con diez mil infantes y mil caballos: se embarcó en Ostia y desembarcó en Tarragona.

Su primer pensamiento fué apoderarse de Cartagena, el principal baluarte de los cartagineses. Llegada la primavera, y aprovechando la ocasion en que los generales enemigos se hallaban lejos de la plaza, Magon cerca de Cádiz, Asdrúbal Gisgon á la boca del Guadiana, y el otro Asdrúbal en el país de los carpetanos, ordenó á Lelio que con la armada siguiese la costa, y él sin perderla de vista pasó el Ebro con veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos. A los siete dias la escuadra y el ejército se hallaban á la vista de Cartagena. Guarnecíanla solo mil hombres: creíasela por su gran fortaleza al abrigo de todo ataque. Despues de intentados varios asaltos, rechazados con bizarría por los españoles que presidiaban la ciudad, fué avisado Escipion de que habia un sitio que en las mareas bajas quedaba casi seco, y por el cual podia llegarse á pié hasta la muralla. Sirvióle la noticia para persuadir á sus soldados que Neptuno favorecia su empresa, y les dejaria atravesar el mar sin peligro. Así sucedió. Neptuno retiró las aguas á la hora que de costumbre tenia, y mientras Escipion daba el asalto por la parte del Norte, una compañía

escogida atravesó el vado hasta tocar en el muro. Echáronse las escalas, y abriendo la puerta más cercana, pronto estuvo la plaza en poder de los romanos (210). Las crueles leyes de la guerra fueron al principio seguidas, y no cesó la matanza hasta haberse entregado la ciudadela, donde se habia retirado el gobernador Magon. Lelio entretanto se apoderó de la flota cartaginesa, quedando así los romanos dueños tambien y señores del mar.

Era Cartagena como la metrópoli de la España cartaginesa, el mejor puerto del Mediterráneo, la plaza más fortalecida, el emporio del comercio, el almacen y arsenal de las provisiones y de las armas, el depósito de los rehenes y el centro de las riquezas. Inmensas fueron las que allí recogió el vencedor. El oro y la plata se depositaron en manos del cuestor, especie de cajero de la república. El resto del botin, hecha la competente voloracion por los tribunos militares, se distribuyó segun costumbre entre los soldados: ramo era este que los romanos tenian perfectamente organizado: los soldados hacian juramento antes de entrar en campaña de no retirar nada del botin, y los romanos guardaban entonces sus juramentos.

Pasados los primeros excesos de la soldadesca, comenzó Escipion á mostrarse generoso. La ley hacia esclavos á los prisioneros: Escipion dió libertad á todos los españoles, y lo que es más, les restituyó to-

dos sus bienes, aun á aquellos que aliados antes de Roma habian pasado á las filas contrarias. Otro acto de generosidad, más noble todavía, levantó más alta la fama de las virtudes del insigne caudillo. Por una inveterada y horrible costumbre las prisioneras quedaban de derecho á merced del vencedor. Hallábanse entre ellas la esposa de Mandonio y las hijas de Indibil, jóvenes y hermosas, dice Livio (1). Escipion respetó la esposa y las hijas de sus enemigos. Esto fué poco todavía. Como el presente que más podia halagarle le presentaron los soldados una jóven española notable por su rara y singular belleza. Era Escipion hombre de pasiones vivas y fogosas. Sabedor no obstante que aquella jóven se hallaba desposada con un príncipe celtíbero llamado Allucio, hizo llamar á sus padres y á Allucio mismo, y entregósela con todo el oro que para su rescate habian traido. «Recibidla de mis manos, les dijo, tan pura como si saliese de la casa paterna. No os pido en recompensa de este don sino vuestra amistad hácia el pueblo rsmano.» Allucio supo corresponder al beneficio: sirvió á Roma é hizo grabar aquella memorable accion en un escudo de plata que regaló al valeroso romano (2). Con semejante moderacion granjeóse más partido Escipion en España que con multiplicadas victorias.

Lelio fué enviado á Roma con cartas para el se-

(1) *Ætate et forma florentes.* (2) Liv., cap. 37.

nado anunciándole la toma de Cartagena. Como testimonio de la conquista llevó éste en sus naves al goberuador Magon con algunos consejeros y senadores cartagineses. Hecho esto, y dejada la suficiente guarnicion en Cartagena volvióse á invernar en Tarragona.

La política de Escipion le atrajo, como era de esperar, la amistad y afecto de los pueblos y de los caudillos españoles. Además de Edesco ó Edecon, varon muy principal entre ellos, pusiéronse á su devocion aquellos dos famosos régulos Indibil y Mandonio, que le debian la restitucion de sus familias. Admitióles Escipion á su gracia, sin tener en cuenta su anterior enemistad, ni la parte que uno de ellos tuvo en la derrota y en la muerte de su padre. A tal punto rayaba ó la política ó la magnanimidad del vencedor romano.

Todavía el infatigable Asdrúbal tentó vengar el infortunio de Cartagena, y salió de nuevo á campaña. Fuéle Escipion al encuentro, llevando consigo á Lelio, que ya era vuelto de Roma, y al español Indibil que le guiaba. Halló al cartaginés cerca de Bécula, no lejos de Castulon. Allí tambien vencieron las águilas romanas; allí tambien se vió la política de Escipion. Los prisioneros cartagineses fueron vendidos como esclavos; les españoles enviados libres y sin rescate. Entre los africanos destinados á la venta llamó su atencion un jóven numida, cuyo garbo y gentileza le distinguian de los demás esclavos. Supo que era so-

brino de Masinisa, y nieto del rey Gala. Mandó Escipion que fuese tratado como un príncipe, y llamándole luego á su tienda y dándole un anillo de oro, un trage militar español y un caballo ricamente enjaezado, le envió con buena escolta de caballería á los reales de Masinisa. Galante generosidad que Masinisa no olvidó jamás (209).

Habido consejo entre los generales cartagineses después de la derrota de Bécula, acordaron que Magon pasára á Mallorca á reclutar honderos, que Masinisa con la caballería ligera molestára los pueblos confederados de Roma, y que Asdrúbal Barcino, recogiendo cuanta gente pudiese en la Bética y en la Lusitania, realizára el antiguo y tantas veces frustrado proyecto de pasar á Italia en ayuda de Anibal. Esta vez logró dar cima al designio en que con tanto ahinco se habia empeñado el senado cartaginés, el cual supo con regocijo que Asdrúbal, siguiendo el mismo camino que diez años antes habia llevado su hermano Anibal habia salvado los Pirineos, la Galia y los Alpes, y se hallaba en Italia (208); para mal suyo, como habremos de ver en la breve noticia que daremos de aquella famosa campaña, una de las más memorables de la antigüedad.

En España quedaban ya las costas del Mediterráneo y la parte Oriental de la Bética bajo la dominacion romana. Sin embargo, mientras Escipion en Tarragona se dedicaba á arreglar el gobierno de la provincia,

vino de Cartago Hannon en reemplazo de Asdrúbal Barcino, acompañado de Magon, el que habia ido en busca de honderos baleares [1]. Metiéronse juntos por la Celtiberia con intento de hacer levas de gentes; pero á estos los venció Silano, lugarteniente de Escipion, cayendo en su poder el mismo Hannon recien venido (207). Lucio, hermano de Escipion, se encargo de rendir á Oringis (Jaen), que tomó por asalto, después de lo cual fué enviado á Roma, llevándose consigo al prisionero Hannon y á trescientos cautivos nobles, segun costumbre de los romanos.

Dos solos generales cartagineses quedaban ya en España, Asdrúbal Gisgon y Magon, reducidos á las últimas partes de la Bética, donde era más antiguo su dominio. Allí fué á buscarlos el mismo Escipion, y empeñado un recio combate entre Córdoba y Sevilla, obligó á Asdrúbal á guarecerse en Cádiz con los desbaratados restos de su ejército, de noche y por fragosos cerros y ásperas veredas. Ya no quedaba á los cartagineses más que Cádiz y algunas ciudades vecinas. Mantúvose observándolas Silano (206).

Acercábase á su término la dominacion cartaginesa en España. El mismo Masinisa resolvió abandonar el partido de Cartago, y después de concertar secre-

(1) Esta identidad de nombres, tantos Hannon, tantos Magon, y tantos Asdrúbal, como asimismo la pluralidad de Escipiones, pueden fácilmente producir confusion no poniendo cuidado en distinguirlos, y dan á estas guerras cierta monotonía que el historiador no puede remediar.

tamente con Escipion y Silano la manera de ejecutar aquel pensamiento, volvióse á Cádiz para mejor disimular y encubrir el designo. Pudo mover al terrible numida á obrar de este modo el ver cuán de caida iban las cosas de su patria, y pudo tambien Escipion ganar con su política el ánimo de un príncipe que le habia visto portarse tan generosamente con su propio sobrino (1).

Revolvia ya Escipion y traia en su cabeza la idea atrevida de apoderarse de la misma Cartago. Con este propósito partióse para Africa al intento de atraerse al viejo rey numida Siphax. Conseguido esto, regresó á Cartagena satisfecho de haber suscitado á los cartagineses un embarazo en su propio país.

A su vuelta se propuso castigar el agravio que las dos ciudades Illiturgo y Castulon habian hecho á los romanos. Encomendó á Marcío el escarmiento de Castulon; tomó sobre sí el de Illiturgo. Defendiéronse brava y heróicamente los de esta última ciudad viendo que no podian evitar el suplicio, pero tomáronla los romanos por asalto. Si horrible habia sido el crímen y grande la deslealtad, grande y horrible fué tambien la expiacion. Todos sus moradores sin distincion de sexo ni edad, hasta los niños de pecho fueron pasados á cuchillo, sus edificios incendiados; no quedó piedra sobre piedra; sembróse de sal el sitio en que habian

(1) «Acordó, dice el gravísimo Mariana, de moverse al movimiento de la fortuna y *bailar al son que ella le hacia*.» Lib. II. c. 22.



estado las murallas. Negra mancha que echó Escipion á la fama de generoso y templado que antes tenia. Difícilmente los más moderados guerreros dejan de empañar el lustre de sus glorias con algun acto de inhumanidad y de fiereza. Parece llevarlo consigo el ejercicio de las armas y el hábito de derramar sangre. Castulon fué con menos dureza tratada, acaso porque habia sido menos culpable (1).

Volvió Escipion á Cartagena, donde quiso dar un ejemplo de piedad filial honrando los manes de su padre y de su tio con magníficos funerales. Asistieron á estas fiestas fúnebres los principales gefes españoles, y aprovechó aquella reunion el romano para afianzar más su amistad y tomar mayor ascendiente sobre los indígenas (2).

Entretanto el intrépido Marcio iba subyugando el resto de las ciudades de la Bética. Solo Astapa (cerca de donde hoy está Estepa), recelando le estuviese reservado un castigo semejante al de Illiturgo por haber muchas veces maltratado los pueblos aliados de Roma,

(1) App. *de Bell. Hisp.*—Tit. Liv. lib. XXVIII.

(2) En estas fiestas se vió por primera vez en España (ó por lo menos es el primer caso que hallamos consignado en la historia) dirimirse una cuestion de derecho por medio del duelo ó combate personal. Dos ricos españoles, Corbis y Orsúa, ó hermanos ó primos, se disputaban el derecho al señorío de la ciudad de Iba, cuya situacion hoy se ignora. Acordaron los dos contendientes terminar su querella por la via de las armas en singular combate. Quiso el mismo Escipion intervenir en el negocio y reconciliarlos. Aceptó su mediacion Corbis; no así Orsúa, que se obstinó en llevar adelante el duelo: cara le salió su obstinacion, pues aceptado por Corbis y batidos los dos campeones pereció Orsúa en la demanda, quedando su victorioso rival dueño y señor de Iba. Antiguo ejemplo de los famosos *juicios de Dios*, tan comunes despues en la edad media. Liv. lib. XXVIII.

resolvió antes que rendirse parecer á ejemplo de Sagunto, y así lo cumplió. Sitiada por Marcio, y despues de haber hecho esfuerzos desesperados de valor, determinaron sus habitantes morir todos antes que rendirse. Tambien como los de Sagunto levantaron en la plaza pública una inmensa pira, y reuniendo sus mugeres, sus hijos, y todos sus efectos y alhajas, dieron órden á cincuenta jóvenes de los más determinados y resueltos para que en el caso de penetrar en la ciudad las cohortes romanas degollaran sus familias y aplicaran fuego á la leña. Ellos salieron como los saguntinos á atacar los atrincheramientos romanos; dejólos Marcio avanzar hasta tenerlos completamente envueltos: ciegos ellos de ardor, no ven el peligro, y perecen clavados por las lanzas romanas. Dirígense luego los vencedores á la ciudad.... cadáveres solo y cenizas encontraron en ella. Lo que Sagunto habia hecho por no someterse al yugo de Cartago lo repitió Astapa por no doblarse al yugo de Roma. Solo en España se vieron estos ejemplos de rudo heroismo. ¿Por qué Astapa ha sido menos ensalzada que Sagunto? ¿Será porque la ciudad fuese de menos importancia, ó porque los historiadores han sido romanos y no cartagineses?

Reducidos estaban ya los cartagineses al solo recinto de Cadiz. No faltó quien de esta ciudad saliera secretamente á ofrecer á Escipion la entrega de la plaza. Pero descubierta ó traslucida la trama por el

gobernador Magon, redobló la vigilancia y las guardias, y arrestados los gefes de la conspiracion determinó trasportarlos á Cartago en una flota á las órdenes de Adherbal. Esta flota fué en su mayor parte destruida por la escuadra de Lelio, que en las aguas de Algeciras la aguardaba. Salvóse no obstante Adherbal en su galera. Lelio y Marcio, desesperando de poder tomar por entonces una ciudad tan defendida y vigilada, volviéronse con la flota y el ejército á Cartagena.

Faltó poco todavía para que un inopinado incidente diera al traste con todo el poder romano en España. Acometió á Escipion una enfermedad grave, y se difundió la voz de que habia muerto. Los dos hermanos españoles Indibil y Mandonio, que se habian unido á los romanos, no tanto acaso por gratitud á Escipion, como con la esperanzo de expulsar con su ayuda á los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban á las márgenes del Ebro, creyendo tambien muerto á su general, amotináronse so pretesto de faltarles las pagas, y deponiendo á sus gefes y nombrando en su lugar á simples soldados, encamináronse á Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipion no habia muerto; hallábase por el contrario restablecido ya á aquella sazon; y con su consumada prudencia dejó avanzar los

rebeldes, los esperó, los hizo envolver por todo su ejército: mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo tambien la vecindad de Indibil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofrece que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, á quienes juntos van á batir, los reduce á la obediencia, y por satisfacer á la disciplina militar castiga un corto número de los sublevados.

Indibil y Mandonio, noticiosos de esta novedad, repasan el Ebro en retirada. Escipion los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipion, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza demandan humildemente perdon para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve á mostrarse generoso, y despues de reprenderles y afearles su perfidia, les otorga el perdon, y les deja sus armas y sus estados, condenándolos solo á una fuerte contribucion para el pago de sus tropas. Si artera y fingida fué la sumision, no fué menos política la indulgencia. Pero conveníale á Escipion dejar allí restablecida la paz, bien que fuese aparente, porque le urgía arrojar á los cartagineses de Cádiz.

Habia vuelto de Africa Masinisa con un refuerzo de caballos numidas, como para socorrer á los suyos, pero ya hemos visto cuán inclinado estaba á hacer causa con los romanos. Escipion se habia acercado tambien á Cádiz, y entonces fué cuando los dos cau-

dillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que habia de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Pero Magon mismo ya no pensaba en defenderla. El senado cartaginés habia resuelto al fin abandonar la España, y con aquellas tropas tentar el último esfuerzo en Italia. Magon recibió órden de partir. Preparóse á ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó tambien. Embarcóse en seguida, dejando á Masinisa con sus numidas en Cádiz. Tomó rumbo hácia Cartagena, y acercóse á su antigua metrópoli por si podia sorprenderla, pero rechazado vigorosamente por la guarnicion romana, dió la vuelta hácia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya, y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entonces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados á la plaza quejándose de aquella novedad, y como manifestase deseos de hablar con los magistrados acudieron estos cándidamente donde Magon estaba, el cual tan luego como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habian apoderado de Cádiz, y con un acto de traicion le hicieron la última despedida (205).

Hízose de allí Magon á la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos

mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron á retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, ó por lo menos sin hallar la misma resistencia, detúvose á invernar en un puerto que de su nombre se llamó *Portus-Magonis*, despues Puerto Mahon.

Quedaron, pues, los cartagineses expulsados de España, despues de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipion de la guerra y del gobierno de la Península [1]. Cádiz, la primera colonia fenicia, y la última ciudad cartaginesa, pasó á ser ciudad romana.

(1) Liv., lib. XXVIII., cap. 18 y 19.

CAPÍTULO VI.

CAIDA DE CARTAGO.

Campañas de Anibal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Anibal.—Llega Asdrúbal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Anibal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de este.—Pasa Escipion de España á Roma.—Sus designios.—Oposicion que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á Africa.—Pérfida estratagema que emplea para derrotar á Siphax.—Anibal es llamado de Italia en socorro de Cartago.—Acude.—Entrevista de Anibal y Escipion.—Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipion y sucumbe Cartago.

Aunque los sucesos que vamos á referir en este capítulo acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, influyeron grandemente en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo á dos de los más famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habian inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos más poderosas y más enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que

solian decidir el éxito de las batallas en provecho ageno. Trátase, en fin, de la caida de una república que enseñoreó siglos enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Dejamos á Animal invernando en Capua despues del memorable triunfo de Cannas. Se ha hecho un cargo á aquel ilustre guerrero de no haber marchado derechamente sobre Roma, pero acaso en nada anduvo más prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado tambien los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua*: puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á Roma en medio de todo género de dificultades. Lo peor que tuvo Anibal contra sí fué la constancia romana, aquella constancia heróica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria: todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas: las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. De tal modo se recobró Roma del susto de Cannas, que cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Anibal, se presentaron tantos compradores como si la Italia se hallára limpia de enemigos; y

cuando se trató del rescate de prisioneros, Roma contestó con arrogancia, que no le hacian falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar á Anibal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvia derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Tuvieron los romanos la fortuna de apoderarse de Siracusa [1], de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia á simple provincia romana. Llamó entonces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle á Anibal, el vencedor de Cannas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Anibal, el cual despues de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hácia la Lucania.

Fué, pues, perdiendo Anibal á Capua, Tarento y la mayor parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya más esperanza que el ejército que su hermano Asdrúbal capitaneaba en España. Ya hemos visto como los Es-

(1) En 213. Entonces fué cuando el grande Arquimedes, absorto en sus meditaciones geometricas, sin apercibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fué muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que habia dado órden expresa para que se respetara su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó á sus parientes de beneficios, y mandó erigirle una tumba en que se esculpió una esfera inscrita en un cilindro.

cipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrúbal para pasar á Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Al fin, cuando Anibal llevaba ya diez años combatiendo en Italia logró Asdrúbal trasponer los Pirineos y los Alpes (208), como en el capítulo anterior dejamos referido. Envió tras él el grande Escipion una gruesa armada, con dinero, municiones y víveres, y muchos miles de guerreros españoles. Españoles eran tambien los soldados en quienes mas fiaban los cartagineses.

Contra Asdrúbal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Anibal al cónsul Claudio Neron á la Lucania. Grande era la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrúbal, digno hermano del mayor genio militar de la antigüedad, y á quien llama Diodoro el más grande despues de Anibal, avanzaba hácia Ancona arrojando delante de sí al pretor Porcio, á la cabeza de cincuenta mil lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reúnense á Livio los españoles que enviaba Escipion. Ambos temen los resultados de una batalla decisiva; porque si triunfa Asdrúbal, sucumbe Roma; si Asdrúbal es vencido, Cartago tiene que renunciar á Italia.

Entretanto Claudio Neron, más afortunado en Italia que lo habia sido en España [1], habia logrado

(1) Véase el final del cap. IV.

un triunfo sobre Anibal en la estremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Allí le fueron enviados unos pliegos sorprendidos á un correo que á Anibal habia despachado su hermano Asdrúbal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admiremos aquí el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Neron, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares ódios y atendiendo solo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con siete mil soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete dias á sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan á las calladas lo hicieron, que ni Anibal advirtió al pronto su salida, ni Asdrúbal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules, aquellos cónsules que tanto se aborrecian, púsose Neron á las órdenes de Livio para combatir al enemigo comun. Pensamiento atrevido el de Claudio Neron, y abnegacion admirable, que le dieron á un tiempo gran reputacion de civismo y de capacidad.

Presentan al siguiente dia la batalla. Sorprendido Asdrúbal de hallar á los cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, ó recela por lo menos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales á los que años antes habia hecho él concebir en España á Cneo Escipion respecto

de su hermano Publio, esquiva el combate y emprende de noche la retirada. A las pocas horas de marcha los guias le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes del Metauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar á la llegada de los cónsules, y Asdrúbal se vé forzado á aceptar la batalla. Rudo fué el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legion de España. Desbándansele á Asdrúbal los ligurios, pero nada basta á hacer cejar á los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir á retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sirvió sino para inmortalizar el nombre español [1]. Sucumbieron al número, y fueron degollados como el mismo Asdrúbal, que no queriendo sobrevivir á la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro fué para Roma lo que para Cartago habia sido la de Cannas. Costó cincuenta mil hombres á los vencidos, veinte mil á los vencedores. Puede decirse que aquel dia en un rincon de Italia, se decidió que España seria una conquista de los romanos.

Empañó allí Neron sus glorias con un hecho indigno de su nombre. Con bárbara inhumanidad hizo

(1) Tito Livio, el más interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en esta como en otras batallas.

cortar la cabeza de Asdrúbal; y no contento con esto, mandó trasportarla á la otra estremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Anibal; de Anibal, que mucho tiempo antes habia honrado con magníficas exéquias el cadáver del cónsul Sempronio. A su vista el general cartaginés, enternecido y consternado exclamó: «¡Perdiendo Asdrúbal, he perdido yo toda mi felicidad y Cartago toda su esperanza [1].» Con razon temia, pues ya no pudo Anibal hacer otra cosa que mantenerse á la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar á sus tropas.

Cuando Escipion acabó de expulsar de España á los cartagineses pasó á Roma á dar gracias por sus triunfos á los dioses del Capitolio, con intencion al propio tiempo de preparar sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningun ciudadano podia gozar los honores del triunfo antes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido

(1) Horacio en una de sus más bellas odas expresó la afliccion de Anibal con estas sentidas palabras.

Catagini jam non ego nuntios
mittam superbos: ¡occidit, occidit
spes omnis et fortuna nostri
nominis, Asdrubale interempto!

«Ya no enviaré soberbios nuncios á Cartago: ¡se acabó, se acabó, muerto Asdrúbal, toda la esperanza, toda la fortuna de nuestro nombre!»

de los carros en que conducia el oro y la plata que habia llevado de España, con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del país que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entonces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al Africa y destruir de una vez á Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no así el senado, donde tenia muchos y envidiosos rivales, que se opusieron á aquel intento por los órganos de Fabio y de Caton. Pero al fin se adoptó el medio de darle la Sicilia con facultad de pasar á Africa si circunstancias imperiosas así lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. A poco tiempo reunió Escipion en Sicilia un armamento formidable, con el cual desembarcó en Africa llenando de espanto á Cartago, que desde los tiempos de Régulo no se habia visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Contaba allí con la alianza de Masinisa y de Siphax: el primero no le faltó; pero el viejo rey numida le habia hecho defeccion pasándose otra vez á los cartagineses. Escipion determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia; que no porque el numida la mereciera dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenia con negociaciones, invadió una noche de improviso su cam-

pamento, y poniendo fuego á las tiendas en que dormian los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada á cuarenta mil africanos. Quiso disfrazar la elevosía atribuyéndola á inspiracion de los dioses, y ofreció sacrificios á Vulcano; pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

De todos modos Cartago se vió en la precision de llamar á su seno á Anibal, que aunque debilitado, todavía permanecia en Italia teniendo en respeto á Roma. ¡Cuán sensible debia ser al cartaginés renunciar al bello país que habia recorrido por espacio de diez y seis años y en que habia ganado tantas glorias! Pero reconocia la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar en su socorro, no sin devastarlo todo á su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba pues á pelear un Anibal con otro Anibal, un Escipion con otro Escipion: el genio de Cartago con el genio de Roma. Anibal llega á Africa: los dos insignes guerreros se ven, se acercan, entablan pláticas. Bajo el pabellon de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenia que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decision á la suerte de las armas.

Dióse entonces la famosa batalla de Zama en que por fin el genio del grande Anibal sucumbió ante el genio del grande Escipion, y Cartago quedó hu-

millada. Escipion hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el vencedor impuso á Cartago. La república vencida renunciaba á sus posesiones de fuera de Africa; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad escogidos por Escipion; se obligaba á pagar á Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos, y lo que era más sensible, entregaba sus naves: de quinientas á setecientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la humillacion y desconsuelo de ver arder aquellas naves con que no habia sabido impedir el desembarco de Escipion: comprometíase Cartago á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y á volver á Masinisa todo lo que habian poseido sus mayores y á darle cien rehenes. A todo esto accedió aquella república que con su poder habia asustado al mundo. Así sucumbió Cartago.

Escipion volvió á Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba al rey Siphax cargado de cadenas pero el viejo numida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podia Roma disponer se prodigaron al vencedor que recibió el sobrenombre de *el Africano*. Fué nombrado nuevamente cónsul, y despues censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una

yugada de tierra á los soldados por cada año que habian hecho la guerra en África ó en España (1).

(1) Creemos que el lector no llevará á enojo que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo á estos dos grandes hombres, Escipion y Anibal, que ya no volverán á figurar mas en los asuntos de España. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipion tenia en el senado muchos envidiosos de sus glorias: achaque de todos los grandes hombres. Estas envidias fueron dando su fruto. Despues de los triunfos de España y Africa que acabamos de referir; despues de haber contribuido á mantener á Filipo, rey de Macedonia, y á Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; despues de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antioco, rey de Siria; despues de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, á su regreso á Roma le esperaban ya acusaciones en lugar de honores. El austero, el duro Caton, su principal enemigo, le hizo llamar á la barra del pueblo. Compareció Escipion y dijo: «Romanos, hoy mismo hace años que gané en Africa una brillante victoria contra el enemigo más terrible de la república. Hoy soy llamado á responder a los cargos de un proceso. Desde aquí voy al Capitolio á dar las gracias á Júpiter de que me haya proporcionado tantas ocasiones de servir gloriosamente á mi patria. Seguidme, romanos, y acompañadme á pedir á los dioses que os dén gefes que se me parezcan. Bien puedo usar este lenguaje, porque si es cierto que vuestras distinciones se han anticipado á mis años, tambien lo es que mis servicios han ido delante de mis recompensas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado: los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasion calumniaba el mismo Caton su conducta con el rey Antioco, y en pleno senado le pedia cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, exclamó Escipion enseñando sus libros, aquí están: están corrientes y claras: pero no me hareis la injuria, ni os la hareis á vos mismo, de exigírmelas.» El senado pasó á otro asunto.

Ni aun su valor estuvo exento de las insinuaciones pérfidas de sus enemigos. Decianle que no sabia ser soldado. «Cierto, respondia Escipion, pero he sabido siempre ser capitan.»

Parece que para ponerse á salvo de los tiros de la envidia, hubo de retirarse á una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida dedicado á los cuidados de la agricultura como otro Cincinnato, y á los estudios de la literatura griega á que habia tenido aficion desde su más tierna edad. Grande debió ser la ingratitud de Roma cuando en un momento de despecho le obligó á exclamar: «Ingrata patria, no poseerás ni aun mis huesos: *ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis*.» Era un castigo para Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipion en el mismo año que Anibal, el 572 de Roma.

No le estuvo reservada á Anibal mejor suerte. Al principio siguió dominando en Cartago, llegó á la suprema magistratura, é introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos á Roma, se concertó para ello con el rey Antioco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó

al cartaginés, y temiendo Aníbal ser entregado por sus propios compatricios, huyó secretamente á Siria, donde tomó una parte activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipion y Aníbal en la córte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó Escipion: «*Quién os parece el mayor de los generales que ha habido en el mundo?*— «*Alejandro*, respondió Aníbal.—*¿Y despues de Alojandro?*—*Pirro, rey de Epiro.*—*¿Y el tercero?*— «*El tercero yo*, respondió Aníbal con arrogancia.—*¿Y qué diríais si me hubierais vencido?*—*Entonces*, contestó Aníbal, *me contaria yo el primero de todos.*»

Como una de las condiciones de la paz con Antioco fuese la entrega de Aníbal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria, y buscar un asilo en Bitinia, á cuyo rey prestó tambien importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y temiendo por la seguridad de su persona intentó escaparse: pero el rey Prusias le tenia bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperando de poder librarse del hado cruel que le perseguia, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió á la edad de sesenta años.

Tal fué el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de todo el antiguo mundo.

CAPÍTULO VII.

FISONOMIA DE LA ESPAÑA PRIMITIVA.

Causas que influyeron en las primeras conquistas de España, y en que los españoles perdieran su independencia y su libertad.—Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas.—Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles.—Gobierno y organizacion política de cada uno de los pueblos invasores.—Cómo influyó cada cual en la civilizacion de España.

«Si los iberos, dijo ya Estrabon [1], hubieran reu«nido sus fuerzas para defender su libertad, ni los «cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los cel«tas, llamados celtíberos hubieran podido subyugar, «como lo hicieron, la mayor parte de España.»

El historiador geógrafo comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos estraños en el territorio español. Le faltó esplanarla, y lo haremos nosotros.

Habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructura geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por dis-

(1) Lib. III.



tintos régulos ó caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, ¿cómo habian de oponer una resistencia compacta á estrangeros más civilizados, más disciplinados y más astutos, aun dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercibir de las ocultas miras de dominacion de sus huéspedes?

No nos maravilla que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos, lográran establecerse sin oposicion en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos é inofensivos, sin aparato bélico, tratando á los indígenas con dulzura, y no era difícil ni sorprender su buena fé con la política y la astucia, ni atraerse la admiracion y el respeto de gentes toscas é incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto construidos, y hasta con los adornos de sus naves estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extraccion de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronsele con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascendiente que con aquellas se arrogaban, tuviéronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia, en la costa oriental con

los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

Los cartagineses en su primer período condujéronse tambien menos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinacion y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenia alarmar á los españoles, ni intentar entonces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender á las guerras que por otras partes traian. Mostrábanse amigos, ofrecian y aceptaban alianzas, y de este modo lograron establecer colonias y factorías en el litoral de la Bética, á cuyos moradores habia hecho menos indomables y agrestes el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados que trasportaban á Sicilia, á donde iban á dar triunfos á los mismos que despues los habian de sojuzgar. La imaginacion de aquellos hombres ignorantes no podia alcanzar tan avanzados y encubiertos designios.

Fué menester para que los comprendieran que viniera ya Amilcar desembozadamente como conquistador. Entonces comenzó tambien la resistencia. Istolacio, Indortes, Orisson; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se alzaron en armas contra la dominacion estrangera capitaneando á los tartesios y célticos, á los lusitanos y beliones. Nos admira lo poco que nuestros historiado-

res parece haber reparado en este primer grito de independencia, del cual sin embargo arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones estrañas que veremos irse prolongando por espacio de más de veinte siglos en este suelo perpétuamente de invasiones trabajado. Amilcar venció á los dos primeros, pero el primer general cartaginés sucumbió en el tercer combate. Asdrúbal recurre á la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Anibal, el más atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenia sino llevar á pasear por él sus legiones, pero halló en los olcadas, en los carpetanos y en los vaccéos, pueblos que no querian dejarse subyugar. Los venció, porque tenia que vencer á masas irregulares é informes, mas no dejó de esperimentar rudas acometidas y más impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes.

Viene luego el suicidio de Sagunto, cuya memoria perdurable dispensa de todo comentario al historiador.

De suponer es que hubieran probado igual resistencia los romanos, á no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habian recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fué la conducta de los Escipiones. Los españoles juzgaron de la intencion de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron

sus aliados. Mas no faltó quien penetrára ya sus ulteriores planes de dominacion, y tratára de atajarlos con energía. ¿Qué fueron, y que se propusieron Indibil y Mandonio? Las historias romanas, como escritas por los vencedores, parece los quieren representar por boca de Escipion como *unos ladrones, y capitanes de ladrones, que no iban sino á destruir, quemar y saquear los pueblos vecinos* (1); pero olvidáronse de que nos habian dejado tambien escritas las arengas de aquellos dos infatigables caudillos de los ilergetes y ausetanos, en que espresamente declaraban que se levantaban á sacudir el yugo de los romanos, *que como los griegos y los cartagineses venian á quitarles su libertad y á imponerles con palabras dulces una servidumbre vergonzosa*. Muy fácil es á los vencedores, y más cuando son los únicos qne escriben, pintar como aventureros ó como bandidos á los primeros que empuñan las armas para defender la independencia de su patria.

Pero por más avisados que queramos suponer á aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos como entonces eran, las encubiertas miras de sus huéspedes, era ya tarde; habíanlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el país, se habian captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenia que ser ahogada

(1) Tit. Liv., lib. XXIII., c. 16.



como lo fué. Al aislamiento y á la falta de unidad que Estrabon señaló como la causa de haber perdido su libertad los iberos, podemos agregar nosotros la de su ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino muy tarde los disfrazados designios de los pueblos invasores.

Merece ser notado el proceder tan diferente de las dos repúblicas que se disputaban el señorío de España. Los cartagineses eran siempre los primeros á mover la guerra. Importábales poco, si les convenia, tener que violar para ello los tratados. Jamás los romanos tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de dominacion, pero con más profunda política, cuidaban siempre de no aparecer los infractores de los pactos ó convenios; esperaban á que otros los quebrantáran, ó los ponian en la necesidad de hacerlo, para aceptar despues la guerra con todas las apariencias de justicia, ó como defensa propia, ó como reparadores de ofensas hechas á sus aliados. Solo así se esplica la insistencia en seguir enviando embajadas al senado cartaginés, y de seguir pidiendo esplicaciones aun despues de consumada la catástrofe de Sagunto: así se esplica la calma con que veian el sacrificio de su heróica aliada.

Distinta fué tambien su conducta con los españoles durante la guerra. Los cartagineses imponian gravosos tributos á los pueblos conquistados y los agoviaban con exacciones. Empleaban á los naturales como es-



clavos en los rudos trabajos de las minas, ramo en que los fenicios les dejaron aun mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, á juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos *pozos de Anibal*, de uno de los cuales nombrado Bebelo extraian diariamente, si no hay exageracion en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de las minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada dia. Los romanos, cuando les faltaban vestuarios y víveres con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del país, los pedian á Roma, por no disgustar á los pueblos que acababan de conquistar; y agotado el tesoro de la república, acudian los ciudadanos con donativos para subvenir á las necesidades del ejército de España antes que sobrecargar de impuostos á los naturales.

En sus victorias sobre los españoles señalábanse los unos por su crueldad, por su generosidad los otros. Amilcar hace crucificar á Istolacio y á Indortes, gefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipion perdona á Mandonio y á Indibil, cabezas de una insurreccion contra los romanos. Anibal destruye á Sagunto para conquistarla, y fortifica despues su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran á Sagunto y conquistan á Cartagena, y dan ibertad á todos los españoles, aun á los mismos que contra ellos habian peleado, y les devuelven todos

sus bienes. El único acto de crueldad de Escipion fué el castigo de Illiturgo, y este fué impuesto por una deslealtad horrible. Mas tarde habian de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses, pero entretanto deslumbraban y seducian con su estudiado proceder. Así ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograron expulsar á los africanos.

¿Cómo á pesar de tan diferente trato militaron todavía tantos españoles en las banderas de Cartago? Era más antigua su dominacion en la parte meridional de España: españoles y cartagineses habian combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habria engendrado más conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

De todos modos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y estraños gefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habiau de aherrojar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fué lo que comunicaron á los indígenas?

Escasas noticias nos han conservado los historiadores acerca de la organizacion política de los fenicios. Sábese solo que sus colonias constituian una especie de



república federativa, y que unidas á la metrópoli en una independencia más voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban (1). Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaan. Pueblo eminentemente religioso, al menos en lo esterior, llevaba á todas partes su culto y sus dioses. Atribúyeseles la invencion de los caractéres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseian conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viages marítimos por la observacion de las estrellas. Su principal ocupacion, la navegacion y el comercio de cambio. Ignoramos si los españoles tomarian algo de su organizacion política, como tomaron su culto, su alfabeto y muchas de sus costumbres (2).

En las colonias de los griegos focenses prevalecia, como en la de Marsella, la forma aristocrática. Cien ciudadanos nobles componian el senado; su cargo era vitalicio.

De la constitucion de Cartago nos dejó Aristóteles preciosas noticias. Presidian el senado y eran los gefes del gobierno dos *suffetos* (3), elegidos de entre todos los ciudadanos por su crédito y sus riquezas. La fortuna y las riquezas eran las que principalmente

(1) Al decir de Heeren era un gobierno semejante al de las ciudades anseáticas.

(2) Silio Itálico asegura que existian en su tiempo en España muchas costumbres de origen fenicio, y se detiene á notar varias de ellas.

(3) En griego *jueces*: especie de reyes, que ejercian atribuciones semejantes á las de los dos cónsules de Roma.

conducian á la alta magistratura. Por lo mismo que los cargos eran honoríficos, solo los ricos podian aspirar á ellos. La aristocracia que dominó en el senado hasta las guerras púnicas no era tampoco una aristocracia de nobles, sino de *optimates* ó ricos. A veces una sola familia poderosa monopolizaba en sí las primeras magistraturas del Estado y dominaba en todas las votaciones. Esto sucedió primero con la familia de los Magones, despues con la de los Barcas ó Barcinos. Durante las guerras púnicas adquirió gran preponderancia el poder popular. Habia un tribunal de *ciento*, que juzgaba á los suffetos, á los generales y á todos los magistrados. Este tribunal salvó á la república de toda tentativa de trastorno [1].

Cartago, guerrera y conquistadora, tenia todas sus colonias sujetas á la metrópoli, que era su cabeza y su corazon, y el centro de su vitalidad, donde confluian las riquezas de todas; consistian estas principalmente en la agricultura y el comercio, en los productos de las minas y en los derechos de aduanas. Sus impuestos eran crecidos, y los exigian con inexorable rigor. Hasta las guerras y las conquistas era un objeto mercantil para aquellos especuladores. Los soldados eran pocos; servíanse de mercenarios reclutados en todas las naciones, y sabiendo lo que costaba cada soldado griego ó campanio, galo ó español, cal-

(1) Aristot. *Política.*



culaban el fruto de una conquista por el coste de la campaña. Así no es estraño encontrarlos codiciosos, avaros y egoistas, sin generosidad, sin compasion y sin fé; que se cuidaran poco de la santidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, y que la *fé púnica* adquiriera aquella celebridad que se hizo proverbial (1). Cuando hicieron la paz con Roma despues de la derrota de Zama, sufrieron con resignacion las condiciones más humillantes; mas vencido el primer plazo del tributo, los senadores lloraban al entregar su dinero, y Anibal se echó á reir demostrando cuán despreciable era para él aquel senado de mercaderes.

Dedicada Cartago exclusivamente al comercio y á la guerra, no eran las letras las que prosperaban allí. Aunque se encuentra citada en los autores antiguos alguna otra obra púnica, puede decirse que la única que se ha conservado es el Periplo de Hannon, ó sea la relacion de la expedicion marítima que de órden del senado hizo este marino desde España por la costa occidental de Africa como unos 500 años antes de J. C. en la primera estancia de los cartagineses en la Bética, cuyo libro se colgó en el templo de Saturno de Cartago (2).

(1) Heeren, sobre el comercio y la política de los cartagineses.

(2) El sábio español conde de Campomanes, habiendo proyectado escribir la historia de la marina española, compuso, como para que le sirviese de introduccion, una obra titulada: *Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el Periplo de su general Hannon traducido del griego*. Precédela un *Prólogo* y *Discurso literario* sobre

Adoraban los cartagineses, además de los dioses fenicios y libios, algunas divinidades griegas ó helénicas, cuyas estátuas colocaron en el templo de Dido ó Elisa, á quien tributaban culto divino. Pero hasta en las ceremonias y solemnidades religiosas predominaba la fria crueldad de aquel pueblo. Ofrecian á Moloch ó Saturno sacrificios humanos en épocas fijas; á veces eran víctimas ilustres é inocentes: en una ocasion viendo al enemigo cerca de sus muros, sacrificaron, para aplacar la cólera de los dioses, cien jóvenes escogidos entre las familias más distinguidas: y hallándose Aníbal en Italia, recibió la noticia de haber sido señalado su hijo para el sacrificio anual.

Por fortuna este pueblo desapareció sin dejar rastros de su existencia. En España no dejó ni una institucion ni un monumento artístico: pasó su dominacion como un pálido meteoro. Solo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses á guerrear con más arte.

Los fenicios y los griegos fueron los que ejercieron más influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores eran ya por la benignidad misma del clima menos fieros que los del resto de España, y recibian con menos esquivez las ideas y principios

dicho *Periplo*. A esta obra debió el ilustre Campomanes el honor de ser admitido académico en la clase de estrangeros en la real Academia de Inscripciones y Buenas letras de París.

civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituian la España entera, y que aun conquistados estos paises por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenia independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que hemos descrito en el capítulo primero de este libro.

LIBRO SEGUNDO.

ESPAÑA BAJO LA REPÚBLICA ROMANA.

CAPÍTULO I.

LEVÁNTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACION ROMANA.

Desde 204 antes de J. C. hasta 150.

Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántanse de nuevo Indibil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Caton el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—Division de la España en Citerior y Ulterior.—Reprodúcense las insurrecciones.—Idea que se tenia en Roma de España.—Sórdida avaricia de los pretores.—Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco.—Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España.—Carteya.—Córdoba.—Causas de la prolongacion de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipion Emiliano.—Crueldades y alevosías de Lúculo y Galba.—Matanzas horribles.—Indignacion de los españoles.

Lanzados de España los cartagineses y campando ya solas y sin rivales las águilas romanas, parecia que los españoles tenian derecho á esperar de los que se



decian sus amigos y aliados, aquel tratamiento generoso, benéfico y humanitario que los Escipiones habian inaugurado durante la guerra.

Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Aquella á que los romanos daban el suave título de alianza, ó el más dulce de amistad, fuese convirtiendo luego en dominacion verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habian prodigado su sangre sino para resolver la cuestion de cuál de las dos repúblicas habia de ser la dominadora, de que no habian peleado sino para cambiar de señores, y de que para sacudir el nuevo yugo les seria preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros á conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos é inquietos príncipes Indibil y Mandonio, á quienes antes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos; porque en unos y otros veian los usurpadores de su independencia. Aprovechando estos caudillos la ausencia de Escipion, único que habia sabido mantenerlos en respeto, excitaron con enérgicos discursos á los ilergetes, ausetanos y otras vecinas tribus, á tomar las armas contra los dominadores romanos, persuadiéndoles que si se uniesen para ello les seria fácil arrojar á su vez del territorio español á los soldados de Roma, y recobrar sus antiguas libertades. Más de treinta mil hombres respondieron á la escitacion de Indibil.

Pero los procónsules Léntulo Accidino, que después de Escipion habian quedado con el gobierno de España, acudieron con todas su fuerzas, y se hallaron pronto en presencia de los insurrectos en los campos sedetanos. Larga y mortífera fué la batalla: incierta estuvo mucho tiampo la victoria. Desgraciadamente una saeta vino á quitar la vida á Indibil: el suceso desalentó á los españoles; al desaliento sucedió el desórden; al desórden la fuga, y el triunfo quedó por los romanos. Aun más desgraciada suerte cupo á Mandonio. Como condicion de paz hicieron publicar los procónsules que habian de entregarles vivo aquel caudillo: el terror inspiró á los españoles la flaqueza de entregarle, y Mandonio recibió una muerte cruel y afrentosa para escarmiento de los demás rebeldes (1).

Más el espíritu de independencia habia comenzado á infiltrarse en los corazones españoles, y no era fácil ya sofocarle. Así al poco tiempo los hallamos otra vez insurreccionados, y teniendo que sufrir otra derrota de parte de Lucio Cornelio Cetego, que en reemplazo de Léntulo habia venido.

De diferente manera parecia llevarse la dominacion romana en el Mediodía que en el Oriente y centro de la Península. Cádiz logró del senado ser declarada ciudad franca, como aliada que era y no conquistada por los romanos, cuyo acto dió á estos gran

(1) Tit. lib. XXIX., c. 2.



crédito en toda la Bética (197). Mas disgustados los celtiberos, levantáronse más de una vez á ejemplo de los ilergetes y sedetanos, quedando vencedores en una ocasion, y siendo vencidos en otra.

Antes eran dos naciones estrañas, grandes ambas, poderosas y guerreras, las que se disputaban el cetro del universo en los campos españoles. Ahora comienza la España sola, después de haber malogrado la flor de su juventud en auxilio de la que quedó triunfante, á defenderse con sus propios recursos contra el inmenso poder de la orgullosa Roma. Eran al principio insurrecciones parciales, ya por la falta de unidad y de plan entre los indígenas, ya porque no en todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía romana: pero reproducíanse unas tras otras, y revivian, apenas sosegadas, como centellas de un fuego mal apagado. De tal manera que temerosa y asustada Roma del giro que iba tomando la guerra de España, determinó enviar á ella al cónsul Marco Porcio Caton, el Censor, con dos legiones y cinco mil caballos, dándole además dos pretores, uno para la España Citerior, y otro para la Ulterior. Así habian dividido los romanos la España, siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias.

El hombre célebre por la austeridad de sus costumbres procuró moralizar la administracion militar que tenia irritados á los naturales de España, y se mostró tan enemigo en la guerra como lo fué en la

tribuna de la rapacidad que habian ejercido en la Península sus antecesores. Pero al lado de estas virtudes como administrador, desplegó como guerrero tal crueldad y violencia, que ningun romano usó de dureza tanta ni de tan desapiadado rigor para con los vencidos. Tomó á Rosas, y fué recibido como amigo en Ampurias (196). Derrotó cerca de Ilerda por medio de una hábil maniobra un cuerpo de celtiberos. Tuvo que socorrer al pretor Manlio, que se veia hostigado por los turdetanos; que ya habia penetrado tambien el fuego de la insurreccion en la Bética. Vencieron los romanos allí; pero fuéle preciso al cónsul volver á sujetar á los lacetanos, ausetanos, bargusios y otros pueblos que de nuevo se habian sublevado, no pudiendo, aunque lo intentó, tomar de paso á Segoncia. Sujetó aquellas gentes, y vendió los moradores de algunas ciudades como esclavos, á otros los pasaba á cuchillo. Cuéntase que en trescientos dias hizo demoler hasta cuatrocientas poblaciones. Parecia animado mas bien del furor del esterminio que del espíritu de conquista. La dureza de su carácter formaba verdadero contraste con la dulzura y generosidad de Escipion. Aquietáronse, aunque por muy poco tiempo, los españoles con tan rudos castigos, y el severo Caton pasó á Roma á gozar los honores del triunfo (195).

Aquietáronse por poco tiempo, decimos, puesto que al año siguiente hallamos á Publio Escipion, pretor de la Bética, teniendo que lidiar con los lusitanos

que bruscamente habian invadido aquellas tierras; á Marco Fulvio, que lo era de la Tarraconense, teniendo que partir apresuradamente á sujetar á los carpetanos, que ligados ya con los celtiberos, vaccéos y vettones, habian salido á campaña con ejército numeroso. Desgraciados eran por lo comun estos primeros esfuerzos de unas gentes todavía indisciplinadas, teniendo que habérselas con las legiones aguerridas de los romanos. Pero ni estos dejaban de sufrir sérios descalabros, ni sus triunfos eran tan decisivos que hicieran á los españoles desmayar en su empresa, ni tolerar la opresion en sosiego y reposo. No pasaba año sin que se reprodujeran las sublevaciones, á veces tan imponentes, que en 192 quedaron en un encuentro seis mil romanos muertos sobre el campo de batalla, salvándose el resto por la fuga. Mandábalos el pretor Emilio: los vencedores eran lusitanos. Mas tarde fueron batidos estos mismos, pero otro año siguiente concertados celtiberos y lusitanos rompieron simultáneamente los unos por la Tarraconense, los otros por la Bética, en fuerza ya tan respetable que hubieron los pretores de dejarles recorrer y talar los campos, limitándose á defender las ciudades y las plazas. Ibanse sucediendo ya alternativamente los triunfos y las derrotas. Alentaban á los españoles los sucesos prósperos, y los adversos no les hacian decaer de ánimo.

En esta larga série de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil nar-

rar, dos grandes reveses sufrieron los infatigables celtiberos; el uno en 186 á las márgenes del Tajo cerca de Toledo, en que despues de haber tenido arrolladas las filas romanas con su sistema particular de ataque nombrado *cuneus* (1), fueron al fin envueltos y vencidos, merced á los desesperados esfuerzos del pretor Cayo Calpurnio: el otro en 182, no lejos tampoco de Toledo, en los campos de Ebura (Talavera de la Reina), en que dieron los romanos una de las más sangrientas batallas, y en que un ardid de Quinto Fulvio Flaco convirtió en favor de las armas romanas un combate que habia estado mucho tiempo indeciso. Al decir de los historiadores romanos perdieron los españoles sobre treinta mil hombres en cada una de estas batallas.

Otros que no fuesen ellos se hubieran descorazonado con tan duros reveses: y los romanos, al conseguir tan señalados triunfos, se hubieran dado ya por dueños y señores del país, si este país no fuese el de la resistencia y la perseverancia. Los romanos vencian pero no subyugaban. De tan antiguo viene á los españoles no desfallecer por los infortunios y las adversidades. No faltó quien en el senado mismo de Roma describiera al vivo el carácter de este pueblo singular.

Abogaba Minucio en favor del pretor Fulvio, que

(1) Véase el cap. I. del lib. I.

pedia su relevo de España, y que se le permitiese volver á Roma con su ejército (180). Recomendaba Minucio y ensalzaba las victorias del pretor español. Levantóse entonces Sempronio Graco, á quien se trataba de enviar en su reemplazo y dijo: «Al oir la relacion que nos haceis de las proezas de Fulvio, no «deberia haber ya un solo pueblo en España que no «obedeciese á los romanos. Sin embargo, yo sé á que «se reducen estas conquistas, que no pasan de las «comarcas vecinas á nuestros campamentos: porque «hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que «acampar. Sus más apartadas regiones aborrecen la «dominacion y el nombre romano. Si accedeis á la «demanda de Fulvio, yo deberé ir sin ejército á encargarme del gobierno de una provincia que fuerzas «muy respetables apenas han alcanzado hasta ahora «á enfrenar. ¿Podré yo, decidme, con un puñado de «soldados que pueda alistar en España, reprimir la «energía de aquellos bárbaros, que tantas veces han «rechazado y puesto en vergonzosa fuga nuestras «mejores y más veteranas legiones? Romanos, ¿lo «creeis vosotros así? Quiero conceder que Fulvio haya «sujetado toda la Celtiberia: ¿quién me asegura que «los celtiberos se darán por sometidos? ¿Pensais que «se puede esperar paz y reposo de un pueblo acostumbrado á renacer incesantemente de sus ruinas, y «á levantar de nuevo el estandarte de la insurreccion «tantas cuantas veces es vencido? Si nuestras legiones

«vuelven á Italia con Fulvio como él lo pretende, «sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante «vosotros todos que iré á España, pero iré á esco- «ger un lugar en que pueda vivir tranquilo: no «penseis que he de ser tan temerario ó tan insensato «que vaya con escasas tropas, flojas y sin espe- «riencia, á acometer á un enemigo aguerrido y feroz «He dicho.»

A pesar de todo otorgósele á Fulvio volver á Roma con los veteranos que llevaban diez y seis años de servicio, y diósele á Sempronio Graco un ejército de catorce mil hombres para que pasase á España. ¡Cuán pronto vinieron los sucesos en apoyo del discurso de este romano! Cuando Fulvio se encaminaba á hacer entrega del gobierno en manos de su sucesor, esperábanle los celtiberos, otra vez armados, en lo más fragoso de un bosque por donde tenia que pasar (entre Daroca y Molina), y poco faltó para que que quedáran él y los suyos en poder de aquellos que suponia subyugados. Salvóle su serenidad.

Fué este Fulvio uno de los que se señalaron más en la guerra de España por su orgulloso génio y condicion altiva, y de los que con sus violencias exasperaron más los pueblos y avivaron, en vez de apagar, sus ódios á la dominacion romana. Llegó á Roma cargado de riquezas. Depositó en el tesoro público ciento veinte y cuatro coronas de oro, treinta y una libras de

oro en barras, y ciento setenta y tres mil monedas de plata de Osca [1]. Poco era esto para lo que habia amontonado en su caja particular. De ello destinó una pequeña parte á recompensar á los veteranos que le habian seguido; dió espectáculos públicos por espacio de diez dias, y erigió un magnífico templo á la *Fortuna ecuestre*.

Esto era lo que hacian todos los pretores y procónsules de España, con excepciones rarísimas. Cneo Léntulo se habia llevado mil quinientas quince libras de oro. veinte mil de plata, y treinta y cuatro mil quinientas monedas del mismo metal. Lucio Sterninio recogió quinientas mil libras de plata, y á su regreso á Roma le levantaron tres arcos triunfales. El severo Caton llevó al tesoro mil cuatrocientas libras de oro, veinte y cinco mil de plata en barras, y ciento veinte y tres mil en monedas de lo mismo. Hízose decretar los honores del triunfo.

Era la España un campo de explotacion para los sórdidos pretores y procónsules avaros. Venian aquí pobres, y sobrábanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro: no les bastaban las exacciones y tributos; en su codicia desenfrenada empleaban tambien la depredacion y la rapiña como medios comunes. El senado romano en otro tiempo tan

(1) Ciudad de los bastetanos. acuñaba en ella moneda. Era célebre por sus minas, y se



virtuoso y austero, en vez de castigar á los que así se entregaban á la rapacidad y al escándalo, solian premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria ó el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Los honores triunfales se compraban á peso de oro. Escipion Nasica, que correspondiendo á la gloria de su nombre, se habia conducido con pureza y desinterés, pidió dinero á Roma para proseguir la guerra de Esdaña. «¿Pues qué, le respondió irónicamente el senado, se han agotado ya las minas de ese país?» De creer es que no habria solo tolerancia de parte del senado, sino complicidad tambien y participacion en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones más venerables cuando se corrompen los hombres. Así eran tan codiciadas las pretorías de España, pero así se dificultaba tambien su conquista, porque no era posible que sufrieran los españoles tanta impudencia y tanta inmoralidad.

Sempronio Graco se dedicó á reparar en lo posible los desmanes de sus predecesores. Condújose como guerrero con prudencia y humanidad: ganó como gobernador reputacion de desinteresado y probo. Ningun pretor habia penetrado tan al Norte como él: su comportamiento predispuso á muchos pueblos á aceptar su amistad; entre ellos Numancia, ciudad considerable y capital de los pelendones. No lejos de ella estaba Illurcis, á la cual hizo agrandar y fortificar, y en ella estableció sus reales y la hizo el centro de sus

operaciones [1]: llamóse desde entonces Gracchuris, hoy Agreda. Prorogó el senado por un año más la pretura del padre de los Gracos, que á favor de su sistema blando y suave para con los pueblos de España hizo esfuerzos para comunicarles y hacerles aceptar los principios é ideas de la vida civil de los romanos, é introducir en ellos una forma de gobierno y de administracion semejante á la de Roma. Pero faltóle tiempo para que su ensayo pudiera producir fruto, y el buen nombre que sus gestiones comenzaban á restituir á la república borráronle otra vez sus sucesores, que volvieron al camino de las violencias y de los excesos.

Distinguióse entre ellos el que en 175 vino de pretor á la Tarraconense. Este hombre que á su incapacidad unia la avaricia más sórdida, excedió á todos sus antecesores en las exacciones, en las estafas y en los robos. Llamábase Publio Furio Philon. Una sublevacion general de los pueblos fué la consecuencia de su desatentado proceder; sublevacion que alarmó á Roma, y la obligó á enviar á Appio Claudio con el título de procónsul y el encargo de apagar un fuego que se mostraba tan amenazador. Claudio logró en efecto aquietar, al menos en apariencia, á los cien veces alterados celtiberos, vencidos muchas veces y sujetos nunca.

(1) *Monumentum suorum operum Gracchurim oppidum in Hispania constituit*: dice Tit. Liv.



Tantas y tan contínuas insurrecciones llegaron al fin á convencer á muchos romanos de que la causa no era precisamente el espíritu turbulento de estos pueblos, sino la conducta opresora y tiránica de los pretores. En la misma Roma llegó á formarse un partido generoso en favor de los españoles oprimidos. Escipion el Africano y Caton el Censor abogaron por ellos en el senado. No fueron inútiles los esfuerzos de tan enérgicos defensores. Aboliéronse las preturas, y se confió á un procónsul ó propretor el mando supremo de la Península, que lo fué entonces Lucio Canuleyo. Los pretores que habian provocado la justa cólera de los pueblos fueron procesados: una diputacion de las principales ciudades de España que más habian sufrido pasó á Roma á pedir contra los acusados: ruidoso fué el proceso; públicos y notorios eran los crímenes; pero los pretores fueron absueltos: ¡tanto pudo todavía la intriga y el oro! Aquel Furio Philon, concusionario y ladron público, contra quien además se hicieron cargos tan graves que indignaron al senado, corrompido como ya estaba, no se atrevió á comparecer; por miedo, más que por pudor acaso, se alejó espontáneamente donde pudiera gozar el fruto de sus rapiñas (171). Otro tanto hizo Matinio, pretor que habia sido en la España Ulterior (1).

Pero no fué inútil para España la publicidad de

(1) Tit. Liv. Lib. XLIII., c. 2.



este proceso, ni infructuosos para ella los esfuerzos de los hombres honrados de la república. Además de la abolicion de las preturas, se suprimió el derecho que tenian los magistrados romanos de obligar á los españoles á venderles la veintena de todo el trigo al precio que ellos les fijaban, que siempre era tan ínfimo como se puede imaginar, y cuyo monopolio era una de las fuentes de las riquezas de aquellos explotadores. Dióse tambien á los indígenas el derecho de fijar por sí mismos las cuotas de los impuestos. Primeras concesiones que el valor heróico de los españoles arrancó á los romanos.

Otra embajada de bien estraña naturaleza llegó por aquel tiempo de España á Roma. Del trato de los soldados romanos con las mugeres españolas, cuyos matrimonios prohibia el derecho latino, habian resultado mas de cuatro mil nacimientos. Los hijos de aquellos connubios ilegítimos solicitaron de Roma que como á hijos de romanos se les concediese una ciudad y tierras que habitar bajo la proteccion de las leyes de la república. El senado acogió su demanda, y concedió á los que de ellos estuviesen manumitidos la ciudad de Carteya junto al estrecho de Gibraltar. Primera colonia romana que se fundó en territorio español, y que por la clase de sus habitadores se llamó Colonia de los Libertinos (4).

(1) Liv. ibid. c. 3.

El camino se habia abierto; y á los dos años, bajo el gobierno de Marco Claudio Marcelo, que habia sucedido á Canuleyo, se estableció en Córdoba otra segunda colonia (169), que luego se llamó Patricia, ó Colonia de los Patricios; porque embellecida con todo el refinamiento del lujo y de las artes, y circundada de casas de recreo, á que la naturaleza de su terreno y de su bello clima se prestaban maravillosamente, llegó á ser residencia de los más nobles patricios romanos.

Pero aun estaba lejana la época en que los ricos y voluptuosos romanos pudieran prometerse vivir con reposo en el fecundo suelo español. Restablecidas para mal de todos á los cuatro años las odiosas preturas, renováronse tambien con más furor las sublevaciones y las guerras de parte de estos indomables habitantes. Era una cadena casi no interrumpida de porfiadas luchas, por ambas partes con varia fortuna sostenidas, cuadro monótono de horrores, de ferocidad, de desolacion y ruina, en que se veia de un lado un pueblo belicoso y noble, que engañado muchas veces y siempre explotado, se esforzaba por recobrar su independencia perdida, y de otra parte un pueblo obstinado en subyugarle por la fuerza, y que no obstante su superior civilizacion aventajaba en barbárie y ferocidad á aquellos mismos que llamaba bárbaros. Muchos españoles perecian en esta heróica contienda: Roma compraba tambien con la sangre de sus guerreros el

oro que sacaba de España. No fatigaremos nosotros al lector con las relaciones de tantas batallas como llenan las columnas de Livio, de Appiano, de Polibio, de Floro y de otros historiadores latinos. Muchas fueron las que ensangrentaron los campos españoles, sin que ni los romanos lográran dominar más terreno que el que con sus plantas pisaban, ni los españoles aflojáran un punto en su tenáz resistencia.

Aunque el defecto capital de los indígenas en esta lucha de independencia era el aislamiento con que cada comarca ó region por sí la sostenia, vióse en el año 154 formarse una gran confederacion entre las naciones más enérgicas, resueltas y fogosas, celtiberos, vaccéos, arevacos y lusitanos, cuya general conjuracion asustó ya á Roma, y la obligó nombrar anticipadamente cónsules para el año entrante (costumbre solo usada en los lances apretados), y á enviar á Quinto Fulvio Nobilor con treinta mil hombres de las mejores tropas de la república, y con el gobierno de las dos provincias de España. Ni el cónsul ni su refuerzo intimidaron á los españoles. Esperáronle los celtiberos en una emboscada no lejos de Numancia, y acuchillaron las legiones consulares. El intrépido caudillo español, nombrado Carus, murió gloriosamente en la pelea (153). Habiendo llegado á poco tiempo trescientos caballos numidas y diez elefantes, que desde Africa enviaba á Fulvio aquel Masinisa, aliado tan constante de los romanos, parecióle llegado

el momento de tentar otro ataque, y fiado en el poder de sus elefantes se aproximó á Numancia, donde se habian retirado los españoles. Aquí tambien quedó derrotado el orgulloso cónsul: hasta los elefantes se volvieron contra él desordenando sus filas. Cuatro mil romanos y tres elefantes quedaron en el campo de batalla (1).

No conociendo Fulvio el país, recorríalo aturdido, no encontrando en él sino enemigos: desertábanse los españoles que obligados seguian sus banderas; humillábale la resistencia que encontraba en las ciudades; la de Occilis, depósito de armas y municiones de los romanos, abrazó la causa de sus compatricios; agoviábanle el frio del invierno y la falta de provisiones; esperaba socorros y no venian. En tal situacion redújose á guarecerse en los atrincheramientos que habia levantado á algunas millas de Numancia, donde los españoles, conocedores del terreno y diestros en la guerra de montaña, no dejaban de molestarle continuamente.

Entretanto hacíase en la Lusitania una guerra mortífera. Sosteníala con fortuna vária el pretor Munmio:

(1) Cuéntase que habiendo soltado Fulvio los elefantes se precipitaron bruscamente sobre las filas de los españoles. A la vista de aquellas enormes masas vivientes, espantáronse los celtiberos y diéronse á huir. Repusiéronse luego, y habiendo un soldado acertado á herir con una piedra á uno de aquellos animales guerreros, revolvió furioso contra los romanos, siguieron los demas su ejemplo, y convertidos los elefantes de Masinisa de auxiliares en enemigos, desordenaron, atropellaron é hicieron correr las legiones romanas.

por uno y otro lado solia ser horrible la matanza: en un encuentro murieron diez mil romanos; en otro sucumbió el caudillo lusitano Cessaron con muchos españoles. No se daba vagar á la pelea.

Habiendo al año siguiente (152) reemplazado á Fulvio en el gobierno de la España Citerior el cónsul Marco Claudio Marcelo, recobró á Occilis, que creemos sea Medinaceli. Dirigióse luego á Nertobriga (hoy Ricla), cuya ciudad envió diputados al cónsul para tratar de acomodamientos. Mas rotas las condiciones de la primera negociacion, y no pudiéndose concertar sobre las que de una y otra parte se exigian para la segunda, concedióles el cónsul una tregua, durante la cual pudiesen acudir al senado romano. Expusieron allí el objeto de su mision los legados de España, pero merced á las declamaciones de Fulvio, que en su humillada altivez representó como perfidias los ardides de guerra que tan funestos le habian sido en este suelo, no alcanzaron otra contestacion del senado sino que á su regreso á España se les haria conocer su voluntad por conducto del cónsul. Penetraron bien los españoles, aunque rústicos, lo que aquel lenguaje significaba, y tornáronse resueltos á proseguir la guerra [1]. No sabemos cómo ni por qué enmudeceria en aquella ocasion el partido español del senado.

(1) Appian. De Bell. Hisp.



Alzóse bandera en Roma para reclutar legiones de los que voluntariamente quisiesen alistarse para la guerra de España. Nadie se presentó á inscribir su nombre. Repugnaba la juventud romana venir á pelear con los fieros celtiberos Como sepulcro de romanos era mirada esta tierra, y los soldados de Fulvio, que acababan de volver de ella, no hacian sino aumentar el pavor que ya inspiraba, contando y pregonando las fatigas y privaciones, los sustos y trabajos, los muchos peligros y reveses y el ningun reposo que ellos aquí esperimentado habian con gente tan indómita y tenáz como era la de España. El mismo cónsul Lúculo, nombrado para el gobierno de esta provincia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el jóven Escipion Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilustre familia que le habia adoptado (1), pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolucion de este jóven, parecida á la que en una ocasion semejante habia tomado setenta años hacía su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los ánimos de aquella desalentada juventud, que

(1) Era hijo de Paulo Emilio y nieto adoptivo del grande Escipion. Estábale reservada la gloria de tomar y destruir á Cartago, por lo que recibió tambien, como su abuelo, el sobrenombre de *Africano*. ¡Destino singular de aquella ciudad famosa! Un Escipion la venció, y otro Escipion la borró de sobre la haz de la tierra, dejando solo un título de gloria á los dos Escipiones.

con esto se apresuró á alistarse en la legion voluntaria.

Vino, pues, el cónsul Lúculo á la España Citerior, trayendo consigo como lugarteniente á Escipion Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor á Sergio Galba. Llegaron estos en ocasion que Marcelo habia hecho paz con los numantinos, á condicion de que se separasen de los titios, belos y arevacos; y en que el pretor Atilie habia destruido muchas ciudades de la Lusitania.

En la historia de los dos nuevos personages vamos á ver hasta qué punto llegó la crueldad de los gobernadores romanos, y con cuanta razon y justicia se apuró el sufrimiento de los españoles.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo, y pone sitio á Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenia fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venia ávido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro desechos y obligados á aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnicion romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando á una señal dada se arrojan sobre ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con

un saqueo general que ordenó, desconfiado sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y elevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mugeres y sus hijos, entregando antes á las llamas todo lo que no pudieran llevar á sus rústicas guaridas. La fé romana podia muy bien disputar la primacía á la fé púnica (1).

Puesto después sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen: «No, le respondieron con dignidad; para admitir vuestras proposiciones, sería menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fé que acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el estremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo solo bajo la fé de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botin que codiciaba y con que acaso se habia ya lisongeado, y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar

(1) Appian. ibid.



con él, no obstante su investidura de gefe y de cónsul [1].

Allá iba el avero Lúculo donde calculaba que habia riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijon, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariento, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fué asolando el país por donde pasaba, y del pillage que sus tropas ejercian y á que las excitaba él mismo, se hacia aplicar á sí la parte más pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguó su correría hasta la Turdetania (151).

Con no menos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostróse conmovido de la suerte de los lusitanos. Di-

(1) Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando á duelo á los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Escipion Emiliano á admitir el combate, y como fuese Escipion de corta estatura y hubiese vencido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados á romanos y españoles.

joles que estaba pronto á remediar sus necesidades; que les daria tierras de cultivo, donde podrian vivir tranquila y holgadamente, dedicados á las labores de la agricultura: y hablóles con tal aire de sinceridad (que él tenia más de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fé á sus buenas palabras. Mas apenas se habian establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse á las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traicion por el país y acabar de hacer execrable el nombre romano [1]. Las consecuencias las veremos despues.

¿Podria creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos mónstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron á Roma estos dos detestables personages, tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la impudencia de erigir un templo *á la Felicidad*. Galba fué acusado ante el senado. El severo Caton, que aunque octogenario ya, conservaba toda su antigua rigidez, acusó tambien al malvado pretor [2]. Pero Galba era rico, y quedó absuelto. A tal grado de corrupcion habia venido el senado romano.

(1) App. De Bell. Hisp.

(2) *Caton.... acusator assiduus malorum, Galbam octogenarius accusavit.* Aurel. Vict. in Cat.

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aun habia romanos virtuosos: y á los escándalos en esta acusacion descubiertos, se debió la ley que acertó á arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pison, por la cual se daba á las ciudades sujetas ó aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolucion de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algun coto puso á la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosa y sangrienta ejecucion de Galba.

CAPÍTULO II.

VIRIATO.

Desde 150 antes de J. C. á 140.

Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—Eligenle por gefe los lusitauos.—Burla al pretor Vetilio.—Primer ardid de guerra.—Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general.—Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fabio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenia vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violacion del tratado, y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habian logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande, y de un alma tan elevada cuanto era su condicion humilde, por que habia sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el país él y los demás que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habian sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un le-



vantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor aleve, que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseidos todos del mismo espíritu de indignacion, todos ansiosos de vengar tamaño ultrage. Nombraron gefe y caudillo suyo á aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que habia recaido la eleccion de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Hizo Viriato una irrupcion en la Turdetania hácia el estrecho de Cádiz, donde el pretor Vetilio, que habia sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algun tiempo en lugares ásperos y fragosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energía la abominable conducta de Galba, la mala fé de los romanos que tantas veces habian esperimentado, lo poco que habia que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo: que si querian seguirle y ejecutar lo que les mandara él sabria sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondia. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los más pusilánimes, y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan

buena resolucion, púsolos en órden de batalla, previniéndoles que cuando le vieran montar á caballo, se desbandaran á un tiempo, y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunírsele en Tríbola. Hiciéronlo así, y sorprendido el pretor con tan estraña maniobra no sabia qué hacer ni á qué resolverse. Ultimamente determinó perseguir á Viriato y á los ginetes que le acompañaban, pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al enemigo para dar tiempo á que su infantería estuviese á salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas dejó de nuevo burlados á los romanos, que ni conocian el terreno ni por lo pesado de sus armas podian darles alcance (1).

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetilio: el cual, queriendo vengar la pesada burla, encaminóse con su ejército á Tríbola, donde supo se hallaba el lusitano. Salió éste á recibirle; hizo ademan de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano orillas de un bosque donde habia dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por

(1) Appian. De Bell. Hisp. p. 490.



todas partes, sin poderse apenas mover en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo á buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habian quedado vivos se refugiaron á Tarteso. Desde allí el cuestor pidió auxilio á los titios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero salióles al camino Viriato, y dió sobre ellos con tal ímpetu que ni uno solo quedó con vida; no hubo, dice Appiano [1], quien pudiera llevar al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquel en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasion que Viriato recorria la Carpetania. Allí le fué á buscar el nuevo pretor; halláronse frente á frente el español y el romano. La misma astucia que habia empleado Viriato con Vetilio en Tríbola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo; cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Despues de esto Viriato repasa el Tajo, y va á campar á un monte de olivos no lejos de Ebora [2], donde espera á los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fué la pelea; aquello tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó tambien

(1) Appian. De Bell. Hisp. página 490.

(2) Mariana le nombra el monte de Venus.

por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitan de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido á la vez, que vencia en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió á medir mas con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que al año siguiente vinieron á España, Unimano y Nigidio, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Viséo una derrota vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.

El primero que comenzó á quebrantar algo sus fuerzas fué Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y esperiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, ó por lo menos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamaba *guerra de ladrones*, no era sino una guerra séria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió á España con extraordinarios refuerzos á Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, hijo tambien de Paulo Emilio, y hermano de aquel Escipion Emi-

liano, que por este tiempo destruia á Cartago [1].

Contaba Fabio con el ejército de Lelio, contaba con el suyo que de refresco venia. ¿Cómo podian resistir á tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses conducidas por un hombre tam-

(1) Vamos á referir sucintamente la ruina y destruccion de Cartago, de esta célebre ciudad competidora de Roma, á los 732 años de su existencia.

Por un motivo más estraño que justo declaró Roma á Cartago una tercera guerra, que se llamó *tercera guerra púnica*, y que dió principio en el mismo año que la de Viriato en España (150). Aunque por espresa condicion de un tratado solemne *la ciudad habia de ser tratada con todo miramiento*, los cónsules romanos, con insigne mala fé, resolvieron la destruccion de la ciudad, alegando que *Civitas* no significaba las habitaciones, sino los habitantes. Indignados los cartagineses de tan pérfida supercheria, adoptaron la resolucion, desarmados como estaban, de no abandonar su patria y sus hogares. Todo se convirtió de repente en fábricas y talleres de armas. Elaborábanse cada dia cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos. Hasta las mugeres cortaban sus cabelleras para hacer de ellas cuerdas. Tres años se defendió todavía con el valor de la desesperacion la ciudad de los Hannon, de los Asdrúbal y de los Anibal. Otro Asdrúbal, el séptimo de este nombre, sostenia el sitio, pero la victoria, dice oportunamente un erudito historiador, parecia estar fatalmente ligada al nombre de Escipion en todas las guerras púnicas. Escipion Emiliano, el mismo que habia venido á España á pelear contra Viriato, fué enviado á destruir la ciudad africana en el mismo año que su hermano Fabio Emiliano vino á nuestra Peninsula contra el héroe de la Lusitania (146). Escipion tomó por asalto á Cartago, no sin defenderse sus moradores por espacio de seis dias y seis noches de calle en calle y de casa en casa. Asdrúbal se echó á los pies del vencedor: su muger con más heroicidad, por no caer prisionera del romano ni implorar su clemencia, se arrojó á las llamas con sus hijos. Diez y siete dias estuvo ardiendo aquella inmensa ciudad, y las moradas de setecientos mil habitantes se convirtieron en cenizas y escombros. Escipion hizo pasar el arado en derredor de las antiguas murallas, pronunciando imprecaciones en nombre del senado y del pueblo romano contra los que quisieran habitar en el recinto en que habia estado Cartago. Como su abuelo adoptivo, recibió, este tambien el sobrenombre de *Africano*, aquel por haberla vencido, este por haberla arruinado.

Dicese que Escipion derramó alguna lágrima sobre la ciudad destruida; y que á vista del estrago esclamó conmovido. «Llegará un dia en que caerán los sagrados muros de Ilion, de Priamo y de toda su raza.» Y que preguntado por Polibio qué entendia por Ilion y por la raza de Priamo, respondió, sin nombrar á Roma, que meditaba como los estados más florecientes declinan y mueren segun agrada al destino.

A pesar de las imprecaciones de Escipion, quince años despues fué enviado Cayo Graco á establecer una colonia en el sitio en que

bien rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitan improvisado?

Con estos pensamientos, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó á ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios á los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares, que mandadas por el lugarteniente de Fabio habian hecho una salida contra los lusitanos, que ya en busca de sus enemigos se aproximaban (148). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio á incorporarse á su ejército. La confianza del cónsul habia bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña á que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos; siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo habia seguido en Italia con Anibal [1], como si por otro Anibal tuviese á Viriato el Fábio Máximo Emiliano. Así dejó espirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó á Fabio los poderes.

habia estado Cartago. En tiempo de Augusto fué reedificada la ciudad, y en el de Gordiano era otra vez tan populosa que competia con Alejandria; era la capital de la provincia de Africa. Allí escribió Tertuliano sus bellas apologias. Destruyéronla los sarracenos por última vez en el siglo VII. de Cristo. Mario habia ido á meditar su venganza sobre sus primeras ruinas, y San Luis fué á morir en sus nuevos escombros, reflexionando sobre el fin de las grandezas humanas. *(Hist. de Cartago).*

(1) Cap. 4 del lib. I. de esta Historia.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció á Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanías de Evora. Pero nada bastó á desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregar nuevas tropas, y mientras el cónsul hacia cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los triccios, á los vaccéos y á los celtíberos á una alianza y general confederacion contra el comun enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad, y la idea de una patria comun. Acudiéronle unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo menos no fué su voz desoida.

Despues de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtíberos: Metelo los sujetó tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nertobriga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo ó enemigo.

Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurion: indignados los habitantes de la traicion de su compatricio, colocaron á sus hijos en el lugar más peligroso del muro, donde deberian perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso más levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles [1].

Hacía entretanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de África el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato, y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituccia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á

(1) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Victor y Patérculo. Atribuyese tambien al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traia y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto, se atrevió á preguntarle un centurion que era lo que con aquellos movimientos se proponia «*Quemaria yo mi camisa*, respondió el cónsul, *si supiese que en mis secretos tenia parte*.

los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondia, desprendíase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalacion, y tenia á los romanos en perpétua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba á retirarse á su país natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cinesios ó cunéos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habian sido sordos á la voz de union, levantada por Viriato, no se habian agrupado en derredor de aquel heróico gefe como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad y acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzara, observamos que engrosáran sus bandas lo que habia sido de esperar, ni hacía más que pelear brava pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecia ser la más difícil de las obras la union.

Más ni por eso Viriato reposaba ni era posible á los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Porcuna y Baeza), mante-

níase por él Erisana [1]. Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso más pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido [2]. Entonces convidó con la paz á Serviliano. ¡Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la matanza aleve del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasion para que dejára de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apurada situacion no esperaria. Concertóse pues que los romanos conservarian lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante, y que habria *paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato*. Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debia

(1) No hemos podido averiguar la situacion de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podian ser ciudades en el sentido y significacion que hoy tiene esta palabra. Reducíanse por lo comun muchas de ellas á una aglomeracion de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

(2) *Pacem á populo romano maluit integer petere quam victus*: dice Aurelio Victor.

ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabára de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confió el senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podia haberse elegido un hombre ni más inepto como guerrero, ni más malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que habia sido pactado por su hermano mismo, y que habia sido debida á la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretesto de que era indigna de la magestad del pueblo romano aquella paz. Decia verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada, bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion: y accediendo á su propuesta dió otro testimonio más de que la fé romana no rendia párias á la fé púnica, y de que Roma no marchaba por más noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepion, faltando á todos los derechos divinos y humanos, habia renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con las escasas gentes que pudo reunir. No fué grande ha-

zaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtiberos sus amigos, todavía acreditó á Cepion en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña habia dejado á Vetilio y á Plancio.

Entonces resolvió el cobarde cónsul deshacerse por medio de una traicion del mismo á quien no podia vencer con las armas. Vínole bien que Viriato, acaso con el fin de libertar á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometia, le enviára tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna tambien de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato á hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron á puñaladas (140).

Así pereció el gran Viriato, uno de los capitanes más ilustres que España ha producido: así pereció para baldon perpétuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Appiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola se-

dicion entre sus tropas: nadie fué más equitativo que él en la distribucion del botin.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador de los tratos: sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo, su vida, su porte, su trage, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envanecian, ni el alto puesto al que se elevó le ensoberbeció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los cónsules y pretores, á quienes combatia, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el dia que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festin, él ni soltó la lanza ni tomó más sustento que el ordinario, que se reducia á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo á los montes, donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país que no fuera la España, apenas se comprenderia que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y despues soldado de montaña, llegára á hacerse, sin otra escuela ni instruccion que

su génio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á la más poderosa de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres que dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (1).

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á reclamar el premio de su inícua accion, respondióseles que Roma no acostumbraba á premiar á los soldados que asesinaban á su gefe. A Cepion le fué negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobar su conducta.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

(1) El historiador inglés Dunhan, compara á Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII. era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos seria fácil encontrar copias mas exactas de este personage.

CAPÍTULO III.

NUMANCIA.

Desde 140 antes de J. C. hasta 133.

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se vé obligado á pedir la paz.—Inicuo rompimiento de esta, y testimonio de la fé romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia, y vergonzoso para Roma.—Rómpele el senado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se vé el cónsul Lépido.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipion Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60,000 hombres.—Línea de circunvalacion.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situacion de Numancia.—Mensaje á Escipion.—Su respuesta.—Hambre y desesperacion de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroismo.—Numancia destruida.

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtibera, despues de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, habia asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo tambien volver á sus casas á los segedanos

á quienes habia dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué tambien respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habíanse limitado á dar asilo á los celtiberos del partido de Viriato, como antes le habian dado á los de Segeda. Concluida la guerra lusitana, hízoles Quinto Pompeyo Rufo un cargo de esta conducta, exigiéndoles lo que llamariamos hoy la extradicion de los refugiados. Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le permitian entregar á los que en ella habian buscado un asilo, y que esperaba guardaria la fé de los tratados. Volvióle Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: «Roma no trata con sus enemigos sino despues de desarmados.» Esta contestacion fué la señal de guerra. El pretesto por parte de los romanos fué éste: el verdadero motivo era que los abochornaba la independencia que Numancia se habia sabido conquistar.

Reunieron los numantinos sus fuerzas, que en todo subirian á 8,000 hombres, y nombraron general de este pequeño ejército á un ciudadano llamado Megara. Pompeyo acampó cerca de la ciudad con más de 30,000 hombres, y se posesionó de las alturas vecinas (140).

Asentábase Numancia, ciudad de los pelendones á poco más de una legua de la moderna Soria, y en el término que comprende al presente el pequeño



pueblo de Garray, en un repecho de subida no muy ágria, pero de dificultosa entrada en razon á los montes que la rodean por tres partes; solo por un lado tenia una llanura que se estiende por las márgenes del Tera, que vá á mezclar sus aguas con las del Duero. Dentro de sus débiles tapias habia una especie de ciudadela donde en tiempo de guerra solia recogerse la gente armada, y donde solian guardar los ciudadanos sus alhajas y preséas.

Intentaba Pompeyo atraer á los numantinos á batalla campal; hizo mil tentativas para lograrlo; pero dirigidos aquellos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa el más propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacian salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veian al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, á las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos.

Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra, suspondió el sitio y fué á ponerse sobre Termes [1], distante de Numancia nueve leguas. Tampoco Términes estuvo de parecer de dejarse snbyugar; antes bien haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos

(1) La Termancia de Appiano.



senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al dia siguiente volvió sobre la ciudad, pero no recogió del nuevo ataque más fruto que del anterior (1). Dirigióse á Mania, que se le entregó matando los mismos manlieses la guarnicion numantina: corrióse á la Edetania, donde deshizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia.

Quedaba Numancia sola; ¡sola para resistir á todo el poder romano! Habíala aislado Pompeyo incomunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla. Queriendo ahora apretar el sitio y reducir á los numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su curso para que no entráran por él bastimentos á los sitiados. Pero estos con sus espadas supieron hacer desistir brevemente de su obra á los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse en esto el invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados á la cruda temperatura de aquel clima, sucumbian al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas ó Lenate para sucederle (139), antes de entregarle el gobierno resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso

(1) Muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida, pero no consta así de la relacion de Appiano.



de que su sucesor alcanzára en esta guerra glorias á que él habia aspirado en vano. Tropezamos aquí con otro testimonio de lo que era entonces *la fé romana.* Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo menos con las condiciones que de público aparecian. Verdad era que el insidioso cónsul habia tenido la cautela de no firmarlas so pretesto de hallarse entonces enfermo; y por más que los numantinos apelaban al testimonio de los principales gefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el negocio que hubo de remitirse su decision al senado, el cual optó por la continuacion de la guerra: que la flaqueza de los senadores igualaba la indignidad y bajeza de los cónsules.

Fué primeramente Popilio contra los lusones, á quienes no pudo vencer. Volvió al año siguiente sobre Numancia (138), y hubiérale valido más haber admitido la paz que halló establecida Pompeyo. En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro: ni una voz, ni un ruido se sentia en la poblacion: profundo silencio reinaba en ella: parecia una ciudad deshabitada. Hízosele sospechoso á Popilio tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagema. Temia con razon, porque saliendo repentinamente los numantinos á ayudarle en la retirada, arrollaron á los legionarios, y los

pusieron en desórden y en verdadera derrota [1].

Sucesos dramáticos va á ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto habia sido enviado á la España Ulterior, donde los lusitanos habian comenzado á alterarse de nuevo. Vino á la Citerior el cónsul Cayo Hostilio Mancino (137), hombre de imaginacion tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades. Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oido en el aire una voz que le decia: *Detente, Mancino, detente.* Las noticias que acerca de la fuerza de los numantinos traian de Roma sus soldados no eran menos siniestras. Y con esto y con esperimentar mas de una vez la realidad de su bravura, no se atrevian ya á mirar á un numantino cara á cara. Encerrados permanecian en su campamento, hasta que á la voz de que los vaccéos y cántabros venian en ayuda de los de Numancia, dióse prisa el cónsul á levantar lòs reales, y á favor de las sombras de la noche se apartó de una ciudad donde creia no esperarle sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente á una misma doncella. No queriendo el padre desairar á ninguno de los dos mancebos, propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que

(1) Frontin. Estratag. III.

primero tuviera valor para cortar la mano derecha á un enemigo y traérsela, obtendria la de su hija y se la daria en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, á dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de cuatro mil en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posicion en posicion redujéronlos á una estrechura, donde no les quedaba otra alternativa que entregarse ó morir. Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad á los de Numancia para otorgarla, á pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios. Así ahora imitando el ejemplo de Intercacia cuando no quiso fiarse del cónsul Lúculo ni entenderse para las capitulaciones sino con su lugarteniente Escipion [1], tampoco quisieron los numantinos ajustar tratos sin la intervencion del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre habia hecho ratificar otra paz en el senado. Vino en ello el cuestor, y concertóse que Numancia seria para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaria á los numantinos todo el ba-

(1) Cap. I. de este libro.

gaje, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseia: único medio de salvar las vidas á más de veinte mil hombres que el hambre tenia reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no así al senado, que comprendió todo el baldon que tan afrentoso tratado echaba sobre la república: y como los padres conscriptos estaban lejos del peligro y no los alcanzaba la miseria, importábales poco que pereciesen veinte mil guerreros romanos con tal de que no se dijese que el pueblo más poderoso del mundo se humillaba á recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues. solemnemente el pacto como injurioso é indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos porque se cumpliese lo tratado y por demostrar la necesidad crítica en que se habia hecho. Cierto que la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, á quien se condenó á ser entregado á los de Numancia desnudo y atado de piés y manos. Inútiles fueron tambien los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo. El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud á las puertas de Numancia, donde permaneció todo un dia desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfaccion del rompimiento del tratado, ni queriendo

vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedian era, ó que lo pactado se cumpliese, ó que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenian cuando se hizo el ajuste, entregándoles los veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La peticion era á todas luces justa, pero se la hacian á Roma (1).

Llevaba ya Numancia vencidos tres cónsules en tres años y celebrados dos tratados de paz cuando vino Emilio Lépido en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretesto de que habian abastécido á los numantinos durante la guerra, acometió este cónsul á los vaccéos y puso sitio á Palencia. Ya los palentinos le habian forzado á levantarle, pero no contentos con esto hicieron sin ser sentidos una irrupcion en su campo, y le mataron hasta seis mil hombres. Dos legados de Roma vinieron á intimarle que dejára á los vaccéos y atendiera á Numancia. Pero Numancia vió pasar un consulado más, y Roma vió regresar de España otro cónsul sin haber ganado más mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fué públicamente acusado.

Reemplazóle Lucio Furio Philon (136), que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo de Mancino, indisponer con él á sus propios soldados, contemplar á

(1) App., De Bell. Hisp., p. 511. Saint-Real, Hist. de este tratado. Tit. Liv., Epitom. Patterc., lib. II.

Numancia, y poder decir en Roma que habia visto una ciudad y no se habia atrevido á acometerla.

Calpurnio Pison, que vino despues (135), tuvo á bien retirarse á invernar en la Carpetania, y fué testigo de cómo habia ido relajándose la disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó á acabar de corromperla con su codicia.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya á Numancia *el terror de la república*: los ciudadanos casi no osaban pronunciar su nombre. Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando á la capital del mundo. Con indignacion, más que con dolor, veia cómo iban quedando enterradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera fuese capáz de domar esta ciudad heróica que el que habia destruido á Cartago. Por dos veces se confirió á Escipion Emiliano el consulado sin pretenderlo, una para que fuese á destruir á Cartago, otra para que viniese á destruir á Numancia, las dos ciudades, como observó Ciceron, más enemigas de Roma. Pero la una habia sido una poblacion de setecientos mil habitantes, la otra apenas contaria ya en su recinto cuatro ó seis mil defensores. Hemos visto cuán poco tiempo le bastó para borrar del mapa de los pueblos la primera; veremos si le fué tan fácil arruinar la segunda.

Trajo el Africano consigo cuatro mil volunta-



rios (134), de entre los cuales formó un cuerpo de quinientos hombres pertenecientes á familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró *la cohorte de los amigos*. Halló Escipion el ejército de España viciado en estremo y corrompido. Dedicóse el ilustre general á reformar la disciplina y á moralizarle. Desde luego arrojó del campo los chalanes, los vivanderos y las mugerzuelas; de éstas hasta dos mil. Suprimió las cómodas camas en que se habian acostumbrado á dormir y á comer, y las reemplazó con unos sacos, en que dormia él mismo para dar ejemplo. Hacia que cada soldado cargase con la provision de trigo para quince ó veinte dias, y con siete gruesas estacas para levantar empalizadas y trincheras, y con este cargamento y su equipaje obligábalos á hacer marchas y contramarchas; ejercitábalos en cavar fosos y replenarlos, en levantar muros y destruirlos, endureciéndolos así en todo género de trabajo y de fatiga. «*Que se manchen de lodo*, decia, *ya que tanto temen mancharse de sangre* [1].» Hallábase él presente á todos estos ejercicios, y no permitia la menor indulgencia ni guardaba la menor consideracion. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en más fáciles empresas (que todo lo creia necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad) haciendo algunas correrías por el país de los vaccéos. Viéronse allí

(1) Flor., lib. II. Aurel. Vict., c. 58.

el mismo cónsul y el tribuno Rutilio Rufo (el que despues escribió la historia de esta guerra) en más de un conflicto y en más de un riesgo de caer en las celadas que les armaban los palentinos y de ser cogidos por su intrépida caballería. En una de estas escursiones vió Escipion por sus mismos ojos las ruinas de Caucia destruida por la traicion aleve de Lúculo, y movido á lástima ofreció á voz de pregon todo género de franquicias á los que quisiesen reedificarla y habitarla.

Pasada así la mayor parte del invierno, volvió á los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrian á forrajear hácia una pequeña aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detrás de aquellos naturales atrincheramientos. Hubieran perecido los forrajeadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado allí hasta tres mil caballos, con lo que los numantinos tuvieron á cordura replegarse á la ciudad. Gran contento y maravilla causó á los soldados romanos esta retirada: como un prodigio se pregonó la nueva de haber visto una vez las espaldas á los numantinos (1).

Llegada, en fin, la primavera (133), formalizó Escipion el sitio de Numancia con un ejército de sesenta mil combatientes, disciplinados ya á su gusto. ¡Y todavía el poderoso romano esquivaba la batalla

(1) App., pág. 524.



con que en su desesperado arrojo le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba á hacer variar de propósito al prudente capitan, que decidido á rendir á los sitiados por hambre hizo circunvalar la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se construyera; y para que por el rio no les entráran provisiones á los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas vigas erizadas de puntas de hierro, en tal forma que no solo las barcas, pero ni los nadadores y buzos podian pasar sin evidente riesgo de clavarse en las aferradas puntas de las estacas. Saeteros y honderos guarnecian las torres á más de las ballestas, catapultas, y otras máquinas é ingenios. Velaban los vigías de dia y de noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas y al punto se acudia al lugar amenazado.

Mucho, aunque en vano, trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Anibal para conquistar á la misma Roma. Penetráronse ya de que no les quedaba más alternativa que la de perecer de hambre ó morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes y fieros. Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojo (Retógenes Caraunio, nos dice Appiano que se llamaba), que con cuatro de sus

conciudadanos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estorbarles el paso, franquearon la línea de circunvalacion estos cinco valientes y dirigiéronse á pedir auxilios á sus vecinos los arevacos. Hízoles el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destruccion de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Lúculo, la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbia, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas, «*no lágrimas*, les dijo, *brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir*.» Pero una sola ciudad, *Lutia*, fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos, y la única que sin tener en cuenta las calamidades que podia atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fué por desgracia más loable que provechoso, porque avisado de ello Escipion oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar á todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. A la madru-

gada siguiente estaba ya otra vez Escipion sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensage á Escipion. Admitido á la presencia del cónsul: «¿Has «visto alguna vez, oh Escipion, le dijo Aluro, el gefe «de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, «tan constantes como los numantinos? Pues bien, es«tos mismos hombres son los que vienen á confesarse «vencidos en tu presencia. ¿Qué más honor para tí que «la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, «no sobreviviríamos á nuestra desgracia si no mirára«mos que rendimos las armas á un capitan como tú. «Hoy que la fortuna nos abandona, venimos á bus«carte. Imponnos condiciones que podamos admitir «con honor, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida «á los que te la pidan, sabrán morir combatiendo; si »esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos «sus propios aceros, antes que dejarse degollar por «tus soldados. Tén corazon de hombre, Escipion, y «que tu nombre no se afée con una mancha de san«gre.» A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipion con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discrecion.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar á los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quien desahogar su rabia hicieron víctimas de su desespera-

cion á los enviados que habian tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mugeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebida fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pié de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podian ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos heróicos espectros: muchos murieron matando: otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenian que comer; los muertos servian de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperacion ahogaba la voz de la humanidad, y aun así la muerte venia con más lentitud de la que ellos podian sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, á sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, ó se degollaban mútuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era allí sangre y horror, todo incendio y ruinas, todo agonía y lastimosa tragedia. ¡Cadáveres, fuego y cenizas, fué lo que halló Escipion en la ciudad! y aun tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasar las pocas casas que el fuego no habia acabado de consumir.

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fué el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar á la nacion más poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad. Si España no contara tantas glorias, bastaríale haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice otro erudito historiador estrangero, cayó la pequeña ciudad más gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecia que la independencia de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel.

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el más «admirador de los romanos, y principalmente de los «Escipiones, que no compadezca la suerte deplora«ble de aquellos pueblos heróicos, cuyo solo delito «parece haber sido el no haberse doblegado jamás á «la dominacion de una república ambiciosa que preten«dia dar leyes al universo.» Floro dice espresamente «que nunca los romanos hicieron guerra más injusta

«que la de Numancia [1]..... No me parece fácil jus»tificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla «que Roma haya destruido á Cartago. Era una rival »que se habia hecho temible, y que podia serlo toda«vía si se la dejaba subsistir. Pero los numantinos «no estaban en el caso de hacer temer á los romanos «la ruina de su imperio.....»

Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad saber el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas [2].

Decio Bruto habia sometido tambien á los gallaicos, y recibido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el fuego del patriotismo no se habia estinguido todavía en España.

(1) *Nullius belli causa infustior*: son las espresiones de Floro.

(2) Todavia en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente idolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copon que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavia un idolillo de metal de un palmo de alto. Algun monumento debia estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroismo de nuestros mayores.

APÉNDICE.

CORRESPONDENCIA DE LOS NOMBRES ANTIGUOS Y MODERNOS DE VARIAS COMARCAS Y POBLACIONES DE ESPAÑA (1).

A.

Arevacos: pueblos situados en lo más occidental de la Celtiberia á que pertenecian. Confinaban por el Norte con los cántabros y vascos, de quienes les separaba la cordillera de los montes Idúbeda; por el Oriente con otros pueblos de la Celtiberia; por el Mediodía con los carpetanos, y por el Poniente con los vaccéos.

Astures; comprendian la actual provincia de Astúrias y cuanto hay desde sus puertos hasta el Duero, que segun Plinio los separaba de los vettones. Por Oriente llegaban hasta Peñamillera y Llanes, y de allí bajaba una línea á encontrarse con el Duero, comprendiendo cuanto habia á la derecha del Esla, que era su confin con los vaccéos. Por Poniente servia de límite la misma cordillera que hoy separa de Galicia las provincias de Leon

(1) Para este índice, ademas de haber examinado los antiguos geógrafos é historiadores, hemos consultado y cotejado los trabajos especiales de la Academia de la Historia, de Cean Bermudez, de Estefanía, de Cortés (don Miguel), las noticias histórico-geográficas de la España antigua del Diccionario de Madoz, y otros muchos autores que han tratado de propósito la materia. Hubiéramos podido poner un larguísimo catálogo de nombres, pero hemos querido limitarnos á los más importantes en la historia, y á los que resultan más averiguados por el cotejo de unos y otros, ó probados por los modernos descubrimientos arqueológicos. A pesar de haber omitido los mas dudosos ú oscuros, reconocemos no ser todavía infalible la correspondencia de los que aquí ponemos.



y Zamora y por lo que hoy es Astúrias llegaban hasta Castropol.

Ausetanos: pueblos de Cataluña denominados así por Ausa su capital; su territorio estaba á la falda del Pirineo y confinaba con los lacetanos y castellanos por el Mediodía; con los indigetes por el Oriente; y por Norte y Poniente con el Pirineo, los cerretanos y los vascones.

Autrigonos: confinaban por Poniente con los cántabros; por el Norte llegaban hasta la costa del mar Cantábrico é inmediaciones de Bermeo; por Oriente hasta el país de los carintios que ocupaban la parte Oriental del señorío de Vizcaya, y la Occidental de la provincia de Alava, y el de los berones que vivian en la Rioja. Por Mediodía confinaban con los cántabros coniscos.

NOMBRES ANTIGUOS.	NOMBRES MODERNOS.	PROVINCIA ACTUAL A QUE PERTENECEN.
Abdera ó Abdara.	Adra.	Almería.
Abobriga ó Aobriga	Bayona de Galicia.	Pontevedra.
Abila.	Avila.	Avila.
Abula.	Albacete.	Albacete.
Abula ú Obila.	Avila de los Caballeros.	Avila.
Acci, Colonia Gemella Julia.	Guadix el Viejo.	Granada.
Acige ó Urium.	Rio Tinto.	Huelva.
Acinipo ó Acinippo,	Fregenal.	Badajoz.
Acontia.	Tordesillas.	Valladolid.
Acra Leuca.	Peñíscola.	Castellon de la Plana.
Adellum.	Castalla.	Alicante.
Æbula, Ebura ú Obila.	Talavera la Vieja.	Toledo.
Age.	Ager.	Lérida.
Agiria.	Daroca.	Zaragoza.
Agla minor.	Luque.	Córdoba.
Alantones.	Atondo.	Navarra.
Alavona ó Allabona	Alagon.	Zaragoza.
Alba ó Virago.	Abla.	Almería.
Albónica.	Calamocha.	Teruel.

Albucela.	Toro.	Zamora.
Aleo.	Aledo.	Murcia.
Alice.	Alocaz.	Sevilla.
Anabis.	Tarrega.	Lérida.
Anatorgis ó Mons terreus.	Iztanoraf.	Jaen.
Andelus.	Andion ó Andelon.	Navarra.
Andologense.	Andosilla.	Navarra.
Angellas ó Augellas.	Iznajar.	Córdoba.
Anticaria ó Antikaria.	Antequera.	Málaga.
Antistania.	Villafranca de Panadés.	Barcelona.
Apiarum.	Alpera.	Albacete.
Aquœ ó Argilla.	Archena.	Murcia.
Aquœ Bilbilitanorum.	Alhama.	Zaragoza.
Aquis Origenis.	Baños de Bandi.	Orense.
Arabi.	Araya.	Alava.
Araceli.	Huarte Araquil.	Navarra.
Aracillum.	Aradillos.	Santander.
Arabacala ó Arbucala.	Arévalo.	Avila.
Arci, Coloria Arcense.	Arcos de la Frontera	Cádiz.
Argenomescum.	Argomeda.	Burgos.
Argetiolum.	Las Médulas.	Leon.
Arriaca.	Guadalajara.	Guadalajara.
Arsa.	Azuaga.	Badajoz.
Arsacia.	Cea.	Leon.
Artigi Juliensis.	Alhama.	Granada.
Arva.	Alcolea del Rio.	Sevilla.
Arucci vetus.	Aroche.	Huelva.
Arunci ó Aurigia.	Moron de la Frontera.	Sevilla.
Asidonia ó Asila.	Medinasidonia.	Cádiz.
Aspis ó Jaspis.	Aspe.	Alicante.
Asso.	Isso.	Albacete.
Astigi.	Ecija.	Sevilla.
Asturica.	Astorga.	Leon.
Ategua.	Teba la Vieja.	Sevilla.
Attacum.	Ateca.	Zaragoza.

Attagenis.	Ariza.	Zaragoza.
Attubi, Cliritas Julia y Ucubi colonia.	Espejo.	Córdoba.
Auca.	Villafranca de Montes de Oca.	Burgos.
Augustobriga.	Villar de Pedroso.	Cáceres.
Aureliana.	Orellana.	Badajoz.
Auria Auregense ó Aquœ Calidœ.	Orense.	Orense.
Ausa, Asona, Vicus aquarius.	Vich.	Barcelona.
Axati.	Lora del Rio.	Sevilla.

B.

Bargusios: se cree que hacian parte de los ilergetes, y por consiguiente estaban hácia Lérida.

Bastitania: region de la provincia Cartaginense, que se llamaba así por la ciudad de Basti su capital. Sus límites por la parte que mira á la Bética eran los mismos que esta provincia tenia con la Cartaginense; por Mediodía llegaban hasta el Mediterráneo, aunque su territorio en este punto era bien limitado por no tener en él más poblacion que Urci; por Occidente subian desde Baza por las faldas de la sierra de Segura, hasta cerca del rio Júcar, pasando entre Alcaráz y Chinchilla; y por el Oriente los formaba una línea tirada desde el sitio que hay entre Vera y Cartagena por Orihuela y Villena hasta el mismo rio la parte Occidental de Játiva.

Berones: confinaban por Norte con los caristios y vardulos, por Poniente con los autrigonos y por alguna parte tambien con los cántabros coniscos; por Mediodía con Celtiberia y sus pueblos pelendones, belos y arevacos, de quienes los separaba la cordillera de los montes Idúbeda, y por Oriente con los vascones al Occidente de la ciudad de Calahorra.

Baccia.	Baeza.	Jaen.
Bæcula Bætica.	Bailen.	Jaen.

Bætis civitas.	Sevilla.	Sevilla.
Bætullo ó Bætullona	Badalona.	Barcelona.
Baniana.	Baena.	Córdoba.
Barcino, Colonia Favencia Julia.	Barcelona.	Barcelona.
Bargiacis.	Torquemada.	Palencia.
Bastilippo.	Viso del Alcor.	Sevilla.
Basti.	Baza.	Granada.
Beatia, Becula ó Biacia.	Baeza.	Jaen.
Belia, municipio.	Belchite.	Zaragoza.
Bercicalia.	Casarrubios del Monte.	Toledo.
Bergidum Flavium.	Castro de la Ventosa.	Leon.
Berguisia.	Balaguer.	Lérida.
Bilbilis, municipio.	Calatayud.	Zaragoza.
Birovesca.	Bribiesca.	Búrgos.
Blanda, municipio.	Blanes.	Gerona.
Bletisa.	Ledesma.	Salamanca.
Brigantium y Flavia Lambris.	Betanzos.	Coruña.
Britonia ó Britonium.	Bretoña (Santa María de)	Lugo.
Bergitanum, Municipium burgitanense.	Bejijar.	Jaen.
Burtina ó Bortine.	Almudevar.	Huesca.
Burum.	Buron.	Leon.

C.

Caristios: confinaban por Norte con el Océano cantábrico; por Poniente con los autrigones; por Mediodía con los berones, y por Oriente con los bárdulos. Comprendian dentro de sí la parte Oriental del señorío de Vizcaya, la Occidental de Guipúzcoa hasta el rio Deva, y en la provincia de Alava las hermandades de Aramayona, Villareal, Campezu, Marquinez y el condado de Treviño.

Carpetanos: confinaban por el Norte con los vaccéos

y arevacos, por Oriente con los celtiberos y olcades, por Mediodía con los oretanos, y por Poniente con los vettones, y acaso tambien con los lusitanos.

Celtiberos: confinaban por Oriente con los edetanos y con los lobetanos en las inmediaciones de Albarracin y Cuenca; por Norte con los vascones en las faldas septentrionales del Moncayo; con los berones en la cordillera de los montes Idúbedas, que separan las provincias de Logroño y Soria, y por Mediodía llegaban hasta cerca del Tajo, de manera que ocupaban una parte no pequeña del reino de Aragon y las provincias de Soria, Guadalajara y algunos pueblos de Cuenca.

Cerretanos: situados á las faldas del Pirineo entre los indigetes y los ilergetes.

Coniscos: empezaban hácia la parte de los montes de Oca, y seguian hácia el nacimiento del Ebro por entre los murosgos y autrigones.

Contestanos: sus límites principiaban en la costa entre Vera y Cartagena; y seguian hasta el pueblo y rio llamado Sucro, comprendiendo dentro de ellos Cartagena, y las ciudades de Illici, Xátiva y Denia.

Cosetanos: ocupaban todo el territorio que media entre Tortosa y Tarragona, ambas inclusive.

Cuneos: así se llamaban los que habitaban hacia el cabo de Santa María entre el Guadiana y el promontorio Sacro.

Catsia, Melisa.	Barajas (castillo).	Ciudad-Real.
Cœpionis turris.	Chipiona.	Cádiz.
Cæsaraugusta y Salduba colonia.	Zaragoza.	Zaragoza.
Calagurris Julia Nasica.	Calahorra.	Logroño.
Calagurris Fibularia.	Loharre.	Huesca.
Callet Astigitana.	Alcalá la Real.	Jaen.
Calpe y Heraclea.	Gibraltar.	
Calpe.	Calpe.	Alicante.
Calpurniana.	Cañete de las Torres	Córdoba.

Campus Manium.	Campomanes.	Badajoz.
Canama, Municipium Canamense.	Villanueva del Rio.	Sevilla.
Cappagum, ó Cipia.	Chiclana.	Cádiz.
Cara, Carense.	Santa Cara.	Guipúzcoa.
Carbona.	Carmona.	Sevilla.
Carica.	Calera (La)	Badajoz.
Carmonia, municipium.	Carmona.	Sevilla.
Carthago nova, Colonia victrix Julia.	Cartagena.	Murcia.
Cartima ó Certima, municipium.	Cártama.	Málaga.
Castantum.	Cascante.	Navarra.
Caspe.	Caspe.	Zaragoza.
Castra Cæcilia.	Cáceres.	Cáceres.
Castra gemina.	Marchena.	Sevilla.
Castra Julia.	Trujillo.	Cáceres.
Castra Viniana, Julia regia.	Baena.	Córdoba.
Castrum Altum.	Segura de la Sierra.	Jaen.
Castrum Bilibium.	Haro.	Logroño.
Castrum Octaviani.	San Cucufat del Vallés.	Barcelona.
Castrum Sijerici.	Castrojeriz.	Búrgos.
Castrum Vergium.	Berga.	Barcelona.
Castulo, Castulon, municipium.	Ruinas de Cazlona.	Jaen.
Catina, municipium.	Cieza.	Murcia.
Cauca.	Coca.	Segovia.
Cavidum.	Torrox.	Málaga.
Cauria, Caurium.	Coria.	Cáceres.
Cella.	Celda ó Cella.	Teruel.
Cellirium.	Ceclavin.	Cáceres.
Celsa, Celsona ó Setelsis.	Solsona.	Lérida.
Celsa, Celsita, municipium Celsitanum.	Peñaflor.	Sevilla.
Centronero.	Cintruénigo.	Navarra.
Certima Celtiberia.	Alconchel.	Badajoz.

Cetada.	Hita.	Guadalajara.
Charisemi.	Cabo de Gata.	Alicante.
Cilniana, Silvia, Silpa.	Estepona la Vieja.	Málaga.
Circense.	Chinchon.	Madrid.
Clunia, Colonia.	Coruña del Conde.	Búrgos.
Cojaca ó Coyanza.	Valencia de don Juan.	Leon.
Coimbra y Gemela.	Jumilla.	Murcia.
Colenda.	Calanda.	Teruel.
Complutum.	Alcalá de Henares.	Madrid.
Concana.	Santillana del Mar.	Santander.
Confloenta ó Segontia Lacta.	Sepúlveda.	Segovia.
Consabrum ó Consaburum.	Consuegra.	Toledo.
Contesta.	Concentaina.	Alicante.
Contrasta.	Valencia de Alcántara.	Cáceres.
Contrebia ó Contebria.	Trillo.	Guadalajara.
Corduba, colonia patricia.	Córdoba.	Córdoba.
Cortense.	Córtes.	Navarra.
Corticata.	Cortegana.	Huelva.
Cortona.	Odon.	Teruel.
Cotina.	Zalamea la Real.	Huelva.
Cotinusa.	Cádiz.	Cádiz.

D.

Damania.	Mediana.	Zaragoza.
Darbace.	Arévalo.	Avila.
Deobriga y Ambracia.	Plasencia.	Cáceres.
Deobrigula.	Osorno.	Palencia.
Dertosa, Colonia ó Julia Augusta.	Tortosa.	Tarragona.
Dessobriga.	Villasandino.	Búrgos.
Dianium Artemisium y Hemerescopium.	Denia.	Alicante.



E.

Ebellino.	Ayerbe.	Huesca.
Ebura ó Ebura Cercalis.	Alcalá la Real.	Jaen.
Ebura Carpetana.	Talavera de la Reina.	Toledo.
Edeta y Lauro.	Liria.	Valencia.
Egabro, Ægabro ó Igabro, municipium.	Gabra.	Górdoba.
Egara, municipium.	Tarrasa.	Gataluña.
Eldana.	Dueñas.	Palencia.
Eliocroca ó Elicrota municipium.	Lorca.	Murcia.
Elisana ó Erisana.	Lucena.	Górdoba.
Emerita Augusta, colonia.	Mérida.	Badajoz.
Emporiæ ó Emporium Gatulon ó Gastelon, Colonia.	Castillo de San Martin de Ampurias.	Gerona.
Engora ó Engosa.	Gamprodon.	Gerona.
Epora, Ipora, Aipora.	Montoro.	Córdoba.
Ercavica ó Ergavica.	Gabeza del Griego.	Badajoz.
Ergavia.	Milagro.	Navarra.
Evellinum.	Ayerbe.	Huesca.
Exi ó Hexi, Firmun Julium, municipio.	Almuñecar.	Granada.

F.

Ficaris y Juncaria.	Figueras.	Gerona.
Flaviobriga y Portus Amacum.	Bermeo ó Portugalete.	Vizcaya.

Flavionavia.	Navia.	Oviedo.
Flavium Brigantium y Portus Brigantinus.	La Coruña.	Coruña.
Flavium Vivertanum, munici.	Xarandilla.	Cáceres.
Fontes Tamarico.	Velilla de Guardo.	Palencia.
Fontiente.	Onteniente.	Valencia.
Fortunates.	San Nicolás del Puerto.	Sevilla.
Forum Babilorum.	Medeiros (Santa María de).	Orense.
Forum Egurrorum.	Rioseco.	Santander.
Furnacis.	Hornachos.	Badajoz.

G.

Gades Augusta, Urbs Julia Gaditana, Gadir Cottinusa Tartesso, Oppidum civium Romanurum municipium.	Cádiz.	Cádiz.
Gallica Flavia.	Fraga.	Huesca.
Gallicolis.	Luna.	Zaragoza.
Gebala.	Estella.	Navarra.
Gerunda.	Gerona.	Gerona.
Gigio.	Gijon.	Oviedo.
Graccurris ó Illurci municipium.	Agreda.	Soria.
Guesoria.	San Feliú de Guixols.	Gerona.

H.

Hellenes ó Duos Pontes.	Pontevedra.	Pontevedra.
Heraclea.	Sancti-Petri.	Cádiz.
Hermandici Emania.	Cazalla de la Sierra.	Sevilla.

Gibera Julia ó Iberia, Ilercavonia, municipium.	Amposta.	Tarragona.
Henipa.	Alcalá de Guadaira.	Sevilla.
Hippo nova.	Monte frio.	Granada.
Hispali, colonia Julia Romulea ó Romulensis.	Sevilla.	Sevilla.
Honosca, Onosca, Etosca ó Idera.	Villajoyosa.	Alicante.

I.

Ilergetes: confinaban con los vascones y ocupaban todo el territorio que hay desde el Pirineo hácia Huesca, y bajando hasta Fraga y Lérida, de suerte que el rio Segre era su límite con los lacetanos desde Urgel al campo de Balaguer.

Ilercitanos: estipendiarios del convento cartaginense. Corresponden á Lorca en Murcia, y segun otros á Lorquin en la misma provincia.

Indigetes: estendíase la region de las indigetes desde los manantiales del rio Fluvia llamado Cambroca ó Sambroca, toda su orilla izquierda hasta su embocadura, y desde aquí toda la costa hasta el Pirineo. Hoy se llama esta region el Ampurdan, nombre que le ha quedado de la antigua Emporium.

Iacca.	Jaca.	Huesca.
Ibiri ó Ibri.	Ibros.	Jaen.
Idanusa, Uranza, Iranzu.	Irun.	Guipúzcoa.
Ilarcuris.	Illescas.	Toledo.
Ileosca ó Erosta.	Aitona.	Lérida.
Ilerda, municipio.	Lérida.	Lérida.
Ilice, Illici, Elice, colonia inmune.	Elche.	Alicante.
Ilipa, Municipium ilipense.	Alcalá del Rio.	Sevilla.
Ilipa, Julipa, municipio.	Zalamea de la Serena.	Badajoz.

Ilipallia.	Cantillana.	Sevilla. .
Iliturgis y Caræ.	Cariñena.	Zaragoza
Illiberi.	Elvira.	Granada.
Ilumberi.	Lumbier.	Navarra.
Ilunum.	Hellin.	Albacete.
Ilurcum, Ilurcon ó Ilurgí.	Pinos Puente ó Illora la Vieja.	Granada.
Incibilis ó Incibile.	Chelva.	Valencia.
Interamnium Flavium.	Bembibre.	Leon.
Intercatia Vacceorum.	Villagarcía.	Valladolid.
Intibili.	San Mateo.	Castellon.
Isturgi é Iturgi.	Los Villares.	Jaen.
Ipolcobulco ó Ipocobulco.	Carcabuey.	Córdoba.
Iporci municipium.	Alaris.	Sevilla.
Ipsca ó Contributa Ipscense.	Iscar.	Valladolid.
Iria Flavia.	El Padron.	Coruña.
Irippo.	Puebla del Gastor.	Cádiz.
Italica, municipium.	Santiponce.	Sevilla.
Intucci; virtus Julia, colonia inmune.	Castro el Rio.	Córdoba.

J.

Jacca ó Jaca.	Jaca.	Huesca.
Jovis Lucus.	Chibulco.	Huesca.
Julia Traducta.	Bolonia ó Villavieja.	Cádiz.
Juliobriga.	Reinosa.	Santander.

L.

Lacetanos: region mediterránea de la provincia Tarraconense llamada por Tolomeo Jaccetania. Tocaba al Poniente con los ilergetes, y al Ooriente con los laletanos; segun lo cual les pertenecia el territorio que baja de Solsona entre Manresa y Cervera.

Laletanos: region de la provincia Tarraconense, dentro de la cual se hallaba Barcelona, Eluso, Betulon y Rubricata.

Lusones: pueblos que hacian parte de la Celtiberia y que vivian al Oriente de las fuentes del Tajo.

Laudulemium.	Grazalema.	Cádiz.
Lacobriga.	Lagunilla.	Logroño.
Laconimurgi, Constantia Julia.	Constantina.	Sevilla.
Lacurris.	Alarcos.	Ciudad-Real.
Lalia.	Berrocal.	Salamanca.
Laminium.	Fuenllana.	Ciudad-Real
Lastigi.	Zahara.	Cádiz.
Laurona y Edeta.	Liria.	Valencia.
Lebunca.	Auca. (San Pedro de).	Coruña.
Legio VII, Gemina, Pia, Felix.	Leon.	Leon.
Leuciana.	Herrera del Duque.	Badajoz.
Libisosa, Libizosa, y Forum Augustanum colonia.	Lezuza.	Albacete.
Limia, Forum Limicum.	La Limia.	Orense.
Litabrum ó Britablum.	Buitrago	Madrid.
Lucia.	Viniegra.	Logroño.
Luciferi Fanium y Junis ara.	San Lúcar de Barrameda.	Cádiz.
Lucus asturum.	Santa María de Lugo.	Oviedo.
Lucus Augusti, colonia.	Lugo.	Lugo.
Luparia.	Lupion.	Granada.

M.

Murgobos: su territorio correspondia hácia el Norte de Burgos, donde se halla Sisamon. Confinaban por

Norte con los cántabros, por Poniente y Mediodía con los vaccéos, y por Oriente con los autrigones.

Magonis Portus.	Mahon.	Baleares.
Malaca, municipium.	Málaga.	Málaga.
Malliaca.	Mellanzos.	Leon.
Manlia ó Malia.	Mallen.	Zaragoza.
Mariana.	Granátula.	Ciudad-Real.
Menoba, Mænaca y Zeles.	Velez Málaga.	Málaga.
Menterrosa.	Mazarambroz.	Toledo,
Mentesa, Mentisa, Bastia.	La Guardia.	Jaen.
Mergablum ó Mercablum.	Conil.	Cádiz.
Metala Asturum.	Puente de Domingo Florez.	Leon.
Metellum, Metellinum Cæcilia Metallinum, castra Vicelliana.	Medellin.	Badajoz.
Metercosa.	Montemayor.	Córdoba.
Minii Ostium.	La Guardia.	Jaen.
Mirobriga, municipium.	Capilla.	Badajoz.
Mirobriga.	Ciudad-Rodrigo.	Salamanca.
Moneta.	Malamoneda.	Toledo.
Morus ó Morum.	Valez Rubio.	Almería.
Munda Bætica.	Montilla.	Córdoba.
Munigna, municipium muniguense.	Mulva.	Sevilla.
Murella Bugaris, ó Bucaris, municipium.	Morella.	Castellon de la Plana.
Murus.	Quesada.	Jaen.
Muscaria.	Sadaba.	Zaragoza

N.

Nebrissa Venera.	Lebrija.	Sevilla.
Nertobriga ó Nergobriga.	Ricla.	Zaragoza.
Noela ó Novium.	Noya.	Barcelona.
Norva Cæsarea, Lancia, Colonia Cæsariana.	Alcántara.	Cáceres.
Nuditanum ó Unditanum.	Alcaudete.	Jaen.
Numantia.	Garray.	Soria.

O.

Olcades: se estendian desde las sierras de Alcaráz hasta las de Albarracin y Teruel, abrazando la tierra de Chinchilla y la parte Oriental de la provincia de Cuenca, y parte tambien del reino de Murcia.

Oba, Obba, Olba y Abba.	Gimena de la Frontera.	Cádiz.
Obula, Urbs victrix municipium.	Porcuna.	Jaen.
Obulcula, Obucula, Obocola.	La Moncloa.	Sevilla.
Ocelloduri.	Zamora.	Zamora.
Occellumduri, Ocella.	Fermoselle.	Zamora.
Ocilis ú Occile.	Medinaceli.	Soria.
Octodurum.	Toro.	Zamora.
Ortogessa.	Mequinenza.	Zaragoza.
Ocurris.	Ubrique.	Cádiz.
Olba ó Cæsarobriga	La Oliva.	Cáceres.
Olon y Olunt.	Gibraleon.	Huelva.
Onova y Onuba.	Huelva.	Huelva.
Ontonia.	Mondoñedo.	Lugo.
Orcelis.	Orihuela.	Alicante.
Orcia ú Orgia.	Alcaráz.	Albacete.
Oronda.	Onda.	Castellon de la Plana.

Osca, Urbs victrix colonia.	Huesca.	Huesca.
Osca ú Oscar.	Huescar.	Granada.
Osiutias ú Osciunades.	Pedroches.	Córdoba.
Ostippo, Astepa.	Estepa.	Sevilla.

P.

Pelendones: pueblos de la Celtiberia, situados á la falda meridional de los montes Idúbedas. Confinaban por Norte con los berones; por Poniente y parte de Mediodía con los arevacos; y por los otros puntos los cercaban los demás pueblos de la Celtiberia.

Pesicos: pueblos de la costa de Astúrias entre los rios Navia y Nalon.

Palfuriana ó Palsuriana.	Vendrell.	Tarragona.
Palus Estrephaca y Olintigi.	Palos.	Huelva.
Pax Augusta y Beturia.	Badajoz.	Badajoz.
Perceiana.	Medina de las Torres.	Badajoz.
Pesicum.	Pergos ó Pezos.	Coruña.
Pintia.	Valladolid.	Valladolid.
Planesia.	Benidorm.	Alicante.
Pompeiopolis ó Pompelon.	Pamplona.	Navarra.
Portus Magnus.	Almeria.	Almería.
Portus Menesthei y Portus Gaditanus	Puerto de Santa María.	Cádiz.
Portus Victoriæ.	Santoña.	Santander.
Præsamarci.	Santiago.	Coruña.
Præsidium.	Castro de Caldelas.	Orense.

R.

Randa, Municipium.	Roa.	Búrgos.
Regiana.	Rena.	Badajoz.
Regina.	San Pedro de Villacorza.	Badajoz.
Rhodope.	Rosas.	Gerona.
Raberchum.	Robledo de Sobre-Castro.	Leon.
Rubras.	Cabezas Rubias.	Huelva.
Ruradum.	Rus.	Jaen.

S.

Sabora.	Cañete la Real.	Málaga.
Sætabi Augustanorum municipium.	San Felipe de Játiva.	Valencia.
Sætabicula.	Alcira.	Valencia.
Saguntum, municipium.	Murviedro.	Valencia.
Salambina ó Selambina.	Salobreña.	Granada.
Salana.	Malagon.	Ciudad-Real.
Salana Colonia.	Casas de San Pedro.	Badajoz.
Salduba.	Las Bóvedas.	Granada.
Salientes.	Caldelas.	Pontevedra.
Salmantica, Elmantica, Helmantica.	Salamanca.	Salamanca.
Saltici ó Saltiga.	Chinchilla.	Albacete.
Saltus.	San Sebastian.	Guipúzcoa.
Sebendunum.	Besalú.	Gerona.
Segestica, Segesta.	Iniesta.	Cuenca.
Segisa.	Cehejin.	Murcia.
Segobriga Geltiberica.	Cabeza del Griego.	Badajoz.
Segobrica Edetanorum.	Segorbe.	Castellon de la Plana.

Segontia ó Seguntia.	Villavieja.	Guadalajara.
Segontia ó Saguntia.	Epila.	Zaragoza.
Septimanca.	Simancas.	Valladolid.
Seria y Fama Julia.	Feria.	Badajoz.
Sessera, Secenas.	San Celoni.	Barcelona.
Setelsis.	Solsona.	Lérida.
Setia, Segia ó Bascontum.	Egea de los Caballeros.	Zaragoza.
Sexona ó Saxona.	Xijona.	Alicante.
Sisapon.	Almaden.	Ciudad-Real.
Spoletinum.	Espartinas.	Sevilla.
Sublancia y Lancia.	Sollanzo.	Leon.
Suceosa.	Alcalá de Gurrea.	Huesca.
Suizo.	Cullera.	Valencia.
Suessa.	Sangüesa.	Navarra.

T.

Tartesios: eran los inmediatos al Bétis, especialmente por la parte que se acerca al mar. Despues se estendió su nombre á los inmediatos al estrecho y aun á los de la isla de Cádiz.

Turdetanos: pueblos de la Bética que ocupaban cuanto hay desde el Guadiana hasta el médio del Estrecho, á escepcion de un corto espacio en que habitaban los célticos. Habia tambien turdetanos en la Lusitania, y abrazaban lo que hay desde el Guadiana hasta el cabo de San Vicente.

Turdulos: pueblos cuyo primer orígen fué en la Lusitania. Despues se fueron estendiendo hácia Mérida, y pasaron el Guadiana fijándose en la parte Oriental de la Bética.

Tamega.	Monterey.	Oviedo.
Tarraco, Colonia victrix.	Tarragona.	Tarragona.

Tárraga.	Lárraga.	Navarra.
Teresa Fortunatis.	Guadalcanal.	Sevilla.
Termida.	Sacedon.	Guadalajara.
Theaso.	Talarn.	Lérida.
Theba.	Teba.	Sevilla.
Toletum.	Toledo.	Toledo.
Tosirio y Osaria.	Torre don Jimeno.	Jaen.
Travasosonense Sigitanorum municipium.	Ayllo.	Segovia.
Tritium.	Rodilla.	Búrgos.
Tritium Tublicum Tuboricum.	Motrico.	Guipúzcoa.
Tucci, Civitas Martis, Colonia Gemella Augusta.	Martos.	Jaen.
Tucci vetus.	Monturque.	Córdoba.
Tude ó Tyde.	Tuy.	Pontevedra.
Tulontum.	Alegría.	Álava.
Turaniana.	Nijar.	Almería.
Turbula.	Villena.	Alicante.
Turia, Tintania Turupia.	Teruel.	Teruel.
Turiaso, munipium.	Tarazona.	Zaragoza.
Tutela.	Tudela.	Navarra.

U.

Ucia.	Castilleja de la Cuesta.	Sevilla.
Ucubi y Succubo, municipium.	Cubillos.	Valladolid.
Udura.	Cardona.	Barcelona.
Ulia ó Ulla Fidentia.	Montemayor.	Córdoba.
Urbiaca.	Puente de Torres.	Albacete.
Urbicua.	Arbeca.	Lérida.
Urcao y Urgabo munícipium albense.	Arjona.	Jaen.
Urci.	San Juan de las Aguilas.	Murcia.

Urgia, Ugia y Castrum Julium.	Las Cabezas de San Juan.	Sevilla.
Utica y Utia.	Marmolejo.	Jaen.
Uniculum ó Unicula.	Utrera.	Sevilla.
Uxama, Argela, Oxama.	Osma.	Soria.

V.

Vaccéos: confinaban por el Norte con los cántabros; por Poniente con los astures y vettones; por Mediodía con los carpetanos, y por Oriente con los arevacos y murbogos. Su territorio comprendia las provincias de Valladolid, Palencia, Segovia y mucha parte de Burgos y algunas de Leon y Zamora.

Vardulos: confinaban por Oriente con los vascones; por Mediodía con los verones, por Poniente con los casistios, y por el Norte con el Occéano cantábrico.

Vettones: confinaban por Oriente con los vaccéos y carpetanos; por el Norte con el Duero que los separaba de los astures augustanos; por Occidente con los lusitanos y por Mediodía llegaban hasta el Tajo.

Valentia y Hanosca Colonia.	Valencia del Cid.	Valencia.
Valeria, Castrum Altum.	Valera de Arriba.	Cuenca.
Valvæ augustæ.	Torquemada.	Palencia.
Varcile municipium.	Arganda.	Madrid.
Vellica, Bellica ó Belgia.	Aguilar de Campoo.	Valladolid.
Vergellium Julii Genitoris.	Ginés.	Sevilla.
Vergi.	Berja.	Almería.
Virgilia ó Vergelia.	Cabrilla.	Guadalajara.
Vercelia.	Benasque.	Málaga.
Vesci Faventia.	Archidona.	Málaga.

Vialata.	La Calzada.	Oviedo,
Vicus Caminarius.	Santa Cruz de la Zarza.	Toledo.
Vicus Spacorum.	Vigo.	Pontevedra.
Visontium.	Vinuesa.	Soria.
Voluce.	Calatañazor.	Soria.

Z.

Zoela.	Avilés.	Oviedo.

INDICE DEL TOMO I.

PARTE PRIMERA.

LIBRO I.

ESPAÑA PRIMITIVA.

CAPITULO I.

PRIMEROS POBLADORES.

CAPITULO II.

FENICIOS, GRIEGOS, CARTAGINESES.



CAPITULO III.

AMILCAR, ASDRUBAL, ANIBAL.

De 238 antes de J. C. á 219.

CAPITULO IV.

ANIBAL EN ITALIA: LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA

De 219 antes de J. C. á 211.

CAPITULO V.

ESCIPION EL GRANDE.

Desde 211 antes de C. hasta 205.

CAPITULO VI.

CAIDA DE CARTAGO.

CAPITULO VII.

FISONOMIA DE LA ESPAÑA PRIMITIVA.

LIBRO II.

ESPAÑA BAJO LA REPÚBLICA ROMANA.

CAPITULO I.

LEVÁNTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACION ROMANA.

Desde 204 antes de J. C. hasta 150.

PAGINAS.

CAPITULO II.

VIRIATO.

Desde 150 antes de J. C. á 140.

CAPITULO III.

NUMANCIA.

Desde 140 antes de J. C. hasta 133.

PAGINAS.

APÉNDICE.

